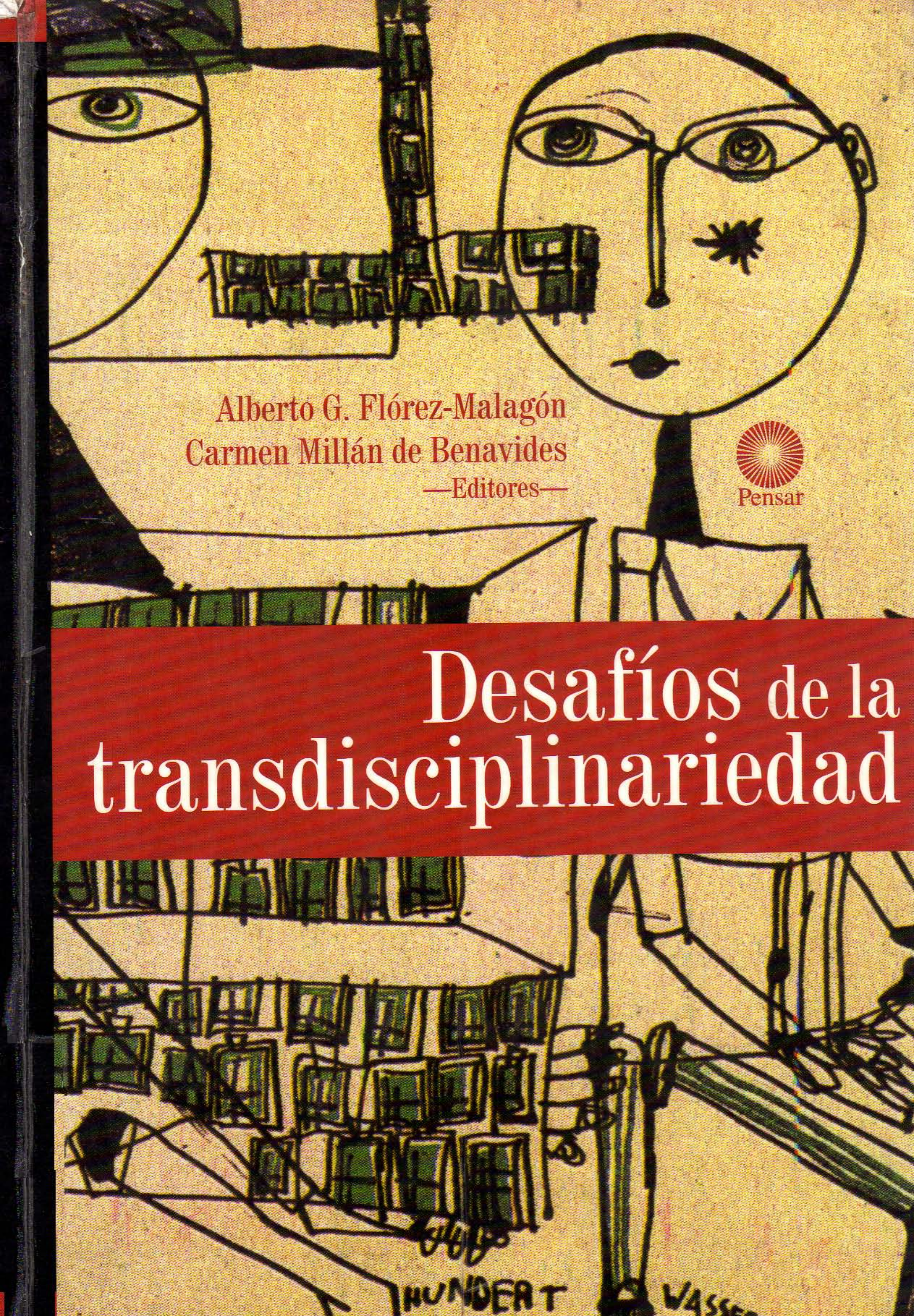


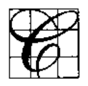
Alberto G. Flórez-Malagón
Carmen Millán de Benavides
—Editores—

Pensar

Desafíos de la transdisciplinariedad

Desafíos de la transdisciplinariedad

Alberto G. Flórez Malagón y Carmen Millán de Benavides
—Editores—





Instituto de Estudios Sociales y Culturales



Pontificia Universidad Javeriana

Centro Editorial Javeriano
Carrera 7 N° 40-62 primer piso
Bogotá D.C.

cultura Libre

Directora
Selma Marken Farley
Centro Editorial Javeriano

Coordinación editorial
María del Pilar López Patiño

Autoedición
Ángela María Echavarría Silva

Fotomecánica e impresión
Javegraf

Diseño de la colección
Esteban Ucrós
Juan Esteban Duque

Primera edición diciembre de 2002
Número de ejemplares 500
ISBN: 958-683-558-8
cultura Libre
Impreso en Bogotá

Diseño de portada:
Estebán Ucrós
A partir de la obra
Muchacho con casa y muchacha con pájaro de Friedensreich Hundertwasser.

Tabla de contenido

La guerra de las ciencias

El debate sobre de la permanencia de las disciplinas científicas y de su pertinencia para el trabajo intelectual, es uno de los más álgidos y enriquecedores del mundo académico hasta el punto que, alrededor de esta temática, se han concentrado buena parte de las preguntas más relevantes sobre la producción de conocimiento en el mundo contemporáneo.

El corazón de la disputa es la duda fundamental acerca de la eficacia de una fragmentación disciplinar incontestable, la cual se construyó en el mundo occidental, como un referente excluyente y paradigmático para el ejercicio intelectual académico.

La versión más publicitada de dicha disputa es la llamada "guerra de las ciencias" en la cual se han revivido las luchas de poder referentes a quiénes deben orientar las prácticas de una verdadera ciencia universal. Del lado de los científicos naturales han surgido sencillas diatribas, que han tenido un gran impacto publicitario, especialmente después del conocido *affaire* Sokal, en el cual un físico neoyorquino presentó un artículo insulso que más tarde fue publicado por una prestigiosa revista, muy conocida entre los "nuevos humanistas." Esta burla permitió a Sokal denunciar la supuesta perversión de las prácticas, la inexistencia de

controles de calidad, la falta de cientificidad y coherencia intelectual y todo lo demás que él atribuye al lenguaje utilizado por los nuevos intelectuales.

Aunque el asunto no llegaba a atacar con justeza el corazón de la nueva producción en las ciencias sociales y humanas, sí revivió la vieja disputa entre los modelos positivistas para la producción de ciencia "dura", enfrentados a las prácticas limítrofes de las humanidades, que desconociendo los criterios de demarcación de las ciencias "ciencias", recuperaban sin tapujos los espacios de la metafísica, la ética, la estética, la política y todos los demás espacios del conocimiento, que los científicos más ortodoxos habían logrado exiliar de sus prácticas de investigación.

La corriente que aún hoy defiende la propuesta de las ciencias físicas como modelo para hacer ciencia social, se alió naturalmente a estas denuncias y se constituyó en un polo en la guerra de las ciencias, o mejor dicho, entre las ciencias; e insistió en la pobreza paradigmática de las ciencias sociales, y en su fracaso para construir hasta la fecha, unas verdaderas prácticas científicas. Mario Bunge, uno de los más conocidos expositores de estas tendencias neopositivistas, seguía afirmando en recientes escritos que: "todas las ciencias, ya sean naturales, sociales o biosociales, comparten un núcleo común: la lógica, la matemática y ciertas hipótesis filosóficas acerca de la naturaleza del mundo y su estudio científico. Este meollo común permite que hablemos de ciencia en general, en contraste con la ideología o el arte, y que la discutamos racionalmente" (10).

En el otro extremo del debate se consolidaron las propuestas posmodernistas con su crítica fundamental a los metarrelatos de la modernidad. Aparecieron propuestas de conocimiento "situadas" y "poscoloniales", y se vinculó una nueva izquierda intelectual (Rorty 74), cuyo compromiso político es más explícito y exige una transformación esencial de las aproximaciones disciplinares estructuradas, a partir de objetos fragmentados que no necesariamente dan cuenta de la complejidad de las realidades, sobre las que cada vez más los científicos toman partido.

En ambos bandos, los líderes de los nuevos y viejos movimientos intelectuales a veces se asemejan a sectas. Unos y otros atraen sus seguidores y los cautivan en una especie de arrebato místico, en donde los gurúes abundan y donde el mutuo desprecio, a veces teñido de opciones "políticamente correctas", abunda.

A pesar de las fuertes discusiones de lado y lado, los sociólogos e historiadores de la ciencia nos han recordado cómo la ciencia y las disciplinas no son cosas sino procesos abiertos, y que en la práctica de una "buena ciencia", las fronteras disciplinares no parecen haber sido más que las excusas institucionales y gremiales para tener una puerta de entrada a una práctica que afortunadamente, las supera en su pretensión fundacional.

Una vez adentro de la comunidad académica, las camisas de fuerza que a veces se suponen tan vivas y poderosas, no disciplinan en absoluto el oficio de los investiga-

dores, y a pesar de los intereses de los administradores académicos, los buenos científicos, que lo son más por su condición individual que por los contenidos de su formación, siguen dinamizando sus oficios con prácticas que no están dictadas por la organización administrativa y, otros añadirán: hegemónica, de los saberes. El funcionalismo atribuido al desarrollo de la ciencia podrá ser útil para asumir posiciones críticas radicales y mesiánicas, pero no corresponde, necesariamente, a las características de las comunidades científicas regionales y de sus vectores críticos.

Esto nos lleva a desplazar y a enfatizar el eje del análisis desde la discusión epistemológica fundamentadora de Occidente, hacia el tema de las prácticas académicas; y, al tiempo, a reconocer a la ciencia como un proceso abierto que, en una de sus transformaciones más importantes, parece haber superado la pretensión teleológica de sus inicios.

Aquí nos preguntamos si los recientes trabajos con énfasis epistemológico que critican la fragmentación de las ciencias, en especial el ya clásico informe de la Comisión Gulbenkian, han exagerado el referente del agotamiento disciplinar, por lo menos en su desarrollo reciente, pues en general estas críticas se han hecho con referencia a las primeras etapas fundacionales de las propuestas y ejercicios disciplinares, pero a menudo ignorando los desarrollos internos y la flexibilización reciente del ejercicio disciplinar, y obviando que la existencia de caminos entre los viejos y los nuevos territorios se detecta con frecuencia en las prácticas académicas recientes.

No sobra plantear la duda de si dicha Comisión, por ejemplo, tomó en cuenta o no, los desarrollos y las prácticas disciplinares de las ciencias en América Latina, que como frecuentemente se reclama desde la región, habrían desarrollado, sin nombrarla así, una práctica cercana a la que hoy proclaman los nuevos campos transdisciplinares, punto de llegada de las reflexiones gulbenkianas.

El punto de partida de nuestra discusión es, entonces, el encuentro en las fronteras entre una tradición disciplinar, que no está necesariamente encerrada en sus muros, y los nuevos campos transdisciplinares que tampoco tienen que declararse intransigentemente antidisciplinares.

El tema, además, coincide en la práctica con la pelea de poderes por la defensa y por el ataque a la disciplinariedad institucionalizada (seguimos dudando de que ésta tenga una expresión en la práctica académica por fuera del espacio institucional-gremial) con sus correlatos, que son los viejos y los nuevos programas académicos.

Las universidades, espacio privilegiado de estas prácticas, expresan todo los detalles de la crisis disciplinar: los programas disciplinares empiezan a perder terreno ante los nuevos programas interdisciplinares y transdisciplinares. Los estudiantes que circulan por los saberes técnicos y humanistas al mismo tiempo, se distancian de aquellos formados en currículos cerrados y especializados y empiezan a controlar nuevos espacios de poder institucional; y el mercado laboral para los egresados de las

universidades envía señales ambiguas y genera una demanda que no se reduce a los especialistas disciplinares, solicitando cada vez más profesionales con una formación integral (no integradora), aún más fuerte que la disciplinar.

El panorama es todavía poco claro. Muchas propuestas revisionistas se han institucionalizado, pero la resistencia al cambio es implacable. El debate se presenta con igual intensidad, aunque con particularidades locales, en todas las universidades del mundo. Desde las viejas tradiciones universitarias europeas, hasta las funcionales y academicistas universidades norteamericanas, desde las universidades coloniales de Asia, hasta las hipercríticas de Latinoamérica, el problema de las disciplinas como referentes adecuados para el trabajo intelectual se presenta como uno de los puntos de ruptura práxica más importantes del siglo XXI.

La crisis académica y la sociedad contemporánea

Toda esta problemática va acompañada por un cuestionamiento de las estructuras del aparato conceptual con el que nacen las ciencias sociales en los siglos XVII y XVIII, el cual empieza a ser limitado para entender la sociedad global caracterizada por el pluriperspectivismo y la multiculturalidad (Castro y Guardiola xxxi). Se trata de que el mundo se ha mostrado mucho más complejo de lo que pretendía ser, y dicha complejidad exige que aquellas formas con que se creía que era posible conocer al mundo, sean revisadas profundamente y adecuadas a las actuales demandas de la sociedad global.

No se trata de abandonar toda pretensión de un conocimiento de la realidad social, sino de reconocer las limitaciones que existen ante dicha pretensión y las contradicciones que presenta cualquier universalismo. Superar el estadocentrismo, tener en cuenta la pluralidad de visiones sin dejar de lado el objetivo de conocer y de realizar escalas de valores comunes, y reconocer la situacionalidad del mismo científico, son sólo algunos de los muchos puntos que han comenzado a hacer parte de la nueva agenda de las ciencias sociales, y que posiblemente conduzcan, no a un abandono de la pretensión de lograr un conocimiento objetivo de los fenómenos sociales ni a una reducción de la ciencia a un conjunto de visiones igualmente válidas, sino a nuevas formas de alcanzar un mayor grado de objetividad crítica y políticamente activa, cuyo sentido ha de ser igualmente renovado (Wallerstein 92).

Así, nuevamente podría reafirmarse que la crisis está llamada a pensarse en los procesos de producción de conocimiento y sobretodo en los tipos de conocimiento; correspondiéndole a las ciencias sociales, precisamente por su interés, una reestructuración como respuesta y alternativa a las 'crisis' que se han generado desde 'conocimientos' descontextualizados e intolerantes de la multiplicidad de otros con los que se comparte un espacio y un tiempo. Se podría decir que existe una crisis porque

se ha vuelto relevante la mirada a las implicaciones políticas y éticas de la producción del conocimiento y, en el caso de las ciencias sociales, por sus consecuencias en el ámbito social. De allí que se piense en un conocimiento en crisis mientras no se responda a la necesidad social del mismo para pensar y dialogar, y se hace necesario, a su vez, reflexionar por el lugar desde dónde se construyen —disciplinas e instituciones— como determinantes de su orientación ética y política, así como por lo que se construye en la medida que responda o no a unas expectativas sociales.

Desde mediados del siglo XX toda una serie de circunstancias como el cambio en el ordenamiento geopolítico del mundo, la descolonización, la aparición de nuevos actores sociales y la creciente difusión de las tecnologías de la información, entre otros, comenzaron a afectar la disciplinarización de las ciencias sociales (Castro y Guardiola xxxiii) y a cuestionar el tipo de conocimiento, hasta entonces hegemónico, que dichas estructuras producían. Es dentro de dicho contexto que empiezan a surgir nuevos campos para abordar los fenómenos sociales como los estudios culturales o los estudios poscoloniales, entre otros, que pretenden abarcar cuestiones tales como los problemas de género, estudios "no-eurocéntricos", la importancia de lo local y lo histórico, y/o el reconocimiento de valores asociados al desarrollo tecnológico. Estos nuevos campos no se constituyen como nuevas disciplinas, sino como una especie de espacio más allá de las disciplinas que ha contribuido a desestabilizar la división tradicional del conocimiento.

Lo que estos nuevos campos aparentemente persiguen es retar la tradición del conocimiento occidental. Lo que hoy se produzca (en el ámbito de la ciencia y el conocimiento, en este caso) en cualquiera de estas localidades, no puede ser visto como desligado del resto del mundo; por el contrario, será parte de redes globales interconectadas por los crecientes flujos de información. La sociedad global, más que un contexto abstracto o una sumatoria de particularidades desconectadas, es un todo organizador del cual [todos] hacemos parte (xxii). No quiere decir esto que todo aquello que se produce en cualquier parte del mundo sea igual y presente los mismos patrones, sino que de alguna manera se interconecta con lo otro, ya sea por medio de la crítica, la refutación o la aceptación, u otros múltiples caminos.

Por un lado, los nuevos campos que pretenden superar dicha tradición, no constituyen disciplinas sino espacios transdisciplinares, pues reconocen las limitaciones que imponen las fronteras y los supuestos rígidos de división del trabajo intelectual para el abordaje de los fenómenos sociales. Debido a su carácter no-disciplinar, estos campos no presentan sus propios principios, teorías o métodos, sino que se apropian de las teorías y metodologías de las distintas ciencias sociales y ramas de las humanidades y las adaptan para sus propios propósitos (Sardar y Van Loon 7).

Al tiempo, se alejan de la tradición universalista del conocimiento occidental en tanto presentan un carácter que puede denominarse 'auto-reflexivo' en la medi-

da en que reconocen que todo conocimiento está situado temporal y espacialmente sin suponer una neutralidad del mismo. La mayoría de estos nuevos campos, si no todos, poseen y reconocen una dimensión política intrínseca y, más aún, enfatizan el valor del trabajo intelectual comprometido políticamente. En esta medida se proponen examinar prácticas culturales y su relación con el poder, entender la *cultura* en todas sus formas complejas con el fin de analizar el contexto social y político dentro del cual se manifiesta y de esta manera, poder aclarar su doble función como objeto de estudio (intelectual) y como posicionamiento de la acción y la crítica política (pragmática); exponer y reconciliar la división del conocimiento entre formas locales y universales y, por último, comprender y transformar las estructuras de dominación (sobre todo en la sociedad industrial capitalista)(9).

No obstante, a pesar de que los nuevos campos se alejan en su práctica de la tradición del conocimiento occidental, presentan contradicciones con respecto a sus propios planteamientos, contradicciones que son reconocidas muchas veces desde el interior mismo de dichos campos. A pesar de constituir modos de investigación que no se suscriben a los límites estrictos de las disciplinas institucionalizadas, los nuevos campos se apropian con frecuencia de teorías y métodos de dichas disciplinas, lo cual se considera por algunos intelectuales, como un obstáculo para el avance en la construcción de teorías autónomas. El uso insistente, y a veces incuestionado, de categorías, conceptos y dicotomías propios de la tradición del conocimiento occidental, son concebidos por muchos como ataduras que imposibilitan una verdadera ruptura con dicha tradición. Así, autores como Walter Mignolo o Fernando Coronil, plantean con respecto al caso latinoamericano, la necesidad de buscar unas categorizaciones críticas del occidentalismo que tengan su *locus* en América Latina y del desarrollo de 'categorías geohistóricas no imperialistas' que permitan abandonar los mapas imperialistas dibujados por la modernidad (Castro y Mendieta 24); o, en el caso de los estudios culturales del sur de Asia, autores como Ashis Nandy proponen hacer de los estudios culturales una empresa totalmente 'nativa' basada en las categorías de ser y conocer únicas del subcontinente (Sardar y Van Loon 84). Pero, por otro lado, también existen posiciones que no perciben el uso de estas categorías como una limitación, sino que las utilizan con el propósito no tanto de deconstruir la historia imperial, sino de usarlas en su contra para "destruir el razonamiento crítico histórico mismo" (116).

Así como esta idea de nuevos campos cuestiona la estructura occidental disciplinar, otra característica importante ha sido poner en tela de juicio el lenguaje en el que se reflexiona por su origen y conformación occidental. Esta preocupación busca resistirse a una colonización de la 'mente' a través de las categorías y las construcciones del pensamiento bajo los códigos de un 'otro' de afuera. La impo-

sibilidad de expresarse en 'categorías propias' es, de por sí, un planteamiento muy complejo porque exige preguntarse por qué existe "lo propio" y más en contextos en donde la socialización tiene referentes tan diversos y enmarcados en los espacios ilimitados de globalización.

La 'traducción' del conocimiento occidental a otras categorías, y en espacios con otros idiomas, es una constante que por razones de una herencia y una tradición académica se ha construido en términos de Occidente y para Occidente, cuya asimilación desde 'fuera' de él hace de estos lugares de apropiación, centros en donde la traducción es una especie de 'deber ser'. La posibilidad de hacer conocimiento en otros términos como el de "una filosofía que piensa en español" (Hoyos 71) y desde configuraciones en donde se entremezclan muchos códigos lingüísticos se plantea no sólo con referencia a un idioma sino a un lugar con un contexto propio. Pensar en una traducibilidad y la superación de la misma, frena el debate en una cuestión que es imposible de resolver. La traducción del 'conocimiento occidental' es fruto de cientos de años de historia y de socialización, el proponerse como una forma de resistencia y el permanecer aislado de un régimen de símbolos dominantes, es una posición inconsistente con una realidad en la que la globalización plantea otros espacios de comunicación. Aunque la idea de superarlos se considere como algo 'imposible' en su totalidad, es claro que sí se valora una autoconciencia de esta situación como un mecanismo de crítica y de 'salida' a una situación completamente sumergida en idiomas y experiencias ajenas a las realidades locales.

Más que 'superar' la constante y a veces aparente necesidad de traducir y de pensar la vida en términos de un solo Occidente, una apertura al diálogo y a la negociación con estas 'voces' se presenta como una posibilidad no sólo coherente con la realidad social de nuevos órdenes y niveles de comunicación, sino en donde el contacto no se exhibe como estrictamente negativo y 'contaminante'.

Es cierto que hay unos órdenes y unas tradiciones occidentales, que han configurado formas de apreciar el mundo, a los cuales se ha accedido por procesos de colonización y, hoy en día, de globalización; pero no se puede radicalizar esta perspectiva y asumir que las voces no occidentales no se han apropiado de esas configuraciones desde espacios y formas locales. Ver en Occidente una 'plaga' es sólo hacer una lectura de los cambios abruptos y violentos de lo que se ha 'perdido' y de cierta manera 'borrado' con la imposición y el dominio de las estructuras occidentales, al subestimar las formas de apropiación autónomas, las resistencias, representaciones e interpretaciones de cada lugar de encuentros culturales. No se desconoce que el choque que ha representado un 'dominio occidental' no sólo ha sido en lo económico o lo académico sino, sobre todo, en las dimensiones sociales y culturales (Loomba xii); pero a su vez se busca rescatar la presencia de un 'otro'

que no ha sido pasivo a estos procesos, sino que ha estado siempre presente y negociando con el poder, pero pormenorizado por categorizarse sólo como víctima al haber perdido su 'esencia' —si tal cosa existe en lo social.

La superación entonces de una constante traducción del conocimiento occidental se alcanza en diferente medida según la conciencia que se tenga de esta condición, y de la formación de sociedades e instituciones disciplinares. La reflexión sobre estas posibilidades es por sí misma una 'salida' que permite la 'creación' de un conocimiento 'más propio' —aunque lo propio también esté tocado por el idioma occidental. La negación de una integración cultural y de un pasado en el que se originaron los 'espacios académicos', hoy legitimados, más que dar cabida a 'conocimientos menos occidentales', cierran las puertas de los mismos porque no se superan cuestiones irreversibles, que de lo contrario en su reconocimiento pueden dilucidar alternativas que le contesten al monólogo occidental. Se puede rescatar la posición poscolonial como un nuevo campo en el que no se clama con nostalgia por el pasado ni se ve, en éste, la solución a las representaciones culturales del momento —de por sí nada estables— sino que se ve en la abrumadora occidentalización un proceso imparable ante el cual la acción a seguir es negociar y reconocer la irónica situación de las categorías emancipatorias y del discurso mismo en contra de Occidente, siempre expresado en sus términos (Castro y Mendieta 17).

Las nuevas formas de conocimiento, con su estructura no-disciplinar, implican la necesidad de una renovación de las estructuras institucionales a través de las cuales se imparten dichas formas de conocimiento. Con la entrada arrolladora de la globalización, aparecen otras culturas que obligan a revisar los anteriores esquemas sobre la constitución de identidades, y que además tengan en cuenta los procesos asimétricos de interacción entre lo local y lo global (10). Ahora que Latinoamérica está siendo obligada a pensarse desde el punto de vista de su inserción en la sociedad global, la pregunta de cómo hacerlo ha generado grandes debates, las disciplinas no parecen suficientes para el abordaje de los problemas sociales que hoy agobian a esta región, sin embargo, dichas estructuras continúan rígidamente establecidas en el sistema universitario, reproduciendo relaciones de poder que están dejando de lado la cuestión epistemológica y aún ontológica del problema. Como menciona Sarah de Mojica para el caso colombiano, "el condicionamiento de la investigación universitaria en función de las políticas modernizadoras de centralización del Estado y de desarrollo..., parece haber impedido la necesaria construcción de nexos con el mundo, no sólo con la comunidad científica internacional, sino con la propia cultura" (176).

Estos problemas no corresponden a negligencias por parte de los académicos y de las instituciones o a la incomprensión o imposibilidad de su visión, sino al entramado de relaciones de poder bien estructuradas como para mantenerse y reproducirse

no por 'cuestiones divinas o naturales' como en un 'deber ser' de las cosas, sino porque socialmente se reproducen como tal para conservar los espacios desde los que precisamente se están generando las críticas. La academia es construida socialmente y se ve atravesada a sí misma por las relaciones de poder de esas 'sociedades' que tanto analiza y cuestiona, pero de las que también hace parte y mantiene.

La superación de todo discurso eurocéntrico y universalista del saber occidental (Lander 50) debe apoyarse en la transformación de las estructuras desde donde se produce su propio conocimiento y se genera la crítica, empezando con este tipo de propósitos de evitar la naturalización de las mismas estructuras, producto de la apropiación de la cosmovisión occidental en lugares como la universidad. El reto es, entonces, buscar otras formas de producir el conocimiento, los 'nuevos conocimientos'. La ironía de estas situaciones exige desde un principio un intento por abandonar los saberes 'parcelados' esclavizados a unos programas académicos y aislados de otros campos de producción de conocimiento. Las ideas de formación integral —aunque bastante atrevidas e incomprendidas—, no dejan de ser propuestas interesantes que con el suficiente apoyo y en la medida que empiecen a formar parte de estos círculos, permiten abrir la formación profesional en donde la circulación del 'conocimiento' no estaría limitado por los muros disciplinares y aún científicos. Edgardo Lander plantea esta cuestión argumentando que los universitarios latinoamericanos se han destacado por criticar las injusticias, mas no por reflexionar sobre sus propios procesos de reproducción de las mismas.

La reflexión sobre la práctica y sobre las implicaciones políticas de las formas de producción de conocimiento, se aleja de la sensatez de sus intenciones si deja toda la discusión en lo teórico, por fuera de cualquier praxis. Retomando el tema del compromiso social, se convierte en un imperativo resolver las incongruencias entre teoría y lucha teórica, y los campos mismos de producción de éstas —como conservadoras de regímenes coloniales en sentido amplio— cuando las palabras y las mentes buscan liberarse y superar la estrechez del imaginario anclado solamente en lo occidental.

Las discusiones sobre la globalización y la poscolonialidad son debates que conciernen tanto a los centros metropolitanos como a las regiones 'periféricas', entre ellas América Latina. Regiones que se ven obligadas a pensarse desde el punto de vista de su inserción en la sociedad global. La academia latinoamericana debe, entonces, pensarse desde su inserción en el mundo global, teniendo en cuenta las implicaciones que este proceso tiene para la conformación de su identidad intelectual. También, debe modificar las rígidas demarcaciones disciplinares que no parecen adecuadas para abordar los fenómenos que se generan en este tipo de sociedad, y que no deben ser dejados de lado por la crítica y el conocimiento científico. Debe iniciarse, además, en la reflexión sobre los problemas particulares

que agobian a su sociedad para construir "un horizonte de conocimientos nuevos que nos pongan en dirección de la reconstrucción social" (De Mojica 175) y que constituyan la base de un conocimiento latinoamericano ya no como reproducción del conocimiento metropolitano, sino como producción autónoma e independiente.

El aporte de este texto

En un ejercicio muy puntual y sin mayores pretensiones, en septiembre de 1999, la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia y el *Centre for Development Area Studies, CDAS*, de la Universidad de McGill de Canadá realizaron en Montreal, con el apoyo del *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada*, un encuentro entre académicos de Canadá y Colombia, con algunos invitados de los Estados Unidos y de Argentina. El resultado fue un interesante diálogo acerca de los problemas relacionados con la fundamentación de las ciencias sociales y las humanidades en la actualidad, con referencia a las experiencias de las regiones norteamericanas y latinoamericanas. Uno de los puntos centrales de debate fueron las nuevas tendencias y las alternativas que han surgido a partir de la crisis en el desarrollo de las prácticas disciplinares.

El Encuentro de McGill fue un diálogo Norte-Sur, entre académicos. De esa manera allí sólo se exploró un lugar de producción de conocimiento: la universidad. En el mismo sentido y por las mismas fechas había trabajado el simposio *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, realizado en Bogotá por el Instituto Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana.

Un tercer encuentro, *Knowledge and the Known* propiciado por *Duke University* y la Universidad Andina en Quito en octubre de 2000, buscó acercarse a otros *loci*, pero como se verá en la publicación respectiva, la autorreferencialidad que viene aquejando a ciertos sectores teóricos de la condición poscolonial frustró las expectativas de quienes querían escuchar las experiencias de comunidades indígenas, por ejemplo.

Esta observación que se hace de entrada, asume la necesidad de propiciar desde la academia posibilidades de intercambio con otras comunidades productoras de conocimiento. Por fuera de la academia vienen produciéndose diálogos de saberes como los propiciados en Colombia entre los *taitas* del piedemonte amazónico y los médicos tradicionales, el cual se ha traducido en el *Código de ética médica de los Taitas*, así como desarrollos de etnobotánica y recuperación de saberes producidos en lugares de conocimiento no validados históricamente. En esta tónica se hallan investigaciones como *Remedios para el imperio*, de Mauricio Nieto, para usar otro conocido ejemplo colombiano.

Los diálogos de saberes pueden producir aproximaciones a temas tan complejos como el uso de las llamadas drogas, los narcóticos y los usos culturales de

sustancias que en un mundo son consideradas como fármacos y, en otro son, para usar la feliz expresión de Schultes: *vine of the soul.* También la apertura de las ciencias sociales se ha movido en la dirección de las llamadas estéticas expandidas y, en este sentido problemas como la legalización de las drogas, el espacio de opciones de vida y género han sido examinados en encuentros de científicos sociales como *Escenarios crueles: Estéticas y signos del trance y la violencia,* realizado en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, en abril de 2001.

Los ejemplos de estos encuentros podrían multiplicarse, pero uno de los puntos que allí ha salido a relucir es el auge de la interdisciplinariedad y la extensión de su práctica, que parece ser un indicador de la falta de solidez de los objetos de estudio de las disciplinas clásicas. Más importante, empieza a plantearse la transformación radical de los campos disciplinares, tanto conceptual como metodológicamente hablando. Ello sugiere la emergencia de nuevas disciplinas como la posible desaparición de otras, por lo menos como se han entendido hasta ahora. Más radicalmente ha surgido la noción de transdisciplinariedad que propone la apertura más allá de toda frontera disciplinar hacia una aventura de integración del conocimiento, no para constituir un agregado de retazos disciplinares, sino para generar nuevas referencias holísticas con el fin de enfrentar los problemas del conocimiento.

Estas y otras preocupaciones similares han sido sistemáticamente desarrolladas en diferentes regiones del mundo y la manera como ellas han empezado a resolverse depende enormemente de las experiencias específicas de dichas regiones y de sus alcances intelectuales, generando respuestas "situadas" de cara a la referencia universalista del conocimiento científico.

Al regresar al primer encuentro referido, a partir de algunos trabajos discutidos en Montreal y con el aporte de otros autores que se interesaron posteriormente en la discusión, hemos articulado el libro que aquí se presenta, con el ánimo de recorrer puntos de vista complementarios acerca de las preguntas centrales del debate de la fundamentación y de las prácticas de las ciencias. El recorrido presenta posiciones modernistas innovadoras, y va avanzando hacia las propuestas más radicales. La intención de esta secuencia es que el lector perciba las transformaciones y, por qué no, las posibles continuidades, entre los dos polos que a veces se presentan como irreconciliables.

En consecuencia con este esquema, el texto comienza con una postura modernista y claramente reivindicadora, aunque a la vez crítica de la ciencia occidental. La socióloga de la Universidad de Gueplh en Canadá, Lynn McDonald recupera en una perspectiva de género, una historia intelectual oculta, en la que se reconoce el papel fundamental de las intelectuales en el origen del pensamiento clásico de las ciencias sociales en sus *corpus* moderno. Los *Women Studies* han acogido en su seno, replicando de alguna manera las olas del feminismo, diversas

formas de hacer historia con perspectiva de género. Desde el ya clásico *The Underside of History* de Boulding, pasando por las propuestas de Anderson y Zinsser (*A History of their Own*),[2] Duby, Perrot y Klapisch-Zuber (*A History of Women*) se van llevando materiales que permiten y permitirán aproximaciones teóricas que replantearán la división aristotélica entre *oikos* y *polis*, polaridad fundacional de los dominios femenino-masculino, polaridad heterosexual y excluyente. Trabajos como el de Lynn McDonald, que buscan historiar a partir de heroínas, proporcionan material para crear íconos y diversas formas de representación, aunque aún no teoría. Sin embargo, no participamos de la peyorativa expresión *tokenism*, que se ha acuñado para narrativas en viñetas como las de McDonald, porque claramente esas narrativas desinvisibilizan y apoyan la construcción de equidad de género y lo seguirán haciendo.

De la misma manera, como antecedente de la crítica transdisciplinaria, el sacerdote jesuita Alfonso Borrero ofrece una mirada a medio camino entre la epistemología y la crítica institucional, para contar desde una perspectiva igualmente modernista, lo que ha sido el problema de las disciplinas en el desarrollo de las universidades. Su texto ofrece una serie de aproximaciones definitorias al tema de la interdisciplinariedad y aunque su paso a la transdisciplinariedad es todavía tímido, por lo menos nos queda claro que el problema de la interdisciplinariedad cabe perfectamente en una mirada reconstructiva del pensamiento racional. Borrero, como ex-rector de una de las más importantes universidades privadas colombianas, la Universidad Javeriana, y como fundador de la experiencia de una Facultad de Estudios Interdisciplinarios, sistematiza y proyecta los fundamentos de un ejercicio institucional que, a pesar de su fracaso, constituyó un ejercicio interesante para entender las posibilidades y limitaciones de una propuesta interdisciplinarista, en este caso la de la "interdisciplinariedad compuesta", como la denomina el autor. Si estamos acostumbrados a referir la interdisciplinariedad restrictiva, que añade disciplinas de manera casi mecánica en una práctica superficial de la interdisciplinariedad, Borrero avanza, en un proyecto interdisciplinario que acerca la concepción de la ciencia moderna a un pensamiento complejo al estilo del que ha planteado Edgar Morin.

Aunque Borrero mantiene la expectativa universalista, propia del pensamiento moderno, su reflexión de corte metodológico nos lleva más allá de los lugares comunes y abre una perspectiva fundamentadora de la nueva práctica que en este artículo tiene una clara intención aplicada, constituyéndose casi en un programa de trabajo para una universidad que sea capaz de asumir el reto de la interdisciplinariedad compuesta.

Las prácticas disciplinares son, sin embargo, un excelente punto de partida para avanzar en la discusión acerca de los nuevos campos. Si algo se puede decir de la transformación de las disciplinas es aquello que surge de la práctica de las mis-

mas. Un interesante ejemplo es el trabajo que presenta la historiadora Nancy Partner, reconocida medievalista, miembro del comité editorial de la prestigiosa revista *History and Theory* y profesora de la McGill University. Partner realiza un ejercicio desde la historia, que nos lleva convincentemente a través de la línea argumentativa del conocimiento "adecuado", el cual debe leerse como el producto preciso de la época historiográfica. En este sentido, es posible leer la evolución de la disciplina histórica hacia el ámbito de la posmodernidad. Ficción, narrativa y trabajo histórico aparecen complementados sin ser excluidos entre sí y la cercanía con los cánones de la literatura para discutir la escritura de la historia nos llevan más allá de las fronteras, trasladando a las nuevas prácticas, el ser histórico que no desaparece, pero que sí se reintegra en una práctica centrada en la empresa narrativa.

En el siguiente texto, otro historiador, Guillermo Bustos, de la Universidad Andina en Quito, Ecuador, utiliza el importante debate entre John Beverley y Florencia Mallon, alrededor de las prácticas latinoamericanas de los estudios subalternos, una de las nuevas corrientes críticas en el quehacer de las ciencias sociales, para reivindicar el oficio del historiador en medio de las nuevas orientaciones transdisciplinarias. Sin polarizar en exceso el diálogo entre nuevas y viejas corrientes de pensamiento, Bustos explora lo mejor de las posturas más radicales, expresadas en el debate referido, para aprovechar en la mejor tradición de "leer entre líneas", cuáles son las posibilidades y limitaciones de las rupturas disciplinares, especialmente en el caso de los nuevos campos que no solamente son más integradores sino más políticos, como lo desarrollan la mayor parte de los autores en este libro.

Siguiendo un camino similar al de Partner y Bustos, Carmen Millán de Benavides, literata e historiadora, explora en su artículo las posibilidades para abrir las disciplinas a partir del ejercicio de los estudios literarios. Los aportes de los críticos literarios a las escuelas de estudios culturales, a los desarrollos poscolonialistas, entre otros, han privilegiado los debates dentro de estos estudios para ilustrar el camino de las nuevas humanidades. Según Millán, la literatura entendida como "lugar de enunciación desde el cual se incursiona en el tejido cultural de un período" marca caminos para vincular a la disciplina con el quehacer más allá de la disciplina misma, para abrir el canon, renovar la docencia y promover una toma de conciencia de los inevitables procesos de reestructuración de la disciplina.

El ejercicio puntual con el que Millán ilustra el debate es el "uso del archivo para retar el mito del archivo". El supuesto de la autora es que la documentación no responde al análisis limitado de la retórica sino que exige una convergencia interdisciplinar y aún transdisciplinar (la perspectiva de género, por ejemplo) para su análisis. El punto final de su artículo añade la preocupación acerca de cómo se proyectan estas propuestas en el trabajo docente y cómo se espera superar una "escuela del resentimiento" que dé vía libre a prácticas académicas acordes con la época que vivimos.

Si se reflexiona de nuevo acerca de la universidad, como supuesto ámbito privilegiado para desarrollar las preocupaciones disciplinares o antidisciplinares, Myron Frankman, profesor de economía de la *McGill University*, relata sus experiencias y propuestas a partir de su trabajo práctico frente al problema de cómo las universidades "lidian" con la interdisciplinariedad. Su análisis va más allá del tema de las instituciones y de las metodologías implicadas en la empresa de apertura interdisciplinaria.

Frankman plantea el punto crítico no tanto alrededor de las disciplinas como de las mentes disciplinadas. El autor insiste aquí en que el problema va más allá de "buenas vecindades" entre fragmentos de la ciencia y su preocupación esencial es alrededor de los problemas pedagógicos que los nuevos arreglos institucionales demandan. El trabajo de Frankman demuestra las dificultades y las resistencias que la vieja institucionalidad impone a las nuevas tendencias, pero abre un espacio de optimismo al insistir en las demandas por el cambio que surgen de los mismos estudiantes, los cuáles provienen de un ambiente muy diferente a aquel desde el cual las instituciones universitarias fueron diseñadas.

Siguiendo esta línea crítica acerca del desarrollo de las universidades, Rosalind Boyd, directora del *Centre for Developing Area Studies* de la misma universidad, desarrolla la importante tendencia de las escuelas poscoloniales en el "tercer mundo", la cual ha tenido como eje privilegiado de su revolución epistemológica los espacios extra-universitarios. Involucrar a muchos otros espacios no académicos a los cambios generados por la práctica inter y transdisciplinaria, aparece además como una actividad esencialmente política, no solamente en el sentido académico de las políticas del saber; sino, en el más cotidiano, el de las resistencias contra el espíritu colonial que aún hoy en día se reproducen, según la autora, en los mismos espacios universitarios.

Si el surgimiento de las corrientes poscoloniales es la punta de lanza para la renovación del conocimiento es algo que está por verse; pero, por lo menos, la radicalidad de sus propuestas y la cercanía con la crítica más teórica de los escritores posmodernistas, dejan en claro que el problema ha desbordado el simple debate de los "guerreros de la ciencia" y ha involucrado, cada vez más, a amplios sectores de las sociedades, en especial, en las regiones del sur del mundo.

En una perspectiva más epistemológica, el texto de Alberto Flórez, historiador colombiano de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, explora el problema de los lenguajes utilizados para referirse a la crisis de las ciencias sociales, la cual se desarrolla alrededor de los opuestos entre disciplinas y transdisciplinas. Desde una perspectiva de la historia de las ciencias en Occidente y más puntualmente desde una exploración de cómo esas ciencias han sido adoptadas en regiones latinoamericanas, Flórez abre las puertas para un pensamiento renovado que, a partir

de las nuevas tendencias y debates en el mundo académico y en la práctica social de la ciencia, pueden desarrollar nuevas formas transdisciplinares y situadas del conocimiento, acorde a las nuevas realidades glocales del mundo.

Sin desechar del todo la tradición disciplinaria, el autor plantea la tarea de repensar radicalmente el desarrollo de las disciplinas para retomar de ellas lo que aún sea válido, pero igualmente para consolidar de manera sistemática y rigurosa lo que podría considerarse como una tarea reconstructiva que incluya suficiente flexibilidad y responda menos a preocupaciones epistemológicas y más a realidades de la generación y práctica sociales del conocimiento.

En la misma línea, el psicólogo argentino Roberto Follari, advierte acerca de los peligros de una posición posmoderna extremadamente radical, o mal entendida, la cual puede generar un nuevo metarrelato a partir de los nuevos campos transdisciplinares del conocimiento. Esta posibilidad le lleva a criticar una nueva unidad del conocimiento que iría en contra de la reivindicación de la diferencia, esencial al pensamiento posmodernista.

No habría —en palabras de Follari— un conocimiento total al cual retornar. Esa tentación totalizante puede terminar con las opciones democratizadoras que pueden transformar las viejas estructuras académicas, pero no convirtiéndolas en los supermercados del conocimiento donde es posible comprar todo, sino en la proliferación y la coexistencia de diferentes perspectivas, tanto dentro como fuera de la academia.

A estas alturas de la presentación de los artículos, el trabajo de Santiago Castro- Gómez —filósofo y sociólogo del Instituto Pensar—, entra de lleno en el ejercicio de los estudios culturales que los otros autores vienen refiriendo como práctica ejemplificante de un quehacer transdisciplinar. Retomando el tema de la historicidad de los saberes, Castro ubica en detalle la propuesta de los estudios culturales como resultado de los procesos históricos recientes, fuertemente marcados por los procesos de globalización. Su presentación aclara la diferencia central entre estudios culturales y estudios de la cultura que tanta confusión ha creado entre los practicantes "culturalistas" de las disciplinas y los defensores del nuevo campo. Después de revisar el texto de Castro, se aclara la especificidad tanto conceptual como regional del campo de los estudios culturales; y si todavía se cree que se trata de una simple transposición de la propuesta de la escuela inglesa de Birmingham de estudios culturales, al resto del mundo, Castro ubica las prácticas latinoamericanas en diálogo horizontal, para encontrar lo que es común, pero también lo que no es traducible en las escuelas de las diferentes regiones.

Los estudios culturales, con su insistencia en el análisis de la forma como se producen, diseminan y reciben los objetos culturales, proporcionan una mirada que María del Carmen Suescún emplea en su artículo para proponer salir de la

pradera contemplativa, el *locus amoenus* de la obra de arte, para arriesgarse en el bosque, la *selva selvaggia* de la producción artística. También desde los estudios culturales se cuestiona el *Ojo letrado*, se proponen estéticas expandidas que exigen taxonomías ajenas a las que la historia del arte ha venido manejando, para situarnos en la cultura visual. Como bien señala Suescún siguiendo a Didi-Huberman, lo visual es todo aquello que *inquieta* la mirada y que nos obliga a atender a la relación que se establece entre objeto y sujeto de esta. La especificidad de lo visual deriva de la posibilidad de inquietud. El lenguaje aparece retador ante aquel de las disciplinas clásicas y nos recrea en una elaborada mirada de lo que sería un ejercicio transdisciplinario.

Finalmente, haciendo uso de las ideas de Poovey y el papel de la retórica en la creación del *hecho moderno*, Richard Lee, quien se desempeñara como secretario científico de la *Comisión Gulbenkian*, traza la historia de la conformación de las ciencias sociales, pretendidamente ajenas a los juicios de valor y con la posibilidad de *trascender* las narrativas para entrar en el mundo de cuantificaciones que les dieran presentabilidad científica.

Lee señala cómo, desde los Estudios Culturales, surgen nuevos objetos de conocimiento que se traducen en departamentos, líneas editoriales, en fin, institucionalización que pone en evidencia además la dificultad para establecer una frontera entre ciencias sociales y humanidades. Al señalar que el enfoque sistémico es puente de conexión entre ciencias sociales y ciencias duras, Lee no comenta, sin embargo, las resistencias que dicho enfoque genera en las segundas.

En países atravesados por conflictos bélicos como Colombia, el llamado de Lee acerca de la necesidad de repensar en la obligación ética del científico social impone una reflexión en torno al engolosinamiento con la jerga y las modas teóricas. Quienes lean este artículo podrán entablar diálogo con modelos de búsquedas para la creación de comunidad académica que construya una nueva ciencia, tales como el *Santa Fe Institute*, citado por Lee.

El esfuerzo de presentar este libro es promover en los lectores un diálogo que continúa entre éstos y muchos otros académicos en el mundo. Si las nuevas humanidades pueden resultar inciertas, enfrentar el reto que ellas plantean, por lo menos para muchos de nosotros y nosotras, es un camino sin retorno. Ésta parece ser una época de creación pero a la vez de cierta inseguridad, pero el debate es esencial pues esta vez no sólo se trata de reconstruir la ciencia y sus prácticas, sino de reconstruirnos a nosotros mismos. Un espíritu renacentista en plena globalización parece perfilar nuevas formas de ser y de pensar e inevitablemente, el diálogo sigue abierto.

Notas

[2] En la edición española: *Historia de las mujeres: una historia propia*, 2. Barcelona: Crítica, 1992.

Obras citadas

Bunge, Mario. *Las ciencias sociales en discusión: Una perspectiva filosófica.* Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

Castro-Gómez, Santiago, ed. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina.* Bogotá: CEJA: Pensar, 2000.

—, y Óscar Guardiola-Rivera. "Introducción. Geopolíticas del conocimiento o el desafío de 'impensar' las Ciencias Sociales en América Latina." *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina.* Bogotá: CEJA: Pensar. *XXI-XLV.*

—, y Eduardo Mendieta, eds. *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate.* México: Porrúa y University of San Francisco, 1998.

Hoyos Vásquez, Guillermo "¿Tiene Patria la razón? Los compromisos sociales de una filosofía que piensa en español." *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina.* Bogotá: CEJA: Pensar. 71-92.

Lander, Edgardo. "¿Conocimiento para qué? ¿Conocimiento para quién? Reflexiones sobre la universidad y la geopolítica de los saberes hegemónicos." *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina.* Bogotá: CEJA: Pensar. 49-70.

Loomba, Ania. *Colonialism/Postcolonialism.* London: Routledge, 1998.

Nieto, Mauricio. *Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo.* Bogotá: ICANH, 2000.

Mojica, Sarah de. "Desafíos para el estudio de la cultura colombiana." *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina.* Bogotá: CEJA: Pensar. 167-82.

Reynoso, Carlos, ed. *Presentación. El surgimiento de la Antropología Posmoderna.* Barcelona: Editorial Gedisa, 1998.

Rorty, Richard. *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del Siglo XX.* Barcelona: Paidós, 1999.

Sardar, Ziauddin, y Borin van Loon. *Cultural Studies for Beginners.* Cambridge: Richard Appignanest, ICON BOOKS, 1997.

Wallerstein, Immanuel, et. al. *Abrir las Ciencias Sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales.* México: Siglo XXI, 1998.



La enseñanza de la teoría clásica, con la inclusión de: mujeres teóricas, biografía, historia y el entorno biofísico

Lynn McDonald[1-2]

---

[1] Ph.D. Departamento de Sociología de la Universidad de Guelph, Canadá.

[2] Traducido por Beatriz León.

Se afirma que en la actualidad la enseñanza de la teoría social (y política) está relacionada con el mismo enfoque gastado de teóricos exclusivamente masculinos, o que únicamente hace referencia simbólica, en recientes publicaciones, a algunas de las mujeres teóricas,[1] y que tiene una tendencia continua a tratar lo social como si no hubiera un mundo biofísico que lo impactará y al cual éste impacta. Se argumenta que un procedimiento más transdisciplinario añadiría a la enseñanza de la teoría social otras ventajas, en especial, que al introducir la historia y la biografía se pueda ofrecer un contexto adecuado a las obras teóricas estudiadas. En lugar de un enfoque estrecho de los temas clásicos de la teoría económica o social como fundamentales, se sostiene que se les debería dar importancia a las divisiones por género y raza (algo que hacen mejor las teóricas que los teóricos). En este ensayo también se discutirá sobre una mejor emergencia de la teoría y la práctica, una objeción a las categorías "puras" y "aplicadas" que heredó la sociología a finales del siglo XIX.

Sin embargo, en la enseñanza de la teoría clásica se podrían incluir los mismos teóricos: los "tres grandes": Carlos Marx, Emile Durkheim y Max Weber, pero de igual manera a J.S. Mill, L.A.J. Quetelet, Florence Nightingale, Harriet Martineau, Beatrice Webb y, al menos, a algunas de las primeras sociólogas estadounidenses (mis preferencias son Lester Ward y Jane Addams). La teoría clásica no debería comenzar en el siglo XIX sino que, por lo menos, debería tratar las grandes figuras

de la Ilustración de Inglaterra y Francia (Denis Diderot, Voltaire, David Hume, Adam Smith, Catharine Macaulay, Mary Wollstonecraft y Germaine de Staël).

El centrarse en los "tres grandes", muy típico de los libros de texto importantes y de los cursos sobre teoría, ha significado que instituciones sociales de enorme importancia hayan escapado al análisis como preocupaciones centrales (posiblemente se estudien en otros lugares bajo la forma de intereses "aplicados"). ¿Por qué debemos estar interesados de manera tan exagerada en el capitalismo (de Marx), la burocracia (de Weber) y la solidaridad orgánica (de Durkheim)? Las teóricas nos ofrecen la creación de la asistencia médica pública como un sistema (Nightingale) y un mayor interés por los asuntos de paz, guerra y militarismo (Addams, también Macaulay, Wollstonecraft y de Staël).

Al incluir a las teóricas no sólo les hacemos justicia, para variar, aunque esto sería motivo suficiente; tampoco se trata únicamente de que nuestro gran número de estudiantes femeninas deban aprender sobre las grandes contribuciones de los miembros de su propio sexo; ni es sólo que nuestros estudiantes masculinos deban aprender que hay mujeres, al igual que hombres, que se deben apreciar y estudiar, sería ciertamente, algo deseable. Más allá de todas estas ventajas, las contribuciones de las teóricas son singulares de muchas maneras. En lo más básico, su inclusión significa otra voz a propósito de un tema particular, además de una literatura más rica. Sin embargo, por lo general hay más: un punto de vista no expresado por los teóricos o que se expresa de manera bastante diferente o con posterioridad. Si a estas teóricas se les hubiera prestado la debida atención y se las hubiera estudiado junto con los teóricos, nuestra comprensión de la teoría clásica sería muy diferente.[2]

Las reconstrucciones teóricas de las primeras sociedades serían diferentes si se enfatizara en los *lazos positivos* entre madres e hijos (esto se puede ver en la obra temprana de Emilie du Châtelet, al igual que en Macaulay y de Staël). Habría menos fascinación por la descripción de Thomas Hobbes de la vida como "solitaria, pobre, despreciable, cruel y limitada" (186). La teoría del contrato social en ciencia política se hubiera afectado si las teóricas hubieran podido aportar una caracterización más benigna sobre el estado de la naturaleza.

Las ideas sobre obligación social hubieran moderado la influyente *Teoría política del individualismo posesivo,* de C.B. Macpherson, comenzando por la obra de Astell (*Some Reflections).* Si John Rawls no hubiera limitado sus fuentes a los teóricos, hubiera encontrado en las teóricas criterios para su análisis en *Teoría de la justicia.* La teoría del valor de uso se hubiera vuelto más amable y moderada si se hubiera adoptado la versión de Catharine Macaulay, en *Letters on Education,* en lugar de la *Introducción a los principios de la moral y la legislación,* de Jeremy Bentham (volumen 1).

En teoría política y social hubiera habido más interés en posiciones neutrales que en posiciones extremas; hubiera habido más interés en la solución práctica de problemas que en la discusión de modelos abstractos, como en el *Contrato Social* de Rousseau.

De manera notable Germaine de Staël propuso el *federalismo* para Francia (*Circonstances*), en uno de los Estados más centralizados del mundo, como medio para organizar poblaciones y culturas muy diferentes. Lo mismo hizo Helen Taylor a finales del siglo XIX, en su propuesta de descentralización de los poderes del Estado francés.

Si mucho antes la obra de las teóricas hubiera formado parte del canon habríamos tenido una aproximación más fina a la estratificación, al incorporar las divisiones por género y raza, así como también por clase, y al mostrar los paralelos entre ellas. Por ejemplo, Astell en su obra inicial, *Some Reflections Upon Marriage*, 1700, se preguntaba: "Si todos los hombres nacen libres, ¿cómo es posible que las mujeres nazcan esclavas? ¿Y por qué la esclavitud es tan condenada y perseguida en determinado caso y tan ampliamente aplaudida y mantenida como algo muy necesario y sacro en otro caso?" (107-8). La preocupación por estudiar el género y la clase social no comenzó en la década de 1960 con la emergencia de los estudios de mujeres.

Si se le hubiera prestado más atención al trabajo de las teóricas hubiéramos visto un énfasis mayor en temas que son despachados como demasiado aplicados, o relegados a campos aislados del trabajo o la política sociales. Desde mi punto de vista, el análisis bastante fino de Nightingale sobre el *sistema* de asistencia médica pública amerita ser incluido en este enfoque, y no sólo en el terreno de la sociología médica. En 1864, Nightingale enunció los principios de un sistema de asistencia médica pública; había trabajado con anterioridad en varios de sus elementos y continuó trabajando tanto en la teoría como en la práctica por su institución. Una generación más tarde, Beatrice Webb (junto con Sidney) fue responsable de algunos de los mejores trabajos en la fase siguiente del desarrollo del Estado de bienestar (en especial, en lo referente a las responsabilidades del Estado en cuanto a empleo, tema que también había introducido Nightingale). Sin duda, mientras entramos en el nuevo milenio, podemos ver que el desarrollo de esas instituciones sociales clave, como la asistencia médica pública, la creación de empleo y el seguro de desempleo, merecen un lugar central en el análisis y la especulación. ¿Por qué limitar nuestro interés a las obras más abstractas de Marx, Durkheim y Weber, como únicos teóricos lo suficientemente "grandes" como para merecer la atención más profunda?

La contribución de las teóricas es asombrosa por su mayor sensibilidad al ambiente biofísico y por una crítica emergente del antropocentrismo. Sin embargo, se debe hacer de inmediato una advertencia para no exagerar esta tendencia, ya que es sólo una mayor sensibilidad en relación con la de los teóricos: ninguna de estas mujeres fue una ecologista consagrada y ninguna planteó estas preocupaciones fundamentales; pero, se evidencia, tan precozmente como en Astell (*Some Reflections),* un cuestionamiento de la jerarquía humana sobre las otras especies. En Catharine Macaulay, *Letters on Education,* hay un análisis más concertado del antropocentrismo y la descripción de los factores que posibilitan la crueldad con

los animales, con una sugerencia sobre cómo se puede reducir ésta, que empieza con la educación. Macaulay inicia con la primera etapa de Jeremy Bentham que trata esta cuestión dentro del utilitarismo, la simpatía por "la sensible creación total", para llevar los argumentos mucho más allá. Wollstonecraft también aborda estos asuntos, incluida la crueldad con los animales (4:367-73).

En la misma medida, por sus contribuciones se pueden citar muchas mujeres teóricas del siglo XIX, particularmente Frances Power Cobbe, una analista de la crueldad de los esposos con sus mujeres (*Wife-Torture*) y de la crueldad con los animales en vivisección (*The Significance*). Harriet Martineau con frecuencia integra en sus análisis sociales temas del ambiente biofísico y, también, trata los riesgos de las especies en extinción y la crueldad. Nightingale, quien tenía un amor franciscano por la naturaleza, en especial por las aves, siempre fue una autoridad cuando se trataba de poner en interrelación el terreno social y biofísico. Por esto fueron ampliamente estudiadas las hambrunas en la India, en relación con los sistemas de transporte, irrigación, impuestos locales y mercados como factores influyentes. Su amplia obra en asistencia médica pública muestra, en general, esta interconexión.[3]

Una mayor atención a las relaciones biofísicas también resulta en más cambios en el tratamiento a los teóricos más conocidos, en especial los 'tres grandes'. El rechazo extremo de Marx por los factores biofísicos en su teoría del valor se vuelve relevante, y un asunto para ser considerado en temas de degradación del ambiente en la antigua Unión Soviética, que empleó conceptos marxistas en la subvaloración de los recursos naturales. Como contraste, Weber fue más astuto ya que, especialmente en una etapa tardía de su vida, integró en complicadas cadenas causales, que incluían rutas de mercado y sistemas sociales, estos factores bio-físicos como sistemas de flujo (*Zur Psychophysik; General Economic*).

La denigración contemporánea a la Ilustración

En este momento debería ser evidente que el tipo de teoría social transdisciplinaria que defiendo no sólo rechaza los fundamentos del posmodernismo sino que se remite deliberadamente a la Ilustración del siglo XVIII para buscar modelos positivos. Sin embargo, esto no sólo es difícil de argumentar en el ambiente intelectual actual del posmodernismo subsistente, hay numerosos errores definitivos y reales en la Ilustración que hay que analizar antes de que el tema pueda ser razonablemente abordado. En realidad, existe una bibliografía reciente considerable que, en nombre del feminismo y el posmodernismo, denuncia los principios de la Ilustración.[4] Sospecho que mucho de esto tiene que ver con una lectura demasiado superficial de la literatura de la Ilustración y/o una ignorancia de las importantes contribuciones de las mujeres en este período.

Mi propio compromiso con los principios de la Ilustración es moderado ya que los escritores de esta época eran extremadamente optimistas en su racionalismo, en su confianza en que la investigación científica, incluyendo la ciencia social, la económica y la política, podría resolver los problemas humanos. Si se aceptan los principios de la Ilustración se debería también recordar el escepticismo y la humildad de los primeros defensores del empirismo (hasta los griegos), lo que fue expresado adecuadamente por las últimas teóricas del siglo XIX, en especial L.A.J. Quetelet, Florence Nightingale y Beatrice Webb, a propósito del potencial de las intervenciones sociales bien intencionadas de tener consecuencias dañinas y la necesidad de un monitoreo estadístico continuo para determinar los resultados reales de cualquier actividad que genere efectos opuestos a los buscados.

Teniendo en cuenta estas limitaciones, argumentaré que los principios de la Ilustración brinda a docentes y estudiantes, buenos conocimientos filosóficos para el trabajo teórico y práctico. El término mismo de "ciencia social" proviene de la Ilustración, cuando Condorcet y sus amigos buscaban una "ciencia social" para fundamentar el "arte social" en la Revolución Francesa; arte social que no era inferior a esa mejor sociedad que buscaban crear, con libertad, igualdad y solidaridad. Los principios universalizadores que adoptaron, el reconocimiento de una humanidad compartida que remplazaba las rígidas jerarquías del sistema social, condujeron a los movimientos para la liberación de los esclavos y la igualdad de las mujeres.

Sin embargo, además de la literatura en contra de la Ilustración ya mencionada, en esta discusión se hicieron algunas afirmaciones respecto a que los valores de esa época estaban centrados en Europa, eran hegemónicos y excluyentes, en lugar de ser auténticamente universalizadores. Por supuesto, ninguna de las teóricas fue parte de las conquistas militares o de administraciones coloniales opresivas, pero creo que es importante mostrar cuán lejos están estas afirmaciones, incluso para el caso de los teóricos.

Es una verdad innegable que la literatura de la Ilustración proviene de una clase privilegiada de personas educadas y con tiempo libre para escribir y, necesariamente, excluye el amplio número de personas oprimidas. También es verdad que los escritores citados no protestaron por todas las formas de injusticia, en especial, la conquista de otros continentes (exceptuando la oposición a la esclavitud). Pero sus afirmaciones de una humanidad común —el universalismo de las Luces— por lo menos iniciaron el proceso de volver a cuestionar, lo que condujo a muchos movimientos de liberación. En lugar de criticar a estos valientes pensadores, cabe preguntar: ¿no deberíamos darles reconocimiento por los importantes avances que hicieron? ¿Otras personas hubieran dado el siguiente paso sin la visión de la Ilustración?

Por ejemplo, en el siglo XIX, Harriet Martineau protestó por el trato dado a los esclavos en Estados Unidos, a los negros liberados en el norte de ese país, a los aborígenes y por el estatus y el papel de las mujeres, todo lo anterior con base en

los principios del Siglo de las Luces. El universalismo de la Ilustración hizo posible que fueran entendidos y sentidos los vínculos comunes entre las divisiones de raza y género. De hecho, muchos de los escritores de la época se volvieron defensores de la terminación de la esclavitud y de la discriminación racial. Marie-Jeanne Roland, quien fue ejecutada durante la Revolución Francesa por ser una girondina liberal, protestó en contra la discriminación racial. Germaine de Staël, que tradujo al francés, publicó e hizo la introducción de los documentos de William Wilberforce en contra del comercio de esclavos, urgió a los dirigentes de Europa, en el tiempo del Congreso de Versalles, después de las guerras napoleónicas, para que aprovecharan la oportunidad de terminar con el comercio de esclavos.

Diderot, lejos de perpetuar crueles injusticias, fue prisionero por sus escritos y pasó mucho tiempo de su vida evadiendo a los censores (Wilson y Crocker). Voltaire fue prisionero y enviado al exilio por sus ideas (Pomeau), y tuvo que publicar algunas de sus críticas de la sociedad opresiva francesa por fuera de su país, en especial sus *Cartas inglesas,* 1733. Dedicó gran parte de su vida al mejoramiento de la condición de los campesinos pobres y a protestar por la crueldad del sistema del derecho penal francés, también defendió la recuperación del buen nombre de personas injustamente convictas, torturadas y ejecutadas. Condorcet fue miembro de la primera sociedad francesa antiesclavista y escribió un manifiesto para darle a las mujeres igualdad de derechos en la sociedad [1790]. Murió, probablemente delatado, al abandonar su refugio, cuando la pena por esconder fugitivos de la justicia era la muerte; había estado escondido después de ser sentenciado a muerte en la Revolución Francesa por oponerse a la constitución, luego fue sujeto a juicio por no ser suficientemente liberal.

En vez de condenar a esta gente por ser "eurocéntrica" o por apoyar la "conquista", sugeriría que se considerara esta pregunta: ¿el sujeto en cuestión envió gente a prisión, los forzó al exilio o los hizo ejecutar? ¿O este sujeto fue a prisión, fue exiliado o ejecutado? De otra manera, con la gente heroica se cometería la injusticia de confundirla con los opresores del Estado y la Iglesia; gente opuesta y en contra de las personas con quienes trabajaban, algunas veces con gran riesgo personal y sacrificio. Además de la pregunta con respecto al poder, se puede usar un indicador "aliado" para considerar cómo en realidad aquéllos que condujeron los movimientos de resistencia valoraron la ayuda de los "eurocentristas". Es así como se puede ver que los años que dedicó Harriet Martineau a escribir por la causa antiesclavista fueron muy apreciados por los líderes antiesclavistas, incluyendo los negros estadounidenses. Florence Nightingale, quien escribió por más de cuarenta años sobre asistencia médica pública en India, a menudo firmaba sus artículos para las audiencias en India como una compañera de lucha, y así fue mirada por los hindúes. Apoyó la primera generación de ciudadanos hindúes, especialmente fue un mentor de Gopal Krishna Ghokale, —a su vez mentor de Gandhi. El mismo Gandhi leyó a Nightingale cuan-

do era joven, en Sudáfrica (61-2). Nightingale realizó la primera investigación sobre la moral de los aborígenes en hospitales y escuelas de la colonia ("Estadísticas sanitarias de escuelas y hospitales nativos de la colonia", 1863). Si los participantes en las luchas liberadoras ven a alguien como un aliado, ¿quiénes somos nosotros, uno o dos siglos después, para condenarlos por ser "eurocéntricos"?

¿Cuál estándar de valores y prácticas es justo exigir a la gente del pasado? ¿Qué tan calificados estamos para la investigación y la enseñanza? Es obvio que ninguno de los teóricos de la Ilustración protestó por las injusticias de las que somos conscientes ahora. Pero ¿es justo denunciarlos por esto, cuando hicieron tanto por protestar por las injusticias de su época, de las que sí fueron conscientes, y hacer esto en nombre de principios universalizadores? Su valor y visión hizo posible que otros, más tarde, hasta e incluyendo nuestros días, protestaran por otras injusticias.

Una ciencia más holística, el vínculo entre teoría y práctica

Si aceptamos el modelo de la Ilustración (con las limitaciones sugeridas) veremos una posición más compartida entre los teóricos del siglo XIX, a menudo vistos como fundamentalmente opuestos. Desde esta perspectiva, observaremos de manera clara que las diferencias entre Marx, Durkheim y Weber son puramente *teóricas*, que compartieron una metodología común, basada realmente en los compromisos del Siglo de las Luces, para investigar y aplicarla al mejoramiento de la humanidad. Difirieron en *lo que* creyeron que era más importante estudiar (respectivamente, el capitalismo o una sociedad con una base económica más extensiva, la burocracia y las características sociales/políticas, o un modo de cohesión de la sociedad). También difirieron en cuáles variables debían enfocarse como primeras, explicativas e independientes (respectivamente, económica, religiosa o la división del trabajo). Pero compartieron una identificación común como *científicos*, comprometidos con la investigación positiva y empírica, que incluía el uso de medidas cuantitativas.

Debido a que con frecuencia este último punto no se entiende, y en realidad Marx y Weber muchas veces son presentados como defensores de metodologías muy opuestas a la corriente empirista, quiero urgir por una lectura más comprensiva de las obras de estos teóricos. Marx en sus últimos años diseñó un cuestionario para intentar evaluar la teoría del valor (Weiss). El cuestionario era mucho más difícil de llenar para los trabajadores franceses porque requería información detallada que sus empleadores deberían tener pero no tenían, y Marx suspendió la investigación. El propio Marx sostuvo que *El Capital,* aunque parece más una obra teórica con un estilo deductivo, era un libro basado en investigaciones científicas, y ofreció hacer cambios si los científicos le señalaban dónde estaba errado. Le envió una copia a un colega científico, Charles Darwin.

La amplia investigación cuantitativa de Weber ha sido analizada por Lazarsfeld y Obserschall. Es de notar que fue publicada en el mismo diario, el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik,* en que Weber publicó por primera vez su famoso estudio *La ética protestante y el espíritu del capitalismo.* Por el título de este diario, en que Weber era coeditor, es claro que estaban incluidos tanto el trabajo científico (Wissenschaft) como la política pública (Politik).

La tendencia que aún nos acompaña de denigrar de una obra "aplicada" o "práctica" en favor de la "pura" y "teórica", es algo que se evitaría si estuviéramos mejor fundamentados en los principios del Siglo de las Luces. La distinción entre teoría y práctica se remonta al siglo IV antes de la era cristiana, con Aristóteles; depende de una sociedad rígidamente dividida de tal forma que sólo un pequeño número de personas podía dedicarse al pensamiento filosófico y contemplativo, mientras que necesitaban un gran número de personas que ejecutaban las labores prácticas del campo y el hogar, de mujeres confinadas a papeles domésticos, junto con los esclavos y otros trabajadores. ¿Por qué querríamos emplear el modelo aristotélico?

En la Ilustración, la búsqueda por una "ciencia" en la cual basar el "arte" social, invierte esta jerarquía. El objetivo se vuelve la aplicación práctica para construir una sociedad mejor y más justa, con la ciencia como vehículo. Condorcet, matemático y defensor de la aplicación de la teoría de la probabilidad en la ciencia social, así como también feminista y opositor de la esclavitud, posiblemente fue la primera persona que usó esta conceptualización. Sin duda, fue uno de sus primeros defensores, en *Report on the General Organization of Public Instruction,* 1972. El empleo de la ciencia social para fundamentar el arte social de una sociedad más justa, equitativa e incluyente, seguramente es lo que también nosotros queremos para nuestros estudiantes.

Notas

[1] Esto puede verse incluso en algunos de los recientes libros de texto sobre teoría, como en Ashley y Orenstein, Hadden, Ritzer, Turner y Zeitlin.

[2] Este punto también lo afirma McDonald (*Classical,* 112-4).

[3] En la obra proyectada, *Collected Works of Florence Nightingale,* se le dedica un volumen, *Public Health Care,* a este punto.

[4] Esto está descrito y anotado, con ejemplos y refutaciones opuestas. *Women Founder,* McDonald *4-13 y 85-9.*

Obras citadas

Ashley, David, y David Michael Orenstein. *Sociological Theory: Classical Statements.* Boston: Allyn & Bacon, 1998.

Astell, Mary. *A Serious Proposal to the Ladies for the Advancement of their True and Greatest Interest.* Londres: J.R., 1701 [1694].

—. *Some Reflections upon Marriage.* Londres: Parker, 1730 [1700].

Bentham, Jeremy. *Works of Jeremy Bentham* 11. New York: Russell & Russell, 1838.

Cobbe, Francis Power. "Wife-Torture in England." *Contmeporary Review* 32 (1878): 57-87.

—. "The significance of Vivisection." *Victoria Society for the Protection of Animals from Vivisection Pamphlets* 2, 1891.

Condorcet, Jean A. Caritat de. "Sur l'Admission des Femmes au droit de la cité." *Œuvres complètes.* París: Didot 10 (1847): 119-30.

—, y "Report on the General Organization of Public Instruction". *French Liberalism Education.* New York: McGraw-Hill, 1932.

Crocker, Lester G. *The Embattled Philosopher.* London: Spearman, 1955.

De Staël, Germaine. "Préface pour la traduction d'un ouvrage de M. Wilberforce sur la traite des Nègres". *Œuvres complètes.* París: Treutell & Wurtz, 17 (1821): 369-75.

—, y "Appel aux Souverains reunis à Paris, pour en obtenir l'abolition de la traite des Nègres". *Œuvres complètes.* París: Treutell & Wurtz 27, 1821. 376-82.

—, y *Circonstances actuelles.* Geneva: Droz, 1979.

Gandhi, Mohandas K. "No. 80, Florence Nightingale" *Collected Works* of Mahatma Gandhi, Nueva Delhi: Ministerio de Información y Radiodifusión 5, 1994 [1915]: 61-2.

Hadden, Richard W. *Sociological Theory: an Introduction to the Classical Tradition,* Peterborough: Broadview, 1997.

Hobbes, Thomas. *Leviathan.* London: Pelican, 1968 [1651].

Lazarsfeld, Paul F., y Anthony R. Oberschall. "Max Weber and Empirical Social Research." *American Sociological Review,* 30, 2. (1965): 185-99.

Macaulay, Catharine. *Letters on Education,* New York: Garland, 1974 [1790].

Macpherson, C.B. *Political Theory of Possessive Individualism.* Oxford: Clarendon, 1962.

Martineau, Harriet. "The Martyr Age of the United States." *London and Westminster Review,* 321. 1838.

—. "The Negro Race in America." *Edinburgh Review.* (1864): 203-42.

Marx, Carlos. *Capital,* Harmondsworth: Penguin/New Law Review, 1977.

McDonald, Lynn. *Early Origins of the Social Sciences.* Montreal: McGill-Queen's University Press, 1993.

—. *Women Founders of the Social Sciences.* Ottawa: Carleton University Press, 1994.

—. "Classical Social Theory With the Women Founders Included." *Reclaiming the Sociological Classic.* Oxford: Blackwell, 1997. 112-14.

—, ed. *Women Theorists on Society and Politics,* Waterloo: Wilfrid Laurier University Press, 1998.

Nightingale, Florence. "Sanitary Statistics of Native Colonial Schools and Hospitals." *Transactions of the National Association for the Promotion of Social Science,* 1863. 474-88.

Quetelet, L.A.J. *Physique Sociale.* 2 vol. Brussels: Muquardt, 1869.

Pomeau, René. *Voltaire en son temp.* 5 vol. Oxford: Fundación Voltaire, 1985.

Rawls, John. *A Theory of Justice.* Cambridge, MA: Belknap, 1971.

Ritzer, George. *Classical Sociological Theory,* New York: McGraw-Hill, 1992.

Roland, Marie-Jeanne. "On Liberty". *Works.* London: J. Johnson, 1800. 132-8.

Rousseau, J.J. *Social Contract.*Harmondsworth: Penguin, 1968.

Taylor, Helen. "Paris and France." *Fortnightly Review* (1871): 451-8.

Turner, Jonathan H. *The Structure of Sociological Theory.* Belmont, CA: Wadsworth, 1998.

Voltaire, Françoise-Marie Arouet. *Letters concerning the English Nation.* London: Davis & Lyon, 1733.

Webb, Beatrice. *Methods of Investigation.* London: Sociological Society, 1906.

—, y Webb, Sidney. *The Bread-up of the Poor Law.* 2 vol. London: Longmans Green, 1909.

Weber, Max. "Zur Psychophysik der industriellen Arbeit." *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1910.

—. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism.* New York: Scribner's, (1958): 1904-05.

—. *General Economic History.* Glencoe IL: Free Press, 1950.

—. *The Agrarian Sociology of Ancient Civilization.* London: NLB, 1976.

Weiss, Hilde. "Marx's Enquête Ouvrière." *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy.* Harmondsworth, Penguin, 1963. 210-18.

Wilson, Arthur M. *Diderot: The Testing Years.* New York: Oxford University Press, 1957.

Wollstonecraft, Mary. *Works of Mary Wollstonecraft.* New York: University Press, 1989.

Zeitlin, Irving M. *Ideology and the Development of Sociological Theory.* Upper Saddle River. NJ: Prentice Hall, 1997.



La interdisciplinariedad y los problemas sociales

Alfonso Borrero, S.J. [1]

---

[1] Director del Simposio Permanente sobre la Universidad. Pontificia Universidad Javeriana.

Los ensayos descriptivos de las operaciones que hagan efectiva la *relación inter disciplinaria* destacan la importancia decisiva de la *interdisciplinariedad compuesta,* cuyo *objeto* y su *práctica* motivan el presente artículo.

Dejados entonces de lado y, por el momento, varios otros modos de *relación* entre las disciplinas —que es la esencia de la *interdisciplinariedad*— y sus peculiares propósitos y métodos, detengamos nuestra mente en la *composición* de disciplinas que, en relación *convergente,* se proponen el estudio y la solución práctica de un problema concreto.

Lo muy peculiar de la *interdisciplinariedad compuesta,* como aquí nos proponemos concebirla y explicarla para su ejercicio eficaz, dice más con la complejidad de los *problemas sociales* que hoy afectan negativamente la vida y el bienestar de los conjuntos humanos.

La interdisciplinariedad compuesta: su noción y su objeto

Además de los atributos de *compuesta* y *convergente,* otros se le asignan a este modo de la *interdisciplinariedad.* Se la llama interdisciplinariedad *normativa* porque la acción conjugada exige el establecimiento de *normas* de conducta o desempeño de las ciencias y de las profesiones. Normatividad que incide, ante todo, en la *restricción*

a que ha de someterse la participación de cada ciencia o profesión, de modo que todas y cada una, actuando con la virtualidad plena de su contenido científico, *restrinjan* su acción a sólo ofrecer tanto cuanto de cada una se demanda para la acción conjunta, de donde deriva el matiz de interdisciplinariedad *restrictiva*.

En virtud de esta restricción, se me antoja denominarla interdisciplinariedad *alícuota*. Aclaro: el conjunto *diez*, por ejemplo, está formado por cinco conjuntos binarios. Bastará entonces con que uno no actúe, para que el conjunto *diez* se limite a ser *ocho*. Hasta aquí el ejemplo ilustrativo. Con él se quiere decir que la ausencia o la deficiencia de una ciencia o profesión en la acción conjunta, necesariamente la deteriora. Otra u otras disciplinas tenderán a llenar, con menos o ninguna propiedad, el reducto vacío.

Bernard Lonergan, sobre las "funciones del método trascendental," explica que "los métodos especiales (de las ciencias particulares) derivan sus normas propias de las experiencias acumuladas por los investigadores en sus campos respectivos. Pero (que) más allá de tales normas, hay también otras que les son comunes a las ciencias, dada la existencia de problemas interdisciplinarios" que exigen el recurso a un "método trascendental." Los problemas interdisciplinarios demandan que "las ciencias se movilicen hacia una alta unidad de vocabulario, pensamiento u orientación, de manera que todas puedan contribuir significativamente a la solución de los problemas fundamentales." Y John Henry Newman, supuesta la validez científica de la teología, justifica la presencia teológica en las *com-posiciones* interdisciplinarias.

En fin, que a la interdisciplinariedad compuesta suele denominársela *teleológica* porque la acción convergente de las disciplinas y profesiones a que hemos aludido, no es otra sino la búsqueda de solución a un *problema* de marcada complejidad. Ilustro lo dicho con la movilización de un poblado sito en la depresión orográfica que, en el futuro, deberá alojar las aguas represadas de una central hidroeléctrica. Este problema no es sólo técnico. Hay aspectos de todo orden: ecológicos, demográficos, comerciales, jurídicos, arquitectónicos, económicos y muchos más, que entrarán en juego para que la empresa distribuya beneficios, con el mínimo de lesiones sociales y naturales. Por las razones apuntadas, este tipo de realización interdisciplinaria se dice práctica o *pragmática*: aboca y toma decisiones eficaces.

La relación necesaria y convergente de ciencias, profesiones y enfoques varios para que algún proyecto sea llevado a cabo con éxito, hace que el trabajo sea de interdisciplinariedad *compuesta*. Que las ciencias y las profesiones se sometan a normas de participación: inter-disciplinariedad *normativa*, consistentes ante todo en colaboración restringida: interdisciplinariedad *restrictiva*, porque sin restar en nada la acción virtual y plena del espíritu y el sentido de las disciplinas particulares o de las profesiones, cada una aporta cuantitativa y cualitativamente lo que se

le exige: interdisciplinariedad *alícuota*, sin pretensiones de liderazgo exclusivista por parte de ninguna y sin ambiciones de decir que el proyecto es sólo técnico, sólo ecológico o exclusivamente jurídico, religioso o económico.

En muchos estudios y empeños que se manejan con la *interdisciplinariedad compuesta*, puede ocurrir que haya cabida a la colaboración *paradisciplinaria*. El estudio de suelos, sea un ejemplo, es previo e indispensable para decisiones interdisciplinarias posteriores, en asuntos técnicos, agrícolas y, por descontado, sociales.

La práctica de la interdisciplinariedad compuesta

La práctica de la *interdisciplinariedad compuesta* o de *relación de convergencia* exhibe dificultades de naturaleza muy peculiar, porque en ella intervienen ciencias, profesiones, especialidades y enfoques, provenientes de diferentes ámbitos profesionales y académicos para estudiar y resolver los complejos *problemas* sociales.

Pero en este punto es necesario advertir, ante todo, que *los problemas no son ciencias*, si bien ha de aceptarse que toda ciencia surge de una cuestión, pregunta, asunto o problema que la mente se plantea, así a las ciencias se acuda para lograr que a los problemas se les dé el adecuado estudio y la acertada solución.

Sin embargo, hoy es frecuente que a los problemas se haga referencia con términos denominativos de las ciencias. Unas ciencias, recordémoslo, mantienen su nombre o denominación original, comenzando por la filosofía y la historia y, otras, las denominaciones emparentadas que se surten de los neutros plurales griegos, como la ética, la física y la metafísica, la matemática, la química, la botánica, la genética, y la teodicea —de la palabra griega por Dios y *diqué*, justicia— o teología fundada en principios de la razón... Por su parte, la ciencia de los cuerpos siderales y varias otras ciencias se dan a conocer con recurso a la desinencia *nomía*: la astronomía, la economía... La anatomía hace referencia al procedimiento de deslindar, cortar o analizar las partes de un compuesto para el correspondiente y separado estudio y, la geodesia, al método de observar y estudiar por grandes porciones la realidad estudiada. La geografía, la oceanografía, la etnografía y algunas otras, siendo ciencias reconocidas, parecen contentarse con sólo exhibir su flanco descriptivo. La desinencia griega *iatreia* perfila las artes médicas dedicadas al tratamiento y curación de muy típicos estados y dolencias: pediatría, geriatría, psiquiatría..., y *metría* presta su apoyo para denotar aspectos científicos de la medición. En fin, que la terminación *logía* es la más recurrente: designa, ciencias como la psicología, la antropología, la fisiología..., y suele suceder, además, que el antedicho acodo verbal se preste para referirse a justificadas inquietudes —como la ecología— y a preocupaciones sociales, y también intelectuales que, sin tener

definidos sus estatutos científicos, exigen tratamientos concertados. ¿Quién no es víctima del tráfico vehicular que aqueja las ciudades del planeta? Las abruma el *problema del tráfico*, pero carecería de sentido hablar de *traficología*.

Desde otro flanco muy pertinente a nuestro asunto, también las *profesiones* son objeto de clasificación. Cronológicamente, hablamos de las profesiones antiguas y de las modernas. Por las ciencias que sustentan su ejercicio, distinguimos las humanas y sociales de las profesiones biológicas, y de aquéllas: las técnicas, que se apropiaron de la palabra ingeniería. Se escucha establecer diferencias entre las profesiones académicas por la pureza del saber a que ellas se dedican, y las prácticas intelectuales también conocidas con el ya bastante ambiguo atributo de profesiones liberales. Existe el muy peculiar reducto de las profesiones espontáneas, por tan arraigadas en los connaturales ejercicios humanos de expresarse y comunicar; de organizar, dirigir y administrar, y de enseñar y educar, a diferencia de las profesiones que demandan los más cuidadosos procedimientos académicos y curriculares. Y, en fin, bien sabemos que, partiendo de criterios por demás sociales, cabe distinguir las profesiones por las diferentes formas de su ejercicio, si dependiente o independiente; por ser sus ejercicios más o menos socializables, y por la necesidad de establecer normas oficiales o sociales que garanticen la idoneidad de algunos ejercicios profesionales, para defensa y salvaguarda del individuo y de la sociedad.

Pero, viniendo al grano del tema que nos ocupa, nos preguntamos: ¿cómo clasificar los complejos problemas de la sociedad?

Casi toca los límites de lo prolijo e imposible trazarles síntesis a los modos o métodos adoptables en torno el estudio interdisciplinario y solución de los problemas. Cada *problema* exige e impone su propio método de trabajo y de *dinámica de grupo*.

Sin embargo, distingamos y anotemos, que en la pedagogía tradicional el *problema* se presenta o exhibe como un interrogante o *problema de conocimiento*, para cuya respuesta o solución se dispone, de antemano, de los medios para lograrlas. La respuesta ya existe; y si se acierta en el planteamiento, el proceso y la fórmula, indefectiblemente se llega al despeje de la incógnita. Como en un problema de matemáticas.

En concordancia con el de *problema*, la mente se halla ante una situación problemática, como suele decirse: que parece admitir diversas soluciones, acciones y actitudes. Ahora se trata de un *problema de acción* cuya respuesta no preexiste y que, por tanto, exige, para el acierto, pensar mucho y discurrir en torno a cuál sea, entre varias, la más adecuada y posible solución al problema entre manos. Inclusive, hay, en este caso, cabida franca a la intuición, y el problema y su respuesta constituyen el meollo y el objeto directo de la investigación. Ésta tanto más interdisciplinaria cuanto más complejo sea el problema que carece, vale la pena resaltarlo, de preconocidos planteamientos, procesos y fórmulas indefectibles. Ante un problema de esta naturaleza se exige creatividad, y diversas aproximaciones pedagógicas para descubrir el *qué hacer* y el *cómo actuar* frente a determinadas situaciones, coyunturas y circunstancias.

En razón de tan crítico y aperplejante asunto, insinuemos y señalemos cuatro aspectos de importancia:

El primero es la *tipificación y la localización de problema*. Para su *tipificación* convendrá, ante todo, cercarlo, como en polígono, entre aquellas profesiones, disciplinas académicas, especialidades, enfoques, que previsiblemente deberán aportar su parte alícuota al esfuerzo de lograr una solución al problema planteado.

Una vez tipificado, se pasará a *localizarlo* en un espacio demarcado por asuntos tan vitales como, por ejemplo, la *educación*, *la justicia*, la *salud* y el *hábitat*, término éste hoy muy usado para referirse a la ecología biológica, los recursos energéticos, la vivienda, y las relaciones y las comunicaciones, y a varios puntos de vista más, que no pueden ser ignorados.

Los cuatro asuntos o problemas críticos que destacamos, poseedores de un muy hondo fundamento *antropológico*, y hacia uno de los cuales se inclinará con mayor énfasis el problema sometido a estudio mediante la *interdisciplinariedad compuesta*, se explican porque en toda sociedad se trata de *educar* al individuo, y de velar por su *salud integral*, para que mejor se inserte en su medio político que ha de estar regido por los principios de la *justicia social*, y por las normas de la *justicia distributiva* que a todos y a cada uno de los ciudadanos les garantice los medios y los recursos para una subsistencia digna y las adecuadas relaciones: es el *hábitat*.

Precisando más el por qué de este marco de los cuatro núcleos o polos, se debe tener en cuenta que lo relativo a la *justicia* es estudiable desde la visión integradora de lo filosófico y no sólo desde la práctica en la administración de justicia u organización política, económica y social, o desde las técnicas profesionales del derecho. Que el problema de la *educación* padece la misma jerarquía desde sus conceptos filosóficos hasta las técnicas pedagógicas, pasando por la estratificación de los sistemas educativos, que garanticen la formación integral de la persona. Que el problema de la *salud* no se agota con la profesión médica, la técnica; sino que, asciende a los grandes sistemas de medicina preventiva y de los servicios de salud, y se hunde en los fundamentos filosóficos de la salud integral del hombre, que supera lo simplemente somático. Y que el problema del *hábitat* —que también podría llamarse de *relaciones múltiples*— desborda los límites de técnicas y profesiones, como la arquitectura y el urbanismo, y se abre a los horizontes de la psicología individual, familiar y social, y aún a los múltiples y variados sistemas de comunicación, hoy tan enriquecidos por la informática, y los transportes.

Bien entendido este *arreglo cuadrangular*, es fácil advertir que en su espacio tienen cabida lo magnos y complejos problemas, que no pueden ser clasificados a la manera que lo intentamos con las ciencias y las profesiones.

Los problemas de la paz, la pobreza, las migraciones y los desplazamientos, la ecología, el medio ambiente, el desempleo y el subempleo,

el tráfico que ahoga y fatiga las grandes ciudades, y tantos otros planteados en torno a éstos u otros clamores alarmantes, son tipificables y localizables, de manera interrelacionada, como proyectos de investigación y docencia, estables u ocasionales, en la *unidad académica* y estructural, que cada universidad conciba para crear conciencia efectiva frente a los polifacéticos problemas sociales. Edgar Morin, consciente como pocos de la complejidad de los problemas sociales y anheloso de la reforma universitaria, le urge a la sede del saber superior *instaurar Departamentos o Institutos dedicados a reconstituir, poli o interdisciplinariamente,* las ciencias y profesiones que en forma organizada y sistemática acometan con empeño el estudio y señalen la viable solución de los problemas que agobian a la sociedad.

Poco importa el nombre que a la tal *unidad académica* se le asigne. La Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia, con acierto la denominó *Facultad* porque esta palabra, en su entraña semántica e histórica —sacudida de su adventicio y estorboso reduccionismo burocrático— encierra la idea y el sentido de la *autoridad* y la *competencia científicas,* dispuestas a emprender *los estudios interdisciplinarios* requeridos para darles la atención y la dedicación debidas a los problemas sociales, cuando no situables en las facultades profesionales ni con recurso a la pluralidad dispersora, innecesaria y onerosa de institutos dispersos y distanciados. *Estudiar,* recordémoslo, en su esencia latina significa dedicarse con tesón y actitud apasionada y entusiasta al examen y a la acción efectiva. La Universidad Iberoamericana de México, en 1998, creó la División de Investigaciones Interdisciplinarias, cuyos Programas (Problemas) de Investigación Interdisciplinaria (PII) son: El modelo de desarrollo económico y social. El medio ambiente y la sustentabilidad del desarrollo; educación, desarrollo social y económico; y, el arte y la cultura.

De otra parte, la interdisciplinariedad no es tarea fácil. Es gestión de quienes saben y con autoridad científica y pericia relacionan y adunan su pasión y su entusiasmo en torno a los vitales problemas sociales. Por ello, la Facultad de Estudios Interdisciplinarios fue concebida en los niveles realmente investigativos del posgrado, en donde, ante todo, se engendraran, se exploraran, se pusieran a prueba y se enseñaran los caminos de la interdisciplinariedad. La Facultad, con poder de convocación, estaba llamada a conjugar esfuerzos y a ser maestra de la interdisciplinariedad universitaria, no excluidos los pregrados; puesto que sus currículos son susceptibles de algunas operaciones interdisciplinarias aquí no referidas, y en donde se debe predisponer la actitud interdisciplinaria del estudiante, sujeto predilecto de la formación integral.

La universidad carente del instrumento institucional que desarrolle y enseñe el cómo del difícil trabajo interdisciplinario, lo verá reducido a una veleidosa expresión estatutaria.

El trabajo colectivo: algunos procedimientos o métodos de trabajo en la interdisciplinariedad compuesta

La interdisciplinariedad compuesta, más que otras, exige *esfuerzo grupal* o *sinéctico*, como diría alguno. Y corresponde a cada *grupo* interdisciplinario generar su propio *procedimiento o metodología de trabajo*, que deberá ser propuesta y acordada en común, según sea la naturaleza o modo de ser del problema entre manos.

Sugerimos aquí *seis* posibles procedimientos de trabajo, en los cuales el autor de este artículo tiene cosechada alguna experiencia. Pero hay tantos caminos, cuantos puedan ser imaginados y convenidos por los grupos dinámicos interdisciplinarios.

El primer procedimiento propuesto consiste en descomponer el problema en su morfología, su fisiología y, digámoslo así, en su psicología o principio activo, que con la forma y la fisiología del problema en cuestión, causan las complejidades del mismo. Esta metáfora o concepción morfológica, fisiológica y psicológica del problema, por bien conocida —como es de suponerse— por todas las personas que integran el grupo, puede resultar útil para dar al problema el conveniente enfoque metafórico. Es, en cierta manera, un modelo que media entre la teoría y la realidad objetiva, sometida a estudio: el *problema*.

Expongamos como ejemplo, que el problema estudiable por la interdisciplinariedad compuesta sea una migración constante del campo a la ciudad cercana. Convendrá entonces someter a análisis la *forma* de la ciudad, sus servicios, sus facilidades de salud, educativas, de mercados, religiosos y otros más; en contraste, con los ofrecidos en las poblaciones y veredas circundantes de donde la migración procede. Es el estudio *morfológico* comparado, que se avanza hasta descubrir el modo como tales servicios *funcionan* en la ciudad, en parangón con el funcionamiento de los servicios correspondientes del poblado y la vereda: es la aproximación *fisiológica*. Por fin —aproximación *psicológica*— es de estudiar la *actitud* de las personas que emigran; pues habrá casos en que, así sean buenos los servicios prestados en sus localidades de procedencia, una fuerza interior, estimulada por otros atractivos y arribismos, impelen al campesino a desplazarse, pese a las dificultades que seguro encontrará en la ciudad.

Es indudable que estudiados en detalle estos aspectos por todo el grupo interdisciplinario, o distribuidos los tres análisis por subgrupos de personas, todos los participantes llegarán a conclusiones claras para solucionar el problema.

Otra aproximación metodológica de la interdisciplinariedad compuesta consiste en que una vez situado el problema dentro de su tipo, el grupo acuerde que el asunto debe ser estudiado desde un número determinado de *enfoques*. Para simplificar, digamos que el acuerdo concluyó en tres *enfoques* o *categorías*, que se escriben sobre los lados de una figura triangular.

A partir de estos tres enfoques o categorías convencionales —podrían ser más— puede el grupo total dividirse en tres subgrupos interdisciplinarios. Cada uno estudia el problema, y se comparan los resultados para sacar después una conclusión común.

O, mantenidos los tres subgrupos, cada uno estudia el problema bajo dos de los enfoques convenidos y se concluye, de nuevo, en la comparación de resultados. El paralelismo de los lados que en los triángulos internos el dibujo reafirma, indica los dos enfoques o categorías que cada grupo adoptó para sí.

También, si se quiere, y según sea el problema sometido a estudio, cada subgrupo lo estudiaría bajo una sola categoría o enfoque; se agrupan los resultados, se los relaciona, y se concluye en la solución o soluciones esperadas.

Desarrollo de esta sugerencia consistiría en que supuestos, por ejemplo, cuatro enfoques o categorías de estudio del problema complejo, se las haga corresponder a las cuatro caras de un *tetraedro*, sólido geométrico en que todos los lados tienen aristas y vértices comunes, en los cuales se relacionan, en interdisciplinariedad *convergente*, los cuatro enfoques o categorías bajo las cuales fue estudiado el asunto en cuestión.

Anotemos, a propósito, que en los años cincuenta el profesor británico Stafford Beer, creador de la Cibernética Organizacional, desarrolló el sistema de *sintegración* —*sínte*sis e inte*gración*— de variados puntos de vista, enfoques o categorías, propuestos para lograr consensos sobre algún problema de marcada complejidad. En la práctica, se podría partir del más complejo de los poliedros regulares: el *icosaedro* o sólido geométrico que tiene, como es sabido, doce *vértices*, treinta *aristas* y veinte *planos* triangulares; lo cual *predetermina* que el estudio en cuestión, deba ser *necesariamente* dispuesto en doce *temas* que han de ser estudiados por treinta *personas* o grupo de personas, que toma a su cargo el estudio directo de tres de los temas. El sistema, así concebido, resulta en demasía predeterminado por el sólido geométrico del cual se parte, sacrificándole así a las ideas la versatilidad de su flujo y vuelo. No es claro que este *apriorismo* geométrico se relacione siempre con la complejidad de los problemas sociales.

Otro procedimiento puede ser el utilizado para el estudio de los sistemas post-secundarios en el mundo. Este procedimiento da suficiente idea del modelo que media entre la integración teórica del problema: lo postsecundario y la realidad estudiada. En el fondo, si bien se advierte, está implícita en esta metodología la metáfora biológica de morfología, fisiología y psicología universitaria.

Un tema que se encuentra sobre el tapete de la discusión mundial, es el de la *ecología social* que podría ser combinadamente estudiado bajo los enfoques *políticos, jurídicos, técnico-científicos, actitudinales y prácticos; económicos, educativos* y *pedagógicos; históricos, antropológicos, religiosos y teológicos;* y *constitucionales y legales*:

- El enfoque *político*, porque la preocupación por el medio ambiente asume dimensiones universales y el paradigma de referencia parece inclinarse en beneficio del hemisferio norte y de las élites del meridional, lo cual ha conducido a manifiestas incomprensiones del problema. Países del Tercer Mundo piensan no estar en la condición que les permita darse el lujo de proteger los recursos naturales que poseen y que, por tanto, no deben ser culpados de producir el agotamiento de los bienes de la naturaleza, necesarios, por otra parte, para el desarrollo económico de los países industrializados.

- El segundo enfoque, el *jurídico*, comenzaría por estudiar los derechos y deberes individuales, en el plano *espacial*: regional, nacional, planetario; tan relacionado con el concepto de país o territorio, y en el plano *temporal*: el intergeneracionales, previsto que por sucesión histórica las futuras generaciones tendrán también derecho a los recursos naturales que cada una de ellas debe legar a las sucedáneas. En ambos planos, se trata, como es obvio, de un problema de justicia y de derecho a la vida.

- El tercer enfoque —*técnico-científico*— precisa los recursos sobre los cuales el individuo y los presentes y sucesivos grupos humanos, ejercen sus derechos y practican sus deberes. En gran síntesis nos referimos al *aire*: la atmósfera, la estratosfera; al *agua*: las fuentes, los ríos, los lagos, las cumbres nevadas, los mares y los océanos; el *suelo*, sustento fundamental de la vida en el planeta y, finalmente, la *energía*.

- La aproximación *actitudinal y práctica* al problema ecológico, recorre estudiosamente las actitudes y actuaciones que las personas y las colectividades suelen adoptar frente a los recursos naturales y a los bienes físicos de la cultura.

Podría decirse, en principio, que dichas actitudes y actividades van desde la contemplación hasta el abuso, pasando por la preservación, la reserva, la conservación, la utilización y la transformación tecnológica; que pertenecen al capítulo de los usos justos y racionales de los recursos, y por aquellas que los degradan en su calidad y los consumen y agotan de modo irreparable.

- Indudablemente, hay cabida a la restauración y a la renovación de los medios ecológicos. Pero, si posible, ¿a qué costo lo es? Esta pregunta plantea y, al menos, introduce el enfoque *económico* del problema.

- Al discutir las causas del deterioro y la destrucción ecológica, se da entrada al enfoque *educativo y pedagógico*, para removerlas. Son, entre otras, la inconsciencia, la indolencia y la ignorancia; la pobreza y también la riqueza ambiciosa, y el mal uso de los grandes agentes tecnológicos.

Mucho enseña la historia para no repetir sus errores, aspecto del estudio ecológico bien complementable con los enfoques *históricos*, *antropológicos*, *religiosos* y *teológicos*: judaicos, judeo-cristianos, budistas y sintoístas, islámicos, y los polifacéticos de la religiosidad africana.

Enfoque ilustrativo lo aportaría el estudio comparado de las *normas constitucionales* y legales vigentes en varios países, sobre el asunto ecológico.

De reciente cuna es el interés despertado por las relaciones entre la Ciencia, la Tecnología y la Sociedad, que han conducido a la creación de un nuevo campo de estudio —*study field*— interdisciplinario, en universidades europeas y norteamericanas. STS lo llaman las segundas (*Science/Technology/Society*). Sumando varios pareceres, la distribución poligonal, pero convergente, correspondería a la *historia y la filosofía de la ciencia y la tecnología*, para constituir el aporte humanístico; las *ingenierías* en cuanto concebidas como altas tecnologías; la *filosofía de los valores*: nueva contribución humanística; la *política de la ciencia y la tecnología*: vertiente política, y la *ciencia jurídica*. Hay, además, la laudable tendencia a incluir en el juego interdisciplinario, la *naturaleza*, para acentuar el aspecto ecológico que arriba diseñamos. Como quien dice, y para ser sintéticos, que al acrónimo STS se agregarían la V: *Values*, valores, y la N: *Nature*, naturaleza, que lleva implícita la *economía*, a no ser que la trama interdisciplinaria dé a esta disciplina ingreso explícito en el drama de tanta actualidad.

El esquema de *temas* y *enfoques*, aplicado en los Seminarios Generales del Simposio Permanente sobre la Universidad, es un procedimiento de trabajo que puede resultar útil para obtener la visión panorámica e integrada de otros asuntos distintos a la Universidad.

Finalmente, la teoría y el *análisis de sistemas* ofrece procedimientos ilustrativos para el estudio y la solución de problemas, previa elaboración de modelos adecuados. En este punto, me limito a señalar posibilidades, sin osadía de 'limpiar' caminos.

La dinámica de grupo: comunicación, coordinación y dirección

Cualquiera sea el problema entre manos, su naturaleza y el procedimiento de trabajo que se adopte, el grupo que lo estudia y le busca soluciones requiere *comunicación*, *coordinación* y *dirección*.

Al grupo, se supone, pertenecen personas de diversas procedencias disciplinarias y profesionales, de seguro carentes de un lenguaje común. Se impone entonces desarrollar alguna *comunidad* de lenguaje que supere las jergas triviales y particulares; de terminología técnica y científica. Lenguaje *de* y *para* la tarea interdisciplinaria.

Más aún, que el grupo acuerde significados para las palabras del corriente hablar, pero que no despiertan en todos idéntica imagen mental. Por ejemplo, una palabra de tanto uso como *constitución* suscita especies mentales diferentes: en el jurista, *constitución política*; en el psicólogo, *constitución anímica*; en el sociólogo, la *organización social*. Y viniendo a otros campos, la palabra constitución, al electrónico quizás le hable de estado sólido y al ingeniero y calculista, de la *estructura* fundamental de un edificio u obra civil.

Pero este lenguaje o capacidad de comprensión debe buscarse más profundamente en preámbulos comunes, que derivan de la semántica y las etimologías, de la epistemología, del conocimiento profundo, seguro y práctico de la lógica, de la lógica matemática, de la teoría de sistemas, que obrarían, por lo menos, con carácter de transdisciplinas.

De este será posible convenir en la forma de integración teórica que se adopte respecto al objeto complejo por conocer, y que el grupo acuerde cuál ha de ser, en cada momento, la ciencia diagonal o instrumental —transdisciplina— más adecuada para el efecto.

Esta integración teórica conduce a la construcción del modelo que sea en sí mismo la descripción adecuada del problema, de manera que entre el asunto sometido a estudio y la teoría elaborada en común, medie el modelo o elaboración abstracta que, así sea en forma aproximada, esquemática y quizás idealizada, represente el problema concreto y los senderos de solución.

En todo grupo humano operativo, bien lo sabemos, la *coordinación*, la concertación y la integración de las personas, suponen organización, *dirección* y liderato.

La naturaleza del problema que se trata, su localización y tipificación, el procedimiento de trabajo y quizás el modelo escogido, ayudan a determinar quién haya de ser la persona que lidere y dirija, y si tal labor ha de cumplirla como persona o desde el punto de vista de su dominio científico, profesional y especializado. En esto no creo que exista principio alguno irreversible. Hay tantos acomodos posibles como grupos, problemas y procedimientos de trabajo, y modelos adoptados.

Lo importante sigue siendo que ninguna profesión, especialidad, disciplina o enfoque, intente aprisionar entre sus yemas digitales la batuta orquestal, más allá de lo que llegue a ser evidente y necesario.

Como en todo esfuerzo de grupo, de las personas que lo integran se espera —prerrequisito de orden psicosocial— un cierto espíritu de renuncia y connivencia. De generosidad. El grupo interdisciplinario de trabajo no es necesariamente un concurso de personas omniscientes. Es sociabilidad afectuosa y efectiva de quienes saben. En ésta, cada uno aporta lo suyo y en lo suyo, en forma restrictiva y alícuota, y sin dar cabida al egoísmo personal que al estudio y a la solución deseada les negaría la colaboración requerida, pues se trata de actuar no sólo *como*

en equipo, sino *en* equipo. De *com-partir* más que en *re-partir* acciones y responsabilidades.

Es evidente que todo trabajo de interdisciplinariedad compuesta tiene, a más de su esencia científica y técnica, implicaciones de orden financiero, político y jurídico, e institucional. En beneficio del trabajo que se debe llevar a cabo, distínganse estos aspectos. Convendrá atender primero a lo científico y económico. Después, véanse cuáles son las implicaciones políticas y jurídicas del asunto. Digamos que por higiene, pureza y claridad en el trabajo, deben deslindarse todos estos aspectos sin que por ello se los ignore. Distinguir no es separar ni prescindir. Que de esta manera será más fácil anticiparse a las actitudes emotivas que surgen dentro del grupo interdisciplinario.

Recordemos, para concluir, que si *"las universidades tienen departamentos, la sociedad tiene problemas"*. Vale el dicho. Los problemas de la sociedad son complejos y sus vectores vienen entrelazados, lo cual exige que los departamentos, facultades e institutos universitarios, por la interdisciplinariedad, superen los abismos que las separan, y concierten acciones. De lo contrario, mientras las *unidades académicas* universitarias se encierran en egoísmos, la sociedad sigue padeciendo necesidades.

Obras citadas

Lonergan, Bernard. *Method in Theology*. Reprint edition. Toronto: University of Toronto Press, 1990.

Morin, Edgar. *Articular los saberes.* Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador. 1998,

Newman, John Henry. *The Idea of a University.* New Haven: Yale University Press, 1996.

Beer, Stafford. Decision and control : the meaning of operational research and management cybernetics. New York : J. Wiley, 1994.



La verdad y la narrativa adecuada: la historia después del posmodernismo

Nancy Partner[1-2]

---

[1] Departamento de Historia, Universidad de McGill.

[2] Traducido por Lina María Escovar y Mercedes Guhl.

Hace poco tiempo tuve una vivencia posmoderna interesante. Estaba en el sur de la Florida, viendo las noticias de la noche en la televisión, en un canal afiliado a una de las cadenas locales, y me dejé llevar por uno de esos momentos que son como el equivalente mental a un pestañeo de mayor duración. La presentadora del noticiero hablaba, con ese estilo medio enfático de rutina, de un cierto episodio de violencia doméstica que había sido reprimido por la intervención oportuna de la policía, tras una llamada al 911. No había estado escuchando la noticia con mucha atención, pero de repente tenía la mirada fija: veía a un hombre y a una mujer —gritos sordos que no lograba oír muy bien—, ella estaba retrocediendo. Él la empujaba. Mi mirada parecía salir de algún lugar detrás de ellos, en una sala más bien pequeña en la que, de una manera extraña, el color había desaparecido, al igual que el sonido. La imagen saltaba como en las producciones hechas con cámaras de aficionado. Luego, la policía entró por la que debía ser la puerta delantera. Yo apenas tuve tiempo para pensar '¿qué estoy viendo? ¿cómo puedo estar viendo esto?' Cuando la palabra "DRAMATIZACIÓN" apareció en la pantalla por uno o dos segundos, mi confusión cedió a esa mezcla, cada vez más común de "engaño" y "hastío" en partes iguales.

Esto ocurre mucho en la actualidad, se produce una noticia de suficiente interés humano para ser transmitida, pero no hay imágenes. Los productores de

noticieros y documentales, que detestan mantener una cara hablando sin hacer cortes a otras imágenes, se acercan a los recursos de la ficción —desde las imágenes de archivo, pasando por diversas gradaciones de verosimilitud, hasta el docudrama, la representación, o la llamada dramatización—, siendo la crudeza de la secuencia precipitadamente artificiosa, una ventaja positiva en el caso de la Florida. El *video vérité* sustituye a la verdadera secuencia documental, enmarcado por todas las convenciones visuales que diferencian al reportaje noticioso del programa de ficción, aumentando y atenuando, de manera simultánea, el valor acumulativo de verdad, en el mismo momento combinado (o confundido).

Esta técnica de incorporar ficciones dentro de los confines de un género que por convención tiene pretensiones de verdad (en este caso, las noticias); es, hoy en día, una violación al protocolo implícito en cualquier medio de comunicación moderno de ofrecer información que se atenga a los hechos; además, las discusiones acerca de la vaguedad de los géneros tienden a considerar tales técnicas como las responsables de sobrepasar las fronteras, de ir en contra de los límites o, de otro modo, de aventurarse en una dirección externa e inexplorada; si bien, no necesariamente acertada. Cuando un noticiero de televisión se adentra en esa área gris, pasa desapercibido sólo porque el evento ficcionalizado es local y carente de importancia.

Sólo el beneficio de una educación con componentes clásicos o medievales en el desarrollo a largo plazo de la literatura con pretensiones de verdad, permite que uno goce de la reacción mental tardía de reconocer convenciones literarias antiguas y medievales, que vuelven a la vida de manera extraña, en lugares bastante inusitados. Es muy difícil tratar con el fenómeno de la ficción dentro de la historia en sus propios momentos y lugares culturales, desde la antigüedad hasta el siglo XVIII, a pesar de la excelente orientación académica disponible. Quienes trabajamos en los campos que se ocupan de la escritura histórica temprana, sabemos que asuntos importantes de las relaciones escritor/lector; verdad y representación; intención del autor y recepción del lector; no han sido borrados ni resueltos mediante llamados a la "alteridad" cultural, y a la larga extensión de tiempo; sino que continúan siendo retos agudos para estudios serios en varios campos premodernos.[1] Sin embargo, el ver estas formas anticuadas de representación que asociamos con el pasado lejano, y con visiones del mundo completamente diferentes, presentadas en el medio indiscutiblemente moderno de la televisión, y saber que esta extraña amalgama de lo antiguo y lo moderno se va a discutir, en forma inevitable, bajo el título de posmodernismo, resulta un poco desconcertante.

Es cierto, sin duda, que el "giro lingüístico" que llevó a las técnicas del análisis crítico literario a influir en el discurso histórico ha sido acusado de debilitar la fe en el conocimiento histórico, tal como lo produce la disciplina moderna. Y aquí incluyo bajo la categoría de giro lingüístico a la teoría retórica y los tropos poéti-

cos tal como los usa Hayden White; el cambio profundo que la semiótica le dio a las nociones comunes de significado de las palabras; las técnicas de la desconstrucción; y la teoría narrativa tal como se aplica a las narraciones a gran escala. Los libros recientes (de estudiosos angloparlantes de Inglaterra y Australia) con títulos como *The Defence of History* (La defensa de la historia) y *The Killing of History* (El asesinato de la historia) son reacciones contra giro lingüístico, principalmente motivados por la rabia y el resentimiento hacia los estudiosos, casi todos ellos historiadores profesionales, la mayoría estadounidenses, que se han atrevido a introducir, dentro de la interpretación del discurso histórico, el lenguaje crítico y las categorías de análisis anteriormente reservadas a los estudios literarios. La objeción general parece ser, que si se reconoce un lenguaje crítico de análisis común para dar cuenta tanto de la historia como de la ficción, entonces se le abrirá paso a la implicación de que la ficción y la historia son, en esencia, la misma cosa. Si utilizamos la misma gama de herramientas críticas para examinar y analizar una serie de objetos lingüísticos, entonces, se alega que estos objetos surgirán, inevitablemente, como una cosa genérica indiferenciada hecha de palabras, y esta cosa será incapaz de describir los hechos, la verdad y el estado real del mundo. No será susceptible a la verificación. No habrá distinción entre lo ficticio y lo no ficticio. Es una acusación que se presta fácilmente a ser rechazada e incluso ridiculizada (en especial cuando la gente pone palabras recargadas como "defensa" y "asesinato", en el título de libros acerca de teoría de la historia), pero la preocupación es bastante seria.

Se trata de una preocupación que gira alrededor del lenguaje. Esta atención al lenguaje que transmite información histórica; y a las prácticas y convenciones de representación, que inscriben el realismo y la factualidad en la prosa narrativa, es lo que se considera como la esencia de la teoría histórica 'posmoderna', en sentido más bien peyorativo y amenazador. Para algunos de nosotros, hay algo casi cómico (en cierta forma triste) en el hecho de que la historia, casi sola entre las prácticas literarias e intelectuales más importantes, nunca haya tenido una teoría hasta el posmodernismo, y que ahora todo el mundo se queje de que está siendo destruida desde dentro por éste y por la teoría histórica. La historia, reconocida en su forma occidental, fue creada por los escritores griegos del período clásico. Sus características eran: 1) la prosa, 2) la estructura narrativa, 3) un acuerdo escritor/lector de pretensión de verdad, invocado por ciertas convenciones y señales textuales, 4) un objeto de estudio centrado en la política, la guerra, y otros asuntos seculares, 5) un autor identificado que escribía bajo su propio nombre y 6) un uso especializado de las técnicas de la ficción, para propósitos relacionados con la interpretación histórica.

En sus inicios, la historia fue un modo específico de producción literaria —una combinación de ciertos objetos de estudio con ciertas técnicas formales. Tenía un

objeto de estudio vago pero reconocible, usualmente señalado mediante el término "hechos" o "grandes hechos" (la *res gestae* común para los lectores de poesía épica), ciertas funciones sociales y culturales específicas, pero no exclusivas, relativas a la ética en la vida pública y la moral individual; y, siempre se hacía en prosa. Si se suman los ingredientes traídos a la historia por el cristianismo (la sensibilidad hacia la voluntad divina representada en los sucesos humanos, un mayor respeto por la gente común que puede mostrar gran santidad, y un intento por valorar los sucesos seculares por sus significados figurativos o alegóricos), la historia escasamente cambió a lo largo del desarrollo europeo de los siglos posteriores al imperio romano. Seguía siendo en prosa; y, una forma de producción literaria. No necesitaba una teoría y no atraía un minucioso examen filosófico o especulativo porque sólo era practicada: nunca enseñada. La historia, como una forma especial de literatura, reflejaba y expresaba los profundos presupuestos y preocupaciones de las culturas que la producían. En la Edad Media, esto incluía una mayor conciencia de lo sobrenatural que se expresaba en términos históricos mediante "textos" de milagros, maravillas y revelaciones del Otro Mundo. Cuando los intereses religiosos cambiaron su enfoque, más o menos después del siglo XV, los sucesos explícitamente sobrenaturales se alejaron de la historia. Ésta seguía siendo lo que siempre había sido: un complejo relato a gran escala sobre los significados de la vida humana colectiva, en la sociedad organizada, en el tiempo.

Durante un breve momento cultural, desde finales del siglo XIX y hasta las primeras décadas del XX, la historia se hizo llamar ciencia y obtuvo reconocimiento como materia universitaria de enseñanza e investigación. Los historiadores practicaban y enseñaban su disciplina como una ocupación de tiempo completo, formaban asociaciones profesionales, etc., pero no había una teoría científica que acompañara este curso de profesionalización, ahora bien conocido. Unos cuantos términos discretos como científico, objetivo, hipótesis y evidencia, utilizados para describir la evaluación racional de las fuentes, era el punto máximo al que llegaba esta autoconciencia científica. Una vez que se hizo indudablemente claro que la profesionalización no iba a producir nada parecido a las leyes totalizantes o los resultados reproducibles que emergían de todos los demás campos científicos, la historia abandonó en gran parte esta pretensión, pero mantuvo su distancia con respecto a la literatura, ignorando uniforme y completamente, la actividad central de la escritura, tratándola como un accidente necesario; pero, insignificante, de la comunicación humana.

El lugar todavía común de la autodescripción de la producción académica de tesis implica una investigación de la evidencia, seguida de la actividad completamente distinta de 'transcribir eso' —una frase sutil que sugiere que 'eso', un pronombre neutro sin referencia clara—, es la historia misma, que se va a producir

en una forma escrita accidental. 'Transcribir eso' suena tal vez más parecido a la forma en que los científicos inscriben los resultados del laboratorio y 'anotar eso', en cambio, es lo que se hace con lo que uno quiere comprar en el mercado, o se fija el recuerdo de un sueño. La historia académica aún tiende a asemejarse al lenguaje del taller, de la mesa de trabajo, y el trabajo de campo: aún hablamos de 'hacer' la historia; 'construir' la historia; 'llenar un espacio' en el registro histórico; como si nuestras herramientas fueran el cemento o el metal, y no las palabras. No cabe duda de que a los estudiantes de postgrado, nunca se les enseña de manera significativa que están recibiendo formación de escritores, o que están trabajando primordialmente en una disciplina literaria.

He dicho que la historia nunca tuvo una teoría antes del posmodernismo. Sí tuvo tentativas filosóficas. La filosofía preposmoderna de la historia era completamente abstracta: pensamientos abstractos acerca de los avances de la sociedad humana a lo largo de vastos períodos de tiempo, completamente indiferentes con respecto a la forma exacta en que se sabía de esas sociedades pasadas, de sus organizaciones y constituciones, y de los sucesos a cualquier escala que ocurrían en ellas, o a ellas. La filosofía de la historia, ya sea dialéctica, marxista, o perteneciente a cualquier otra ideología, tiene la característica de ignorar la escritura histórica —dando por hecho, con una aceptación total sin cuestionamientos, la cosa misma de la que trata la filosofía tradicionalmente— la relación de las palabras frente a la realidad. Y es aquí donde la 'teoría', en el sentido que ofrece el giro lingüístico, está dirigida hacia los propósitos para los que se inventó en principio la filosofía: para examinar cómo el artefacto humano del lenguaje; puede, o no, producir formas que le den una base al conocimiento del mundo.

El estructuralismo, una técnica esencialmente literaria, enfocó primero su atención en el lenguaje como un elemento 'constitutivo'; en sí mismo, cargado de contenido, y no apenas como un medio pasivo, plástico o transparente de la historia, presentado a los historiadores mediante la obra de Hayden White, cuyo análisis de la narrativa histórica en términos de las estructuras a gran escala de los tropos retóricos continúa despertando, aún en este momento, una forma deliberadamente enfurecida de controversia. El posestructuralismo, que más tarde evolucionó hacia el término más amplio de 'posmodernismo', también ha trabajado para reintroducir el lenguaje en la historia, por medio de la semiótica, la desconstrucción, y otras técnicas de crítica literaria que enseñan una hipersensibilidad hacia las propiedades incontrolablemente polisémicas del lenguaje y, una vez más, hacia la estructura inevitable de los tropos poéticos.

Ahora, en muchas partes se culpa de deshacer y desestabilizar a la historia como forma de conocimiento al reconocimiento, al que unos se oponen y que otros niegan, de que la historia, en un aspecto inevitable y central de su naturaleza como el

artefacto cultural que expresa de manera visible el lenguaje y la memoria humanos, es una cosa compleja hecha de lenguaje. Estos desarrollos, somera y superficialmente esbozados aquí, explican por qué la teoría de la historia, en este nuevo sentido, es con frecuencia acusada de exponer la historia a la amenaza de la ficción. La resistencia a describir la historia como algo basado en el lenguaje en cualquier sentido básico es, en el fondo, una resistencia a la palabra o idea de *ficción* para describir cualquier aspecto del discurso histórico, no importa cuán abstracto sea, como quiera que toma sus formas características de la prosa narrativa.

Yo misma pienso que antes de que nos rehusemos, de manera colectiva, a aceptar el concepto de ficción bajo cualquier papel en el significado de la historia; o, al menos, antes de que lo denunciemos y lo abandonemos, podría ser útil que tengamos en cuenta por un momento lo que este concepto hacía en realidad dentro de las historias durante tantos siglos, antes del XVII o XVIII.

Durante varios siglos de escritura histórica, la ficción ocupó un espacio amplio e indiscutible en la narrativa histórica porque: 1) cumplía la labor de llenar ciertas funciones, mejor de lo que lo hacía el lenguaje discursivo, desprovisto de técnicas de ficción y 2) no había ninguna barrera ideológica importante que se opusiera al uso de la ficción para transmitir información histórica. No había, en términos modernos, ningún estándar establecido comparable para la información —ningún estándar científico, epistemológico, realista o moral—, con respecto al cual se pudiera juzgar la ficción histórica. Por mucho tiempo, la ficción y la historia se fundieron ideológicamente en una visión común, en un propósito común, en una ética común. Pero obras completas de ficción (la épica, el romance, los *fablieux*, etc.) y obras históricas no pertenecían al mismo género.

Toda la academia moderna interesada en estos campos de la historiografía temprana reconoce que, para la tradición occidental, los principales géneros con pretensión de verdad (la historia secular desde sus orígenes clásicos griegos, extendiéndose hasta la antigüedad latina y las escrituras griegas y hebreas, que basaban la relación de Dios con los hombres en los sucesos de este mundo) son, en términos literarios, amalgamas de afirmaciones ceñidas a la evidencia y ficciones que gozan de una licencia tácita, reunidas bajo una pretensión genérica de verdad. Esta pretensión, que extiende su autoridad a todo el texto, se anuncia a menudo de manera abierta (con el prefacio de Tucídides a su historia de las Guerras del Peloponeso como el *locus classicus* de la tradición histórica). El uso de la ficción siempre está presente en el discurso antiguo con pretensión de verdad; y, así, debemos inferir, lo permitió el consenso cultural, pero la naturaleza de esta 'licencia' es, en sí misma, un efecto silencioso implícito de la lectura, aún muy discutido entre los clasicistas. Con respecto a la tradición griega y romana, se mantiene una ansiedad fundamental, que se convierte en irascibilidad en las notas y reseñas académicas,

por encima de las prácticas retóricas de 'amplificación', 'invención/*inventio*', '*ornare*', y demás relacionadas que impliquen construir y rellenar un reporte puramente fáctico con contenidos apropiados y verosímiles, incluyendo más eventos, eventos ficticios, así como también componiendo discursos ficticios atribuidos a personajes históricos.

Un tradicionalista como Charles Fornara, insiste en que las elaboraciones verosímiles estaban controladas y limitadas por los hechos establecidos y eran, por lo tanto, "irrelevantes para las categorías de 'hecho' y 'ficción', 'verdad y falsedad', 'honestidad y deshonestidad", con tanta frecuencia aplicadas para descrédito de los antiguos" (135).[3] Según la opinión de Fornara, la actividad de la mimesis histórica, tal como se entendía en la antigüedad, tenía un firme núcleo moral: "si se desarrollan las posibilidades inherentes a un dato verdadero, *ornare* es legítimo; si se hace a partir de una ficción (donde la psicología podría ser deleitar al lector), la práctica es culpable" (136).[3] En estas opiniones, Fornara se mantiene centrado en la tradición fundamental de la academia clásica, que siempre ha defendido a los historiadores de la antigüedad como fundadores de la disciplina moderna, comprometida con la verdad.

En el otro polo del espectro contemporáneo, el clasicista Anthony J. Woodman nos empuja a "librarnos de la noción errada de que para los antiguos 'la visión de verdad histórica era igual a la nuestra'. Para nuestro modo de pensar moderno, resulta extraño insistir en que el núcleo [de hechos] debería ser verdadero, cuando la elaboración de ese núcleo es, por definición (en nuestros términos), falsa. Pero es claro que las cosas no se presentaban así para los antiguos" (74).[4] Según esta perspectiva, los escritores y lectores de su tiempo, entendían la historia antigua simplemente como una subclase de la retórica, en la que el núcleo del material fáctico era por costumbre trastornado e incluido dentro de una narrativa inventada de escenas, discursos y sucesos no fácticos, al servicio del entretenimiento y la ética. A la visión de Woodman se une un reducido pero distinguido grupo de académicos.

A pesar de estar en desacuerdo en todos los demás particulares o conclusiones, Fornara y Woodman concuerdan de manera implícita en que aquello sobre lo que están discutiendo es algo genéricamente llamado historia, una especie de composición en prosa, gobernada por un acuerdo, entre escritor y lector, de pretensión de verdad, que intenta ofrecer un informe de los sucesos del mundo real. El área de desacuerdo tiene que ver con qué tanta verdad prometió de manera implícita la pretensión de verdad del historiador, y cómo afectan los pasajes de ficción a esa verdad. Y, en general, las aproximaciones modernas al género, la cuestión básica de la historia o la ficción, están orientadas hacia la función cultural y los fines discursivos sociales. El académico de la Biblia y teórico de la narrativa, Meir Sternberg (en su libro indispensable para este tema, *The Poetics*, y en sus impor-

tantes artículos de *Poetics Today*), ha expuesto el problema historia/ficción de manera más lúcida que cualquier otro académico: "Porque la escritura de la historia no es un registro del hecho, de lo que —'realmente pasó'— sino un discurso que pretende ser un registro del hecho. Tampoco la escritura de ficción es una trama de invenciones libres, sino un discurso que reivindica la libertad de invención. La antítesis no yace en la presencia o la ausencia del valor de verdad, sino en el compromiso con el valor de verdad" (25).[5] Desde la antigüedad temprana hasta hace poco tiempo, la expansión ficcional de contenidos fácticos era una práctica aceptable y convencional dentro del discurso literario que tenía una seria pretensión de verdad, como instrucción genérica de lectura.

La función más visible y característica que guía la forma de la ficción en las narrativas medievales con pretensión de verdad, fue expuesta de una manera lúcida en el clásico ensayo de Morton Bloomfield (175-98). El tipo de 'realismo' al que se refiere Bloomfield es un artificio complejo de efecto literario, no una correspondencia ingenua entre las palabras y un pretendido mundo real, y es parte de la estrategia básica para la aceptación de cualquier narrativa (la narrativa misma siendo una estrategia de autenticación para la transmisión de información). A una escala superior, como lo anota Bloomfield, las tradiciones religiosas cristiana y judía, basadas en la revelación y la historicidad, han tenido una "influencia poderosa en asociar autenticación y narrativa" (182-3). Él sitúa los esfuerzos de autenticación más intensos en las vidas de los santos de la Edad Media, donde "el autor o narrador de la vida de un santo enfrentaba problemas similares a los de un novelista, que no puede contar con la suspensión de la incredulidad de su audiencia." La necesidad de credibilidad lleva a la narrativa con pretensión de verdad que se ve estropeada por vacíos o por una recepción cuestionable, hacia la probabilidad circunstancial. Y la probabilidad circunstancial, una característica central de la narrativa histórica, trajo a la historia el realismo ficcional. El papel más importante de la ficción en la historiografía premoderna no era introducir en la historia lo fantástico, o lo enigmático, o lo fantasioso, sino todo lo contrario: autenticar una realidad poco convincente con el recurso del realismo literario —fortalecer la verdad con lo plausible—. Tal como lo hicieron los productores del noticiero de televisión con su video falso de sucesos que nunca vieron.

El *locus* en el que la historia y la ficción se cruzan de la manera más perfecta, e incontrolable, es donde el discurso alcanza su objetivo teleológico en el lector. Los efectos de la narrativa inteligible y plausible sobre el lector, quien desea estar convencido de la verdad histórica e, incluso, entrar en una representación del pasado, serán una réplica de los de la ficción, aun en ausencia total de las técnicas de ficción más obvias. Para citar a Paul Ricoeur (del tercer volumen de *Time and Narrative*): "Una vez hayamos admitido que la escritura de la historia no es algo

añadido desde fuera al conocimiento histórico, sino que éste y ésa son uno, nada nos impedirá aceptar también que la historia imita en su propia escritura los tipos de trama transmitidos por nuestra literatura." El efecto de ficción es una función inevitable de la narrativa misma, y la formulación del tiempo bajo la forma de relato, ficcionaliza en un sentido profundo la realidad —mientras más 'histórica' (es decir, verdadera) la narrativa—; más ficcional en este sentido especial. Las preocupaciones de la posmodernidad han revivido este aspecto paradójicamente antiguo de la historia, pero la historia después del posmodernismo se ve, de manera desconcertante, como la historia antes de éste.

Notas

[1] Una interesante antología de memorias de conferencias (de la Universidad de McGill) muestra el rango de interés dirigido hacia los textos antiguos con pretensión de verdad; y, Monika Otter (*Inventiones*), examina de una manera inteligente la presencia de la ficcionalidad en los textos históricos o 'de frontera', para lo cual hace aproximaciones narrativas y críticas literarias modernas a la intención del autor, como también lo realiza Ruth Morse (*Truth and Convention*).

[2] Fornara representa una tradición académica fundamental sobre los historiadores clásicos, que con una profunda erudición reconoce y traza las formas de la amplificación y la invención retórica, al mismo tiempo que insiste en el compromiso de la verdad, como la característica que define o rinde la esencia de la escritura histórica. Ello lo lleva a concluir que *"sub specie aeternitatis,* la historia ha cambiado, pero poco" (200).

[3] En general, Fornara considera la influencia de la retórica en la escritura histórica como perjudicial, además de desafortunada, y ve las técnicas y propósitos retóricos como externos, o impuestos a la historia.

[4] Woodman es característico de otra corriente académica moderna, en desacuerdo con la corriente principal, que centra su atención en las elaboraciones ficcionales de las historias de la antigüedad, y permite que sus concepciones de la historiografía antigua se modifiquen por medio de éstas. Por lo tanto, tras leer los mismos textos y, en ocasiones, los mismos pasajes que en el libro de Fornara, Woodman concluye que: "está claro que, a mi modo de ver, la historiografía clásica es diferente de su homónima moderna porque es un género básicamente retórico y se debe clasificar (en términos modernos) como literatura, más que como historia." (197). En este punto central, está rebatiendo a Fornara, a Sir Ronald Syme, y a muchos otros más. Woodman no es el único en hacer una lectura de los historiadores antiguos, que buscara un contrapeso; el trabajo de T.P. Wiseman es un progenitor más temprano y muy influyente, y este autor continúa exponiendo ideas similares acerca del predominio de la ficción en la historia antigua.

[5] Sternberg, con experiencia tanto en la crítica literaria moderna como en los estudios bíblicos, es un analista extraordinariamente lúcido de las preguntas fundamentales que atañen a la literatura, los escritores y lectores, y la manera en que las convenciones lingüísticas trabajan en relación con el mundo que hay fuera del texto; el hecho de que le dirija estas preguntas universalmente relevantes al texto más importante y problemático de la tradición occidental, hace que su trabajo sea aún más valioso para el estudio de los géneros posbíblicos. El primer capítulo del libro describe en detalle su teoría general del género literario, incluyendo la Biblia, pero no exclusivamente dirigido a ella. Otra discusión reciente y lúcidamente enfocada acerca de cuestiones básicas del género (Cohn) extiende una atención extensa y requerida hacia la narrativa no ficcional, con los instrumentos de la teoría narrativa.

Obras citadas

Bloomfield, Morton W. "Authenticating Realism and the Realism of Chaucer." *Essays and Explorations: Studies in ideas, Language, and Literature.* Cambridge, MA: Harvard University Press, 1970.
Cohn Dorrit. *The Distinction of Fiction.* Baltimore: Johns Hopkins Press, 1999.
Fornara, Charles. *History in Ancient Greece and Rome.* Berkeley: University of California Press, 1983.
Gill, Christopher y T.P. Wiseman, eds. *Lies and Fiction in the Ancient World.* Exeter: University of Exeter Press, 1993.
Morse, Ruth. *Truth and Convention in the Middle Ages: Rhetoric, Representation, and Reality.* Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
Otter, Monika. *Inventiones: Fiction and Referetiality in the Twelfth-Century English Historical Writing.* Chapel Hill & London: University of North Carolina Press, 1996.
Ricoeur, Paul. *Time and Narrative.* 3 vol. Chicago: University of Chicago Press. 1984-1988.
Sternberg, Meir. *The Poetics of Biblical Narrative.* Bloomington: University of Indiana Press, 1986.
Woodman, A.J. *Rhetoric in Classical Historiography.* London: Croon Helm, Portland, OR: Aeropagitica, 1988.
Wiseman, T.P. *Clio's Cosmetics.* Leicester: Leicester University Press, 1979.



Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley

Guillermo Bustos[1-2]

[1] Departamento de Historia. Universidad Andina Simón Bolívar. Quito.

[2] Una versión inicial de este ensayo fue presentada como ponencia al "I Encuentro Internacional sobre Estudios Culturales Latinoamericanos: retos desde y sobre la Región Andina", que tuvo lugar en la Universidad Andina Simón Bolívar, en Quito, entre el 13 y 15 de junio de 2001. Agradezco los comentarios que me brindaron posteriormente los colegas Pablo Ospina, Carlos Espinosa y María Eugenia Cháves.

I

En los últimos años el enfoque desarrollado por el Grupo de Estudios Subalternos de la India, alcanzó una enorme resonancia en el mundo académico anglosajón y, paulatinamente, atrajo la atención de diferentes comunidades académicas de otros lugares del mundo. La producción de este grupo de intelectuales, —cuyo núcleo central estuvo constituido, en especial, por historiadores— ejerció una creciente influencia sobre una variedad de campos disciplinarios e interdisciplinarios. La colección editorial denominada *Subaltern Studies,* que recoge las intervenciones del grupo desde 1982, así como las publicaciones individuales de sus integrantes, muestran la manera sofisticada en que estos estudiosos han entrelazado teoría y práctica investigativa, dentro de una perspectiva política radical.[1]

En el presente ensayo quiero concentrarme en un caso que ilustra la recepción del enfoque subalternista por parte de los estudiosos de Latinoamérica.[2] Considero importante detenerme en las intervenciones que dos distinguidos latinoamericanistas han realizado sobre la relevancia, alcances y problemáticas que se desprenden de la aplicación del enfoque subalternista en la escritura de la historia. Se trata específicamente de analizar las intervenciones de la historiadora Florencia Mallon y del crítico cultural John Beverley; ambos autores de fundamentales contribuciones

en sus respectivas áreas de especialización. Conviene señalar brevemente dos cuestiones que enmarcan este debate. Primero, que el intercambio se mantuvo dentro del nicho de los latinoamericanistas que laboran en el ambiente académico norteamericano, el cual —como se sabe— está compuesto por una población docente multinacional. Segundo, si atendemos a los momentos iniciales de la recepción del enfoque, el autodenominado Grupo de estudios subalternos latinoamericano —organizado a inicios de los años noventa—, fue el primer colectivo que dio la bienvenida al enfoque, puesto que lo adoptó como su emblema de acción. En su mayoría, el grupo estuvo integrado por críticos literarios. Este par de cuestiones informan aspectos presentes en el *locus* de enunciación, del debate que a continuación analizamos.

La Declaración de fundación del grupo de estudios subalternos latinoamericanos se presentó como una suerte de relación programática de una nueva agenda política y académica para la región y sus estudiosos. El manifiesto destacó enfáticamente las limitaciones e inadecuaciones de los paradigmas (marxismo, dependentismo, teoría de la modernización), que han gobernado el análisis social de América Latina. A partir de la denuncia de estas limitaciones, referidas de manera vaga en el manifiesto, el grupo formuló los objetivos de un nuevo programa de investigaciones que incluía la tarea de realizar "un trabajo arqueológico en los intersticios de las formas de dominación", con el fin de: rescatar la agencia o iniciativa de los sectores subalternos; reconceptualizar la nación; y, lo nacional, y visualizar de forma no-esencialista la categoría de clase; entre otros objetivos. Se trataba, en definitiva, de mostrar cómo los paradigmas del conocimiento social, incluido el marxismo, habían quedado atrapados en perspectivas elitistas. En su lugar, se decía, la representación de la subalternidad en Latinoamérica está vinculada con la posibilidad de que "el subalterno habl[e] como un sujeto sociopolítico."[3]

II

La primera evaluación general de la recepción del enfoque subalternista en los estudios latinoamericanos (desarrollados en Norteamérica), que incluye una discusión del manifiesto del Grupo de estudios subalternos latinoamericano, fue realizada por la historiadora Florencia Mallon (de la Universidad de Wisconsin) en el contexto de un foro organizado por la *American Historical Review*, en el cual también participaron el historiador de la India Gyan Prakash (Universidad de Princeton) y el africanista Frederick Cooper (Universidad de Michigan). El artículo de Mallon: titulado *"The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History"* (1994), se ocupa precisamente de subrayar la potencialidad y de presentar las tensiones que emergen de la propuesta del Grupo de estudios subalternos de la

India, así como de explorar la relevancia que la aplicación de este enfoque tendría para los estudios latinoamericanos. Mallon encuentra que el análisis de la subalternidad, según la 'Declaración' del grupo latinoamericanista, está ampliamente desinformado de las contribuciones de la historia social latinoamericana y adolece de un predominio textualista restrictivo. Ambos rasgos, en general, estarían atravesados por un tono de esquematismo programático.

El reclamo de Mallon sobre la manera en que el manifiesto ignora, o invisibiliza, los vibrantes aportes de la historia social en el área latinoamericana, a la luz de la extensa bibliografía que una pléyade de historiadores sociales, entre los que se incluye la autora, han producido sobre una variedad de grupos subalternos (grupos étnicos, campesinos, esclavos, obreros, artesanos, mujeres, etc.), estudiados en diferentes períodos de la historia latinoamericana, resulta enteramente convincente y justificado. Era de esperar que una crítica tan definitiva como la pregonada por la 'Declaración', sobre la manera en que se han estudiado los grupos subalternos latinoamericanos, se basara en un análisis más informado y riguroso de la producción historiográfica latinoamericana y latinoamericanista. Mi adhesión a la crítica de Mallon, sin embargo, se cuida de no confundir la perspectiva de la historia social y el enfoque subalternista. Creo que si bien entre ambos enfoques se presentan traslapes, éstos mantienen diferencias que los distinguen.[4] El punto básico que de forma justificada levanta la historiadora Mallon, es que en el campo de la investigación histórica latinoamericana el tema del subalterno no era una novedad. Por esta razón, me parece que la introducción del enfoque subalternista necesitaba menos de juicios terminantes y promesas de nuevos cielos conceptuales; y, más, de un deslinde riguroso anclado en el reconocimiento crítico de lo que la historia y la antropología, entre otras disciplinas, habían hecho, en regiones como el mundo andino, por ejemplo.

El cuestionamiento de Mallon a la 'Declaración' subraya que los desarrollos de la llamada 'historia social desde abajo', variante radical de la historia social, permitieron que esta formulara, a lo largo de los años ochenta, una provechosa crítica al cepalismo, dependentismo, marxismo y teoría del sistema mundial. Otra vez, la crítica de Mallon a este respecto me parece muy pertinente. No obstante, creo que se debe señalar que la empresa de revisión crítica de los paradigmas de las ciencias sociales latinoamericanas no fue una empresa escrita ante todo en idioma inglés, como tiende a sugerir la extensísima bibliografía que documenta el ensayo de esta autora. Se debe, entonces, precisar que dicha revisión crítica fue desarrollada, a la par, en el norte y en el sur. Los estudios referidos a la Región Andina, que autores como Murra (Formaciones), Spalding (De indio), Stern (Los pueblos indígenas; *Feudalism, Capitalism*) y Larson (*Shifting Views,* Cochabamba), asentados en el mundo académico norteamericano, representaron en la teoría y en la práctica cuestionamientos y superaciones a los paradigmas dominantes en la historiografía y de las

ciencias sociales de esos años. De forma paralela a estos desarrollos, un grupo de notables historiadores provenientes de los países andinos, en diálogo con sus colegas de Norteamérica y de Europa, reconfiguraron el pasado de estas sociedades desde una perspectiva histórica sofisticada y plenamente contestataria al *statuo quo*. Autores como Assadourian (Modos de producción, El sistema); Colmenares (Sociedad y Economía); Flores-Galindo (Buscando), único autor citado por Mallon; Rivera Cusicanqui (Oprimidos); entre otros, con sus investigaciones cuestionaron los modelos dominantes de la historia y las ciencias sociales en la Región Andina y abrieron fructíferas vías de investigación, de las que todavía somos tributarios en el presente.

El segundo cuestionamiento de Mallon está enfilado contra la preeminencia del textocentrismo desconstruccionista que, en clave derrideana, según la autora, aparece como principal gesto investigativo de la 'Declaración'. La desconfianza de Mallon frente al protagonismo del análisis textual le lleva, por contrapartida, a enarbolar un programa de investigación informado de manera empírica. La autora advierte una fuerte tensión en la agenda subalternista entre una técnica, basada en perspectivas posmodernas, y una perspectiva política, de corte posmarxista radical. El primer componente de esta tensión se expresa, según Mallon, en una estrecha lectura posmoderna de los documentos, entendidos estos de manera genérica como 'textos construidos', cuya lectura no deviene en la obtención de una verdad transparente, si uno se atiene a los reparos de las posiciones, también, posmodernas más extremas. Los críticos literarios habrían asimilado de forma amplia este tipo de aproximación y la habrían puesto en operación preferentemente en fuentes publicadas. El segundo componente de esta tensión, según Mallon, se expresa en "el interés disciplinario del historiador [con el cual ella obviamente se identifica] de leer los documentos, almacenados en los archivos, como 'ventanas', no obstante neblinosas e imperfectas, de las vidas de las gentes" (*The Promise* 1506).[5] Uno puede pensar que este segundo componente de la tensión, con el cual la autora se identifica, está más alineado con una perspectiva política radical, que con la aplicación de cualquier lectura técnica de los textos, según aludí líneas atrás.

La presunción de que los documentos que reposan en los archivos no son del todo 'textos construidos', en el sentido posmoderno del término, y de que el historiador los usa como 'ventanas ... neblinosas', al parecer no fue formulada por su autora para defender alguna comprensión de tipo positivista de la labor del historiador. Prueba de ello es que la autora reconoce que tanto el archivo como cualquier otro campo de investigación "son arenas construidas en las cuales las luchas de poder —incluidas las generadas por nuestra propia presencia [como investigadores]— actúan para definir y oscurecer las fuentes y la información a la cual accedemos" (1507). Su punto de crítica parece dirigirse, más bien, a establecer una distinción entre la problemática que rodea el manejo de las fuentes publica-

das de aquellas que no lo son: "[l]os procesos de producción y preservación de las fuentes provenientes de los archivos de las que han sido publicadas son distintos. Las relaciones sociales que acompañan la lectura de una u otra son también diferentes" (1508). Entonces, "lo que yo objeto", dice Mallon, "es el privilegio del análisis textual y de las fuentes literarias a costa o en desmedro del trabajo de archivo o de campo, tanto como la tendencia a asumir que todos son textos construidos y que, por lo tanto, el uno puede sustituir al otro" (1508).

La crítica anotada fue desarrollada con amplitud en su posterior libro *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial México and Peru* (1995), que se presenta como resultado de más de una década de investigación en archivos de varias latitudes. Este libro constituye un ambicioso y admirable programa de investigación que se desarrolló con el propósito de historizar al subalterno. El trabajo analiza cuatro procesos de resistencia regional y campesina ocurridos en el siglo XIX, en el contexto de invasiones extranjeras. Los dos principales casos estudiados corresponden a la sierra norte de Puebla (1853-1876), en México, a propósito de la invasión francesa; y a Junín, en la sierra central del Perú, durante la invasión chilena en la llamada Guerra del Pacífico (1879-1884). También se analizan los casos de Morelos (México) y Cajamarca (Perú).

Las múltiples reseñas y comentarios que *Peasant and Nation* ha merecido, me relevan en parte, de volver a referir los distintos ámbitos en que la obra contribuye, de manera particular, a la historiografía latinoamericana y, en general, a los estudios latinoamericanos.[6] Sólo con el propósito de ilustrar rápidamente los aspectos que la crítica ha destacado de este libro, enumero los tres niveles —que me parece— han concentrado la atención. En primer lugar está el nivel teórico que informa el desarrollo del libro, expresado en la manera reflexiva en que la autora emplea algunos conceptos centrales al análisis social y cultural (hegemonía, poder, etc. En segundo lugar, se destaca el asunto de la (*agency*) agencia/iniciativa de los campesinos que, como se desprende de los casos estudiados, no sufrieron pasivamente la dominación y, por el contrario, fueron capaces de emprender una serie de negociaciones y de esbozar proyectos alternativos a los de las élites. La comprensión de la política de los grupos subalternos —en este caso de los campesinos— se plantea "como una combinación de dominación y resistencia." En tercer lugar, se ha destacado los alcances y las implicaciones de las experiencias concretas analizadas para reconsiderar los procesos más generales de constitución nacional en Latinoamérica y del papel que cumplieron los nacionalismos populares.

Hay un punto adicional que la obra de Mallon convoca a discutir y que hasta el momento no ha tenido la atención que merece. Se trata de la relación entre historiografía y nacionalismo. El asunto que quiero subrayar no tiene que ver con la crítica o impugnación que ha recibido, de manera justificada, el género de las

llamadas 'historias oficiales', por parte de los avances, en especial, de la historia social latinoamericana. Desde esta perspectiva crítica se sostiene, de manera corriente, que mientras las 'historias oficiales' se caracterizan por ser productos inherentemente limitados a intereses de clase (elitarios), modelados por ideologías nacionalistas de diverso cuño, las obras enlistadas dentro de la corriente de la historia social o económica se presentan investidas de un halo de saber científico. El punto que quiero destacar del libro de Mallon es que si bien participa en cierta medida de esta perspectiva, lo más importante es que también la desborda. En un pasaje de *Peasant and Nation*, la autora evoca la trayectoria de su empresa de indagación histórica desde el trajín por polvorientos archivos, hasta la confección de una escritura histórica alumbrada por la búsqueda de un descentramiento. La autora no se conforma con alistarse en las filas contestatarias a las historias del *status quo*. Da un paso más allá y se observa a sí misma en el proceso de interrogación del pasado, en un gesto que tiene evidente inspiración posmoderna. Al reconocerse como constructora de esta novedosa narrativa histórica, la autora se descubre poseedora de un poder de representación del pasado y nos dice lo siguiente a este respecto: "estoy demoliendo historias oficiales solo para construir unas de nuevo tipo. No obstante, mis esfuerzos darán frutos sólo si tengo el deseo de escuchar, de abrir mi narrativa a voces e interpretaciones contrarias, a batallar por evitar caer en el papel del narrador omnisciente o positivista" (*Peasant* 20).

La distancia que la autora busca tomar de la figura de la narradora histórica omnisciente o positivista, así como el esfuerzo de 'mirarse' en el proceso de 'mirar el pasado', nos invita a pensar el *locus* de enunciación de Mallon. Nos convoca a devolver la mirada sobre el nacionalismo y el poder a la propia voz que habla en *Peasant and Nation*. Esto es, precisamente, lo que ha hecho Tulio Halperin Donghi en un ensayo —que sobre esta obra ha escrito con una agudeza exquisita— y sobre el cual volveré a ocuparme en la última sección del presente ensayo.

III

Uno de los nombres que desde la crítica literaria y cultural ha reflexionado con mayor penetración sobre el enfoque subalterno y el campo de los estudios latinoamericanos ha sido John Beverley. Habiendo sido uno de los fundadores más prominentes del primer grupo de estudiosos que invocó este enfoque como emblema, Beverley articuló, en sucesivas entregas, una respuesta a las apreciaciones críticas de la historiadora Florencia Mallon a la luz de una preocupación más general, y a la vez más compleja, sobre las maneras y las dificultades que el conocimiento académico enfrenta a la hora de buscar representar a los subalternos. La primera reacción de Beverley apareció como una entrevista en la publicación *Journal*

of Latin American Cultural Studies, en 1997. De nuevo volvió sobre el tema en algunas secciones de su libro *Subalternity and Representation* (1999), y luego en el artículo de postura *"The Dilemma of Subaltern Studies at Duke"*, en 2000. En lugar de ofrecer un resumen secuencial de las aseveraciones de este autor, seguidamente, establezco los puntos que, en mi opinión, mejor revelan su reacción.

a) En relación con el acumulado del estudio sobre los sectores subalternos latinoamericanos, realizado por sociólogos, antropólogos e historiadores, Beverley acepta que esta tarea ha sido cultivada desde hace tiempo; no obstante juzga que ha sido desarrollada "sin necesariamente adoptar una perspectiva subalternista." Puntualiza, además, que si bien varios historiadores sociales habían mostrado preocupaciones políticas y filosóficas parecidas a las de los subalternistas, ninguno había "elevado el tema de la subalternidad al nivel teórico que el Grupo Surasiático lo había hecho" (*Negotiating* 235-6). Beverley no es explícito en señalar las limitaciones de los historiadores sociales a la hora de estudiar la subalternidad. No obstante la invalidación de los desarrollos de la historia social, a nombre de una perspectiva que se presenta como teóricamente correcta o más avanzada, pareciera reclamar una suerte de vanguardia intelectual o política, o simplemente caer en lo que Hernán Vidal llamó "crítica literaria tecnocrática."[7] En verdad si creemos que no hay una única manera de hablar sobre el subalterno, sino varias, entonces lo que se presenta por delante es una tarea de evaluar los desarrollos de estos enfoques y sopesar qué pueden aprender unos de otros. Por otra parte, si trascendemos las fronteras de los circuitos académicos y escudriñamos los impactos que éste ha experimentado o ha ocasionado en otros campos de la vida social, pueden surgir un conjunto de problemáticas de tanto o mayor interés investigativo. Por ejemplo, uno puede interrogarse por la manera en que las narrativas históricas alternativas (tipo historia social, subalternista o de otro cuño) circulan o son asimiladas, en este caso, por las heterogéneas sociedades andinas contemporáneas. Podríamos preguntar cuál ha sido la recepción de la obra de autores como Germán Colmenares o Steve Stern, de manera específica, en los sistemas escolares, en los núcleos de cultura académica, en los nichos de cultura erudita local, etc. En otras palabras, cómo los subalternos de la periferia han reaccionado, consumido, o permanecido indiferentes ante las representaciones que sobre los subalternos ha elaborado la historia, la crítica literaria, la antropología, etc. ¿De qué manera los movimientos sociales de los países andinos incorporaron estas representaciones del subalterno? En síntesis, estas preguntas rondan la cuestión relativa a la(s) manera(s) en que los discursos históricos alcanzan una relevancia social o se convierten en discursos socio-políticos o culturalmente significativos.[8]

b) La respuesta a la pregunta de por qué los estudios subalternos encuentran una mayor audiencia, inicialmente, en el campo de la crítica literaria, y no en la historiografía como se podría haber esperado, encuentra una clave importante en la reflexión que Beverley realiza sobre la trayectoria de los estudios literarios y en la suerte de teorización de la crisis de la crítica literaria, que muy agudamente formula. Este autor señala que a partir de la consideración de los desafíos que planteó *La Ciudad Letrada* (1982), escrita por el crítico literario uruguayo Ángel Rama, la genealogía de la empresa literaria descubrió una perenne imbricación con las estructuras de poder vigentes desde su origen en la tradición letrada colonial. La revisión del proyecto de la empresa literaria, como creación, crítica o forma pedagógica, desembocó en una abierta crisis en el contexto del ocaso de los proyectos de liberación nacional que se escenificaron en Centroamérica en los años ochenta. A la luz de dicha crisis y utilizando un instrumental proveniente del postestructuralismo y de la semiótica, los críticos culturales radicales habrían desbordado los marcos de comprensión más formales de la literatura y empezaron a interesarse por una consideración más general del papel de las instituciones culturales en la creación de relaciones de poder, clase y diferenciación étnica. En ese contexto, según anota Beverley, se operó 'el giro subalternista' de los críticos literarios, que "fue una forma de teorizar los límites de nuestro propio trabajo". Empero, "nada similar sucedió en la historia" (*Negotiating* 235).

c) Como sabemos *Peasant and Nation* muestra que las comunidades campesinas tuvieron un papel decisivo en los procesos de formación estatal en México y Perú. Precisamente por esto Beverley afirma que la narrativa de Mallon se desarrolla dentro de una suerte de 'proyecto representacional', en virtud del cual los subalternos alcanzan finalmente un lugar dentro del gran fresco nacional. Este logro historiográfico, desde la perspectiva de la historia social, se convierte —para Beverley—, en una limitación, en la medida que una narrativa histórica de este tipo no es otra cosa que la "biografía del Estado-nación". Beverley cree que en vez de mostrar a plenitud la separación que había entre los subalternos y el proyecto de estado nacional, la narrativa de Mallon "sutura una brecha social y conceptual que mejor sería dejarla abierta." Siguiendo al historiador Ranahid Guha, Beverley sostiene que en este caso la tarea historiográfica debía mostrar "la manera en que la insurgencia campesina 'interrumpe' la narrativa de la formación estatal" (*Negotiating* 241-3 y *Subalternity* 36).

d) La crítica anterior nos remite a un problema más amplio sobre la dificultad de representar al subalterno o, dicho de otra manera, nos aproxima a constatar los

límites del trabajo del historiador. Al tratar esta dificultad Beverley evoca la debatida interrogante que hace tiempo lanzara la crítica cultural Gayatri Spivak: ¿Puede el subalterno hablar? La interrogante de Spivak apuntaba a que si el subalterno pudiera hablar —esto es hablar en una forma que realmente ejerciera un impacto—entonces no habría sido subalterno. Siguiendo esta perspectiva Beverley cuestiona: ¿si es realmente posible representar al subalterno desde la posición disciplinaria del historiador o del crítico literario, esto es desde la posición institucional de la cultura dominante? Su respuesta es que debido a la asimetría entre la posición del historiador o del crítico literario y la del subalterno, hay tanto un límite epistemológico y ético, como una brecha, que no se puede salvar entre ambas posiciones. Por esta razón Beverley sostiene que el meollo del trabajo intelectual o académico, según la perspectiva de los estudios subalternos, "no es tanto [representar] al subalterno como un sujeto sociohistórico concreto, sino [se encuentra en] la dificultad de representarlo como tal en nuestro discurso disciplinario y en la práctica dentro del mundo académico" (*Subalternity* 1-20 y *Negotiating* 253-4).

e) Finalmente, Beverley encuentra que Mallon a pesar de los esfuerzos que despliega ve la historia de una manera positivista, en virtud de la cual ella se sitúa en el centro del acto de representar y conocer. En esta perspectiva Mallon casi no abandona el papel de narradora omnisciente. Para representar un diálogo verdadero, Beverley argumenta, y aquí debemos retomar los puntos de los acápites anteriores, ella habría tenido que desarrollar una narrativa que fuera interrumpida por otras formas de narrativa orales o escritas provenientes de los actores del pasado o de los intelectuales locales. En lugar de esto, Mallon en *Peasant and Nation*, lo que hace "es escribir ... la biografía del Estado-nación, mostrando en esa narrativa la presencia de formas de agencia subalterna que otros relatos —las 'historias oficiales'— podrían haber ignorado. No obstante, de esta forma, el marco de la nación y de la inevitabilidad de su presente (tanto como la autoridad de la historia y la propia autoridad de Mallon como historiadora) permanece intacto"(Beverley, *Subalternity* 36-7).

¿Cómo podría Mallon haber sido consecuente con sus propósitos? La respuesta que Beverley proporciona a este respecto es limitada y breve, en especial, al exaltar el modelo de trabajo historiográfico que Ranahid Guha desarrolló en particular en *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983). Dicha respuesta, como ya sabemos, tiene que ver con la manera en que la narrativa de Mallon y de la construcción del Estado-nación podrían haber sido 'interrumpidas' por las voces locales. Según Beverley (*Subalternity*), Guha 'rompe con la diacronía' de la narrativa

del Estado-nación al momento de representar las insurgencias campesinas, de manera modélica, mostrando cómo a partir de la intransigencia y resistencia campesina, el Estado se ve en la necesidad de modificar sus estrategias y formas de trato con los subalternos. Sin embargo, la narrativa de Guha habría cuidado, según Beverley, de preservar que la representación histórica de las insurgencias campesinas muestre la posibilidad de que ellas contengan una historia que fue sepultada y olvidada, mostrando una forma de Estado distinta y otra forma de tiempo, por ejemplo.

IV

En esta última sección quiero esbozar determinados problemas generales y algunos desafíos que emergen de los asuntos tratados. Como hemos visto, este debate se ha desenvuelto dentro de los términos del latinoamericanismo norteamericano. En diferentes partes he ido deslizando adhesiones, deslindes o acuerdos parciales con los argumentos presentados por sus autores. Estoy persuadido de que los estudiosos de Latinoamérica, tanto los que trabajamos en el sur como los que laboran en la metrópoli, podemos aprender del intercambio reseñado y, mucho más, de la manera en que reflexionemos sobre los puntos cruciales del mismo. Luego me ocupo de cuatro problemas generales que emergen de mi lectura crítica del intercambio analizado. Y, llamo la atención, de manera breve, sobre el acceso al corpus subalternista y el tema de la acción o iniciativa del subalterno. Para finalizar, considero, de manera más extendida, el tópico de la crítica al nacionalismo en la operación historiográfica; y, concluyo al considerar la problemática del acecho del positivismo.

a) En primer lugar cabe meditar sobre el asunto del idioma en el que se desarrolló (o difundió) el enfoque subalterno y en el que se formuló el debate revisado. Como sabemos, el asunto de que la producción académica mencionada discurra en inglés forma parte del hecho que dicha lengua se convirtió en el principal idioma académico del mundo contemporáneo y de que el español ocupa un lugar secundario en este contexto. A la hora de revisar la cronología de las traducciones de los autores subalternistas al español, salta a la vista lo tardío y limitado de tal empresa, aunque se haya dinamizado en los últimos años. Todavía estas traducciones se pueden contar con los dedos de una mano.[9] No obstante, sorprende que ninguno de los participantes en el debate, acerca de quién habla por el subalterno en Latinoamérica, se haya ocupado del acceso de la audiencia académica e intelectual de América Latina al enfoque subalterno. Llamo la atención sobre este asunto no tanto porque quiera lamentarme de las deficiencias de la enseñanza de una segunda lengua, en este caso del inglés, en los sistemas

educativos latinoamericanos, sino para reclamar el descuido de las casas editoriales del mundo hispanoamericano de traducir la producción subalternista, o señalar las tensiones o inconsistencias del latinoamericanismo progresista de la academia metropolitana. Lo que pretendo en este caso es subrayar el acceso diferenciado que los académicos o intelectuales del sur, tienen respecto a ese tipo de debates y la consiguiente configuración de situaciones de subalternidad en las que se ven envueltos segmentos importantes de la audiencia intelectual latinoamericana por este motivo.

El asunto del idioma y del acceso diferenciado a los debates poscoloniales tiene que ver concomitantemente con la problemática del *locus* de enunciación y de las implicaciones de si se habla 'desde' o 'sobre' Latinomérica. Hablar 'desde' o 'sobre' me parece que tiene que ver en el caso del debate Mallon-Beverley, entre otros rasgos, con quiénes estos autores consideran sus interlocutores centrales en el debate académico y, fundamentalmente, con la manera en que la región latinoamericana cuenta a la economía de dicho debate, sea como proveedora de objetos de investigación o como productora de conocimiento. Por esta razón, si bien es posible evaluar el intercambio entre Mallon y Beverley acerca de quién habla 'sobre' el subalterno (en el caso de la recepción del enfoque subalternista por parte de los estudiosos) cuyo *locus* de enunciación se configura a partir de algún lugar de Latinoamérica, resulta prematuro intentar alguna evaluación que siga las líneas del debate aludido. No obstante, queda pendiente la realización de una evaluación más sistemática sobre la manera en que la historia, la crítica literaria y las ciencias sociales, en general, en Latinoamérica, representan al subalterno, antes de la importación de enfoque subalterno, o a la luz de los interrogantes que este presenta. En todo caso, debe quedar claro que además de las contribuciones de Florencia Mallon y John Beverley existe una creciente bibliografía en idioma inglés sobre la historia y la cultura de Latinoamérica, en la que participan destacados estudiosos y teóricos latinoamericanos, que han adoptado explícitamente el enfoque subalterno o han sido fuertemente influidos por él y cuyos trabajos no han sido mencionados en este ensayo.

b) El asunto crucial de la acción, iniciativa o agencia del subalterno ha sido desarrollado, en la agenda subalternista, según Gyan Prakash, en medio de una tensión entre una posición que busca recuperar al subalterno "como un sujeto fuera del discurso de la élite"; y, otra —según la cual— "el análisis de la subalternidad [se observa] como un efecto de sistemas discursivos" *(Subaltern Studies* 1480-1). Tengo la impresión de que los planteamientos de Mallon y Beverley, respecto al tema de la agencia, reproducen en cierta medida esta tensión. La reflexión que Fernando Coronil (*Listening*) elabora sobre la reputada interrogación de Spivak de si el subalterno puede o no hablar, me parece, introduce una manera provechosa de

trabajar la tensión referida y permite, como dice este autor, "contrarrestar antes que confirmar el efecto silenciador de la dominación." Coronil propone que "veamos al subalterno no como un sujeto soberano, que de forma activa, ocupa un lugar asignado, tampoco como un vasallo resultado de los efectos dispersos de múltiples determinaciones externas, sino como un agente de la construcción de su identidad que participa, bajo determinadas condiciones, dentro de un campo de relaciones de poder, de la organización de una posicionalidad y subjetividad múltiple" (*Listening* 644-5-8).

Quiero resaltar que en la perspectiva de Coronil la subalternidad es un concepto "relacional y relativo." Tiene el carácter relacional porque al igual que la dominación, la subalternidad no es una característica inherente o de tipo esencialista: "[l]a subalternidad define no el ser de un sujeto sino el estado de sujeción de un sujeto." La subalternidad se caracteriza por ser relativa, debido a que "hay momentos y lugares en los cuales los sujetos aparecen en el escenario social como actores subalternos, así como esos mismos actores pueden jugar un papel de dominadores en otros contextos." No resulta extraño, por lo tanto, que en un contexto específico un determinado actor sea subalterno frente a otro y, a la vez, dominador de un tercero (648-9). Creo que la contribución de Coronil permite reflexionar la 'agencia' de los actores históricos al margen de la romantización política del subalterno o de su enmudecimiento teórico. Pensar al subalterno en perspectiva histórica como parte de un efecto discursivo, sin perder de vista la situación del agente, permite interrogar la historia de manera más compleja y provechosa, como un proceso con sujetos que hacen la historia en condiciones que ellos no han elegido, sino que les han sido legadas.

c) En tercer lugar quiero retomar al tema del entrampamiento de la historia como "biografía de la nación" y la demanda de que la narrativa histórica debe "interrumpir" el relato (elitista) de la nación, para alcanzar un estatuto efectivamente subalternista, según la insistencia de Beverley. Como hemos visto, la tesis de este autor parte del supuesto, más alegado que sustentado, de que inclusive las narrativas más radicales de los historiadores sociales se han visto atrapadas en la perspectiva de un "proyecto representacional" de la nación. De acuerdo con este proyecto "[n]ada cambia en el pasado porque el pasado se ha ido, pero tampoco nada cambia en el presente, en el sentido que la historia como tal, no modifica las relaciones de dominación y subordinación existentes". En el caso del proyecto de Mallon; y, por extensión, de la historia social latinoamericana, en la biografía del Estado-nación, se busca incluir la presencia de formas de agencia subalterna que fueron omitidas de las historias oficiales. No obstante este aparente logro, Beverley sostiene que este tipo de inclusión "deja el marco

de la nación y la inevitabilidad de su presente (tanto como la autoridad de la historia [y la del historiador]...) intacta" (*Subalternity* 33-6).

La crítica de Beverley me parece de un gran potencial analítico aunque advierto en ella un apresuramiento. Antes de subrayar la faceta germinal de esta crítica, me detengo en su flanco espinoso. Un cuestionamiento tan fuerte sobre las limitaciones de la empresa de la historia social necesita de una demostración o documentación de mayor amplitud y rigor. Considero inadecuado mantener este como un juicio conclusivo y propongo la conveniencia de reformularlo en términos más exploratorios. ¿En qué medida las representaciones de los grupos subalternos, elaboradas por la historia social latinoamericana, han alterado (o no) la comprensión elitista de los procesos de formación nacional? ¿De qué manera el panteón nacional creado por las historias oficiales, compuesto por una galería de conquistadores, presidentes, generales, obispos y notables, se ha visto trastocado por el ingreso de un cortejo de representantes de grupos anteriormente ausentes —por ejemplo: indígenas, obreros, campesinos y, últimamente, mujeres— presentados por los relatos de la historia social y económica que se desarrolló desde fines de los años setenta? ¿Cómo circularon y fueron asimiladas las narrativas históricas que buscaban democratizar el pasado en el contexto tremendamente inequitativo de las heterogéneas sociedades andinas? Estas preguntas están limitadas, y esto no debe perderse de vista, a la producción histórica académica o profesional y por lo tanto, dejan de lado otros numerosos e importantes espacios en que la historia también se produce, y ejerce un impacto más masivo, bien sea a través de los medios de comunicación, el cine, los rituales cívicos, los museos, etc.

La conjetura de Beverley sobre los límites de la historia social se enlaza con el supuesto de que la historiografía no puede alterar el pasado ni modificar las situaciones de poder en el presente. Este supuesto sobre los usos que los actores sociales hacen de las representaciones del pasado, de forma general, luce esquemático y desinformado de una creciente literatura que ha tendido puentes entre historiografía, memoria, política e identidades sociales. Esta literatura muestra que las representaciones del pasado constituyen una materia de disputa y que los actores dirimen situaciones de poder, en un determinado presente, a partir de procesos de resignificación y de la apelación a situaciones o eventos pasados, que resultan relevantes a dichas pugnas. Como resultado de estos procesos el pasado y el presente se transforman. Esta creciente literatura tiene un antecedente ya clásico, en el caso de los países andinos, en el célebre libro del historiador venezolano Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar* (1973), el cual inspiró algunos ensayos, escritos en los años ochenta, sobre este tema para los casos de Colombia (Anrup y Vidales) y Ecuador (Ayala). De otro lado, un rico abanico de estudios que escudriñan la dialéctica y la interdependencia entre pasado y presente, en distintos momentos

históricos y lugares geográficos, aparece en una floreciente literatura contemporánea. Antropólogos históricos como Trouillot (*Silencing*) o Rappaport (*Cumbe*), e historiadores como MacCormack ('En los tiempos') y Espinosa ("Los movimientos"), ofrecen algunos ejemplos estimulantes de investigación en esta línea de reflexión. A partir de la consideración del poder como elemento constitutivo de la elaboración de los relatos, Trouillot rastrea, por ejemplo, la manera en que los silencios y los olvidos se despliegan en el proceso de producción histórica, desde el momento de formación de las fuentes y archivos, hasta la configuración y circulación de narrativas históricas. Rappaport establece los usos de la historia por parte de un determinado grupo indígena, quien reinventa una tradición en el contexto de un proceso de etnogénesis. MacCormack rastrea la hermeneútica que precede a las crónicas españolas en la figuración del pasado indígena, así como la manera en que las voces andinas enuncian su pasado a la luz de las constricciones de un presente colonial. Espinosa, por su parte, explora los usos del pasado inca, formulados por las élites indígenas norandinas que siguen los parámetros imperiales para alcanzar prevendas y títulos reales. Todos estos casos nos muestran un panorama más matizado y complejo de las relaciones entre pasado y presente.

Volviendo a la faceta germinal que se desprende de la crítica de John Beverley, me gustaría tomar su idea nuclear como punto de partida para enunciarla en términos, más a mi gusto, de una interrogación: ¿Cuál es la relación entre el ejercicio de escritura de la historia, del nacionalismo y de los contextos de poder? ¿Se puede escribir un relato histórico desentendido de las constricciones del nacionalismo en cualquiera de sus variantes? ¿De qué manera las constricciones nacionales operan en la indagación histórica cuando ésta se formula desde algún lugar académico periférico o metropolitano? No es mi intención ofrecer una respuesta en el marco de este ensayo a estas preguntas cruciales, pero creo que conviene explicitarlas para no perder de vista el territorio que deambulamos. En vista de que la crítica de Beverley apunta al desafío específico de escribir la historia de la formación nacional de una manera diferente, cabe entonces plantear la interrogación de cómo se puede escribir un relato que 'interrumpa' la teleología del Estado-nación. Por el momento voy a dejar de lado la consideración de si las historias sociales y políticas del tipo que Florencia Mallon ha desarrollado, o que otros autores han producido, como el colombiano Alfonso Múnera, el chileno Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, o el ecuatoriano Enrique Ayala Mora, convergen o contestan la teleología del Estado-nación. Me parece que ese es un asunto, como he indicado líneas atrás, que merece una detenida consideración y del que no me ocupo aquí.

La producción de una narrativa histórica que sea disonante del modelo de "biografía del Estado-nación" aparece inicialmente como un reto. El historiador Prasenjit Duara, quizá expresa este desafío con más claridad al llevar a la práctica

en su trabajo la aspiración de "rescatar la historia de la ideología del Estado-nación" (*Historicizing* 152). En esta línea de escribir una historia explícitamente rebelde a las constricciones teleológicas de la ideología del Estado-nación, algunas recientes contribuciones a la historia latinoamericana han llevado también a la práctica lo que para Beverley era el objetivo de un nuevo programa. Entre esas contribuciones cabe mencionar los sendos estudios de José Carlos Chiaramonti (*Ciudades*), Marc Thurner (*From Two Republics*) y Fernando Coronil (*The Magical State*). El primero escrito desde el marco de una renovada historia política y conceptual, y los siguientes desde un marco explícitamente subalternista. Chiaramonti documenta de manera magistral el vocabulario político y las realidades que éste refiere, del Virreinato del Río de la Plata, desde el período colonial tardío hasta el período formativo del Estado argentino, a mediados del siglo XIX. En este contexto, el autor analiza las formas de identidad política prenacionales y germinalmente nacionales, a contrapelo de la representación que de sí mismo elaboró ulteriormente la ideología del Estado-nación argentino. Thurner, por su parte, no desea limitarse a recobrar la voz del subalterno, sino más bien a historizar a los actores que fueron anatemizados por la imaginación política de los criollos decimonónicos en el Perú poscolonial, mediante el ejercicio de "imaginar históricamente a las comunidades inimaginadas". Su estudio muestra cómo los criollos revivieron un distante pasado Inca, al tiempo que "selectivamente imaginaron una comunidad política que imposibilitaba imaginar a las mayorías como agentes políticos" (151). La disyuntiva poscolonial de los campesinos andinos fue buscar inclusión en los márgenes de la exclusión. De otro lado, Coronil devela el proceso histórico de formación estatal en Venezuela, entre la dictadura de Gómez y la caída de Pérez, a contrapelo de la poderosa deificación experimentada por el Estado venezolano durante el período de estudio. El autor presenta una etnografía del proceso, y de sus implicaciones políticas y culturales, mediante el cual el Estado —investido de poderes 'mágicos'—, reconvierte al país en una 'nación petrolera', en el contexto del desarrollo de una 'modernidad subalterna'. La obra no solo muestra las interrupciones que experimentó la 'biografía del Estado-nación' venezolano, sino los cortocircuitos del proceso histórico con dicha ideología y con la ideología eurocéntrica de la modernidad.

Dejando el marco de la historiografía latinoamericana y volviendo la mirada a uno de los autores del núcleo central del enfoque subalterno, en la perspectiva de ilustrar una manera de escribir historia al margen de la ideología del Estado-nación, creo que puede resultar tan instructivo como inspirador prestar atención al libro de Shahid Amin (*Event, Metaphor, Memory. Chauri Chaura 1922-1992*). Este autor escribe sobre un amotinamiento campesino ocurrido en 1922 en la localidad de Chauri Chaura, al norte de la India, que ocasionó la muerte de un

grupo de guardias policiales, al grito de viva Gandhi, y que concluyó con el posterior juicio y condena a muerte de los campesinos involucrados. El evento fue posteriormente excluido y reintroducido en la historia oficial del nacionalismo indio, convirtiéndose en uno de sus acontecimientos emblemáticos. Lo que en verdad es distintivo de este estudio es que su autor se ocupa del amotinamiento en una doble perspectiva: lo analiza como un evento y como una metáfora. Esto significa estudiarlo, a la vez, como historia y como memoria. Así, Amin examina el acontecimiento de Chauri Chaura como un evento protagonizado por actores históricamente situados. También rastrea de qué manera dicho evento se convirtió en una metáfora nacionalista, que significa explorar en la historia los procesos de significación y resignificación que experimentó el evento, gracias a los cuales otros actores excluyeron y luego reintrodujeron el episodio en la historia nacional. El penetrante análisis de Amin nos acerca a las maneras en que se elaboran y reelaboran las historias nacionalistas, las formas en que se construyen pasados compartidos y, a la vez, las maneras en que se "induce una amnesia nacional selectiva". La indagación de Amin incluyó tanto el análisis de fuentes oficiales como las que recolectó mediante la historia oral, en el trabajo de campo. No obstante, como nos dice, "[c]oncientemente he rehuido usar la historia oral como un condimento para animar la evidencia documental" (...). "El trabajo de campo en este libro no fue emprendido para reemplazar el archivo colonial y nacionalista. En su lugar, fue situado dentro de una compleja relación de variación respecto del archivo oficial". Se trata, entonces, de leer cada fuente como parte de una red entrelazada o imbricada de narrativas, por tanto "la incongruencia con los hechos conocidos no ha sido interpretada como una falla de la memoria, sino como un necesario elemento en el proceso de construcción del relato de Chauri Chaura" (194-8).

El resultado final, sostiene Amin, no constituye la elaboración de una narrativa de Chauri Chaura completamente alternativa a la versión oficial. Los testimonios de los descendientes de Chauri Chaura no fueron inmunes a las construcciones discursivas que generó el poder hegemónico y que se expresaron en el veredicto oficial del juicio y en la narrativa histórica nacionalista. Sin embargo, en otro plano, la obra de Amin es enteramente diferente, puesto que el examen de las circunstancias que modelan 'la amnesia selectiva oficial', permite que su estudio esté atento a los silencios sobre los que se monta la narrativa oficial. Según Gyan Prakash (*Subaltern Studies as* 1488-9), una particularidad del notable estudio de Amin es que éste no busca estructurarse como el relato más completo de los hechos. Por el contrario, considera "los vacíos, contradicciones y ambivalencias" de la evidencia como "componentes constitutivos" de todos los relatos históricos nacionalistas. Amin emplea la memoria como "un dispositivo que, a la vez, disloca y reinscribe el registro histórico." Prakash considera que la narrativa de Amin tam-

poco está motivada por recuperar al subalterno como un sujeto autónomo. En ella, el subalterno aparece como "una presencia obstinada", por cuya razón forman parte de la nación, pero a la vez están fuera de ella.

d) Como destaqué previamente en la segunda sección de este ensayo, la historiadora Florencia Mallon, en *Peasant and Nation*, desarrolla una crítica a la manera positivista de desarrollar la labor de los historiadores. Al tiempo de observarse a sí misma en la labor de producción histórica, la autora muestra una explícita reticencia a convertirse en una narradora omnisciente y apuesta por desarrollar una perspectiva de trabajo dialógica, que le permita escuchar, dialogar, interpretar y dar un lugar, en su narrativa, a las voces de los subalternos y de los intelectuales locales. John Beverley, por su parte, como hemos visto, argumenta que el intento de Mallon de alejarse del modelo de relatora omnímoda no alcanza a ser plenamente consecuente y, por lo tanto, sucumbe ante el acecho positivista que, según sugiere, aparece fuertemente enraizado en la empresa historiográfica en general. Parte de ese legado positivista tiene que ver con la autoridad que reclama la disciplina histórica y sus practicantes y las bases en que se fundamenta tal autoridad.

La influencia o pervivencia del positivismo en la empresa historiográfica y en otros ámbitos analíticos es un tema de mayor complejidad del que aquí puedo apenas esbozar. Por el momento quiero concentrarme en el penúltimo capítulo de *Peasant and Nation* que está dedicado a examinar el relato elaborado por una historiadora local como punto de partida del análisis de una problemática más general sobre intelectuales locales, hegemonía y política nacional. Me detengo en este pasaje porque permite, a la vez, ilustrar los términos en que Mallon analiza la voz de una intelectual local y considerar el asunto de las implicaciones positivistas en que su análisis incurriría, a su pesar. La materia que informa este fascinante capítulo, intitulado "¿Quién decide a quién corresponde estos huesos?" (traducción libre de *"Whose Bones Are They, Anyway, and Who Gets to Decide?"*), arranca con el seguimiento del destino que ha tenido unas osamentas encontradas en la plaza central de Xochiapulco (Puebla), el significado que Donna Rivera, una profesora jubilada e historiadora local, atribuye a dichos huesos en relación con la historia nacional de México y la relectura que Mallon desarrolla sobre la interpretación de Rivera. A partir de este episodio Mallon sitúa el relato de los huesos en el contexto del período posrevolucionario del decenio de 1930 y examina de manera novedosa el papel contradictorio de los intelectuales locales como mediadores de proyectos hegemónicos o contrahegemónicos. También se detiene en los rituales e historias orales locales, observados como espacios de confrontación. El asunto de los huesos de la plaza de Xochiapulco se torna contencioso a la hora de atribuir una identidad a los mismos. La versión oficial, consagrada por Donna Rivera,

establece que las osamentas correspondían a los soldados franceses y austríacos que invadieron México a mediados del decenio de 1860 y que cayeron en una emboscada a manos de los defensores de Xochiapulco.

En el desarrollo de su análisis, Mallon se confronta de manera transparente y explícita con el manuscrito de Donna Rivera. "He usado [dicho manuscrito, dice Mallon] como un texto central de mi reconstrucción de la historia local, no obstante yo he adoptado una perspectiva analítica más omnisciente, derivada de mi acceso más vasto a la documentación archivística. Bajo estas circunstancias me resulta casi imposible no transformar su trabajo en folclore, a pesar —inclusive— de que sitúo la discusión como un diálogo entre intelectuales. Si ella está correcta en uno u otro pasaje, yo lo reconozco, pero si no lo está, mi información demuestra su error. Yo ejerzo el poder en mi posición como intelectual al no permitirle [en mi análisis] su respuesta" (*Peasant* 277). En seguida Mallon indica que Rivera, en su papel de intelectual local, también disfruta de un poder que tal posición le concede y que resulta similar al de ella aunque en otra esfera.

Si Beverley hubiera analizado este pasaje de la obra de Mallon quizá sus juicios sobre el tópico del(a) historiador(a) como narrador(a) omnisciente se hubieran matizado. Como se evidencia, Mallon concede un lugar en su narrativa a la voz de Rivera. Tampoco se puede alegar que la voz de Donna Rivera aparezca subrepresentada en el análisis de *Peasant and Nation*. Creo que el problema es de otro tipo pues, en verdad, Mallon registra la voz de Rivera *in extenso*: muestra la inicial desconfianza de Rivera; la manera en que ella negocia la posibilidad de brindarle acceso a su manuscrito; discute su idea central respecto a que los huesos pertenecían a los invasores y analiza las condiciones de posibilidad en que probablemente surgió esa elaboración; explora la manera en que la hegemonía nacional trabaja en los ámbitos locales, por ejemplo, Xochiapulco que incorpora de manera selectiva sus memorias locales, en este caso, el evento de la nacionalidad de los huesos. En suma, para ser justo, Mallon realiza un sofisticado y atractivo análisis de la elaboración de uno de los 'mitos' que informa las 'historias oficiales' nacionales, que permiten observar los engarces de lo local con lo nacional y el lugar que ocupan los intelectuales en los juegos de poder y conocimiento que ocurren no en el ámbito más limitado del mundo académico, porque Rivera no es una intelectual de ese tipo, sino en el más amplio de la cultura política nacional. No obstante, el análisis de Mallon sucumbe a la tentación positivista aunque no enteramente por las razones que alega Beverley.

Tulio Halperin Donghi señala a este respecto dos confusiones que en parte pueden hacerse extensivas a la crítica de Beverley. Señala, en primer lugar, que un autor, en general, sea este historiador o científico social, cree disfrutar de una indisputada soberanía con respecto a un objeto de estudio aparentemente pasivo. No obstante, esta ingenua o vanidosa suposición desconoce que "su objeto es

capaz de devolverle la mirada". En el caso de Mallon, dice, "... esa soberanía de la que disfruta como constructora de narrativas es la más compartida de todas; a su modo la ejerce también cualquier silencioso vecino de Xochiapulco a quien basta una mirada para clasificarla como [una] 'gringa entrometida." En segundo lugar, Halperin Donghi postula que este primer mal entendido oculta otro de más bulto: el "de ver a las narrativas ajenas como productos históricos dotados, a lo sumo, de validez relativa a su marco histórico, y a la propia como válida de acuerdo con el más antiguo criterio de verdad que la define como adecuación de la idea a la cosa (...). En suma, [nos dice] mientras Donna Rivera puede tener opiniones acerca de esos huesos, Florencia Mallon está segura de que sabe la verdad sobre ellos (...). Si Mallon teme beneficiarse injustamente con un exceso de poder, no es entonces porque descubra que, en ese diálogo que no llega a ser tal, ella tiene la última palabra, sino porque está convencida —aunque se abstenga de confesarlo aun a pesar de sí misma— de que esa palabra se funda en un saber más sólido que el de su antagonista" (Halperin Dongui 522-3).

El tema de cómo se lee la evidencia o, el cambiar de registro, de cómo el historiador aprende a escuchar la voz de respuesta del documento, constituye una de las problemáticas centrales de la empresa historiográfica. Esta problemática aparece teñida por la discusión entre una lectura de la evidencia a base de una perspectiva positivista o anti-positivista. En el escenario intelectual contemporáneo, el rechazo al positivismo se ha confundido con la aceptación de un escepticismo o relativismo de tono posmoderno. El historiador Carlo Ginzburg alertó con agudeza sobre esta confusión, al señalar una continuidad entre el positivismo y sus detractores posmodernos. Ginzburg advierte que la evidencia, desde el marco positivista, fue considerada como una ventana que registraba con transparencia la realidad, una vez que se evaluaba la fiabilidad y la subjetividad de la fuente. Por el contrario, en la perspectiva posmoderna, la evidencia lejos de ser una ventana se convierte en un obstáculo que impide el acceso a la realidad. Ginzburg encuentra en esta situación una sucesión de entrampamientos. Para este autor, tanto el positivismo con su ingenuidad teórica, como algunas críticas antipositivistas (él las llama de un positivismo invertido) que apelan a teorías sofisticadas, comparten un supuesto esquemático e infructuoso: "simplifican la relación entre la evidencia y la realidad" (*Checking the Evidence* 294).

La historiografía como un modo discursivo de representación de lo real enfrenta esta compleja relación de diferentes modos. Personalmente creo que la manera más satisfactoria, para decirlo de forma breve y simple, de configurar esa relación es la de postular la evidencia como una huella de lo real. Como dice Paul Ricoeur (184); "en tanto que la huella es dejada por el pasado, está en su lugar, lo representa", toma su lugar. Inspirándome en la reflexión sobre la relación entre fotografía y realidad que emprende Philippe Dubois (El acto fotográfico) y en el magistral

ensayo de Ranahid Guha (La prosa de contrinsurgencia). Creo que la comprensión de la evidencia como huella de lo real (realidad pasada) nos permite, simultáneamente, evadir la trampa de mirar la evidencia como un reflejo de la realidad, ilusionismo mimético del positivismo, y nos devuelve a la experiencia referencial de constitución de la evidencia, en un momento y lugar (contexto) determinado, restituyendo de esta manera la 'otredad' del pasado. De lo que se trata, entonces, es de indagar sobre: ¿de qué es huella la evidencia? Esta perspectiva también nos previene de la tentación de mirar la evidencia como creación cultural arbitraria, de acuerdo con la perspectiva estructuralista

Como nos recuerda Halperín Dongui, la evidencia devuelve la mirada al historiador de maneras imprevistas. Cuando ventriloquizamos a la evidencia, en realidad podemos caer víctimas de nuestras propias ilusiones. En vista de que "el historiador se encuentra constreñido por lo que alguna vez fue" (Ricoeur 184), entonces el estudio: ¿de qué es huella la evidencia?, se torna fundamental. Volviendo al tema de Xochiapulco, en un nivel importa saber ¿de qué son huella los huesos que aparecieron enterrados en la plaza de este pueblo? En otro nivel interesa saber ¿de qué es huella la afirmación de Rivera?, respecto a que dicha osamenta tuvo nacionalidad austríaca y francesa; y, finalmente, ¿de qué es huella la aseveración de Mallon, respecto a que dichos huesos no son europeos sino mexicanos?

Me parece que el enfoque subalterno puede resultar de gran provecho para interpretar las huellas del pasado, con la condición de que tomemos en serio la advertencia que preconiza Gyan Prakash (1490). Él señala que la comprensión de los estudios subalternos no puede verse limitada al espacio surasiático, que inicialmente fue objeto de su atención, ni tampoco puede ser globalizada sin más. Prakash, advierte, y aquí suscribo su cautela, que tenemos el imperativo de que su traducción ocurra entre líneas.

Notas

[1] Sobre la trayectoria del grupo y sus aportes puede consultarse las evaluaciones de Prakash (Subaltern Studies as) y Chakrabarty (Subaltern Studies and).

[2] Varias entregas de la *Latin American Research Review*, entre 1990 y 1993, dan cuenta de invocaciones, comentarios y debates sobre la recepción del enfoque poscolonial y los estudios latinoamericanos previos al debate que nos ocupa.

[3] La "Declaración de fundación del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos" ha aparecido en diversas publicaciones. La versión original en inglés consta en Beverley, Oviedo y Ahorna. En este ensayo utilizo la traducción al español que hizo Zevallos Aguilar.

[4] Prakash y Chakrabarty puntualizaron algunas de las semejanzas y diferencias entre ambos enfoques. Chakrabarty (*Subaltern Studies and* 15) señala, por ejemplo, que el enfoque subalterno implica, a diferencia de la perspectiva de la historia social 'desde abajo': "a) una relativa separación entre la historia del poder y cualquiera de las historias universalistas del capital, b) una crítica de la forma nación, c) una interrogación de la relación entre poder y conocimiento", que incluye al archivo en sí mismo; y, a la historia, como saber.

[5] Todas las traducciones del inglés al español que aparecen citadas en este ensayo, a excepción de las provenientes de la 'Declaración', son mías.

[6] Entre las principales evaluaciones de *Peasant and Nation* puede consultarse los ensayos de John Tutino y Tulio Halperín Donghi, además de la respuesta de la autora, en *Historia Mexicana* XLVI:3, 1996. Entre las reseñas aparecidas en revistas académicas anglosajonas puede consultarse, por ejemplo, la escrita por Nils Jacobsen en la *American Historical Review* (junio, 1995) y la perteneciente a Jeremy Adelman, "Spanish-American Leviatán? State Formation in Nineteenth-Century Spanish America. A Review Article." *Comparative Studies in Society and History* 40:2, 1998.

[7] Esta se refiere al resultado que tiende a ocurrir luego de la introducción de un nuevo paradigma analítico, el acumulado de esfuerzos semejantes realizado en el pasado se invalida o se coloca en la penumbra.

[8] Mabel Moraña en su ponencia presentada al Encuentro de estudios culturales de Quito, de 2001, indagaba por la relevancia social de los discursos literarios.

[9] *Debates Poscoloniales* (La Paz, 1997) compilado por Silvia Rivera y Rossana Barragán; el número monográfico *Historia y Grafía* 12 (México: 1999); y, el libro coordinado por Saurabh Dube, intitulado *Pasados Poscoloniales* (México: 1999) y cuya versión electrónica está en el portal de CLACSO. (http:/www.clacso.org).

Obras citadas

Amin, Shahid. *Event, Metaphor, Memory. Chauri Chaura 1922-1992.* California–Oxford: University of California Press, 1995.

Anrup, Roland, y Carlos Vidales. "El padre, la espada y el poder: la imagen de Bolívar en la historia y en la política." *Simón Bolívar 1783-1983: Imagen y presencia del libertador en estudios y documentos suecos.* Estocolmo: Instituto de Estudios Latinoamericanos, 1983.

Assadourian, Carlos Sempat, ed. *Modos de Producción en América Latina.* Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente, 1973.

—. *El Sistema de la Economía Colonial.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1982.

Ayala Mora, Enrique. "Tendencias del desarrollo del culto a Bolívar en el Ecuador." Ponencia presentada al IV Encuentro de ADHILAC. Bayamo, Cuba: 1983.

Beverley, John. *Against Literature.* Minneapolis: University of Minnesota, 1993.

—, J. Oviedo, y M. Ahorna, eds. *The Postmodernism Debate in Latin America.* Durham: Duke University Press, 1995.

—. "Negotiating with the Disciplines. A Conversation on Latin American Subaltern Studies." *Journal of Latin American Cultural Studies* 6:2 (1997).

—. *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory.* Durhan: Duke University Press, 1999.

—. "The Dilemma of Subaltern Studies at Duke." *Nepantla: Views from South* 1:1, (2000).

Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1973.

Chakrabarty, Dipesh. "Subaltern Studies and Postcolonial Historiography." *Nepantla: Views from South* 1:1, 2000.

Chiaramonti, Juan Carlos. *Ciudades, provincias, estado. Orígenes de la Nación Argentina.* Buenos Aires: Ariel, 1997.

Colmenares, Germán. *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca.* Cali: Universidad del Valle, 1983.

Coronil, Fernando. "Listening to the Subaltern: the Poetics of Neocolonial States." *Poetics Today* 15:4, (1994).

"Declaración de fundación del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos." *Procesos, revista ecuatoriana de historia* 10. Quito: Traducido por Juan Zevallos-Aguilar, 1997.

Duara, Prasenjit. "Historicizing National Identity, or Who Imagines What and When." *Becoming National. A Reader.* Editado por Geoff Eley y Ronald Grigor Suny. Oxford: Oxford University Press, 1996.

Dube, Saurabh. ed. *Pasados Poscoloniales.* México: El Colegio de México, 1999. http:/www.clacso.org
Dubois, Philippe. *El acto fotográfico.* Barcelona: Paidós, 1994.
—. "Minority Histories, Subaltern Pasts." *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference.* Princeton: Princeton University Press, 2000.
—. *The Magical State.* Chicago: University of Chicago Press, 1997.
Espinosa, Carlos. "La mascarada del Inca: una investigación sobre el teatro político en la colonia." *Miscelánea Histórica Ecuatoriana,* II, Museos del Banco Central. Quito: 1989.
—. "El retorno del Inca: los movimientos neoincas en el contexto de la intercultura barroca." *Procesos, revista ecuatoriana de historia* 18 (2002).
Ginzburg, Carlo. "Checking the Evidence: The Judge and the Historian." *Questions of Evidence. Proof, Practice, and Persuasion across the Disciplines.* Edited by James Chandler, Arnold Davidson y Harry Harootunian. Chicago: University of Chicago Press, 1994.
Guha, Ranahid. "La prosa de contrinsurgencia." *Debates poscoloniales. Una introducción a los estudios de la subalterninadad.* La Paz: Historias, 1997.
Halperin Donghi, Tulio. "Campesinado y Nación." *Historia Mexicana* XLVI: 3, 1996.
—. *Historia y Grafía* 12. México: Universidad Iberoamericana, 1999.
Larson, Brooke. *Colonialismo y Transformación Agraria en Bolivia. Cochabamba 1500-1900.* La Paz: CERES–HISBOL, 1992.
—. "Shifting Views of Colonialism and Resistanse." *Radical History Review* 27 (1983).
—, y MacCormack, Sabine "'En los tiempos muy antiguos…' ¿Cómo se recordaba el pasado en el Perú de la colonia temprana?" *Procesos. Revista ecuatoriana de historia* 7 (1995).
Mallon, Florencia, ed. *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World-System in Africa and Latin America.* Madison: University of Wisconsin Press, 1992.
—. *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru.* Berkeley: University of California Press, 1995.
—. *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Strugle and Capitalist Transition, 1860-1940.* Princeton: Princeton University Press, 1983.
—. "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Persectives from Latin American History." *American Historical Review* 99:5 (1994).
Murra, John. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino.* Lima: IEP, 1975.
Prakash, Gyan. "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism." *American Historical Review* 99:5 (1994).
Rappaport, Joanne. *Cumbe Reborn. An Andean Ethnography of History.* Chicago: Chicago University Press, 1994.
Ricoeur, Paul. "La realidad el pasado histórico." *Historia y Grafía* 4, México: 1995.
Rivera Cusicanqui, Silvia. *'Oprimidos pero no Vencidos'. Luchas del campesinado aymara y qhechwa de Bolivia, 1900-1980.* La Paz: Hisbol – Esutcb, 1984.
Spalding, Karen. *De indio a campesino.* Lima: IEP, 1974.
Stern, Steve. "Feudalism, Capitalism, and the World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean". *American Historical Review* 93:4 (1988).
—. *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española.* Traducido al español por Fernando Santos. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
Thurner, Marc. *From Two Republics to One Divided.* Durham: Duke University Press, 1997.
Trouillot, Michel-Rolph. Silencing the Past. Power and the Production of History. Boston: Beacon Press, 1995.

La literatura de nuevo al centro: Abrir el archivo

Carmen Millán de Benavides[1-2]

[1] Instituto PENSAR, Estudios Sociales y Culturales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

[2] La presente es una versión actualizada del trabajo *Demitifying the Archives. Literature Opens Some Boxes*, presentado por la autora en *McGill University* en el marco del *Workshop on Social Sciences and Transdisciplinarity: Latin American and Canadian Experiences*, realizado entre el 23 y el 26 de septiembre de 1999, en Montreal.

Era mejor Jesucristo, que no entendía de finanzas,
ni consta que tuviera biblioteca.
Fernando Pessoa

La literatura ataca de nuevo[1]

En 1980, con la fractura masiva de lo literario como hegemónico cultural se presenta una crisis-toma de conciencia, que apunta a interrogar por la legitimidad de los estudios literarios y por su futuro. La supervivencia del intelectual letrado, la vigencia del libro como tecnología, el desplazamiento de la novela por el testimonio, el cuento y la poesía son temas de debate. Esta vez se va a tocar el futuro mismo de los estudios literarios y su presencia en la academia institucionalizada en departamentos, facultades, programas, especializaciones, énfasis (Rincón 18-19).

Animados por Antonio Cándido y Ángel Rama, un grupo de críticos literarios latinoamericanos comenzó a discutir el *belleletrismo*, a indagar acerca de la forma en la cual el pensamiento de Lucien Fevre, Jacques LeGoff y Fernand Braudel podía impactar la historiografía literaria de América Latina (Pizarro 72). Por otro lado, desde la academia norteamericana se levantaron voces que al declararse en *contra de la literatura*, según el famoso título de John Beverley, empezaron a dise-

minar preguntas que afectaban, y aún hoy afectan, la modesta existencia de los profesores de facultades, programas y carreras de literatura.

La pregunta de quiénes leían *journals* y estaban *al día* era, hacia la misma década de los ochenta: ¿cómo continuar con un currículo basado casi exclusivamente en la existencia de dos entelequias? Libro y literatura, se habían convertido en objetos culturales por redefinir, entidades cuya existencia misma estaba en riesgo. Si se creía que había suficiente con *la muerte del autor*, ahora se decretaba desde las metrópolis teóricas la *muerte del libro* y el imperio de los *mass media* y con el requisito cada vez más extendido de un número de créditos en lengua extranjera, establecido para estudiantes de pregrado en las universidades y *colleges* de los Estados Unidos. Los departamentos de lenguas romance comenzaron a convertirse en departamentos de servicio, equiparables a escuelas de idiomas, en los que los profesores se veían forzados a enseñar cursos básicos de lengua y no literatura misma. El caso fue duro para quienes enseñaban español, pues la popularidad de éste como lengua de escogencia para los créditos obligatorios, puso una presión casi inaguantable sobre docentes que raramente podían proponer un curso retador intelectualmente para ellos, ante la demanda de secciones básicas de español I, II, III. Además, *colleges* y programas sin estudios graduados no contaban ni cuentan con esa mano de obra barata que son los *teaching assistants*, encargados de la enseñanza de las secciones básicas. En esos casos la situación de los profesores se volvió y sigue siendo dramática.[2]

Reposicionar los estudios literarios se volvió un imperativo. Las estrategias para hacerlo pasaron por meridianos como el estudio de los imaginarios y de la imagen —de la metáfora al simulacro y de allí a la performatividad como marco; por el estudio de las formas como se articula el imaginario—, aparecieron las teorías sobre discursividad, intertextualidad y se diseminó la deconstrucción. La sociocrítica tomó nuevos aires —explorando las relaciones entre historia, literatura y sociedad. Y en una última estrategia para escapar a las 'academias de idiomas' los profesores de los departamentos de español comenzaron su tránsito hacia programas de estudios latinoamericanos, desde los cuales se podían proponer aquellos cursos que no tenían cabida en los propios departamentos.

Los *Estudios culturales* y su complemento directo los *Estudios poscoloniales* para los cuales las ideas de centro y periferia son tan queridas, van a servir paradójicamente de escenario para la debutante remozada: la literatura que, al cambiar de *concepto,* regresa al centro del reconocimiento social. Si las Ciencias Sociales se abren, la literatura (nótese la minúscula) también lo hace y de qué manera. El estudio de la literatura como medio abre miles de puertas ya que ella puede generar objetos que divididos entre oralidad y escritura podrán ser analizados en sus circuitos de producción, circulación y recepción. La literatura entonces regresa al ruedo, pero en el caso de la academia de los

Estados Unidos, un ruedo que ahora queda en los centros de estudios latinoamericanos. Entre tanto, al margen de las discusiones teóricas, *Boom* y *Postboom* articulan un nuevo canon que impondrá nuevas tribulaciones a los *fazedores* de currículos y *desfazedores* de programas académicos. En este proceso, lastimosamente, en el Sur se puso la letra (y hasta la oralidad) y en el Norte: la teoría, aunque no sin contiendas.

Si en la década de los ochenta se habló de la escuela de Yale, en la que Harold Bloom desempeñó un papel central;[3] en los noventa se debió hablar de la escuela de Duke, con Beverley en el centro y todos aquellos que, dado el exilio impuesto por las dictaduras del Cono Sur, llegaron a la academia de los Estados Unidos, como Mabel Moraña, Hugo Achúgar y Walter Mignolo, para mencionar a unos pocos (Alonso, *Cultural* 137). La polémica resumida en el enfrentamiento editorial entre *Science Wars* y *Higher Superstition*[4] tiene su versión en literatura. Muy pronto Bloom, el agudo crítico autor de *El Canon de Occidente*, acuñó la expresión "escuela del resentimiento," para designar a quienes trabajaban y trabajan en el marco de los estudios culturales. Sus seguidores emprendieron una guerra contra los estudios culturales que es bastante monotemática y que aún no termina. El gran reclamo de Bloom contra los estudios culturales es que al descanonizar los estudios literarios para dar paso a todo lo que se considera 'discurso' se ha dejado de leer a los clásicos. Bloom y sus menos informados epígonos, trasladaron el escenario de la discusión señalando que quienes se ocupan de los estudios culturales niegan la importancia de Shakespeare y de Cervantes, para privilegiar a autores *menores* y a las manifestaciones mediáticas. Al proponer un debate sobre el valor estético de las *obras*, se colocan en una página distinta de la discusión —la del artefacto cultural—, pues evidentemente para poder encontrar la sabiduría que yace en Shakespeare, uno de los caminos es entender el sistema en el cual él vivió. Una lectura que surge enriquecida a partir de una escena en la que la mujer es representada por adolescentes *hombres*, hace de las mujeres de Shakespeare, aquellos para quienes él escribió sus papeles, un juego que se desdobla en riquísimas posibilidades. Así, una lectura de Shakespeare desde los estudios culturales, sólo proponiendo la perspectiva de género, no niega a Shakespeare, sino que enriquece su lectura, acercándolo al lector contemporáneo.

Lo mismo se aplica a Cervantes. La lectura del *Quijote* como un soñador con el cual se quiere cabalgar, es indudablemente la seductora lectura del lector romántico que tanto prevalece aún hoy. Sin embargo, las lecturas desde los estudios culturales que nos piden ver la manera en la cual el ingenioso hidalgo cabalgó por las imprentas y fue recibido como libro cómico (*light*, diríamos hoy), nos permite entender por qué para Cervantes mismo, el Quijote no era el libro que él consideraba su obra maestra. Cervantes murió con el dolor de no haber publicado su *Persiles*, para él su más lograda novela.

Añadir elementos hermenéuticos y riqueza contextual para llegar a la sabiduría de los discursos, es una de las propuestas desde los estudios culturales y no, como algunos detractores dicen, cambiar a Cervantes por Corín Tellado. Claro está que se debe entender a Bloom en su preocupación por la pérdida de lectores, pérdida que no tiene que ver con los estudios culturales en forma total como muchos creen. La banalización de los estudios culturales evidentemente hace que algunos de sus usuarios la transformen en una jerga multiculturalista y post-oscura, con pereza por la lectura de los clásicos, que busca la facilidad de espacios investigativos poco o nada ocupados, o quienes por mil razones más, carezcan de herramientas para enfrentar la poderosa andanada de este quijote del Quijote, que ha sido Harold Bloom.

Las preguntas para la lista oficial de clásicos, ese canon que a veces se va, para retornar con nuevos nombres, caben en el verso de la compositora y escritora argentina Liliana Felipe,[5] quien en *¿A dónde van?* nos dice: "¿y si se van por dónde van, si el que se va nunca se va cuando se va?" Si el canon se va y llega un anticanon, el canon se va, pero nunca acaba de irse. En la expansión y la contracción del canon el oficio de lector se hace sumamente retador; y, el del profesor de literatura, una encrucijada entre enseñar a los clásicos y enseñar autores que les interesan particularmente: por su procedencia geográfica, por perspectiva de género, por necesidad de un espacio investigativo no cubierto ya, el cual le garantice las publicaciones necesarias para adquirir un puesto fijo de profesor asociado en la academia, entre otros factores.

Para profesores y críticos, quienes ven la necesidad de incluir en el currículo a los clásicos, la afirmación no es "leamos a Ángeles Mastretta, nada de esos viejos canónicos como Cervantes" como los seguidores de Bloom dicen que dicen los culturalistas. El asunto es más bien volver a Cervantes desde María de Zayas o volver a Cervantes desde Catalina de Eraúso, sin olvidar que en el transfondo *Amadís de Gaula* sonríe al hidalgo y a la trasvestida.[6] Quienes trabajamos en el Siglo de Oro/del Oro *transatlántico*, eso que solía denominarse antes del lado americano *literatura de la Colonia,* podemos dialogar con Bloom y quizá por un momento estar en la misma página. Esa sería otra manera de abrir el canon de la era aristocrática a partir del Canon de Occidente.[7]

Periodización y canon desde la escuela del resentimiento. La apertura del archivo y su mito

Desde el punto de vista de la historiografía de la literatura y de la academia, podría afirmarse que la literatura latinoamericana inicialmente existió en forma de antologías poéticas; luego, con el Modernismo, esa literatura tuvo un espacio propio como una de las caras de la modernidad, y, finalmente, con la ocurrencia del *Boom*, adquirió definitivamente un espacio propio. Del *Boom* en adelante, toda

historia de la literatura universal, debería tener al menos un capítulo dedicado a la literatura latinoamericana en sus expresiones poéticas y narrativas. Curiosamente, y esta es una queja contra los estudios culturales, hoy los autores del *Boom* son bienvenidos en esa especie de anticanon que se ha instalado en muchos programas académicos de postgrado, en la academia norteamericana.[8]

Los autores del *Boom,* quienes afirmaron de manera definitiva, la presencia del imaginario colonial en su propia obra, léase si no, el discurso leído por García Márquez en la aceptación del Premio Nobel. La latinoamericana es una literatura poscolonial, que regresa al periodo colonial para buscar sus orígenes. Es, además, una literatura que inicialmente requirió la validación desde la metrópoli, para afirmar su existencia como disciplina.[9]

Entre 1893 y 1895 aparecieron los cuatro tomos de la *Antología de poetas hispanoamericanos* de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, considerada por muchos, la aceptación académica de la existencia como campo de conocimiento de la literatura latinoamericana. Aunque como ha demostrado Campra, se habían publicado por lo menos diez antologías de poesía hispanoamericana antes de la aparición de la de Menéndez y Pelayo, ésta era no sólo la más extensa —continúa siéndolo— sino que provenía de un académico reconocido y, además, español (37).[10]

Desde mediados del siglo XIX comenzaron a aparecer piezas de crítica literaria e historias de la literatura hispanoamericana. Por ejemplo, novelas como *María* (1867) de Jorge Isaacs (1837-1895), escritor, cuyo éxito en el continente hispanohablante fue notable y contó con ediciones en España. Sin embargo, fue sólo hasta la aparición de la *Antología* de Menéndez y Pelayo que la literatura producida en el español de las antiguas colonias, atrajo la atención de la academia tanto europea como anglosajona y, lo más notable, también de la academia de todos y cada uno de los países antologizados (González Echevarría, *A brief* 1: 10).[11]

Toda antología y toda historia de la literatura, supone un proceso de selección y la toma de una decisión: dónde y con quién comenzar. Para los críticos literarios de mediados de siglo, quienes no consideraban posible la existencia de una literatura hispanoamericana sino a partir de la independencia de España, la decisión no debería haber resultado difícil. Sin embargo, la literatura en lengua española, estaba llena de obras con *asunto* americano, producidas por españoles de o en Indias.

El estudio de autores nacidos en las Indias (que también son considerados como suyos en las historias de la literatura española), tal es el caso de Sor Juana Inés de la Cruz (1651?-1695?) y Juan Ruiz de Alarcón (1581?-1639), ha venido creciendo hasta generar cursos de pre y postgrado en los cuales se estudian a los dos mencionados y a otros *autores* como Colón, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo y Gonzalo Fernández de Oviedo, por ejemplo. El estatuto de ambigüedad de *autores* peninsulares quienes escribieron en América sobre temas americanos,

como Ercilla, —o de autores americanos—, *autores de Indias*: como Ángel Valbuena Pratt llama a Ruiz de Alarcón.[12] Escribieron para público español, pero ello no sólo tenía que ver con su procedencia geográfica: lo que hoy llamaríamos su nacionalidad; sino, con el carácter de algunos de los textos que ellos y otros más realizaron. En fechas recientes se ha abierto paso la propuesta transatlántica, una mirada a la lengua que sale, llega y se siembra para dar frutos de árbol transplantado en las Américas, como nos enseñara Octavio Paz[13] y se estudian autores de España y la Nueva España, la Nueva Granada, el Perú.

En la academia norteamericana, además, debe tenerse en cuenta que el llamado *hispanismo* cubre ahora tres fenómenos distintos, como señala Gies, imponiendo en los estudios tres vertientes: la producción de España, la de Latinoamérica y la de los latinos, chicanos y demás diásporas que en territorios extranjeros constituyen pequeñas patrias.[14]

Mignolo (*La lengua* 9), anticipando en 1986 lo que desarrollaría diez años más tarde en *The Darker Side of the Renaissance* señala que desde los estudios literarios coloniales se ha promovido un ensanchamiento disciplinar. Al hacer objeto de los estudios literarios no la *letra*, sino el discurso analizado con las herramientas de la gramatología, se ha facilitado un doble desplazamiento:

> El centro de atención se desplaza de la literatura (en el sentido de *belles lettres*) a la literatura (en el sentido de la producción discursiva escrita) y a su complemento, la oralidad y las diversas formas de escritura de las culturas precolombinas. Un doble desplazamiento que nos lleva desde la idea de literatura impuesta por una tradición cultural al concepto de literatura forjado en una práctica disciplinaria (9).

Esta *apertura* venía dándose desde los problemas confrontados por los historiadores de la literatura latinoamericana. Dónde comienza una antología de literatura latinoamericana y con qué tipo de textos son preguntas a las cuales debieron y deben enfrentarse quienes crean esas antologías, que como señala el mexicano Alfonso Reyes, pueden ser el centro de controversias críticas. Antologizar es canonizar y esa es una obligación de gran responsabilidad. La literatura latinoamericana debió primero ser reconocida como tal, para luego emprender el camino de la monumentalización a través del canon.

"La escasez de materia *literaria*" a la que debieron enfrentarse los primeros antologizadores e historiadores, quienes se movían en la concepción de literatura como *belles lettres*, les hizo incluir materiales sobre los que ellos mismos pasaban muchas veces un juzgamiento estético adverso, quien es considerado como el pionero de los esfuerzos historiográficos literarios en la América Latina de este siglo, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, hablaba en su serie de *Norton Lectures* en Harvard

(1940-1941) de *la búsqueda de nuestra expresión*, la cual empezaba con Cristóbal Colón, quien *como escritor* descubrió el Nuevo Mundo para la imaginación de Europa (10).

Pasa por alto aquí Henríquez Ureña que *El diario de Colón*, con el cual él comenzó sus conferencias y su historia, se perdió, y que lo que hoy conocemos del *Diario* se debe a la transcripción hecha por Bartolomé de las Casas, una tarea editorial interesada, como lo demostró Margarita Zamora.[15] Resulta también paradójico que la historia de la literatura latinoamericana o hispanoamericana, como prefiere llamarla Henríquez Ureña, comience con un autor cuya lengua materna no era el castellano y cuyo dominio de la lengua adolecía de *contaminatio* del portugués y otras lenguas, como ha demostrado Menéndez Pidal.

Anderson Imbert en el prólogo a *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954) escribe en tono apologético:

> En los primeros capítulos [,] hemos tenido que admitir a muchos hombres de acción o de pensamiento que escribieron crónicas y tratados sin intenciones artísticas (sin embargo, aún en esos casos, la cuota literaria de sus escritos es lo que apreciamos). Pero a medida que nos acercamos a nuestro tiempo debemos ser más exigentes en el deslinde entre lo que es y no es literatura (18).

Hasta la aparición de trabajos como los de Hayden White, textos como *El diario* o la *Carta a Luis de Santángel* de Colón, o *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, eran para los historiadores *fuentes*, textos de su exclusivo campo de estudio que contenían la *verdad* histórica. Para los historiadores de la literatura, éstos, en cambio, eran textos literarios fundacionales de la literatura latinoamericana, que debían hacer parte de toda antología con perspectiva histórica.

La periodización y el canon sufrieron otro estremecimiento: el debate acerca de la oralidad y la escritura. Retornando a la idea del doble desplazamiento —señalada por Mignolo—, debe señalarse la existencia de trabajos pioneros en la incorporación de la oralidad y de las escrituras precolombinas, para dar inicio a una historia de la literatura latinoamericana. Recogiendo las ideas de su *Nueva historia de la literatura latinoamericana* (1937), *Luis Alberto Sánchez* publicó en 1973, *Historia comparada de las literaturas americanas*. El libro continúa con un hilo de pensamiento que data desde 1923, cuando el humanista peruano inició su cátedra de literatura americana en la Universidad Mayor de San Marcos, en Lima. La *Historia comparada* se inicia con el *Popol Vuh*, el *Memorial de Sololá* y el *Rabinal Achí* de los maya-quiché, los *areitos* tahinos, la poesía náhuatl y el teatro y poesía de los incas (26-43).

Periodización, canon, oralidad y escritura y locus, continúan siendo discutidos en congresos y publicaciones. Un ejemplo relativamente reciente sirve para ilus-

trar esta afirmación. En 1996 apareció la *Cambridge History of Latin American Literature*, que anunció, en su prefacio general, ser la primera historia de la literatura latinoamericana en incluir un detallado análisis del período colonial, las obras de mujeres escritoras y de autores chicanos y latinos.[16]

Al cubrir en forma *detallada* el periodo colonial, la *Cambridge History* de 1996 se apuntó a la tendencia que desde 1960 ha venido imponiéndose en la academia, que se ocupa de la literatura latinoamericana: un interés cada vez más marcado en todo lo escrito durante el periodo colonial. La *Cambridge*, también se inició formalmente con una consideración acerca de las literaturas precolombinas y en uno de los ensayos iniciales de esa historia, Rolena Adorno abre un espacio al *Popol Vuh* como interpretación colectiva de la historia, señalando que en ese sentido: el *Popol Vuh* es literatura.[17]

La apertura y análisis transdisciplinario ya habían sido anunciados por uno de los editores de la *Cambridge* en su libro *Myth and Archive*: Derecho, discurso científico de los naturalistas viajeros tipo Humboldt y antropología, se hallan en el origen de la narrativa colonial, del Siglo XIX y del siglo XX, respectivamente, según la tesis propuesta por González Echeverría.[18]

Si se acepta la propuesta de los estudios culturales, abriendo el canon y explorando el discurso, el archivo de documentos que contiene relaciones y otros documentos legales que propone González Echevarría, debe abrirse a la existencia de otros archivos; de una memoria de prácticas discursivas que también pueden hacer parte del *constructo literatura latinoamericana del período colonial*. El archivo dejó, entonces, de ser patrimonio de los historiadores para ser espacio de convergencia disciplinar. Sin esa convergencia, también la comprensión y el desciframiento de los documentos del archivo tradicional serían necesariamente, incompletos.

Archivo dentro del mito del archivo

El archivo, aún aquel del mito de González Echevarría no puede reducirse a la documentación que hoy clasificaríamos como *oficial*. Analizar el archivo del período colonial supone, al igual que nos dice Rincón para la literatura, un cambio de *concepto*. El archivo que así emerge no puede ser analizado con las herramientas de la retórica notarial y tópica, sino que ilustra la necesidad de convergencia disciplinar para su análisis.

Las pocas páginas de un manuscrito del siglo XVI llamado *Epítome de la conquista del Nuevo Reyno de Granada*, ilustran la existencia de mentes que desconfiaban de la retórica tópica empleada por los conquistadores. Las *Relaciones*, recuentos de los descubrimientos y hazañas que dirigían los conquistadores a la Corona para basar en ellas sus peticiones de mercedes territoriales y recompensas de todo tipo, son la clase de documento del archivo ideal propuesto por González Echevarría.

Sin embargo, muchos de los documentos que reposan en los archivos quieren escapar a la narración y a la retórica, para entrar en el mundo de la exactitud, de la medida y de la cuantificación. El paradigma de medir la realidad dentro del cual se inscribe el *Epítome*, documento creado por el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz dentro de su gran empresa de medición de la longitud terrestre, para efectos de lo cual él ideó un cuestionario que debía ser resuelto por diversas autoridades de las colonias y que luego su sucesor haría imprimir en miles de ejemplares para su distribución en América.[19]

El conocimiento de las diferentes culturas, promovido por cosmógrafos renacentistas españoles, como Alonso de Santa Cruz y su sucesor Juan López de Velasco, fue un intento de trascender el mundo de los *descubridores* para pasar al de los científicos que formulaban tablas estadísticas, mapas, atlas en los que anunciaban la Ilustración. Las respuestas a sus cuestionarios, que por miles llegaron a España, generaron una tendencia que Barbara Mundy denominó *cartografía por cuestionario*. Del texto al mapa, a la tabla, al atlas. Estos documentos indagan desde modelos en los cuales se suprime la narración, para generar otro tipo de discurso.

La búsqueda del pasado y la ampliación del canon de la literatura colonial a documentos como el *Epítome* y las *Relaciones geográficas* y en general de la documentación producida entre 1492 y los procesos de independencia, requiere el análisis de lo que González-Pérez llamó *residuos textuales*. El *Epítome* y sus parientes las *Relaciones geográficas de Indias*, son textos paradigmáticos de reciclaje de información, de residualidad textual (439). Por ello aparecen como documentos complejos, fragmentarios.

Para hacerle preguntas a textos como el *Epítome* es necesario acudir a diversas disciplinas. Las *Relaciones geográficas de Indias*, un *corpus* documental aún sin explorar informan acerca de distancias recorridas, toponimia, fauna, flora, religión, formas de organización y gobierno, costumbres en la guerra y en la paz, derecho penal, vida familiar; en fin, intentan dar una mirada sobre sociedades que no pueden visitarse y deben reconstruirse a partir de fragmentos de información que serán puestos frente a frente, según los informantes para buscar su validación y su paso al documento corográfico. Dos citas del *Epítome* que servirán para ilustrar cuanto se viene afirmando:

> La vida moral de estos indios y su gobierno son los de gente de razón, porque los delitos ellos los castigan muy bien, especialmente el matar y hurtar y el pecado nefando de que son muy limpios, que no es poco para entre indios y así hay más horcas en los caminos y más hombres puestos en ellas que en España...
>
> Tienen repartido el tiempo de mes y año muy bien. Los diez primeros días del mes comen una hierba que en la costa llaman hayo que los alimenta mucho y los purga de sus indisposiciones. Al terminar los diez días de tratamiento con hayo trabajan diez días en sus cultivos y los diez días restantes del mes los emplean en sus casas, conversando con sus mujeres, holgando con ellas, con quienes no viven en el mismo aposento (Folio 5).

Están por ser leídos miles de documentos creados al amparo de los cuestionarios de cosmógrafos en busca de resolver el problema de la longitud terrestre, —el mayor problema científico de su tiempo. Fueron en su momento información secreta, clasificada por la Corona como tal, pues contenía información confidencial que de caer en manos inglesas habría facilitado aún más la piratería. Este es tan sólo un tipo de documento de archivo cuya entrada a los estudios literarios producirá nuevas lecturas y, sin duda, convergencia transdisciplinar.

Líneas transversales

Regresamos al terreno de la docencia, al canon, la periodización y la antología. Un programa de curso transatlántico de Siglo de/l Oro, en mi caso, atravesado por la línea de género, algo que a Bloom le molesta profundamente, desinvisibilizaría a Inés de Guevara, mujer aspirante a encomienda, frente a la omnipresencia de Sor Juana, por ejemplo. Es en ese sentido que la antología bilingüe de Nina Scott, *Madres del verbo/Mothers of the Word* hace una propuesta que se convierte en promesa: no sólo vamos a leer a Sor Juana, reclamada desde las dos orillas del Atlántico como figura de *sus letras*. La perspectiva de género sirve para abrir el canon que ya de alguna manera los antes llamados estudios feministas habían venido abriendo.

El hipotético programa acoge no sólo a la monja alférez, ya canónica ella, sino también a las hasta ahora anónimas mujeres creadoras de canciones de cuna; a las inventoras de una cocina que unió vegetales y animales en el proceso ampliamente documentado por *Semillas del cambio,*[20] tan sólo para empezar tanto con las líneas transversales, como con la apertura del canon de escrituras; y a las creadoras de discursos en el período colonial.

¿Supone la búsqueda de un programa incluyente, la creación de un *canon de la marginalidad*, para emplear la expresión de Swanson (202)? Creemos que no, puesto que en los estudios culturales que vienen haciéndose en América Latina, también la idea de centro y margen se cuestiona, de pronto con una mirada menos excluyente que esa de construir heroínas e ignorar que la búsqueda no sólo debe hacerse en el recinto público de la *polis* (o la corte virreinal, o las cortes judiciales), sino también en el *oikos*, en el espacio privado de la casa.

Notas

[1] Esta es obvia referencia a *The Empire Strikes Back* de Ashcroft et. al.

[2] Este problema no acaba de resolverse. Una reciente experiencia laboral de la autora como *Visiting Fellow* en Colby College (Maine), la puso en contacto con el problema de departamentos con enorme demanda por cursos y sin personal suficiente y con puesto fijo (*tenure*) que garantice: programas, compromiso académico y administrativo.

[3] Con Roberto González-Echevarría y sus distinguidos *Yale alumni*, Aníbal González-Pérez y Carlos J. Alonso, entre otros.

[4] Con una acrimonia similar a la de Bloom, Norman Levitt habla, por ejemplo de la "retórica del desespero." *Reflections on Science Wars*. Véase http://human-nature.com/articles/levitt.html

[5] Otra exilada, fundadora junto con la mexicana Jesusa Rodríguez del *Teatro Bar El Hábito*, un hito en la cultura latinoamericana, reseñado por la serie *Americas* de PBS.

[6] Catalina de Eraúso, la *Monja alférez* (1592—1560), quien vestida de soldado alcanzó el grado de alférez en el Nuevo Mundo. Al narrar sus peripecias y luego de haberse salvado de una condena judicial, obtuvo permiso papal para vestir como hombre, muriendo en la Nueva España al frente de su propia compañía transportadora a lomo de mula.

[7] De acuerdo con Bloom, el canon de Occidente se puede analizar empleando una división en cuatro períodos: la era teocrática que llega hasta la Edad Media; la aristocrática, que va de Dante a Goethe; la democrática, que él sitúa en el siglo XIX y la caótica, que empieza en el siglo XX.

[8] En *Back to the Boom?* Philip Swanson señala que existe una nueva red de "chicos y chicas nuevos en el barrio", que no es menos excluyente que la de los viejos habitantes y señala:

> The academic star system, the cult of the plenarist, the (ironically enough) capitalization of political criticism, the emphasis on marketability in academic publishing, and the vogue of cultural studies have all contributed to a theorizing or generalizing tendency that has made monographs on individual major authors look curiously out of date (202).

[9] Se emplea aquí el término tal como lo definen Ascroft et. al:

> Empleamos el término *poscolonial* para designar a toda cultura afectada por procesos imperiales desde el momento de su colonización hasta el presente.
> Estas literaturas ... emergen, en su forma presente, a partir de la experiencia de colonización y se autoafirman al poner en sus cimientos la tensión con el poder imperial y al enfatizar sus diferencias frente al centro (2). La traducción del inglés es mía.

[10] Rosalba Campra lista las siguientes: *América poética* de Juan María Gutiérrez (1846-1847), *América poética* de Rafael María de Mendive (1854-56), *Poetas americanos* de José Domingo Cortés (1863); *Flores del Nuevo Mundo. Tesoro del parnaso americano* de Manuel Nicolás Corpancho (1863), *Poesía americana* de Juan María Gutiérrez (1866-1867); *Lira americana* de Ricardo Palma (1873), *América poética* de José Domingo Cortés (1875); *Poetisas americanas. Ramillete del bello sexo hispanoamericano* también de Cortés y del mismo año, *Poetas americanos* de José Antonio Carrillo y Navas (1882); *América literaria* de Francisco Lomaggiore (1883).

[11] La edición barcelonesa de *María* tiene como subtítulo *Novela americana* y adelantándose a la práctica puesta en boga por los autores de novelas de la tierra, contiene un vocabulario de los "provincianismos más notables," facilitando al lector español la lectura de ésta en el español de la otra orilla.

[12] En *El teatro español en su Siglo de Oro* dice a propósito de Ruiz de Alarcón:

> Para su psicología y la índole de su producción debemos fijarnos ante todo, en dos notas. De una parte nos econtramos *con un escritor de Indias*, no peninsular: de otra con un hombre mal dotado físicamente (230).

[13] En su discurso de aceptación del Nobel de Literatura *En busca del presente*.

[14] Son los italianos de las *Little Italy* de comienzos del siglo XX, los *newyorricans*, puertorriqueños nacidos en Nueva York de la década de los sesenta en adelante, junto con los cubano-americanos y luego todos los latinoamericanos de los exilios producidos por las guerras, los colombianos, últimos en el desangre de capital humano que sale hacia los Estados Unidos y se localiza en colonias que simulan pequeñas patrias y constituyen una comunidad imaginada, en el sentido de Anderson.

[15] Intertextuality as an essentially creative process transforms the sense of the assimilated utterance in a manner that invariably reflects the intentionality of the new act of writing which incorporates it. Both these

ideas, the transformational and intentional aspects of the intertextual process, are essential to understanding the effects of Las Casa's editorial interventions in generating the *Diario* from Columbus's journal (49).

[16] This is the first history of Latin American literature to provide detailed coverage of the colonial period, the works of women writers, and the literature written in Spanish by Chicano and other Hispanic authors in various regions of North America (*Cambridge History* 1, xii).

[17] When we say "this is not literature" about the *Popol Vuh*, we need to very clear that we are rejecting it for membership within a specific historial-cultural *corpus* constituted by the Greco-Roman and Judeo-Christian traditions, and not that we are excluding it from the great achievements o humanity's collective interpretations of diverse and regional cultural experience. It is in this latter sense that the present essay is pertinent to a "history of Latin American literature" (*Cambridge History* 1, 37).

[18] Para el período colonial señala González:
Law and history are the two predominant modes of discourse in the colonial period. Their truthfulness is guaranteed by the mediating codes of the State, chiefly notarial rethoric (*Myth and Archive* 55).

[19] Creo haber demostrado esta atribución autorial en *El epítome de la conquista del Nuevo reino de Granada y el conocimiento por cuestionario*. Bogotá: CEJA, 2001.

[20] *Seeds of Change*, el gran proyecto del Smithsonian con ocasión de las celebraciones del Quinto Centenario, que documenta los cambios en la dieta de los dos mundos con ocasión del intercambio colombino.

Obras citadas

Adorno, Rolena. "Cultures in Contact: Mesoamerica, the Andes, and the European Written Tradition." *The Cambrige History of Latin American Literature*. 3 vol. Cambridge: Cambridge UP, 1996.

Alonso, Carlos J. "Cultural Studies and Hispanism: Been Ther, Done That." *Siglo XX/20th* Century. (1996): 137-51.

—. *The Nurden of Modernity*. The Rhetoric of Cultural Discourse in Spanish America. New York y Oxford: Oxford University Press, 1998.

Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 vol. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

Campra, Rosalba. "Las antologías hispanoamericanas del siglo XIX. Proyecto literario y proyecto político." *Casa de las Américas*. 1987. 37-47.

Chang-Rodríguez, Raquel y Malva E. Filer. *Voces de Hispanoamérica. Antología literaria*. Boston: Heinle & Heinle, 1988.

Gies, David T. "El hispanismo que viene: Estados Unidos y Canadá." Arbor CLXVIII, 664. 2001. 493-511.

González Echevarría, Roberto. "A Brief History of the History os Spanish American Literature." *The Cambridge History of Latin American Literature*. 3 vols. Roberto González Echavarría and Enrique Pupo-Walker, eds. Cambridge: Cambridge UP, 1996.

—. *Myth and Archive. A Theory of Latin American Literature*. Cambridge: Cambridge UP, 1990.

González-Pérez, Aníbal. "Imágenes de la conquista y la colonia en la novelística hispanoamericana contemporánea: notas para una interpretación." Revista de Estudios Hispánicos. Universidad de Puerto Rico. (1992): 431-48.

Gross, Paul R. and Norman Levitt. Higher superstition: the Academic Left and its Quarrels with Science. Batimore: Johns Hopkins University Press, c1998.

Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1964.

Isaacs, Jorge María. *Novela americana*. Barcelona: Luis Tasso, ca 1887.

Menéndez Pidal, Ramón. *La Lengua de Cristóbal Colón.* Madrid: Espasa-Calpe, 1978.

Mignolo, Walter. "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de estudios literarios coloniales)." *Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones.* Saúl Sosnowsky, ed. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1996.

—. *The Danker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization.* Ann Arbor: The University of Michigan, 1995.

Millán de Benavides, Carmen. "Del texto al mapa; epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada." Bogotá: Universitas Humanística 48 (1999): 7-17.

—. *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada:la cosmografía española del siglo XVI y el conocimiento por cuestionario.* Bogotá: CEJA: Pensar, 2001.

Mundy, Bárbara E. *The Mapping of New Spain. Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas.* Chicago: University of Chicago Press, 1996.

Pizarro, Ana. "¿Diseñar la historia literaria hoy?" Estudios. Revista de investigaciones literarias 48 (1996): 71-77.

Rincón, Carlos. *El cambio actual de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana.* Bogotá: Colcultura, 1978.

Ross, Andrew, ed. *Science Wars.* Durham: Duke University Press, 1996.

Sánchez, Luis Alberto. *Historia comparada de las literaturas americanas. Desde los orígenes hasta el Barroco.* Buenos Aires: Losada, 1973.

Santa Cruz, Alonso de. "Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada." Transcripción de Carmen Millán de Benavides. *Universitas Humanística 48* (1999).

Swason, Phillip. "Back to the Boom? Recent Trends in Spanish American Literary Studies." *Latin American Research Review* 36 (2001): 202-8.

Valbuena Pratt, Ángel. *El teatro español en su Siglo de Oro.* Barcelona: Planeta, 1969.

White, Hayden. *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation.* Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1990.

Zamora, Margarita. *Reading Columbus:* Berkeley: University of California Press, 1993.



La mente indisciplinada: la imaginación liberada

Myron J. Frankman[1-2]

[1] Ph.D. Profesor Asociado del Departamento de Economía y Miembro del Centro para Estudios de Áreas en Desarrollo, Universidad McGill, Montreal, Canadá. Inmf@musica.mcgill.ca

[2] Traducción del inglés de Alberto G. Flórez Malagón.

La realidad es interdisciplinaria.
Steve Fuller, en McGill University, septiembre 22 de 1999

De hecho, la especialización es solamente una forma elegante de esclavitud en la cual el "experto" es persuadido a aceptar su esclavitud haciéndosele sentir que a cambio él se encuentra en una situación privilegiada social y culturalmente, ergo altamente seguro, y que durará toda la vida. Pero sólo el hijo del rey recibió el reinado del entrenamiento de amplio espectro.
R.B. Fuller, 28

La realidad podrá ser interdisciplinaria, pero las universidades todavía insisten en encerrar el conocimiento dentro de fragmentos disciplinarios relativamente separados. En la Universidad de McGill de Montreal, para concentrarme en un caso concreto que conozco bien, la abrumadora cantidad de contratos académicos se hacen para departamentos disciplinarios. En el pregrado la mayoría de los estudiantes son matriculados en programas disciplinares, mientras que en el posgrado, en la Facultad de Artes, puede haber en el mejor de los casos un estudiante ocasional en un programa interdisciplinario de Ph.D *ad hoc*. El trabajo de posgrado es el más fuerte baluarte en contra de la transdisciplinariedad. Y el miedo de no ingresar al nivel de posgrado tiende a intimidar a muchos estudiantes de pregrado impidiéndoles expandir sus horizontes.

Hace más o menos cinco años, fui uno de los pocos profesores invitados a un almuerzo de trabajo citado por Charles Taylor y James Tully, ambos profesores de larga data en el Departamento de Ciencia Política. La intención era explorar las posibilidades de lanzar, ya fuera un programa de doctorado en Pensamiento Social y Político o una opción interdisciplinaria sobre el mismo tema, dentro de los programas de doctorado ya existentes. Aunque había gran entusiasmo por la iniciativa, no había ni una palabra de aliento acerca de los prospectos de ganar cualquier apoyo de parte de los diferentes departamentos de ciencias sociales. El sueño murió antes de que nos hubiéramos levantado de la mesa.

En el pregrado existen numerosos programas interdisciplinarios en McGill. Yo mismo participé en la creación de los programas de Estudios Latinoamericanos y de Estudios Ambientales en los años setenta y en el de Estudios del Desarrollo en los noventa. Aunque estos programas son cada vez más populares entre los estudiantes, la mayoría de los programas están hambrientos de fondos, dependiendo del trabajo de voluntarios y tener presupuesto. La excepción más notable a este patrón son los estudios ambientales en donde existe una escuela, la Escuela McGill del Ambiente creada en 1998, la cual tiene un director de tiempo completo.

Una reforma curricular tuvo lugar en la Facultad de Artes de McGill en septiembre de 1998. En ella se llegó tan lejos como para dar a la mayoría de los estudiantes un margen de flexibilidad extra al reducir el número de créditos exigidos de 54 a 36. Se habló en algún momento de crear cursos interdisciplinarios, diseñados para ser impartidos por equipos de distinguidos miembros del equipo profesoral, pero sólo los cursos existentes fueron propuestos para llenar estos espacios donde los demostrativos querían insertarse en el programa y la propuesta de cursos distintivos en su forma real, más que en el modelo idealizado, eventualmente se abandonó.

Nuestra reforma llegó hasta el punto de reducir el número de créditos en los programas (ahora llamados 'concentraciones'), pero no más allá que eso. Ni una palabra se escuchó acerca de las aproximaciones pedagógicas o sobre cualquier cambio en el entendimiento académico de cómo ocurre el aprendizaje. Sin embargo, no hay que desanimarse. Lo que parecen estructuras inmutables sufren de hecho procesos lentos de cambio. Los cambios ocurren y a menudo provienen o son reforzados desde 'abajo'. Como es notorio, muchos estudiantes de pregrado buscan programas interdisciplinarios, los cuales son a menudo las únicas avenidas abiertas para aquellos que intentan seguir una educación amplia en artes liberales. Aquellos de nosotros involucrados en la dirección de dichos programas debemos ser agresivos en tratar de conseguir que los presupuestos de facultad sean proporcionados con el influjo de los estudiantes y sus nuevos intereses. Esta lucha no es diferente de otras: es larga y de ninguna manera el triunfo es cierto. Los decanos

de orientación disciplinar al tiempo que celebran el número de estudiantes, se quejan de la debilidad y falta de foco y rigor de los programas interdisciplinarios.

Una visión alternativa

En el libro *Las Fronteras del Conocimiento en el Estudio del Hombre* publicado en 1956, el historiador Lynn White Jr., escribió en su conclusión titulada *Los cánones cambiantes de nuestra cultura*: "Nuestra revolución es tan nueva que no sabemos en realidad cómo luciría una cultura altamente democrática, mucho menos lo que sería su educación formal —esto es, su plan organizado para la transmisión de cultura"— (315).

Décadas más tarde todavía no lo sabemos. Más aún, su visión de una transformación del 'canon' desde una jerarquía de valores hacia un espectro de valores, ciertamente no se ha realizado en relación con los estudios interdisciplinarios, los cuales aún ocupan una posición inferior clara, en comparación con las disciplinas establecidas. El lenguaje contestatario del mismo White sugiere la importancia que podría tener la revolución. ¿Estaríamos todavía hablando en términos de 'transmisión'? En palabras del filósofo colombiano Estanislao Zuleta: "La filosofía no es un cuerpo de saber que pueda ser transmitido. Es una práctica de la crítica. Es una sospecha organizada, exigente y rigurosa"(167).

Mi visión alternativa no es simplemente una en la cual el sujeto de las conferencias académicas se amplíe, sino más bien una en la cual la experiencia completa del aprendizaje se altere. En el otoño de 1993, a aquellos de nosotros en el Comité sobre Computación del Senado de McGill se nos pidió contribuir a la formulación de una visión a cinco años de los usos educativos de la información tecnológica en el aprendizaje. Mi respuesta fue un correo electrónico escrito en el futuro de ese momento, en diciembre de 1998, por un hipotético estudiante que escribía a sus padres describiendo el nuevo mundo del aprendizaje en McGill:

> La crisis presupuestal eventualmente llevó a replantear seriamente la naturaleza de la experiencia de aprendizaje y la mejor manera en que ella puede enfrentarse, en vez de seguir con cortes en los gastos para equilibrar el presupuesto.
> La tecnología ha transformado tanto el trabajo académico que las formas viejas de organizar las actividades de aprendizaje ya no tienen sentido, ni tampoco lo tienen las viejas y rígidas fronteras disciplinares. Es suficiente decir que las clases de todo tipo, donde un profesor daba conferencias y donde los estudiantes tomaban notas, leían un texto y eran evaluados, desaparecieron completamente. El viejo y aburrido debate sobre investigación versus docencia ya se acabó. Ahora somos parte de una sucesión de equipos de investigación desde el momento que llegamos a McGill. Imagino que podría decirse que la tecnología informática nos llevó a revitalizar una

> aún más vieja aproximación al aprendizaje: el sistema de aprendices. Cuando necesitamos habilidades específicas o conocimiento que no puede ser "aprendido haciendo", pero que necesitamos para nuestras actividades, tenemos libre acceso a materiales de Instrucción Asistida por Computador (CAI), los cuales casi siempre está en formato hipermedia, así como a talleres y a consultores especialistas.
> Cada semestre escogemos diferentes énfasis de investigación. Yo he estado trabajando con grupos que investigan en temas urbanos, los cuales incluyen estudiantes de diferentes niveles y profesores de diferentes disciplinas que van desde la arquitectura y la arqueología hasta la ingeniería civil y la epidemiología. Y con los boletines del correo electrónico y las listas de discusión interactuamos con otras personas alrededor del mundo acerca de nuestra investigación, así como entre nosotros mismos. Es un cambio enorme frente a la vieja y cerrada aproximación a la educación, en la cual el estudiante de pregrado era a menudo desanimado a tener un punto de vista más amplio; y, en el cual, el conocimiento recibido era a menudo presentado como algo más allá de cualquier reto.

Diciembre de 1998 llegó y se fue. El uso de materiales hiperconectados para proveer información en todos los campos es ahora un lugar común en todo el planeta. Muy poco del resto de la visión se ha realizado, excepto por lo de la crisis presupuestal. Temprano este año, el rector de McGill, Bernard J. Shapiro, preguntó a miembros del Senado de la Universidad (en el cual participo) y al Consejo de Gobernadores, si podían sugerir opciones para ser añadidas a una lista de trece posibles respuestas ante los problemas financieros. Ofrecí, de nuevo mi punto de vista, sin aparente aceptación. Escribí entonces:

> Usted diría: "... si asumimos que nuestros estudiantes son capaces de mucho más trabajo independiente del que hemos imaginado, ¿las nuevas tecnologías comunicativas ofrecen algunas posibilidades..." ¿Por qué asumir? Me aventuraría a decir que la vasta mayoría de nuestros estudiantes son ciertamente capaces y que muchos de nuestros arreglos actuales los retienen, limitan su crecimiento intelectual y, en algunos casos, los aburren hasta el llanto. Las nuevas tecnologías serán sin duda una parte integral del trabajo independiente, pero aún sin las nuevas tecnologías, un reto serio al sistema de fábrica de la educación organizada, en el cual medimos el aprendizaje como medimos la talla de las piezas mecánicas, está en mora de plantearse.
> Creo que debemos cambiar el foco de la enseñanza al aprendizaje y no continuar asumiendo que lo que se enseña es lo que efectivamente se aprende.

En elogio de la autodisciplina

El aferramiento de las disciplinas y sus fronteras asociadas en la comunidad académica y en mucho del discurso científico es todavía hoy un tema prominente

en el ambiente intelectual. Albert Hirschman, en 1981, llamó a una colección de sus ensayos *Essays in Trespassing*, un título que acepta que las deformaciones disciplinares y el vocabulario especializado no solo importan, sino que nos hacen volver extranjeros simbólicos cuando cruzamos las buenas cercas como buenos vecinos.

Por lo menos dos pensadores influyentes de las décadas recientes, Thomas Kuhn y Howard Gardner (*Frames*), expusieron teorías que uno podría creer hostiles al papel jugado por las cegueras disciplinares para la investigación. Aun así, ambos escribieron en el contexto de un todavía poderoso ambiente que, por defecto, colocaba como central el riguroso entrenamiento amarrado a las disciplinas. Kuhn sintió que era necesario celebrar el papel clave de la ciencia normal. Al menos una o más generaciones de científicos deberían ser corrompidos por la tentación de dar forma al cambio paradigmático. De manera similar, Gardner todavía escoge celebrar la 'mente disciplinada', aproximando una disciplina desde la perspectiva de una o varias inteligencias, antes que retar los límites impuestos a nuestra imaginación por las fronteras tradicionales de la investigación. Al tiempo que reconocía la 'cambiante cartografía del conocimiento', él insistía en lo apropiado de continuar "enseñando el pensamiento disciplinar en la escuela secundaria y quizás aún en la Universidad" como un "prerrequisito para un trabajo interdisciplinario competente" (*The Disciplined* 52-4).

El reporte de la Comisión Gulbenkian sobre la Reestructuración de las Ciencias Sociales de 1996 fue promisorio de diferentes maneras para un ataque frontal a las fronteras disciplinares, utilizando su (generalmente descuidado) subtítulo de 'Espacios Mestizos' al tiempo que invocaba las palabras de Foucault: "las disciplinas constituyen un sistema de control en la producción de discurso" (33). Sin embargo, desde mi punto de vista, el Reporte no logró llenar esas promesas. En cambio habló de una, supuestamente, positiva función de las disciplinas para disciplinar mentes y para encauzar la energía académica (95). Pero con seguridad hay formas más prometedoras de disciplinar mentes que ajustándolas con enceguecedores. Dejemos que la gente aprenda a leer algunos de los clásicos de la literatura mundial en el lenguaje original. Dejémosles dominar un instrumento musical. Disciplinar mentes y limitar su perspectivas deberían ser dos cosas muy diferentes. Eso, sin embargo, no es cercanamente el caso cuando una disciplina externa reemplaza la autorregulación.

En su libro *Vigilar y Castigar*, Foucault es muy enfático acerca de la función de control asociada con el aprendizaje formal. Lo disciplinar se impone externamente de una manera que deja poco espacio para el juego de la imaginación. Kuhn (1962) aceptó esta restrictividad cuando celebró una ciencia normal bien disciplinada en oposición a una actividad disciplinarmente floja, dubitativa, tal vez creativa e imaginativa la cual, en ocasiones excesivamente raras, podría disparar una revolución científica.

Contrariamente a lo que se podría concluir del título del presente texto, mi disputa no es con la investigación disciplinada, sino más bien con las disciplinas que imponen vendas en nuestras percepciones. El mensaje de la ciencia moderna es que "el mundo es un todo inquebrantable" (Tripp) una tela sin costuras. Habiendo sido entrenados para pensar el mundo aparte, ahora debemos preguntarnos, como lo hace Parker Palmer, "cómo sería 'pensar el mundo integrado'..." (62). O, mostrándolo de otra manera, el análisis debe guiarse por el examen de todos los elementos relevantes al tomar conciencia de los supuestos establecidos que provienen de nuestra formación disciplinar y que limitan nuestros horizontes.

No tenemos que exagerar en el ejercicio vano de tratar de construir un mapa en escala 1:1. Abstraer de la realidad es una tendencia humana inherente dirigida por límites de la memoria y la percepción. Pero necesitamos estar conscientes de las respuestas condicionadas y de la incapacidad entrenada. Thomas Kuhn ilustró el papel de *creer es ver* —el poder enceguecedor de los supuestos establecidos— cuando él citaba el experimento que reportaba el no-reconocimiento de la discrepancia en cartas de juego que habían sido alteradas cuyos colores rojo y negro habían sido intercambiados (62-4). El gorro de burro y el golpe en los nudillos de los primeros tiempos, han sido reemplazados por los sistemas de calificación como una manear de tratar de condicionar lo que se ve.

El impulso hacia la demarcación disciplinar y hacia una disciplina impuesta exteriormente en todos los niveles de la educación refleja un miedo básico ante la libre expresión. ¿Cuántos reformadores de la educación han dejado su breve marca, dejando a un número pequeño de individuos significativamente enriquecidos, pero incapaces de poner a un lado a los disciplinares resurgentes? Raymond Klibansky habla de una escuela secundaria establecida en Alemania en 1910, a la cual él había asistido y la cual cambió su vida: "la disciplina se suponía que fuera interna. Las notas no se entregaban al final del año y el estudiante tenía que autoestimularse para entender y para aprender cómo entender" (8). Casi nueve décadas más tarde aparecen ligeras grietas en las fronteras disciplinares y aún pequeñas fisuras en los presupuestos disciplinares en las universidades. En lo que concierne al que aprende autónomamente y en constante autoestimulación, ello se le presenta con seguridad como una frase vacía antes que como una guía de valor pedagógico. La disyunción entre la retórica del que aprende autónomamente y la realidad, es desmentida por la continua prevalencia de los exámenes de escogencia múltiple. Ellos no sólo ocupan un lugar importante en la evaluación de los logros de los estudiantes sino que, a medida que el nuevo milenio asoma, podemos esperar un creciente uso de dichos exámenes a medida que los cursos crecen en tamaño, en proporción inversa a las reducciones del equipo de profesores. ¿Cuánto potencial creativo es sofocado por un sistema de aprendizaje pasivo y la pretensión de certeza que se le asocia? Como

hemos aprendido de Kuhn, la crítica es raramente si alguna vez adecuada, para propiciar el cambio en nuestras preconcepciones intelectuales.

¿Van juntas las disciplinas, disciplinamiento y antipolítica? Desmienten las disciplinas externamente disciplinadas y las fronteras disciplinares una tendencia antidemocrática. Aquí citaré a Jean Bethke Elshtain acerca de la amenaza de la diversidad democrática, pero ello podría ser igualmente referido a la libre indagación:

> El antidemócrata se aproxima al jardín democrático muy crecido cpn su profusión de plantas, sus hierbas e híbridos mezclados, su tendencia a desordenar las líneas fijas y su explosión de colores y de aromas, floreciendo y marchitándose en un recipiente enorme de herbicida. El demócrata encuentra placer en la proliferación. Claro que desyerba y poda pero no arranca y se niega a echar mano de venenos (115).

El antidemócrata no confía ni en la persona común en la arena política ni en el aprendiz común en la arena pedagógica. En ambos contextos los mecanismos de control son vistos como esenciales y el discurso se contiene dentro de las fronteras hasta donde sea posible.

Según Riane Eisler, lo que ella denomina el "modelo dominador" ha sido central a la configuración de nuestro orden social. En el modelo dominador el énfasis está claramente en la obediencia, en la deferencia a la autoridad, y en una rígida jerarquía ordenadora de la sociedad, "apoyada por la fuerza o por la amenaza de la fuerza" (xvii). El modelo dominador ejerce una poderosa pero no totalmente exclusiva influencia sobre la familia, el sitio de trabajo, la escuela, la comunidad, la congregación y la comunidad.

Eisler argumenta en *The Chalice and the Blate: Our History Our Future* que en la antigüedad el modelo dominador había desplazado extensamente el "modelo del compañerismo." La distinción básica que ella hace entre los dos modelos es que en el modelo del compañerismo "las relaciones sociales están primariamente basadas en el principio de *articular* más que en ordenar o clasificar... La diversidad no es equivalente ni con la inferioridad ni con la superioridad." Ella nos urge a hacer el esfuerzo tanto como individuos y como científicos sociales que no tienen vergüenza de lo normativo para acelerar el retorno al modelo del compañerismo (185-203).

Eisler concluye su libro observando que dondequiera que el modelo del compañerismo guía la sociedad, "nuestra urgencia por justicia, igualdad y libertad, nuestra sed por conocimiento e iluminación espiritual y nuestro anhelo por amor y belleza serán finalmente liberados... tanto hombres como mujeres finalmente descubrirán lo que significa ser humano" (203).

Yo, a la vez, concluyo que debemos remover los controles de los aprendices y del aprendizaje. Los peligrosos tiempos en que vivimos demandan que la imaginación sea

liberada y que ni las disciplinas ni una disciplina externamente impuesta inmovilicen a los jóvenes que son capaces y están deseosos de moldear la sociedad en la cual ellos vivirán.

Obras citadas

Eisler, Riane. *The Chalice and the Blade: Our History Our Future.* San Francisco: Harper & Row, 1987.

—, and David Loye. "Chaos and Transformation: Implications of Nonequilibrium Theory for Social Science and Society." *Behavioral Science* 32 (1987): 53-65.

Elshtain, Jean Bethke. *Democracy on Trial.* CBC Massey Lecture Series. Toronto: House of Anansi, 1993.

Foucault, Michel. *Discipline and Punish: The Birth, of the Prison.* New York: Pantheon Books, 1977.

Fuller, R.Buckminster, *Operating Manual for Spaceship Earth.* New York: Pocket Books, 1970.

Gardner, Howard. *Frames of Mind and the Theory of Multiple Intelligences.* New York: Basic Books, 1983.

—. *The Disciplined Mind: What All Students Should Understand.* New York: Simon & Schuster, 1999.

Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences. *Open the Social Sciences: Report of the Gulbenkian Commission on the restructuring of the Social Sciences.* Stanford: Stanford University Press, 1996.

Hirschman, Albert. *Essays in Trespassing: Economics to Politics and Beyond.* New York: Cambridge University Press, 1981.

Klibansky, Raymond. *Le philosophe et la mémoire du siècle: Tolérance. liberté et philosophie. Entretiens avec Georges Leroux.* Paris: Les Belles Lettres, 1998.

Kuhn, Thomas. *The Structure of Scientific Revolutions.* Chicago: University of Chicago Press, 1962.

Palmer, Parker J. *The Courage to Teach: Exploring the Inner Landscape of a Teacher's Mind.* San Francisco: Jossey-Bass Publishers, 1998.

Tripp, Peggy. "Science: On the Path to Postmodernism." Graduate Student Forum, Faculty of Education. Lakehead University, 1998.

White, Lynn. Jr. *Frontiers of Knowledge in the Study of Man.* New York: Harper & Brothers, 1956.

Zuleta. Estanislao. *Educación y Democracia: un campo de debate.* Bogotá: Corporation Tercer Milenio, 1995.



Formaciones intelectuales emergentes: el posicionamiento de las universidades y de las culturas regionales en una era poscolonial

Rosalind Boyd[1-2]

[1] Ph.D. Directora del Centro de Estudios sobre Areas en Desarrollo, CDAS, de la Universidad McGill. Montreal, Canadá.

[2] Traducción de Alberto G. Flórez Malagón.

Al discutir la "complejidad de la hegemonía", Raymond Williams establece que "las instituciones educativas son, por lo regular, las principales agencias de transmisión de una cultura dominante efectiva" (*Problems* 39). Según Gramsci, la hegemonía constituye un proceso de "saturación profunda de la conciencia", que permea todas las prácticas y expectativas, incluidas en todas las instituciones. Este texto examina las universidades en sociedades poscoloniales como agencias transmisoras de "la cultura dominante efectiva", y enfatiza en las nuevas formaciones intelectuales dentro de esas sociedades, las cuales retan la hegemonía cultural de Occidente en dichas instituciones; y, en consecuencia, a los paradigmas dominantes de Occidente en cuanto al conocimiento institucionalizado.

Mientras muchos argumentan en favor de una apertura de las ciencias sociales o en contra de las barreras artificiales de las disciplinas, nuestra presentación clama por una transformación más fundamental del "conocimiento institucionalizado" y por un reconocimiento de la universidad como una institución hegemónica que limita las posibilidades de las praxis emancipadora. Entramos a esta discusión a través del prisma del conocimiento que ha sido transplantado a las sociedades poscoloniales como parte de la continuación de la hegemonía cultural de Occidente y nos preguntamos si es posible romper con este legado imbuido en un ambiente de conquista.

Elaborando lo cultural

Williams define la cultura como "sistemas de significados" y "prácticas discursivas", a través de los cuales "un orden social se comunica, se reproduce, es experimentado y explorado"(*Culture* 13). Dicha cultura no es sólo un sistema sino más bien un proceso totalizante y vivo. En una sociedad dada "hay un sistema central de prácticas, sentidos y valores los cuales podemos llamar con propiedad dominantes y efectivos" (38), y es a estos a los cuales nos referimos aquí como a procesos hegemónicos.

Dos puntos son importantes de subrayar en relación con estos procesos: primero, que la tradición de Occidente no es ni singular ni homogénea; pero, aún así, existe alguna coherencia en sus efectos sobre los pueblos colonizados. En segundo lugar, que "lo que nos ha sido presentado como la 'tradición occidental' en el mundo colonial, no es otra cosa que la visión de las clases dominantes en Occidente" (Mamdani, *The Social* 361). A pesar de las complejidades y contradicciones de dicha tradición, la coherencia en sus efectos se produce, en parte, por el supuesto implícito de que "el Occidente" es el punto de referencia universal o primario en el discurso teórico (Mohanty).

Mientras la 'tradición occidental' tiene paradójicamente lo que Nandy llama un 'ser crítico', una tradición disidente que protesta en especial en contra del 'Occidente moderno', el mundo colonizado continúa recibiendo primordialmente la tradición dominante de Occidente. Es posible, como el mismo autor sugiere: "optar por un no-Occidente, que también es una construcción de Occidente" (*The Intimate* xii). De igual manera, ha habido intelectuales occidentales, que se han opuesto a la corriente dominante. Sin embargo, "los opositores regulares de Occidente ... no están por fuera del modelo dominante del universalismo. Ellos han sido integrados dentro de la conciencia dominante como disentidores ornamentales" (*The Intimate* xiv). Además, los efectos colonizadores están tan profundamente implantados en la esfera de la psique, en la ideología y en las prácticas culturales, que mucho tiempo después de que los colonizadores ya no están, han partido físicamente su legado permanece más agresivamente (ver Álvares).

"Los colonizadores... venían de sociedades complejas con tradiciones éticas y culturales heterogéneas" (Nandy, *The Intimate* 12), sin embargo, ellos construyeron la legitimidad del colonialismo, al seleccionar qué prácticas, significados y discursos de Occidente serían transplantados. Los efectos deliberados de lo que Williams llama la 'tradición selectiva', dieron forma al legado de la cultura poscolonial de manera profunda. Lo que entendemos y podemos observar empíricamente es que las prácticas culturales nativas, los significados y el discurso de los 'pueblos colonizados' fueron marginados, negados o excluidos. Los colonizadores de forma selectiva implantaron su cultura, y transplantaron sus instituciones y lenguaje.

El lenguaje es central a nuestro concepto de cultura, en especial si es entendido como 'práctica social concreta' o 'conciencia práctica', puesto que penetra en la lucha que confronta 'una hegemonía en las fibras del ser' (Williams, *Marxism* 212). Pero si se sigue a Bakhtin, el lenguaje es una 'actividad' más que una simple 'expresión' del 'sistema formal'. El lenguaje ya sea hablado o escrito es "el producto de una situación social compleja en la cual una audiencia real o potencial temprana y tardíamente, pronuncia hábitos y 'géneros' de habla y escritura, y una variedad de otros factores sociales complejos que moldean todos los discursos desde el comienzo" (Morson 83). El hecho social del lenguaje reta tanto al formalismo como a la idea subjetivista de la 'psique interna'. Es un intento por entender el discurso 'interno' como conciencia práctica que internaliza la realidad y, de allí, deriva su significado de los signos, los cuales existen en una relación social activa.

En términos de entender la hegemonía cultural de Occidente, sabemos que la intromisión cultural colonial trajo con ella el lenguaje imperialista, ciertamente como discurso 'externo' formal, en todos los dominios de la vida pública, lo cual se transformó en 'actividad' en las sociedades poscoloniales. Lo que se vuelve evidente en la mayoría de las sociedades poscoloniales es que existen, a la vez: un 'discurso autoritario' y un 'discurso internamente persuasivo' (Bakhtin 342-48). 'El discurso autoritario' implica varios significados tales como 'autoridad', 'verdades aceptadas', 'la línea oficial' y 'estar situado en una zona distante'; el 'discurso internamente persuasivo' es el área de nuestra conciencia que "despierta palabras nuevas e independientes, organiza nuestras palabras desde adentro y no permanece en una condición aislada y estática" (345). "La lucha y la relación dialógica entre estas dos categorías de discurso ideológico es la que usualmente determina la historia de una conciencia ideológica individual" (342).

Sin deshacer las referencias de sentido de Bakhtin, interpretamos el discurso autoritario como aquel proceso complejo que se refiere a los discursos coloniales o imperialistas transmitidos y al "discurso internamente persuasivo"; proceso correspondiente a los lenguajes, discursos o expresiones de resistencia y liberación en sociedades poscoloniales. La manera en que los dos son 'dialogizados' como conciencia práctica y como actividad provee miradas hacia el ser intelectual social, como representativo del proceso de lucha por la liberación ante la hegemonía. El entendimiento de esta noción de lenguaje se evidencia fácilmente al estudiar lenguajes no europeos con pretensiones de uso práctico.

Entendemos la 'hegemonía cultural' como un concepto teórico general y situamos la hegemonía cultural de Occidente como un proceso específico dentro de las sociedades poscoloniales. Nuestra preocupación es acerca de los procesos hegemónicos dominantes que han colocado en desventaja a los pueblos y han marginalizado sistemas completos de conocimiento de dichos pueblos, que han

impedido su pensamiento creativo y que han devaluado sus sentidos de vida y de valores. Nuestro énfasis, por lo tanto, es en los procesos y tendencias que están moldeando formaciones intelectuales emergentes en sociedades poscoloniales, las cuales constituyen rupturas con la hegemonía cultural occidental. Las universidades y el conocimiento institucionalizado son espacios importantes en los cuales la cultura hegemónica dominante es retada; es por ello que requerimos de un mayor entendimiento del 'conocimiento institucionalizado'.

Definiendo el conocimiento institucionalizado

El conocimiento institucionalizado o conocimiento formal se distingue como "conocimiento especializado que es desarrollado y sostenido en... la educación superior, organizada en disciplinas y sujeta a un proceso de racionalización" (Friedson 225). Pero, este conocimiento no es algún "conjunto fijo de ideas o proposiciones... que es, por lo tanto, mecánicamente utilizado por sus agentes" (217). La transmisión del conocimiento y su recepción están llenas de procesos complejos y a menudo contradictorios, aún cuando se sitúan dentro de las instituciones hegemónicas. Como un proceso activo puede desarrollarse una tensión entre lo que es la sabiduría que se recibe de manera autoritaria y 'otra conciencia' situada en la realidad práctica. El conocimiento es con frecuencia adaptado y transformado por sus intérpretes. El conocimiento institucionalizado, el bagaje completo de lo que constituye el conocimiento 'legítimo' en las instituciones, no es ni neutral ni parte de una relación pasiva con aquellos a quienes se enseña. Es parte del proceso cultural-intelectual de selectividad, incorporación y exclusión, reproducido en dichas instituciones durante el proceso de expansión imperialista. La legitimidad y la autoridad cultural dominante reposaban en el Occidente y lo que se instituyó como 'conocimiento' se conectó a —aunque no necesariamente una función de— el poder político y económico de Occidente.

Para desenmarañar estos niveles de complejidad, recordemos que Gramsci, en sus secciones sobre educación de sus *Cuadernos de la Prisión*, sugiere que los individuos desarrollan una perspectiva crítica del "conocimiento institucionalizado" para retarlo y no para asimilarlo, a pesar de las presiones coactivas de lo dominante. Él también nos dice que hay una relación 'activa y creativa' (42) entre lo que se enseña y el estudiante. En este sentido, el conocimiento tiene una cualidad dinámica y transformadora para el que aprende. La noción de hegemonía en Gramsci sugiere que los intelectuales orgánicos comprometidos con este objetivo crítico entiendan las reglas de la cultura dominante y su ideología, como personificadas en sus instituciones, si es que pretenden transformarlas. Y, ciertamente, la tendencia crítica, la tradición de la disidencia es parte de la tradición intelectual que puede ser transplantada.

Estamos, por lo tanto, lidiando con un fenómeno en el cual las tradiciones occidentales de racionalidad contienen un proceso de disidencia dentro de sí, lo cual permite la cooptación y control de las ideas, valores y significados de oposición. Sin embargo, por casi cuatro décadas, ha existido una literatura creciente la cual da testimonio de la explosión de creatividad que ha resultado del transplante de los paradigmas dominantes en Occidente del conocimiento institucionalizado en las instituciones educacionales de las sociedades poscoloniales (ver Ake, Goonatilake, Carnoy, Altbach y Kelly, entre otros).

Contexto histórico (el establecimiento de las universidades)

Nuestro análisis de las universidades sitúa en primer lugar el contexto histórico en el cual fueron establecidas las universidades y luego intenta explicar cómo y por qué ellas persisten como canalizadoras de la cultura occidental dominante. Es importante recordar que entre 1500 y 1900, muchas regiones del mundo estuvieron bajo dominación europea. El legado del pillaje colonial y de la penetración europea está profundamente enraizado en las sociedades coloniales como ha sido bien documentado en los libros de Goonatilake (particularmente en *Crippled Minds*), Chatterjee, Amin (*Eurocentism*), Rodney, y Abdel-Malek (*The Transformation*), entre otros. Estos escritores ilustran cómo los sistemas nativos de conocimiento y aprendizaje en las antiguas colonias fueron deslegitimados, devaluados y, con frecuencia, considerados como inexistentes.

Los misioneros cristianos, enfatizaron la educación moral occidental, y los colonizadores europeos que necesitaban sirvientes civiles de bajo rango, procedieron a inocular las normas 'superiores' europeas occidentales, así como sus valores y prácticas sobre los pueblos 'ignorantes' de las colonias. Las instituciones educativas fueron esencialmente construidas para servir a las necesidades de los colonizadores (lo cual se encuentra muy bien documentado en Altbach y Kelly), para ventaja de la clase gobernante en su afán de asegurar el control social y la autoridad. La 'legitimidad' de los sistemas superiores de conocimiento fue equiparada con la de aquellos en Occidente. La historia, todas las formas de invención, los descubrimientos científicos y la creatividad, fueron selectivamente confirmados como originales del Occidente (Goonatilake, *Aborted*; *Toward*). El contexto histórico general —en el cual la mayoría de las universidades en las sociedades poscoloniales fueron establecidas—, fue uno de abierta dominación imperial a partir de los sistemas occidentales de conocimiento.

Eric Ashby en sus trabajos clásicos, *African Universities and Western Tradition* y (con Mary Anderson) *Universities: British, Indian and African*, describió cómo los modelos de universidades occidentales fueron exportados a las colonias con los

mismos presupuestos estrechos que existían en el Occidente: las instituciones deberían separarse del Estado; estar estrechamente especializadas en su contenido y restringidas a las élites (*African* 12). En la mayoría de los casos, eran estructuras autoritarias establecidas para asegurar el control continuo por parte de las clases gobernantes. Los debates entre los sistemas de educación utilitarios y los humanísticos fueron parte del proceso permanente de 'liberalización' de la institución. De forma similar, hubo debates, referidos a la independencia política, entre profesores universitarios expatriados, quienes buscaban mantener sus instituciones autónomas y libres de la interferencia estatal y aquellos que favorecían lo que llegó a conocerse como una 'nativización' del equipo profesoral y una más estrecha relación con el estado al vincular a la universidad con los movimientos de independencia o anticoloniales. Mientras la última tendencia triunfó en la mayoría de las circunstancias, el resultado fue un cambio en apariencia, pero no en sustancia en la organización formal de las universidades. La universidad "continuó siendo una copia de la universidad occidental y se convirtió en un obstáculo básico para el desarrollo de una cultura independiente bajo estas condiciones" (Rajaoson citado en Abdel-Malek, *The Transformation* 17).

En el siglo XIX, varias universidades fueron establecidas en la India. En América Latina, "las universidades fueron fundadas por los españoles en México y Perú tan temprano como en 1551" (Goonatilake, *Crippled* 149). En África, por ejemplo, el *Fourah Bay College*, en Sierra Leona, fue fundado junto con varias instituciones religiosas como lugares precoloniales para el aprendizaje. Sin embargo, la mayoría de las universidades africanas, asiáticas y latinoamericanas, como las conocemos hoy, fueron establecidas después de la Segunda Guerra Mundial, en la época de la independencia nominal de la mayor parte de las sociedades coloniales. Desde sus comienzos fue conscientemente establecido por los colonialistas que las universidades deberían fortalecer una clase gobernante nativa, esencialmente occidental en sus valores, normas y comportamientos. De hecho, más de un colonialista establecía que "debemos... formar una clase de intérpretes... indios de sangre y color, pero ingleses en gusto, opiniones, moral e intelecto". Ashby nos recuerda que en las discusiones para establecer las universidades en países africanos, los africanos educados, aquellos que habían estudiado en el exterior, argumentaban por una réplica de la universidad británica como su mejor modelo (*Universities* 79).

No hubo una imagen autoproyectada de la historia o la cultura de los colonizados en las universidades en esta primera etapa. Lo que expresa de manera dominante, fue un constructo, "un sistema de representaciones enmarcado por un conjunto totalizante de fuerzas que trajo a Oriente dentro del aprendizaje de Occidente, la conciencia de Occidente y, más tarde, el imperio de Occidente" (Said, 3). El autor se refiere a ello en su libro *Orientalismo*, el cual se basó en las formulaciones de

Anouar Abdel-Malek acerca de este marco dominante de conocimiento (*Orientalism in Crisis*), Reinterpretar y reafirmar una historia desde la perspectiva del colonizado sólo comenzó a tomar forma y a ganar validez durante la era poscolonial.

Una cultura efectiva y dominante depende de un proceso social real, un proceso de incorporación (Williams, *Problems* 39). En esta situación, la cultura dominante escoge de forma selectiva a qué prácticas y significados dar importancia y a cuáles descuidar y excluir. Los colonizadores como portadores de una cultura dominante efectiva —"occidental, europea y capitalista", como establece Samir Amin en *Eurocentrism*—, han perpetuado un proceso "continuamente activo y en proceso de ajuste". Ellos se legitimaron a sí mismos a través de los siglos, destruyendo el sentido de cultura e historia de los colonizados (Memmi 91-2), e imponiendo elementos selectivos de la cultura dominante. Educaron a una élite, a una clase gobernante para desempeñar las tareas de expansión de esta cultura aún cuando no estuvieran directamente envueltos después de la independencia nominal de estos países.[1]

Con esto, no se sugiere que la resistencia estuvo ausente desde el comienzo. La historia está repleta de ejemplos de resistencia a la dominación cultural, pero los que estamos discutiendo específicamente aquí son los sistemas de conocimiento institucionalizado en los centros de educación superior. La resistencia, por lo general tomó la forma de una prevención ante la naturaleza imitativa del conocimiento institucionalizado y ante la exclusión de las realidades sociales locales, en particular durante el período de las prolongadas luchas anticoloniales. En sus orígenes, el conocimiento institucionalizado dentro de las universidades fue imitación del que existía en las universidades de Inglaterra, Francia, Bélgica u otros países colonizadores anteriores.

Transplantados los patrones imitativos y dependientes del pensamiento occidental, ellos continuaron dominando la vida académica universitaria. Goonatilake lo resume diciendo que "lo que se convirtió en ciencias sociales y lo que se aprende como tal en países no metropolitanos no es más que algunas preguntas y algunas respuestas producidas en los últimos siglos en el Occidente" (Toward 190).

A pesar de casi cuatro décadas de independencia nominal e intentos de nativización del equipo de profesores, las universidades reflejan y transmiten los valores, normas y comportamiento de los paradigmas occidentales, que muestran su continuo dominio en el contenido de diversas disciplinas. La legitimidad no se daba a través de validaciones locales, sino desde las prácticas intelectuales metropolitanas, de las tradiciones de conocimiento de los colonizadores o de las corrientes neocoloniales (los paradigmas norteamericanos). Ya sea en la investigación, la enseñanza o la organización institucional de las universidades en sociedades poscoloniales, los sentidos y las prácticas transmitidos fueron eurocéntricos.[2]

Joseph *et al* ilustran cómo "las categorías y aproximaciones utilizadas en la academia europea ayudaban a mantener la superioridad política e intelectual de Europa." (1). Otros elaboraron "la emergencia del fenómeno de la 'cautividad intelectual' en las élites educadas de las antiguas colonias" (3). Esta cautividad "sería marcada como la imitación acrítica de Occidente y como una incapacidad para plantear y resolver problemas originales, así como un fracaso en la generación de conceptos relevantes y productivos en los contextos locales" (4). Así, los patrones heredados de comportamiento y las instituciones establecidas desde el pasado colonial continuaron atados a intereses de los grupos élites en el Tercer Mundo, los cuales dependen de sus lazos con la cultura occidental para mantener su poder e influencia. Junto con este legado histórico continuamente ajustado; pero nunca superado, se encuentra el uso persistente del lenguaje colonial que refuerza los lazos de la universidad con la dependencia neocolonial y perpetúa la "cultura efectiva dominante."

Elaborando los retos

De acuerdo con Goonatilake, "derrumbar las paredes de estas cárceles exige reconocer su existencia, las razones de su existencia, y el proceso paralelo de legitimación y descalificación. Un rompimiento implica un rechazo de las percepciones de la tradición occidental impuesta... y una reconección con las indagaciones válidas de la hasta ahora herencia ignorada." (*Colonies* 434).

Retos o alternativas a este proceso de imposición hegemónica están surgiendo muy débilmente dentro de las universidades aunque el proceso simultáneo —que Williams describe como 'residual' y 'emergente'—, ocurre ampliamente por fuera de las universidades, en centros autónomos de investigación (por ejemplo: el Centro para Investigación Básica en Uganda, o el Departamento de Investigaciones del Banco del Pueblo en Sri Lanka o *Lokayan* en India) y, en otros grupos de intelectuales, como la *Asociación de Ciencia Política Africana,* la cual ha insistido en el desarrollo de paradigmas alternativos derivados más creativamente del examen y la legitimación de las experiencias, pensamientos, sentidos y prácticas de las sociedades en las cuales ellos viven.

A este respecto, el establecimiento de la red independiente de investigaciones en ciencias sociales, el Consejo para el Desarrollo de la Investigación Social y Económica en África, CODESRIA, como se le conoció en los años 70, fue de particular importancia.[3]

Con oficinas en Dakar, CODESRIA agrupó a muchos intelectuales africanos exiliados, quienes no podían trabajar en sus propios países debido a la intolerancia ante el disenso, tanto de parte de la Universidad como del Estado. Otros intelectuales en sus países percibían a CODESRIA como una red importante que luchaba por abrir un espacio en el cual "los africanos pudieran definir sus propios parámetros,

agenda y términos" con la firme convicción de "que las ciencias sociales africanas podrían dedicarse a la investigación fundamental sobre África y que ello requería de conceptualizar y teorizar acerca de los problemas africanos" (Mkandawire 17).

Ellos buscaban romper o, por lo menos, retar los monopolios de los centros intelectuales de París, Londres y Nueva York. Los retos tomaron formas diversas como el famoso "Frente de resistencia", el cual "resistía no solamente a la dominación política y económica de África por los poderes europeos, sino que cuestionaba la penetrante hegemonía de los antiguos poderes coloniales sobre diferentes aspectos de las sociedades africanas" (14). Otro debate activo se concentró en el tema de la "nativización" de las ciencias sociales en África —que iban desde el "conócete a ti mismo" hasta "el problema de reconciliar lo 'universal' con la experiencia específica de Africa"— y en el proceso superar "la carga del conocimiento recibido" (17-8). No es sorprendente que este discurso directo alternativo o de oposición subió el tono político y, por ello, sus defensores con frecuencia se encontraron en conflicto con el estado o con la institución universitaria, resultando en su exilio o asesinato.

Un ejemplo de particular interés es la experiencia del prominente intelectual Mahmood Mamdami, miembro activo de CODESRIA, antiguo profesor de la Universidad Makerere de Uganda. Cuando la paz retornó a ese país en 1986 después de la toma del poder por un movimiento guerrillero, hubo gran presión por parte de la élite educada al estilo occidental para devolver Makerere a su "vieja gloria". Sin embargo, Makerere estaba ahora situado dentro de un contexto político alterado y muchos encontraban que su imitación de la visión de la tradición británica era inapropiada para las nuevas realidades poscoloniales. Un núcleo de resistencia dentro de Makerere se centraba en el trabajo del Grupo para los Estudios Laborales bajo la dirección de Mandami. Él y sus compañeros encontraban cada vez más difícil continuar su trabajo intelectual alternativo en los confines de la Universidad. Después de años de aislamiento y a menudo presiones y amenazas de los mandos medios burocráticos, en 1990, Mandami renunció a la Universidad y transformó el Grupo en un Centro de Investigación Básica, un centro autónomo y progresista para intelectuales alternativos, dedicados a retar los paradigmas occidentales que habían sido el marco para analizar sus sociedades.

Paradójicamente, en el momento político cuando el estado poscolonial en Uganda estaba más abierto al discurso alternativo (ver la *Declaración de Kampala sobre Libertad Académica*, 1990), la Universidad continuaba encerrada en la praxis hegemónica occidental. En un artículo sobre la democracia, Mandami afirmó que "las teorías recibidas de la democracia a menudo chocan con las realidades africanas contemporáneas" (*African* 313). Y sugirió que "la tensión entre los supuestos teóricos y las realidades existentes puede llevar ya sea a intentos estériles para imponer soluciones de texto, o a una rica y creativa reflexión" (313).

A través de las sociedades poscoloniales, los intelectuales están en el proceso de retar o transformar el conocimiento institucionalizado del cuerpo existente de saber, haciendo énfasis en las ciencias sociales. Algo de este trabajo penetra las universidades, pero es a menudo dominante y generalmente tiene lugar en asociaciones o instituciones (centros autónomos de investigación) o en formaciones externas a la Universidad. Los ejemplos que damos no son de ninguna manera exhaustivos y sólo quieren demostrar las tendencias que se observan en las nuevas formaciones emergentes, dentro de las regiones de sociedades poscoloniales como una respuesta a los paradigmas occidentales dominantes.

Formaciones intelectuales emergentes

Nos interesan aquí las formaciones intelectuales emergentes, que críticamente retan los paradigmas culturales dominantes. La distinción entre intelectuales tradicionales e intelectuales orgánicos como la discuten Gramsci y Williams es nuestro marco de referencia para analizar a los intelectuales. En las sociedades poscoloniales que venimos discutiendo, los intelectuales tradicionales eran aquellos que enseñaban los "cánones establecidos" del Occidente, por lo tanto continuaban la misión de los colonialistas. Los intelectuales orgánicos son aquellos que vinculados a las luchas de las comunidades, campesinos y obreros, intentan crear prácticas contra-hegemónicas y romper con el legado imperialista dentro de la cultura dominante.

Siguiendo a Said (*Representations* 11), "el intelectual es un individuo que posee una facultad para representar, encarnar, articular un mensaje, un punto de vista, una actitud u opinión hacia y para un público. Y este papel tiene una base en lo público y no puede ser ejercido sin un sentido de ser alguien cuyo sitio es el de plantear públicamente preguntas embarazosas para confrontar la ortodoxia y el dogma".

Dentro de las sociedades poscoloniales, hay un proceso discernible hacia nuevas formaciones de intelectuales comprometidos en retar le legado de la penetración imperialista que es la cultura hegemónica occidental. Para confrontar este proceso, a menudo se requiere una alianza entre los intelectuales tradicionales que están cambiando y los intelectuales orgánicos.

Las nuevas formaciones o agrupamientos pueden ubicarse siguiendo un rango de respuestas intelectuales selectivas, que corresponden a lo que Williams llama 'prácticas discursivas' o 'señales significantes' (*Culture* 207-8). Si estas respuestas intelectuales constituyen una 'nueva clase intelectual' es cuestionables. Pero la tesis central del presente texto es establecer que hay un movimiento intelectual identificable, que comprende una red de formaciones que están emergiendo en todas las regiones de sociedades poscoloniales. Este movimiento, aunque incipiente y fragmentado, sugiere tendencias comunes en su búsqueda por una "liberación auténtica" y por un descarte de la 'manta que ahoga' (Goonatilake, Toward).

Las nuevas formaciones están concurrentemente evolucionando con la ruptura o fractura interna de la misma hegemonía occidental (evidenciada en parte por la intensa autoduda en el Occidente, discutida en Capra y Goonatilake). Más aún, para llegar a un completo entendimiento de estas nuevas formaciones, debe enfatizarse que este proceso de transformación intelectual toma lugar a escala mundial y que éstas son parte de otros procesos simultáneos aunque desiguales.

El contexto de estas nuevas formaciones es una crisis en el sistema contemporáneo del conocimiento mundial que ya no provee explicaciones adecuadas y a menudo termina en un profundo impase intelectual. Las viejas certezas de la Ilustración han dado paso a intensas dudas.[4]

La duda expresada en los modos globales de pensamiento dominante ha resultado en un desprendimiento de la hegemonía en sociedades poscoloniales con una potencial liberación del pensamiento intelectual, comprometido y creativo. Goonatilake escribió que después de casi cinco siglos de certeza cultural, Europa y la civilización europea están en una crisis de confianza. Este potencial puede liberar a los científicos e intelectuales del Tercer Mundo de la mano opresiva de la certeza y de la ciencia imitativa que ellos siguen. También les da oportunidades para ser creativos y para intentar resolver los problemas de ciencia desde lo más fundamental. (*Colonies* 434).

Igualmente el filósofo africano Paulin J. Houndondji había escrito solo unos años antes:

> El problema real es liberar la creatividad de nuestro pueblo, liberarla dándole los medios de ponerla en práctica de manera efectiva, comenzando con la pregunta abierta y procediendo con la discusión libre en la cual las teorías más diversas puedan formarse o rechazarse. Cuando todo esté dicho y hecho, la filosofía en el sentido activo de la palabra no sería más que un gran debate público en el cual todos contribuyen. Todo lo demás le sigue, incluida la ciencia. (Copans *The Marxist* 37).

Ya sea en las ciencias sociales o físicas, abundan los estudios que reflejan estas incertidumbres.[5] Muchos textos a partir de los años sesenta dan testimonio de esta ruptura, en especial, en las ciencias sociales.[6] Pero es importante recordar las dificultades que este incipiente conocimiento de resistencia ha tenido en oponerse al fuerte y atrincherado conocimiento institucionalizado. La forma entera de organización de la producción y reproducción de conocimiento dentro de las universidades como disciplinas, departamentos, asociaciones, revistas, escalafón académico y así, sucesivamente, no puede ser dislocada con facilidad. Williams discute a las universidades como "instituciones culturales privilegiadas" las cuales "pueden ser vistas como instrumentos indispensables de producción de ideas y prácticas de un orden autoritario, ... aún cuando ... en ellas influyan elementos minoritarios de disenso u oposición" (*Culture* 22-5).

Muy pertinente a nuestro análisis resulta preguntarse sobre los impases en los que puede haber incurrido el "proyecto civilizatorio de Occidente" (término de Abdel-Malek) o el "proyecto político global" (término de Amin). Es en estos impases en los que surgen las nuevas formaciones, o como Williams las llama, las formaciones "preemergentes" en un proceso de transformación que, en todo caso, no debe entenderse como un desarrollo mecánico lineal. Existe una fluidez, quizás mejor captada por la noción de discontinuidad, que caracteriza a estos grupos intelectuales a través del proceso en el cual se contribuye a la emergencia precursora y luego se desarrollan intelectuales emergentes aunque también, a veces, se retorna al papel de intelectuales tradicionales.

Para nuestro análisis del proceso hacia las nuevas formaciones intelectuales, deben citarse como representantes y precursores de indicadores pre-emergentes, varios estudios críticos tanto de académicos poscolonialistas como de intelectuales tradicionales. Se debe recordar que "la transmisión de paquetes formales de conocimiento a través del currículo universitario se hace a través del contenido de las disciplinas individuales" (Goonatilake, *Crippled* 189), estos estudios muestran la conexión íntima entre las circunstancias sociales y económicas de Occidente y los paradigmas de las disciplinas, y conectan el conocimiento disciplinar a las ideologías colonialistas e imperialistas, retando así la base de todas las disciplinas. Gootanilake ha trabajado extensamente en esta desconstrucción, ilustrando la falta de propiedad de los supuestos básicos de la sociología, la economía y la antropología (196-213).

De igual forma, Talal Asad editó una serie de ensayos en *Anthropology and the Colonial Encounter* que desenmascaron los lazos históricos entre antropología e imperialismo. El intelectual ugandés Yolamu Barongo en *Poltical Science in Africa: A Critical Review*, y el nigeriano Claude Ake en *Political Science and Imperialism*, proveen evidencia importante para demostrar los lazos entre las teorías de la ciencia política y la misión imperialista. Samir Amin trató la misma crítica para la economía y en especial el desarrollo económico; y el surafricano Archie Mafeje, discutió el caso de la sociología en su artículo *The New Sociology, Strictly for Europeans*. Muchos otros textos trataron la misma crítica de los sistemas de conocimiento institucionalizado, íntimamente ligados a los procesos culturales hegemónicos de Occidente.[7]

Lo que une estos intelectuales al nuevo movimiento es su rechazo a la mayor parte de la conceptualización hecha durante las últimas cuatro décadas y su búsqueda intelectual común es por liberarse de los paradigmas de conocimiento europeo y más recientemente de los Estados Unidos, en las ciencias sociales. Otros textos críticos de las disciplinas aparecieron en los años sesenta (Ganguli, Álvares y Stavenhagen, entre otros). El escepticismo hacia los "sistemas universales de conocimiento" no ha crecido desde entonces.

El cuestionamiento más fuerte se hace al carácter excluyente del conocimiento basado en una experiencia exclusiva y que se presenta como universal. Por ello, los

retos más fuertes provienen de los 'pueblos' que se observan ausentes y excluidos del sistema dominante de conocimiento: los pueblos de las sociedades poscoloniales. si acaso estuvieron presentes, lo hacían como una simple invención de Occidente

Mamdani ilustra las paradojas que aparecen al confrontar los paradigmas occidentales en su trabajo *A Glimpse at African Studies, Made in U.S.A.* (*The Social* Él muestra cómo los africanistas —aquellos establecidos en EE.UU., que estudia a África, pero igualmente podría estar describiendo aquellos en África que trabajan acríticamente dentro de los paradigmas occidentales —han liberalmente prestado paradigmas de los estudios comparativos, pasando del lenguaje de 'modernización', 'construcción del Estado', 'tribalismo' y aún 'etnicidad'; a aquel de 'dependencia' y más recientemente al de "estructuras paradigmáticas alrededor de la polaridad Estado vs. sociedad civil". Él afirma que "no importa cuál sea el mérito y los principios del paradigma, su intención es leer la realidad... y la realidad es leída desde el paradigma (*The Social*). En el corazón del problema, según Mamdani, está la distancia entre los africanistas y la realidad africana de las luchas y de las fuerzas reales del continente. Pero aquellos mismos paradigmas dominan las disciplinas en las mismas universidades africanas. Es lo que Goonatilake describe como "un mapeo intelectual de los centros de dominación" (*Crippled* 215) el cual debe ser retado a toda costa.

Elaboración de las nuevas formaciones

Estudios críticos como los arriba mencionados aparecen y contribuyen al proceso de transformación intelectual que se puede caracterizar bajo cuatro tendencias representativas de los intelectuales emergentes, que crean "nuevas formaciones" en sociedades poscoloniales. Estas tendencias no son exhaustivas, pero ilustran de manera general el proceso que aquí se está describiendo. A diferencia de los intelectuales 'tradicionales' —precursores ya descritos antes—, la mayoría de los intelectuales orgánicos emergentes, aunque a menudo educados en Occidente, no trasladan sus prácticas discursivas dentro de sus universidades. En todo caso, es importante anotar que hay a menudo una "alianza" (Gramsci 330 y 418) entre los intelectuales tradicionales en las universidades y estos "intelectuales orgánicos", lo cual se percibe como necesario para transformar el conocimiento institucionalizado. La consecuencia de la praxis "oposicional" opuesta a la "alternativa" ha llevado a algunos al exilio, la prisión (Ngugi) o al asesinato (como en el caso del intelectual de Guyana, Walter Rodney).

Las cuatro tendencias mencionadas pueden describirse como sigue:

- Un cuestionamiento fundamental a la racionalidad occidental y a los principios de la filosofía occidental. Todos estos intelectuales —Pathé Diagne, Samir Amin,

Walter Rodney, Ashis Nandy, Mamdani, Goonatilake, Chatterjee, entre otros— entienden que los paradigmas dominantes transplantados a sus sociedades como raíz del imperialismo, han distorsionado y falsificado interpretaciones del conocimiento. Estos autores también han identificado el racismo explícito en los trabajos de muchos pensadores occidentales, sobre los que se basan la cultura y el pensamiento de Occidente. Tal es el caso denunciado por Ngugi (*Writers* 14) y Goonatilake (*Crippled* 75), quienes sin conocerse escribieron ataques similares a la obra de Hume y Hegel (ver Said, *Culture* 240-41).

- Una reinterpretación de la historia de los pueblos nativos (los colonizados) y la revalidación de sus prácticas culturales. Ejemplos prominentes son Walter Rodney, *How Europe Underdevoped Africa*, Goonatilake, *Aborted Discovery*, y más recientemente su *Toward a Global Science*. Otros ejemplos incluyen la reescritura de la historia de los Mau Mau (Kanogo, *Squatters and the Roots of Mau Mau*) y de otras luchas anticoloniales vistas desde los pueblos subyugados; los estudios subalternos de la India, especialmente los textos de Ranahit Guha, Romila Thapar y Partha Chatterjee; los escritos de ficción de Ngugi, son representativos de este grupo. Mucho de este trabajo intelectual sirve igualmente como una fuerza para reinterpretar la mirada dominante de las narrativas históricas de los colonizadores.

- Una búsqueda por desenterrar formas marginadas o ignoradas de conceptualización y de sistemas nativos de pensamiento. Este trabajo envuelve la validación del conocimiento nativo pero no como construcciones de la mirada occidental o como "orientalismo" en el sentido de Said. Los trabajos de Nandy, Diagne y Goonatilake pueden de nuevo citarse como contribución a esta tendencia. Cheikh Anta Diop, Paulin Hountondji, V. Mudimbe y Amílcar Cabral, también contribuyeron a afirmar los sistemas de conocimiento nativos como un reto al discurso dominante.

- Una defensa, después de un largo proceso de antagonismo intelectual, de "desacuerdo total" frente a los sistemas de conocimiento occidental, tanto intelectualmente como en la práctica. Mientras ha habido mucho debate sobre las otras tres tendencias, esta última es la más débil en apoyo. Para citar algunos casos, Ngugi en *Decolonising the Mind* deja de escribir en inglés, por considerarlo una herramienta cultural del imperialismo; y Samir Amin en *Delinking* y en *Eurocentrism* apoya una ruptura con Occidente en las sociedades tercermundistas, si éstas se liberan a sí mismas económica, política y culturalmente.

Otros intelectuales se agrupan alrededor de las organizaciones nativas en varias sociedades poscoloniales las cuales se sitúan fuera de la hegemonía dominante. Hay también muchos intelectuales a quienes no les interesa "la experiencia del colonialismo y el imperialismo" (Ahmad 113-8); pero nuestro foco es en aquellos que sí lo hacen.

Las cuatro tendencias descritas sugieren las características de las formaciones intelectuales emergentes en el proceso de transformación del cuerpo existente de conocimiento institucionalizado. Los trabajos citados no son aislados y, por el contrario, reflejan un amplio movimiento intelectual que crece en diversas regiones del mundo. El proceso de elaboración está siendo asistido por intelectuales 'tradicionales' dentro de las instituciones formales, donde el cuerpo tradicional de conocimiento está siendo lentamente dislocado o reconstruido.

Paradójicamente, la tendencia crítica y de disenso dentro del pensamiento occidental también colabora en el proceso, lo que incluye la popularidad del marxismo dentro de varios intelectuales emergentes. Éste representa una de las tendencias oposicionales y/o alternativas dentro de la tradición occidental, pero que nunca se constituyó como hegemónica (ver Gootanilake, *Crippled*; Nandy y Álvares quienes reflexionan sobre este punto). Sin embargo, las alternativas son a menudo incorporadas para ser neutralizadas y este proceso no lleva a cambios significativos en los paradigmas dominantes. Hasta cierto punto, el trabajo imitativo del marxismo ha conducido a este destino.

Lo que he intentado sugerir aquí es una amplia y más fundamental ruptura con las prácticas culturales dominantes, que han puesto en marcha redes de nuevas formaciones intelectuales. Una nueva base filosófica para el entendimiento de nuestras sociedades y para interpretar el orden mundial —metas de las ciencias sociales— emergen gradualmente para desplazar la cultura hegemónica occidental, aunque éste es todavía un proceso en marcha y no ha logrado dislocar de manera significativa el cuerpo de conocimiento existente. Aunque no hay todavía marcos conceptuales alternativos totalmente formados, existe en la actualidad una proliferación de libros que ilustran el proceso complejo de cómo el poder, el conocimiento y la cultura interactúan para afirmar las tendencias al cambio. Ver, *Dominanting Knowledge: Development, Culture and Resistance*, en donde se plantean preguntas acerca de la superioridad de ciertas reclamaciones y del conocimiento en las luchas venideras.

Dentro de las sociedades poscoloniales, los que ofrecen puentes —aquellos que presentan los retos pre-emergentes— quienes además contribuyen a las nuevas formaciones; son, por lo regular, educados en las tradiciones de Occidente y conforman a menudo, parte de la élite que está desconectada de raíces intelectuales orgánicas. ¿Cómo, entonces, rompen estos intelectuales con su formación anterior? He intentado analizar el carácter de las respuestas a la constante tensión o

ambigüedad expresada por aquellos quienes forman parte de las nuevas formaciones intelectuales. También, he intentado resumir de manera amplia lo que algunos intelectuales poscoloniales 'significativamente' han alcanzado o practicado en sus discursos para hacerlos parte de las 'formaciones emergentes'.

Lo que sugiero es que existe un agrupamiento común entre intelectuales e investigadores en o de las sociedades poscoloniales, buscando romper los patrones de dependencia e imitación que continúan siendo parte del conocimiento institucionalizado en las universidades. Es esta búsqueda por la redefinición que forma parte de la reestructuración a escala mundial de los modos de pensamiento y deja la pregunta sobre si son posibles nuevas iniciativas conceptuales.

Ejemplo específico

Susantha Gootanilake sugiere que los intelectuales, ya sea en África, Asia o Latinoamérica, "son prisioneros de un conjunto paradigmático que ha establecido en otras partes, un sistema de legitimación y recompensa que está determinado en otro lugar; y un sistema de ciencia, el cual es por naturaleza imitativo y no creativo" (*Colonies* 433). Romper esta prisión implica para Gootanilake "un rechazo de las percepciones de la debilitada tradición occidental... y una recuperación de las búsquedas válidas de la hasta ahora ignorada herencia del... conocimiento intelectual nativo" (*The Voyages* 263). Él también sugiere que dicho proceso está apoyado por las expresiones de duda —'exaltación de la certeza'— dentro del pensamiento occidental en sí mismo.

Fundamental al disenso de Gootalinake es un entendimiento del vasto conocimiento en historia precolonial. Sin embargo, éste es solamente un primer paso para alterar las percepciones propias del 'conocimiento legitimado'. Él no quiere sugerir un sustituto simplista o intercambiar lo occidental por lo asiático, lo africano o lo latinoamericano. Sus palabras 'abortado' y 'lisiado' son sugerentes del alejamiento del conocimiento nativo orgánico que tuvo lugar a partir del siglo XIX. En la búsqueda por la reconexión, él considera y rechaza el completo desprendimiento de los sistemas de pensamiento occidentales y diferencia los pensadores del nacionalismo temprano, quienes querían una amalgama sincrética del 'Este' y del 'Oeste' de la nueva literatura crítica, la nueva percepción que está enraizada en una "percepción histórica de los lazos estructurales entre las dos (culturas) para superarlas a través de medidas sociales y culturales" (*Aborted* 151).

Goonatilake describe estructuras sociales de las ciencias alternativas que están emergiendo, procesos de desprendimiento y rearticulación social, nuevas orientaciones, formas de rearreglar los patrones dados, y "cómo los patrones de investigación del vasto almacén del pasado no Europeo podrían integrarse a nuevas empresas

científicas creativas" (*Aborted* 166 y más recientemente *Toward a Global Science* 1993). Vemos en su trabajo y en una amplia gama de otros trabajos de las tres regiones, un cuerpo crítico en el cual el nuevo discurso está tomando lugar.

Conclusión

La premisa de esta presentación ha sido que las universidades en sociedades poscoloniales, especialmente en cuanto a su conocimiento institucionalizado dominante y en cuanto a su currículo dentro de las diversas disciplinas, son imitativas y ahogan la creatividad de los intelectuales poscoloniales. Ellas ya no son apropiadas porque los modos trasplantados del pensamiento occidental y sus sistemas de conocimiento son inapropiados aún para las mismas sociedades occidentales. Referimos de manera general cómo esta cultura hegemónica fue implantada dentro de las universidades, a través de siglos de pillaje imperial, pero particularmente durante el período colonial, deslegitimando o marginalizando el conocimiento nativo. Áreas completas de conocimiento fueron escondidas o borradas y están ahora siendo recuperadas lentamente. Trazar la evolución de los retos y las formas de resistencia ante este conocimiento institucionalizado por medio de textos seleccionados, nos lleva a sugerir que existe una red incipiente de formación de intelectuales emergentes, esparcidos en las sociedades poscoloniales, quienes desarrollan nuevos sistemas de conocimiento. Los nuevos programas, que han sido desarrollados a menudo simplemente uniendo disciplinas; no han logrado una transformación de lo que se enseña y los cambios más importantes siguen tomando lugar en centros de investigación independientes o en grupos de intelectuales por fuera de las universidades. Así, el trabajo académico tiene todavía que dislocar los cánones del conocimiento institucionalizado en las universidades.

Notas

1 En muchos casos, sin embargo, ellos estuvieron directamente involucrados. Ver Álvares (7) donde se nota que "los expertos americanos se sentaron en los comités que formularon el primer plan indio de los cinco años", como uno de los muchísimos ejemplos que se identifican hasta el presente.

2 "Lo que subyace a esta perspectiva general ... es que existe un orden mundial del conocimiento paralelo al orden económico" (Goonatilake, 1982a, 416). "La llave en la creación de una estructura colonial [o neocolonial] del conocimiento fue la emergencia, en el siglo XVI, del mundo colonial dominado por Europa" (417). "El eurocentrismo ha, en grados diferentes, permeado todas las disciplinas de las ciencias sociales" y "crecieron de los procesos históricos de la dominación colonial y económica occidental" (Joseph, 1).

3 El trabajo de Lokayan en India, así como el foro de intelectuales y activistas políticos que éste generó pueden servir para ilustrar dicha aseveración. Establecido al comienzo de los años setenta sirvió como huésped de otros intelectuales en todas las regiones de las sociedades poscoloniales que buscaban establecer foros de pensamiento alternativos. Ver su publicación *The Lokayan Bulletin.*

[4] Otra importante tendencia que reconoce la naturaleza de la dificultad intelectual descrita como "un masivo viraje mundial" (citado del Boletín del Centro Fernand Braudel, octubre 1993) se encuentra en la contribución de Wallerstein y otros intelectuales prominentes quienes participaron en la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. De manera similar a Goonatilake y muchos de los intelectuales poscoloniales reconocen "que la estructura actual de las ciencias sociales crea bloqueos no razonables para el desarrollo de los intelectuales, lo que evidencia su necesidad de reestructuración."

Aunque este estudio no se concentra en el trabajo de los intelectuales occidentales que retan los paradigmas dominantes, es significativo llamar la atención sobre su contribución. Sin embargo su llamado a una reestructuración intelectual 'mundial' puede cuestionarse. De nuevo, viniendo del centro vemos una apropiación del 'terreno mundial' que recuerda el problema de la "universalización" discutido por Williams, Said y otros. Said afirma que "lo que nunca ha tenido lugar es una crítica epistemológica de la conexión entre un historicismo que se ha expandido y desarrollado suficientemente para incluir actitudes antitéticas, tales como las ideologías del imperialismo occidental y las críticas al imperialismo... y la práctica real de imperialismo" (1985, 11).

[5] Este punto está bien documentado en Goonatilake, Crippled Minds, que refiere los trabajos de Morris Kline, Mathematics y *The Loss of Certainty*. Oxford University Press, 1980, otros textos.

[6] Por 'consenso intelectual', no estoy afirmando que no hubo debates o diversidad de escuelas dentro de las ciencias sociales. Sin embargo, el contexto general para estos debates fueron los paradigmas occidentales que se basaron en la experiencia política y social de Europa. Aún el marxismo, que no ha sido un paradigma dominante, esta enraizado en el pensamiento Hegeliano. Ver U. Kalpagam y su reseña de *Dominanting Knowledege: Development, Culture and Resistance* en el cual ella establece que "no podemos sino estar de acuerdo con Hegel que la historia ha decidido irrevocablemente en favor del mundo occidental para proveer el contexto y las categorías para explorar otras tradiciones y pensamientos. *Economic and Political Weekly*, 1992.

[7] Said en "*Orientalism Reconsidered*" (especialmente 13-14) y en *Culture and Imperialism* se refiere extensivamente a éstos y otros textos similares.

[8] Existe una experiencia paralela de mujeres intelectuales, quienes comparten esa ausencia con los nativos, los discapacitados y los pobres marginales. El discurso feminista que evidencia esta ausencia puede encontrarse en Tillie Olsen, Silences y en los trabajos de Adrienne Rich. Igualmente la noción de que la creatividad de la mujer ha sido suprimida por el patriarcalismo aparece en Mary Daly, *Gyn-Ecology* y en Andrea Dworkin, *Women Hating*, entre otros textos. Existe una lucha paralela de intelectuales emergentes en las sociedades y en las mujeres del Tercer Mundo, excluidos de los discursos dominantes y es por ello que sus relatos de emancipación insertan su experiencia en las reinterpretaciones de la historia. Ver el trabajo de Sandra Harding y Joan Cocks.

Obras citadas

Abdel-Malek, Anouar. "Orientalism, in Crisis." *Diogenes* 44, 1993. 102-40.

—, and Anisuzzaman, ed. *The Transformation of the World* Vol. 3. *Culture and Thought*. London: MacMillan Press for the United Nations University, 1985.

Ahmad. Aijaz. *In Theory Classes, Nations Literatures*. London; Verso, 1992.

Ake, Claude. *Political Science as Imperialism*. Ibadan: Ibadan University Press, 1982.

Altbach, Philip G. and Gail P. Kelly. *Education and Colonialism*. New York: Longman, 1978.

Álvares, Claude. *Homo Favor: Technology and Culture in India, China and the West, 1500 1972*. New Delhi: Allied Publishers, 1979.

Amin *Delinking Eurocentrism.* Trans. by Russell Moore. New York: Monthly Review Press, 1989.

—. *Towards a Polycentric World.* London: Zed Books, 1985.

Ashby, Eric. *African Universities and Western Tradition,* Cambridge: Harvard University Press, 1964.

—, and Mary Anderson. *Universities: British, Indian and African.* London: Weidenfeld & Nicholson, 1966.

Bakhtin, Mikhail. *The Dialogic Imagination: Four Essays.* Edited by Michael Holquist. Austin: University of Texas Press, 1981.

Carnoy, Martin. *Education as Cultural Imperialism.* New York: David McKay, 1974.

Chatterjec, Partha. *Nationalist Thought and the Colonial World A Derivative Discourse.* London: Zed Press, 1986.

Cocks, Loan. *The Oppositional Imagination: Feminism, Critique and Political Theory.* London: Routledge, 1989.

Copans, Jean. *Anthropologie* et *imperialism.* Paris: Maspero, 1975.

—. "The Marxist Conception of Class: Political and Theoretical Elaboration in the African and Africanist Context". *Review of African Political Economy* 32 (1985): 25-38.

Friedson, Eliot. *Professional Powers: A Study of the Institutionalization of Formal Knowledge.* Chicago: University of Chicago Press, 1986.

Ganguli, B. N. *Ideologies and the Social* Sciences. New Delhi: Heinneman, 1974.

Goonatilake, Susantha. *AbortedDiscovery.* London: Zed Press, 1985.

—. "Colonies: Scientific Expansion and Contraction, An Essay-Review." *Review* 53 (1982[a]): 413-36.

—. *Crippled Minds: An Exploration into Colonial Culture.* New Delhi: Vikas Publishing, 1982.

—. 'The Voyages of Discovery and the Loss and Re-discovery of Others' Knowledge." *Impact of Science on Society* 167. (1992): 241-64.

— *Toward a Global Science: Mining Civilizational Knowledge.* Bloomington: Indiana University Press, 1998.

Gramsci, Antonio. *Selections from the Prison Notebooks.* New York: International Publishers, 1971.

Harding, Sandra. W*hose Science? Whose Knowledge?* Ithaca, NJ: Cornell University Press, 1991.

Joon-Chien, Doh. *Eastern Intelectuals and Western Solutions: Follower Syndrome* in *Asia.* New Delhi: Vikas Publishing House, 1980.

Joseph, O. Gheverghese et al. "Eurocentrism in the Social Sciences." *Race and Class.* 31:4 (1990): 1-26.

Kalpagam, U. "Dominating Knowledges and Subjugated Practices." Review of *Dominating Knowledge: Development, Culture and Resistance. In Economic and Political Weekly.* 16. (1992): 1068-70.

Mamdani, Mahmood. "The Social Basis of Constitutionalism in Africa." *The Journal of Modern African Studies* 28:3. (1990): 359-74.

—. "African: Democratic Theory and Democratic Struggles." *Dissent* (1992): 312-18.

Memmi, Albert. *The Colonizer and the Colonized.* Boston: Beacon Press, 1965.

Mkandawire, Thandika. "Excerpts from the Executive Secretary's Report". *CODESRIA Bulletin* 4 (1993): 12-19.

Mohanty, Chandra. "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses." *Feminist Review* 30. (1988): 61-88.

Morson, Gary S. ed. *Bakhtin: Essays and Dialogues* on *his Work.* Chicago: University of Chicago Press, 1986.

Nandy, Ashis. *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self under Colonialism.* Oxford: *Oxford* University Press, 1983.

Ngugi wa Thiong'o. *Decolonising the Mind: The Politics of Language in African Literature.* London: James Currey, 1986.

—. *Writers in Politics.* London: Heinemann, 1981.

Rodney, Walter *How Europe Underdeveloped Africa.* London and Dar-es-Salaam: Bogle'Ouverture Publications, 1972.

Said, Edward. *Culture and Imperialism.* New York: Vintage, 1993.

—. *Orientalism.* London: Routledge and Regan Paul, 1978.

—. "Orientalism Reconsidered." *Race and Class* 27:2. (1985): 1-15.

—. *Representations of the Intellectual.* New York: Pantheon Books, 1994.

Stavenhagen. Rodolfo. "Decolonizing Applied Social Sciences." *Human Organization* 30: 4. (1971): 333-57.

Williams, Raymond. *Culture.* London: Fontana Paperbacks, 1981.

—. *Marxism and Literature.* Oxford: Oxford University Press, 1977.

—. *Problems in Materialism and Culture: Selected Essays.* London: NLB/Verso, 1980.



Disciplinas, transdisciplinas y el dilema holístico: una reflexión desde Latinoamérica

Alberto G. Flórez Malagón[1-2]

---

[1] Profesor asociado. Departamento de Historia e Instituto de Estudios Sociales y Culturales, PENSAR, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

[2] Las ideas aquí expuestas son una reelaboración de las presentadas en el "*Workshop on Transdisciplinarity. Latin American and North American Experiences.*" Social Sciences Research Council of Canada, SSRC, y Centre for Developing Areas Studies, CDAS, McGill University. Montreal: 1999 y en el "I Encuentro Internacional sobre Estudios Culturales Latinoamericanos: retos desde y sobre la Región Andina." Universidad Andina Simón Bolívar. Quito: 2001.

La transdisciplinariedad es un concepto de moda. Ella aparece referida con frecuencia en la literatura académica reciente de Latinoamérica, muchas veces asumida sin suficiente rigor conceptual. No se trata en todo caso, de que el concepto tenga una sola acepción monolítica. De hecho, existen varias versiones de la transdisciplinariedad, pero todas ellas se diferencian sustancialmente de otras prácticas académicas como la inter, la multi o la pluridisciplinariedad. En la transdisciplinariedad se insiste en el origen múltiple de nuevos campos de conocimiento y en la dificultad del trabajo monodisciplinario y aún interdisciplinario para absorber las temáticas más pertinentes del mundo contemporáneo y se plantean preguntas que retan los supuestos originales del quehacer científico.

Se discutirá aquí la transdisciplinariedad como un resultado de los cambios en las esferas del conocimiento, pero especialmente de las dinámicas y necesidades de la sociedad contemporánea pues el contexto para estos cambios no es solamente la naturaleza individual o la historia de una u otra disciplina; más precisamente son las condiciones sociales y culturales para la creación y la comunicación de las ideas, artefactos, conocimiento e información, las que han sido completamente alteradas (Burnett).

Aunque se parte de algunas de las preguntas que los problemas de fundamentación proponen a los académicos de todo el planeta, se pretende llegar más allá, hasta la pregunta sobre el deber ser de dicho mundo. A la vez, se plantea el ejerci-

cio de formular estas preguntas en el contexto regional latinoamericano, y más concretamente colombiano, en donde ellas adquieren visos específicos.

El trabajo se divide en dos partes. En la primera se caracteriza el proceso de transformación que se presenta en el quehacer científico de comienzos del siglo XXI. Esta síntesis expresa un obvio contenido valorativo, dadas las diversas maneras de hablar de la crisis del conocimiento científico —si es que efectivamente la hay— cada una orientada desde un punto de vista que depende de la ubicación existencial, regional social y política de los autores.

En la segunda parte, que no pretende ser exhaustiva. El texto recupera algunas facetas de la historia de las ciencias en Latinoamérica y más particularmente en Colombia, que a *grosso modo*, generan obvias connotaciones regionales a partir de las cuales se pueden leer las posibilidades de esta crisis *glocal* (global-local) del conocimiento, para utilizar el término tan en boga (Castro y Mendieta 12). [1]

Avanzar en la reflexión que este trabajo introduce significará, en el futuro, elaborar una caracterización de las diferencias entre comunidades científicas en Latinoamérica y en el resto del mundo, pero sin referir éstas como divisiones 'orgánicas' entre los pueblos y las territorialidades, sino más bien como situaciones y diferencias coloniales dentro del esquema occidental del saber-poder (6).

El ejercicio en la última sección representa una aproximación preliminar dado el reciente auge de este tipo de reflexiones en Colombia las cuales, en la perspectiva de la crisis de fundamentación, apenas empiezan a proponer, utilizando las palabras de Foucault, una arqueología de las ciencias en nuestras regiones.

Así, el texto propone una lectura de la crisis globalizada de las ciencias en el contexto del desarrollo local de las mismas, todo ello con referencia a un marco normativo que es el de la transdisciplinariedad.

1. Las disciplinas académicas: ¿reconfiguración o desaparición?

El historiador Lawrence Stone escribía hace más de dos décadas que: "cada ciencia social es una frontera que se mueve rápidamente" (3). En la actualidad las fronteras a las que se refería Stone, han chocado con fuerza generando serias dudas acerca del fundamento epistemológico y del desarrollo de las disciplinas en las ciencias en general y en las ciencias sociales en particular.

Dichas dudas han potenciado una revolución del pensamiento, uno de cuyos principales puntos se desarrolla a partir de la crítica a la jerarquía interna de las ciencias, es decir a la fragmentación de los saberes y a la jerarquización de los mismos a partir de modelos científicos consolidados en el siglo XIX, que en sus procesos de demarcación separaron la actividad cognoscitiva de sus elementos éticos, estéticos y por supuesto metafísicos.[2]

Este modelo de ciencia que se fundó, como lo describe Santiago Castro-Gómez:

> *desde Platón hasta Luhmann, pasando por Descartes, Husserl y Durkheim, plantea que la cientificidad del conocimiento se obtiene solamente si existe una 'ruptura epistemológica' con la opinión, con el sentido común y con todo tipo de nociones "precientíficas". Este modelo de la representación, que Max Horkheimer bautizara con el nombre de "teoría tradicional", señala básicamente que a mayor distancia del sentido común, mayor es la posibilidad de crear teóricamente al objeto y de relativizar al máximo los prejuicios subjetivos del científico, incluyendo, claro está, sus valoraciones políticas y morales* (Castro, *Apogeo* 7).

Las disciplinas que objetivaron este modelo siguieron sus propios lenguajes, culturas de investigación y aplicaciones prácticas. La dificultad de este proceso radicó —argumentarán los transdisciplinaristas— en que a medida que aquellas se especializaron cesaron de ver —o aún prever— las conexiones potenciales que tienen entre sí y con otros espacios cognitivos, no necesariamente académicos.

Entre los numerosos críticos internos de la disciplinariedad, recordaré cómo entre 1993 y 1996 un grupo de influyentes pensadores provenientes de diversas formaciones disciplinares y regiones del mundo se reunió para conformar la Comisión Gulbenkian.[3] Este notable grupo realizó un análisis que, traducido a varias lenguas, se ha convertido en una referencia clásica alrededor del tema del desarrollo de las ciencias sociales y su estado actual, tanto de las relaciones entre sus disciplinas como en sus relaciones con las humanidades y las ciencias naturales.[4]

El reporte de esta comisión exploró cómo las ciencias sociales se construyeron históricamente y por qué se dividieron en un grupo de disciplinas que desde el comienzo fueron retadas como referencias adecuadas para el trabajo intelectual, lo cual generó un debate permanente alrededor de la estructura organizacional de las ciencias sociales.

Esta preocupación coincide, en parte, con la crítica más amplia que han planteado las corrientes posmodernistas ante el desarrollo y la legitimidad del conocimiento científico: aunque la 'aventura del posmodernismo', como la describe Carlos Reynoso (11), es más conocida por la línea que tiene que ver con la literatura, la filosofía y el arte, que con aquella que discute las ciencias sociales, en ambos casos su aproximación más generalmente aceptada ha decretado (entre otras cosas) la crisis de la razón y de la ciencia, partiendo de un fuerte escepticismo hacia sus categorías analíticas.

Como nos lo recordó Michel Foucault, uno de los principales orientadores de las corrientes posestructuralistas (vanguardia del pensamiento posmoderno); no podemos ignorar más la arbitrariedad de las epistemes y sus implicaciones sobre el tema de la fundamentación disciplinar: "las disciplinas constituyen un sistema de control en la producción del discurso, fijando sus límites a través de la acción de una identidad que

toma la forma de una permanente reactivación de las reglas" (33). En esta línea de pensamiento resulta además indispensable que la pregunta acerca de la fundamentación disciplinar incluya el análisis de su proyección hacia una política del saber.

Las ciencias sociales que fueron definidas entre 1850 y 1914 en estructuras disciplinares reconocidas por las universidades del mundo, se encontraron presas en la mitad de la tensión entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Esta división defendida por la discusión neokantiana, fue más tarde asumida por las corrientes positivistas (Habermas 81) y todavía en el siglo XXI, se mantiene perpetuada por las políticas institucionales. Como diría Habermas, "basta dar una ojeada a cualquier catálogo de cursos universitarios para percatarse de esta escisión fáctica de las ciencias, que sólo los manuales de los positivistas parecen considerar irrelevante" (81).

Pero las ciencias sociales jamás han podido ser indiferentes a esta tensión, aunque las otras ciencias, definidas en los extremos de las 'dos culturas' parecen ignorarse unas a otras desde una perspectiva epistemológica (la teoría analítica de la ciencia y la hermenéutica filosófica) y, por el contrario, proponen nuevas salidas a este ordenamiento anacrónico.

Inspirándose en el lenguaje de Thomas Kuhn, podríamos pensar que como consecuencia de las prácticas de los científicos, la historia de las ciencias sociales ha sido la de una permanente revolución científica. Ella se explicaría por la debilidad de los paradigmas científicos de las ciencias sociales que se construyeron replicando aquellos de las ciencias naturales y que a la vez se erigieron sin considerar la hermenéutica de sus propios desarrollos. Así experimentamos una doble debilidad: por defecto (ningún paradigma dominante) y por exceso (varias propuestas paradigmáticas en competencia). Así, las ciencias sociales y las humanidades no parecen haber experimentado un período de 'ciencia normal' dada la —inevitable además—, coexistencia de propuestas paradigmáticas que ni siquiera podrían referirse como paradigmas completos en sentido estricto.

Estas discusiones sobre paradigmas se replantean hoy al constatarse, por una parte, el desdibujamiento de los objetos disciplinares en las ciencias sociales y, por otra, la conexión de los modelos de las ciencias naturales con los sociales, o por lo menos con los sistemas no lineales análogos a los sociales, al estilo de las famosas teorías de la complejidad.

El efecto inevitable al que remiten estas preocupaciones en la pragmática institucional es el crecimiento continuo del número de subdisciplinas, pero sobre todo el de los nuevos campos, los nuevos arreglos disciplinares e interdisciplinares, las disciplinas híbridas y la transdisciplinariedad, todo ello en niveles de reconfiguración que dependen del grado de radicalidad en el cual se experimente la crítica cultural de la fundamentación.

El debate que ello ha generado expresa posiciones tan opuestas como la defensa cerrada de la disciplinariedad clásica en un extremo,[5] y la negación de su existencia, en el otro.

En este contexto reciente, las críticas internas y externas al quehacer disciplinar tratan recurrentemente el tema del 'fin' de las disciplinas;[6] o, por lo menos, del fin de sus cánones como estaban planteados hasta ahora. El conocido sociólogo inglés Anthony Giddens, expresó con claridad esta idea: las líneas de pensamiento que dividen a los científicos contemporáneos parecen ser solamente mitos y, por lo tanto, es urgente repensar los fundamentos del pensamiento contemporáneo (703). Más radicalmente las versiones antidisciplinares de la crítica cultural de, por ejemplo, Edgardo Lander, consideran que la ciencia disciplinar es más que un simple mito, es un producto contaminado de lo peor de la colonización occidental-capitalista.

En este punto, algunos claman por posiciones intermedias y en este sentido no sobra, ser cuidadosos con algunas argumentaciones de la literatura antidisciplinar. Se podría, al menos, plantear la duda de si los recientes trabajos que critican la fragmentación de las ciencias, en especial el ya mencionado informe de la Comisión Gulbenkian, han quizás exagerado su crítica al no considerar el desarrollo concreto y a la vez flexible de las disciplinas que no siempre se han forjado en el modelo positivista del siglo XIX o, por lo menos, de la manera totalmente funcional a la que a menudo dicha crítica se refiere.

Tampoco sobra plantear la duda de si se toman en cuenta, o no, los desarrollos y prácticas disciplinares regionales de las ciencias, por ejemplo para América Latina, que con frecuencia se reclama desde la región, habrían desarrollado, sin nombrarla así, una práctica cercana a la que hoy proclaman los nuevos campos transdisciplinares, punto de llegada de las reflexiones gulbenkianas.

El punto de partida de la discusión es entonces el encuentro en las fronteras entre una tradición disciplinar, que no está encerrada en sus muros, y los nuevos campos transdisciplinares que tampoco tienen que declararse como antidisciplinares de manera intransigente; siempre mirando el problema como el de disciplinas que se han moldeado en prácticas que finalmente no parecen ser tan disciplinadoras como a veces se las hace aparecer.

El primer momento. De las disciplinas a las interdisciplinas

Existe la necesidad de formular sistemas de conocimiento fragmentado, en toda la tradición occidental desde el mundo griego. Al recontar algunos momentos clave de este proceso, Bourguingon, nos recuerda cómo Aristóteles distinguió las ciencias prácticas, las ciencias poéticas y las ciencias teóricas (matemáticas,

física, teología). En la Edad Media se constituyeron las artes liberales, repartidas entre el *quadrivium* (científico) que comprenderá la geometría, la aritmética, la astronomía y la música, y el *trivium* (literario) que reagrupó la gramática, la retórica y la dialéctica o lógica. A comienzos del siglo XVIII, Descartes propuso un método para "buscar la verdad dentro de las ciencias", método que abriría la vía a la autonomización de las disciplinas científicas.

Numerosos fueron aquellos que como André Ampère o Herbert Spencer, propusieron en el siglo XIX soluciones al tema de la clasificación de las disciplinas, pero serían aquellas de Auguste Comte a las que más se prestaría atención. En efecto, ella tenía el mérito de articular las disciplinas entre ellas de manera lineal, desde las matemáticas hasta la sociología, pasando por la astronomía, la física, la química, la biología, y la psicología, cada una siendo fundada sobre las leyes principales precedentes de las anteriores, todas sirviendo de fundamentación para las siguientes. Dentro de esta clasificación, el grado de generalidad de cada disciplina decrecía de las matemáticas a la sociología, al tiempo que crecía el grado de complejidad. Las matemáticas se situaron así en un lugar preeminente"(Bourguignon).

Sin embargo, todas las disciplinas evolucionan. Ellas se desarrollan, se transforman y se subdividen en función de las creaciones conceptuales, de los descubrimientos empíricos y de las invenciones técnicas. Del hecho de la profesionalización de la investigación, de la especialización cada vez más estrecha de los investigadores y de la complejidad creciente de los resultados de investigación, las subdisciplinas tienden a autonomizarse.

La primera contradicción que se planteó ante esta práctica nos remitió a la idea de la interdisciplinariedad y a la constatación de su tremendo auge metodológico (Dogan). Aunque antes de 1937 se habló de cruce de disciplinas y hasta de demolición de las fronteras disciplinares, el término interdisciplinariedad apareció en ese año mencionado por primera vez por el sociólogo Louis Wirtz (Sills). Muy intensamente a partir de 1945 las restricciones disciplinares y subdisciplinares se siguieron rompiendo. A lo largo del mundo las series de coloquios y conferencias internacionales, tan importantes en décadas recientes para la comunicación científica, han tendido a reclutar participantes de acuerdo con los temas, la mayor parte de las veces sin poner demasiada atención a las afiliaciones disciplinares. Ahora existe un número creciente de importantes revistas científicas que, conscientemente, ignoran las fronteras disciplinares. Y por supuesto existe un auge de nuevos programas cuasi-disciplinares que se han consolidado en la última mitad del siglo y que están generalmente conformados por personas que poseen grados universitarios en múltiples disciplinas. Estas prácticas académicas, en especial la interdisciplinariedad y la pluridisciplinariedad se han consolidado con mucha naturalidad y aparecen como dominantes en la actividad investigativa contemporánea.

En una primera aproximación, uno puede decir que en la pluridisciplinariedad varias disciplinas se asocian para estudiar un objeto común donde ninguna puede observar todos los aspectos sólo con la técnicas de las que dispone, así que se manifiesta la necesidad de establecer una cooperación entre disciplinas autónomas para alargar la comprensión de un dominio particular o de alcanzar un objetivo común. La pluridisciplinariedad puede asociar varias disciplinas, ya sea horizontal o verticalmente. La interdisciplinariedad, a su vez, atiende un objetivo común entre varias disciplinas, como validar una teoría, o interpretar datos, para lo cual unas disciplinas son llamadas a colaborar.

Sin embargo, el desarrollo de estas experiencias, en particular después de la Segunda Guerra Mundial, llevó al sentimiento de una simple amalgama en la que aparecía un desfile de disciplinas, en el mejor de los casos creando un paralelismo útil, pero no una síntesis. Un famoso documento de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico en los años setenta llegó incluso a tildar esas experiencias como un fracaso, refiriendo a la interdisciplinariedad como un concepto epistemológicamente ingenuo. El enfoque multidisciplinario era visto como engañoso porque insistía en la división de la realidad en diversos fragmentos. Era una "zona de libre comercio" como la llama Nelly Richard; una suma pacífica de saberes complementarios que no sería más que un ordenamiento de saberes destinados a integrar una nueva totalidad de conocimientos más abarcadora y funcional, pero que dejaría finalmente intocados los contornos de cada saber heredado (18). Así, la interdisciplinariedad se convirtió en *tabú* en la retórica anti y posdisciplinaria que siguió acusando a dicha práctica, de simplemente combinar las instituciones existentes del conocimiento (Klein 4).

Uno de los problemas de fondo en estas discusiones, como lo recuerda Roberto Follari, es si el reto se encuentra en buscar una unidad última del conocimiento, o si se persigue una articulación *ad-hoc*, sólo en relación con la especificidad de una temática definida. La interdisciplina sería acaso una confluencia momentánea y no necesariamente una negación de las disciplinas y sólo operaría en los temas más relevantes a lo interdisciplinar.

En todo caso la pluri e interdisciplinariedad representan un progreso en la medida en que ellas ponen al día los lazos que unen a las disciplinas y en donde ellas se enriquecen y unifican el conocimiento, aunque no parecen modificar fundamentalmente la actitud del hombre de cara a la investigación y al saber (Bourguignon).

De la interdisciplinariedad a la transdisciplinariedad

En la evolución más reciente de la discusión acerca de las disciplinas, más que de inter o de pluridisciplinariedad se tiende a hablar de una hibridación que

denota recombinación de fragmentos de ciencias, planteando el cruce y reconstitución de las disciplinas de dos en dos. Pero aún más útil parece resultar el término transdisciplinariedad que implica la búsqueda de un espacio de convergencias, si no una etapa superior, por lo menos un estadio diferente al de las disciplinas y la interdisciplina. Como dicen algunos, las ciencias sociales están genéticamente programadas para dar a luz a mestizos (Dogan) y estos no son simples frankesteins de las ciencias sociales, sino cuerpos completos de conocimiento en los cuales, además debe recordarse, se están resolviendo los problemas más relevantes a las culturas y a las sociedades contemporáneas.

La noción de transdisciplinariedad aparece ya en un artículo de Niels Bohr de 1955 sobre la unidad del conocimiento, pero quizás la referencia más precisa sea el texto redactado por Jean Piaget en 1970 con la ocasión de un coloquio sobre interdisciplinariedad en donde "al final de la etapa de las relaciones interdisciplinarias podemos esperar que se suceda una etapa transdisciplinaria que no se contentará con atender las interacciones o reciprocidades entre investigadores especialistas, sino que situará sus lazos al interior de un sistema total sin fronteras estables entre las disciplinas" (Bourguignon).

En un primer momento de la transdisciplinariedad, aparecen los "cruces de fronteras, de las migraciones de identidades, de las hibridaciones del conocimiento" que en su rápida academización han terminado a veces borrando sus posibilidades de reorganización permanente del saber, estableciendo nuevas pragmaticidades de conocimiento. Esto sucede cuando los nuevos objetos terminan complaciendo las opciones políticamente correctas y optando por una pluridisciplinaridad que combina saberes flexibles, o por una transculturalidad que abre las fronteras del conocimiento a problemáticas hasta ahora marginadas (Richard 121).

Una segunda opción se desarrolla cuando efectivamente se deshace la solidaridad de las antiguas disciplinas ... en provecho de un objeto nuevo, de un lenguaje nuevo. Es en esta segunda opción en la que surge, entonces, la posibilidad de recuestionar la vocación política[7] de los nuevos campos para insistir en un nuevo proyecto democratizador de transformación académica que permita leer ya no solamente 'objetos nuevos' u 'objetos justos' sino la posibilidad de nuevos lenguajes, de nuevos registros de conocimiento y también de escritura. Numerosos autores en Francia especialmente, se han esforzado por precisar esta concepción de la transdisciplinariedad. Entre los más conocidos están Edgar Morin y Basarab Nicolescu quienes crearon el ya famoso *Centre Interdisciplinaire de Recherches et Etudes Transdisciplinaires, CIRET,* el cual conformó una red internacional en la cual juegan importante papel los académicos latinoamericanos.

Sería esta una tendencia a abrir el espacio a las posibilidades múltiples en diálogo; una tendencia a privilegiar redes de significaciones: a equilibrar lo cuan-

titativo con lo cualitativo, al trabajo contextual y más humanista. Algunas de las propuestas más radicales de las posiciones transdiciplinaristas retoman estas vecindades desde el tema de lo holístico y de las 'ciencias síntesis' (la propuesta semiótica) (Pérez 9).

Sobre el tema de lo holístico se debe recordar que esta palabra se utiliza en contextos totalmente opuestos, no siempre articulados a las propuestas transdisciplinares. Por ejemplo, Mario Bunge, desde una posición neopositivista utiliza el término holístico contraponiéndolo al organicismo o colectivismo, que confunde historias o trayectorias con leyes. Más específicamente, Bunge se refiere al mal holismo de las "fantasías holísticas como el espíritu universal, la conciencia colectiva y el destino nacional" (47).

Más cerca de la noción que aquí nos interesa de transdisciplinariedad, un primer ejemplo posible: los estudios ambientales, uno de los nuevos campos de conocimiento, retoman el término holístico en el contexto de la ecología profunda contrapuesta a la ecología superficial que defendía la dicotomía hombre-naturaleza, construida por el pensamiento moderno (Capra). En esta última vertiente el problema central es el de la rehumanización de la ciencia y la vuelta a una trilogía como la que propone Félix Guatari al integrar lo mental subjetivo, lo social y lo ambiental en su propuesta de recreación de una nueva subjetividad.

Inicialmente estas posiciones se ubicaban en las fronteras o en los espacios de conexión entre los sistemas y subsistemas (Gibbons 37), pero ahora, reclaman un espacio más grande, más allá de la discusión epistemológica, en el cual un nuevo "espíritu renacentista" daría paso a un conocimiento hibridizado, en el cual la complejidad, la heterogeneidad, la no-linearidad y el diálogo entre lo local-regional-global, serían unas de sus principales características.

De allí que algunos de los manifiestos de estos grupos transdiciplinares insistan en que "solamente una inteligencia capaz de captar la dimensión planetaria de los conflictos existentes puede enfrentar no sólo la complejidad de nuestro mundo, sino también el desafío presente de una posible autodestrucción material y espiritual de la raza humana" (*Declaración*).

Por supuesto, este tipo de lenguaje es posible porque el cruce de fronteras no es solamente un problema académico. La erosión del Estado-nación en muchas regiones del planeta, la globalización cultural y económica, las redes informáticas y los espacios virtuales, entre otros, han creado una 'nueva constelación' en la que se mueven estas innovadoras propuestas (Berstein).

No olvidemos que el fenómeno de la confusión disciplinar se ha extendido fuera de los círculos académicos. En todos los sitios los fundamentos del conocimiento de los expertos han sido debilitados; y ello refleja una crisis general en la relación entre los intelectuales y la sociedad. La gente ya no confía más en los

profesionales, ya sea porque su conocimiento impersonal gobierna demasiados aspectos de sus vidas o porque han aprendido cómo superar la dependencia en los expertos para adquirir conocimiento relevante por su propia cuenta. En cada caso, la gente es crecientemente escéptica de la autoridad que éstos reclaman cuyas actividades pueden ser percibidas como irrelevantes en el mejor de los casos, y hasta dañinas en el peor de ellos. La resistencia se manifiesta en creencias negativas: que los científicos amenazan al ambiente, que los doctores son malos para la salud, que las predicciones de los economistas no funcionan, que la ley es una farsa costosa y, así, sucesivamente. Aquellos profesores conocidos durante largo tiempo por ser inarticulados e incompetentes, son ahora sospechosos de no tener nada que decir. Ciertamente, el número de personas que dependen de los intelectuales humanistas como los árbitros de la civilización disminuyeron fuertemente. (Grimshaw y Hart 47).

Otro de los ejemplos más conocidos, de propuestas transdisciplinarias es el de los estudios culturales en su pretensión de estudiar la función política de la cultura contemporánea como un objeto más amplio que cualquiera que hubieran propuesto la antropología, la historia o la crítica literaria. Más amplio sobre todo por una vocación política de activismo que se encuentra presente en las escuelas de estudios culturales, aunque algunos autores, como Nelly Richard, piensan que ellos todavía defienden el objetivo práctico de articular universitariamente formas de transmisión de nuevos conocimientos que incorporan saberes hasta ahora marginados. Según esta autora, habría que desarrollar una tarea de crítica cultural que desborde el espacio académico y defina una verdadera transdisciplinariedad.

El problema de los estudios culturales resulta similar en la evolución de los estudios ambientales, en los de género, de cultura visual y en cualquiera de las novedosas propuestas unificadoras que han tratado de resolver las crisis disciplinares.

A este nivel aparece el problema de si los nuevos campos simplemente redefinen fronteras que seguirán inevitablemente siendo artificiales e inadecuadas. Ante ello sólo pueden resaltarse dos opciones del *trans* (más allá de, del otro lado, a través de, etc.) que hoy recorre no sólo la cultura académica (transdisciplinariedad), sino también los espacios sociales y políticos globales (transculturalismo, transnacionalismo, etc.). La respuesta no es únicamente propiciar la reproducción de nuevos espacios híbridos en la academia sino que ellos adecúen su conocimiento a las condiciones actuales de la humanidad y que expresen de nuevo un activismo académico creador y denunciador de los sentidos que se generan desde el poder académico. Se pretende avanzar desde una discusión epistemológica hacia una ontológica en donde la práctica y el sentido de la ciencia sean retados.

Por otra parte, los grandes logros intelectuales de los últimos cuarenta años, los cuales nos han guiado hacia las ciencias de la complejidad (que algunos prefieren

referir como teorías del caos), así como la necesidad que surgió para la "contextualización" de los universalismos, el entendimiento de la poscolonialidad, de la subalternidad y sobre todo de la globalización[8], han todos ellos influenciado la práctica de los científicos sociales, pero desafortunadamente han dejado poco espacio para preocupaciones de naturaleza estructural y organizativa. En el presente estado de su evolución parece que éste último tema —cuyo referente principal es la estructura disciplinar y su institucionalización, especialmente alrededor de las Universidades—, debe considerarse un dilema central o una excusa para la reestructuración de las ciencias sociales (Wallerstein x).

Sobre este último, recordemos que la tensión en la frontera modernidad-posmodernidad, que permite a unos mantenerse cerca y a otros alejarse de la referencia moderna para hablar de reconstrucción o de la desaparición de las disciplinas, se expresa en el desarrollo de las instituciones educativas. El estudio de las relaciones entre el sistema educativo y el sistema social estuvo detenido durante mucho tiempo por el supuesto según el cual la educación constituía una variable independiente; es decir, aislada o separada del resto de la estructura social y dotada además de una alta significación en cuanto al poder que podía ejercer, por sí sola, sobre el resto del sistema. Este enfoque llamado tecnocrático, abstrae las relaciones sociales dentro de las cuales operan los hechos educativos y limita los problemas a aquellos que pueden ser resueltos sin poner en peligro la estabilidad del sistema de relaciones sociales (Tedesco). Como primeras afectadas por esta crisis, las instituciones educativas responden de manera pragmática y claramente política ante estas discusiones.

Esta reconfiguración política expresa importantes transformaciones en el desarrollo institucional de las universidades y demás centros educativos, cambios que se relacionan directamente con los contenidos sociales, económicos y culturales de la acción guiada y legitimada por el conocimiento. No es gratuito, entonces, que el problema de las fronteras disciplinares sea cada vez más una excusa para la reorganización institucional de los saberes y para una crítica cultural profunda de la sociedad.

La reacción académica ante estas propuestas expresa casi siempre un temor implícito por no perder el monopolio del conocimiento en un mundo en el que la diversidad de éste por fuera de las instituciones ha retado fuertemente la legitimidad del conocimiento académico. La dificultad, por ejemplo, por transformar la Universidad actual, radica en que las nuevas propuestas, como la transdisciplinariedad van más allá de una simple reconstitución de saberes. El tema se ha convertido en uno de compromisos. Así, el cambio institucional va asociado con una capacidad de confrontar la crisis, por una parte, con el nivel de la comunidad para captar los cambios y entender sus implicaciones; y, por otra,

una vez asimilado el problema, qué capacidad de cambio posee y cuáles son los intereses políticos que la guían.

2. La práctica regional colombiana: el énfasis cientificista

En América Latina, entre 1930 y 1940 nacieron o se consolidaron facultades de Ciencias Sociales. Estos grupos se preocuparon por el problema del subdesarrollo, más que ninguno otro. En las décadas del 50 y del 60, la economía y la sociología auspiciadas en especial por la creación de la Comisión Económica para la América Latina, CEPAL y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, dedicaron muchos de sus trabajos al entendimiento de las sociedades dependientes mientras otros profesionales, como los abogados, iniciaron investigaciones en materias políticas, dentro de los esquemas del Estado-nación.

A partir de entonces, el proceso pragmático de profesionalización de las disciplinas y el énfasis en el análisis de dichos procesos (Leal), han marcado la preocupación por el tema del desarrollo de las ciencias sociales en el país.

Al tiempo, como recuerda Orlando Fals Borda, en Colombia y en general en América Latina, la sociología y más ampliamente las ciencias sociales, tomaron dos vías: una académica y otra extraacadémica. Esta última según el mismo autor asumió cierto liderazgo generando conceptos-guías y marcos teóricos generales (como dependencia, producción, explotación, subversión, investigación-acción) que han alimentado el debate sobre las ciencias sociales (671).

La práctica extraacadémica tuvo el mérito de desbordar a cada una de las disciplinas sociales, pero al tiempo y como uno de sus mayores problemas desarrolló la tendencia a construir una ciencia de la realidad que, aunque derivada del contacto popular, olvidaba a menudo que, al tiempo, esa construcción requería el manejo de los productos y de las herramientas técnicas de la academia, lo cual llevó a menudo a reducir su carácter extraacadémico a una propuesta simplemente populista.

En el caso colombiano esto es notable aún hoy en día en el caso de intelectuales con importante ascendencia en los círculos académicos como el mismo Fals Borda, Francisco de Roux o Alejandro Sanz de Santamaría quienes han llegado a plantear el activismo, en sus diferentes facetas, como el único sentido de las ciencias sociales.[9] Los temas de las torres de marfil, de las élites de letrados, del alejamiento del pueblo y todos los otros *leitmotivs* de estas posiciones radicales, reproducen una vez más la versión intelectual que separa los espacios institucionales de la realidad social, despreciando la generación de discursos académicos, ya sea por su connotación elitista o por el supuesto alejamiento de la realidad social. La "confrontación entre teoría y práctica" una obsesión de los debates latinoamericanos, sigue vigente en las aproximaciones actuales. *(Confronting)*.

Los actuales debates de las ciencias sociales en el escenario de la "crisis" del mundo global justifican nuevas preguntas, pues "los complejos problemas enfrentados por las ciencias sociales en América Latina, plantean la necesidad por ver el mundo de manera diferente, oponiéndose a las visiones hegemónicas; para vernos de manera diferente a la visión impuesta por las derrotas sufridas por el pensamiento crítico; para llegar a la raíz de nuestros conflictos actuales, haciendo del futuro un espacio de verdadera dignidad, libertad y justicia" (Sosa 176). Aún así, autores representativos de las escuelas más tradicionalistas continúan hablando desde posiciones anacrónicas que no revisan los fundamentos del pensamiento social. Por ello, a menudo el espíritu de una pragmática científica sigue imperando, esta vez alrededor de las 'nuevas' realidades socioeconómicas que cada vez más se dirigen a la crítica neoizquierdista al neoliberalismo. El problema que aparece recurrentemente es aquel de un pensamiento políticamente correcto, de la creación de un contradiscurso que se oponga al dominante, esta vez del neoliberalismo.[10] Pero los fundamentos instrumentales de la ciencia que generaría dicho pensamiento ni siquiera se cuestionan. La pobreza de la teoría es evidente y, además, se rechaza con el pobre argumento de "estarse dejando llevar por las voces atractivas de teorías ... que alejarían el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país" (Melo 153). Parece que sólo necesitaríamos aplicar los mismos instrumentos que se usaban para realizar los viejos ideales, adaptándolos a las nuevas realidades políticas de nuestro tiempo, como si aquellas fueran una neutral caja de herramientas.

La herencia de muchos sociólogos que todavía consideran a su disciplina como la reina de las ciencias sociales, mantiene su cercanía, clara en los orígenes de la disciplina, con el reformismo social (Wallerstein 19). Esta actitud que se potenció con el auge del marxismo en la región por varias décadas en el siglo pasado llevó a un énfasis en la instrumentalidad de los estudios, dejando muy poco espacio a preocupaciones de tipo epistemológico y aún institucional.

De la misma manera la mayoría de los politólogos "nunca abandonaron la arena de los partidos y del Estado, a veces hicieron algunas concesiones a los nuevos: "movimientos sociales", "movimientos políticos" y "actores políticos", pero se mantuvieron fieles a *la razón política del capitalismo,* basada en una visión teleológica implícita del desarrollo político. Prisioneros de lo que Foucault solía llamar la *gobernabilidad,* la mayoría de ellos ahora investigan acerca de las condiciones para la gobernabilidad y las formas de incorporar los movimientos sociales en estructuras estatales y partidistas" (Rojas 118).

Además, como lo sintetiza Ramón Grosfoguel, "la ideología desarrollista es todavía dominante en al región. A pesar de las diferencias entre la izquierda y la derecha, los políticos y los académicos, comparten la premisa básica del desarro-

llismo concerniente al desarrollo nacional autónomo. A pesar de haberse avanzado en las aproximaciónes del sistema-mundo que ofrecen un análisis de cómo ocurre el desarrollo en ese sistema-mundo más que en el Estado-nación. Falta que una nueva ideología de izquierda se construya sobre la premisa del pensamiento renovado y hasta entonces continuaremos viendo reformulaciones de los mismos temas desarrollistas (153)."

Algunas veces, los autores avanzaron hacia una posicion tímidamente interdisciplinarista, como nos recordaba Fals Borda hace ya veinte años, "nada es más retador y necesario que hacer frente a la artificial división de las ciencias sociales contemporáneas ... en eso hemos heredado del Viejo Mundo la manía de la superespecialización..." y añadía en una clara posición interdisciplinaria que, "en sociedades como las nuestras (latinoamericanas) no se justifica esa división... y, por el contrario, se necesita combinar e integrar teorías, métodos y técnicas en el campo social para avanzar en el conocimiento real y práctico de los problemas que vemos y sentimos... para ello se necesita descartar prejuicios, abandonar el provincialismo personal y el imperialismo disciplinario en el ámbito universitario y en otras partes."(673)

Dentro de la tradición pragmática tan apreciada en América Latina este ejercicio interdisciplinario no parece haber llegado muy lejos a diferencia de otras regiones del tercer mundo como, por ejemplo, en la India en donde la propuesta de la "tripleta disciplinaria de las ciencias sociales"(Banerjee) llegará incluso a negar la legitimidad de las divisiones del conocimiento social por lo menos en las disciplinas de la economía, la ciencia política y la sociología, proponiendo la reconstitución de esa unidad parcial del conocimiento. No se trataría de una revisión profunda pero, por lo menos, ayudaría a avanzar en parte en el tema de la reestructuración de las ciencias sociales en regiones similares a la Latinoamericana.

Un caso interesante del clasicismo que aquí se caracteriza para el pensamiento de las ciencias sociales en Colombia se expresa en el ejemplo del auge de los estudios sobre la violencia que ha desarrollado una importante producción centrada en el análisis coyuntural de los procesos políticos. Es significativo cómo uno de los grupos más brillantes de intelectuales estuvo hasta hace poco encerrado en la pragmática de estos análisis, hasta el punto que en Colombia se creó el neologismo "violentólogo" para definir esta subdisciplina dedicada a la aplicación de los modelos de análisis más ortodoxos de la academia al estudio de las múltiples formas de violencia que se experimentan en el país. Estos académicos realizan frecuentemente análisis de divulgación que inciden de manera directa en las posiciones de los actores armados y políticos en general en Colombia, cuando no se dirigen de inmediato a la formulación de políticas públicas. Sin embargo, esto parece hacerse de una manera que sólo informa y orienta, pero no desarrolla pensamiento nuevo. De alguna manera es un pensamiento repetitivo que habla de la realidad de una manera

"crítica", pero que no trasciende los marcos de los modelos económicos y políticos disciplinares y que replica la imposibilidad de los actores por buscar nuevas formas de acción.[11] Así, se practica la ciencia social como una manera cerrada y exclusiva de reconstruir la realidad y a la vez crear un discurso también cerrado como insumo para los actores sociales.

En términos crudos, se legitima la realidad desde las ciencias sociales en la medida que en la búsqueda de la racionalización, se utilizan los marcos de análisis de realidades pasadas para reinventar la acción de los grupos actuales de lo cual se benefician profundamente aquellos que no tienen nada que decir (los armados, muy seguramente). Nos acordamos aquí de aquella caricatura mordaz en la que los indígenas de cualquier sitio "primitivo" se apresuran a esconder sus aparatos eléctrodomésticos cuando ven acercarse a un antropólogo imperial. Así los actores sociales a menudo aprovechan su papel asignado por las ciencias sociales y los medios de comunicación cuando se exponen a la mirada pública. Aunque su realidad se sepa por fuera de esos papeles supuestos, los encuentran políticamente útiles y además legitimados desde el discurso violentológico.[12] De allí un lento clamor que empieza a surgir en algunos de nosotros por "desviolentologizar" los estudios sociales en Colombia.

A pesar de todo, "hoy en día, con las teorías sobre imperialismo y dependencia bajo ataque y el una vez desacreditado modelo difusionista reciclado en la forma "neoliberal" por los administradores del "nuevo orden mundial", los latinoamericanistas a lo largo de una variedad de disciplinas y una nueva generación de académicos están retando el estudio de la región introduciendo maneras innovadoras. Alejándose de las dicotomías de los modelo político-económicos que veían solamente dominación y resistencia vertical, explotadores y víctimas, los latinoamericanistas (como sus contrapartes en estudios africanos, asiáticos y europeos) están integrando análisis de género, étnico y lingüístico en sus diseños de investigación; retando las separaciones convencionales entre las esferas "pública" y la privada (y en consecuencia expandiendo las nociones de lo político); desestabilizando aquellas nociones aparentemente fijas como estado, nación, desarrollo, modernización y naturaleza" (Joseph 4).

El problema así planteado implica, especialmente para el caso colombiano, la pertinencia de un quehacer más allá de las disciplinas para lidiar con una realidad histórica particularmente compleja y expresada por fenómenos violentos de todo tipo. Los argumentos cíclicos o coyunturales que parecen informar a la politología, a la sociología, a la antropología, valga la pena incluir a la "violentología", y a las demás ciencias sociales y humanas, sugieren la necesidad de una renovación que tome en cuenta los elementos históricos y epistemológicos que explican la aparición y desarrollo de las disciplinas y las propuestas transdisciplinares que apenas

empiezan a discutirse, para acercarse a una política científica más crítica y más adecuada a la época en la que vivimos.

3. Más sobre la región

Igualmente necesario sería en el caso regional, discutir las nuevas posibilidades desde una mirada que deconstruya[13] no sólo las limitaciones del saber científico y sus riesgos sino también su expresión situada como proyecto modernizador occidental y sus implicaciones sobre la acción.

De manera general, la evolución de los estudios sociales en Latinoamérica, permite percibir continuas redefiniciones de la categoría de lo político y de lo cultural que al final se acercan de manera sugestiva a una propuesta transdiciplinaria como la discutida en la primera parte de este trabajo.

En la región, el estudio de poderosos líderes políticos marcó de manera importante y excesiva los primeros momentos de la investigación (Knight 166). Independentistas, revolucionarios, nacionalistas, insurgentes, caudillos, populistas, marxistas, liberales, conservadores y todos los demás, "grandes hombres" sacados del universo político latinoamericano.

Del primer énfasis biográfico se pasó a explicar más las situaciones en términos de los individuos y, no tanto los individuos desde de las situaciones y, sobre todo, se abandonaron los estereotipos simplistas, teleológicos y dicotómicos, para avanzar hacia un nuevo énfasis en la diversidad y la variación (168). Así, se avanzó en una mirada menos modelada y homogenizante de la región Latinoamericana y por ello se dificulta seguir tendencias grandes en un universo de diversidad y menos encontrar tendencias a generalizar acerca del mundo latinoamericano. El tema parece coincidir con aquel de las nuevas humanidades en su afán de responder a la "condición posmoderna" reivindicando los multiculturalismos, los "saberes locales" y toda suerte de diversidades glocales. El debate central puede encontrarse en el artículo seminal de Florencia Mallon (*Promise*) quien retomó la discusión promovida por Gilbert Joseph y complementada por Patricia Seed en la revista *Latin American Research Review* la cual coincidió con la creación del Grupo de Estudios Subalternos en América Latina y con las reflexiones paralelas acerca del problema de la producción posmodernista, con especial referencia a los historiadores latinoamericanistas.

En este contexto, el historiador Alan Knight identifica la aparición de dos tendencias grandes dentro del universo que él llama: de una producción fragmentada. El primero, el de lo regional/local; y, el segundo, de lo popular. Ellos han introducido una variedad de formas de lo nacional, de lo étnico de los tejidos locales y el concepto de región remplazó como énfasis al interior de nación. Uno

de los impactos más interesantes de esta producción regional ha sido generado desde los trabajos de la historia económica los cuales han avanzado más allá de los modelos de la modernización y luego del dependentismo que no había visualizado las especificidades regionales económicas que hoy dan nuevas luces sobre las tendencias y los acontecimientos políticos. Sólo faltaría un paso para llegar al influyente concepto de "diferencia colonial" que Walter Mignolo presentó en el ámbito de los estudios poscoloniales, en el cual a pesar de su avance conceptual también podría faltarle una mirada más inductiva y más histórica.

Esta mirada del "centro hacia fuera" como la llama Knight (182) ha venido siendo complementada por aquella de "abajo hacia arriba". El cuidadoso aporte de los estudiosos del conflicto rural especialmente, ha potenciado el tema no sólo de la agencia de los grupos subalternos en los procesos nacionales, sino en especial, el de las de las mediaciones culturales que explican la construcción relacional de los grupos y las clases en Latinoamérica, lo mismo que las posibilidades de su accionar político. Recuerdo rápidamente el estudio de las semánticas de la dominación (Guerrero), la inspiración en los modelos de la economía moral thompsoniana y hasta las formas de la resistencia cotidiana de James Scott, que han influido los nuevos trabajos. Todo ello nos emparenta con temas de los estudios culturales y, por qué no decirlo, también nos colocan en una posición más sofisticada frente al tema de lo político que las de muchos politólogos que siguen trabajando el tema de manera bastante convencional siguiendo la tradición disciplinar del estadocentrismo analítico. Ni hablar de las fuertes revisiones al tema de clase, cultura e identidad que los trabajos de Edward P. Thompson en Inglaterra y más recientemente Mauricio Archila para Colombia, Daniel James para Argentina y Milton Luna para Ecuador, entre otros, han planteado para el caso de países latinoamericanos.

Estas y muchas otras tendencias parecidas han creado nuevas tensiones con la tradición que explicaba la naturaleza del poder sin consideraciones de tipo cultural, rechazando a la vez las categorías marxistas ortodoxas, o mejor hobsbawnianas, de lo prepolítico y sus implicaciones eurocentristas. Se avanzó también excediendo los alcances intelectuales de las disciplinas al teorizar mucho más sobre el problema de las estructuras frente a la agencia individual, asimilando el aforismo de los estudios culturales que refiere las "estructuras subjetivadas y los sujetos estructurados" como nueva guía conceptual (Castro, *La reestructuración*).

A la síntesis entre cultura y poder, como se la venía presentando en la producción latinoamericana, se la enriqueció con aquella de cultura, poder e historia como tan lúcidamente ha planteado la antología de Dirks, Eley y Ortner. Ello conduce la atención a la relación entre textos y poder (Chakrabarty 22).

Sobre estas miradas algunos críticos afirman que las nuevas humanidades transdisciplinares con su 'sesgo lingüístico' no son más que un desdoblamiento de

las preocupaciones anteriores de la (ya vieja) nueva historia social (Weinstein 74). La nueva historia social ya predicaba, por ejemplo, la necesidad de estudiar grupos antiguamente considerados marginales (hoy dirían subalternos), e intentaban entender la formación de conciencia a través de la esfera cultural.

La aparición de una escala (micro y cotidiana) coincide con muchas de las expectativas de la localización que reclaman los estudios contemporáneos, pero sobre todo con los estudios de las ideas populares (27), legibles como estudios situados. Además, de los importantes espacios culturales de mediación que surgen del análisis de la cotidianidad politizada, estas tendencias además enfatizaron en el otro, casi anónimo y vernáculo, descentrando sin duda los temas de los estudios tradicionales de corte más estructuralista, dando respuestas más allá de las disciplinas.[14]

Ante estos desarrollos ha aparecido un reciente número de la *Hispanic American Historical Review*, en donde se planteó la "arena de la disputa" que visualiza el debate entre los nuevos estudios de la cultura en Latinoamérica que sería muy útil retomar en la discusión de la transdisciplinariedad. El debate epistemológico, se plantea allí entre un supuesto imperialismo culturalista y una posible subsunción más que un suplantamiento de los géneros tradicionales. Para algunos de los autores el punto álgido es aquel de la reificación de la cultura y la preocupación sobre el punto de si "todos los significados son posibles simultáneamente".

Si se reconoce por un lado la importancia de las categorías reapropiadas por los nuevos campos, subalternidad, espacio, hegemonía, discurso, identidad, saber-poder, etc., la tradición de las disciplinas también pide un compás de espera para probar mejor el uso de tan pertinentes marcos pero que, dada su promisoria experimentación, deben cumplir la promesas a través de sus resultados.

Y más aún, como lo propone Mallon, se quiere insistir en "los métodos de verificación que permitirán una afirmación responsable de los valores intelectuales y la utilidad de las diferentes interpretaciones" (*Time* 207). Una llamada prudente sería por una apertura hacia los nuevos campos transdisciplinares, pero siempre valorando las tradiciones disciplinares, exigiendo el cumplimiento de las promesas en la nueva producción y, sobre todo, reconociendo las limitaciones de los nuevos planteamientos que se adoptan.

Igualmente intenso ha sido el aporte del poscolonialismo como una tendencia intelectual que surge de académicos del Tercer Mundo que se halla en las universidades del Primer Mundo y comienzan a dar cuenta de su posición de subalternidad. A diferencia de los académicos de los años sesenta y setenta —quienes referían el tema del colonialismo en torno al estado metropolitano y al estado nacional-popular, dentro de la dualidad imperialismo, explotación versus liberación, descolonización—, estos nuevos intelectuales revisan el papel de las narrativas anticolonialistas y tercermundistas que pretendían un rescate de la au-

tenticidad cultural de los pueblos colonizados impugnando al colonizador utilizando su misma "gramática" (Castro y Mendieta 1). Los poscolonialistas no reclaman un ámbito de exterioridad frente a occidente, de lo que se trata más bien es, como lo señala la famosa Gayatri Chakravorty Spivak, de jugar limpio; de poner las cartas sobre la mesa y descubrir qué es lo que se quiere lograr políticamente con una determinada interpretación incluyendo la "latinoamericanista" (Spivak citada por Castro y Mendieta 19).

Para retar la mirada desde afuera y desde adentro, a la vez, en referencia a los temas académicos, es útil discutir el ejemplo de los estudios de área que tradicionalmente conectan a los circuitos académicos del Norte y del Sur. No debemos olvidar que, como lo recuerda Vicente Rafael, "desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, los estudios de área han estado integrados en marcos institucionales más amplios, que van desde las universidades a las fundaciones, y que han hecho posible la reproducción de un estilo de conocimiento norteamericano orientado simultáneamente hacia la proliferación y el control de orientalismos, y a críticas a los orientalismos." Como lo afirma Alberto Moreiras, "tal proyecto siguió una lógica integracionista en la que "la función conservadora" de los estudios de área, esto es, segregar diferencias, se hizo coincidir con su 'función progresista', de sistematizar la relación entre diferencias dentro de un conjunto flexible de prácticas disciplinarias bajo la supervisión de expertos vinculados entre sí por su búsqueda común de conocimiento total. De esa forma, un proyecto secretamente imperial vino a unirse al proyecto epistémico de superficie: "el estudio disciplinado de los otros funciona en última instancia para mantener un orden nacional pensado como correlato del orden global" (60). Desde la invención de los *Area Studies*, las regiones como Latinoamérica dejaron de ser así el lugar donde se producen teorías, para continuar siendo el lugar que se estudia (Mignolo 31). Sin embargo, el desplazamiento de las fronteras de Latinoamérica hacia el norte y hacia adentro del norte, amenaza sin duda la práctica tradicional de los estudios de área tan asimilados en nuestro medio (estudios latinoamericanos) y una de sus manifestaciones más interesantes es el surgimiento del movimiento académico de los estudios subalternos.

Los estudios subalternos, corolario de la crítica poscolonialista, comenzaron con estudios específicos de la historia de Asia del Sur, y se han expandido desarrollando de manera más explícita sus compromisos con problemas contemporáneos y con formaciones teóricas (Amin y Chakrabarty). A la vez, se consolidó un grupo latinoamericano de Estudios Subalternos el cual generó una crítica interna al latinoamericanismo, a pesar de las voces que designan tal actitud crítica, sólo para los legados culturales de las ex colonias británicas (Klor de Alva y Adorno, citados por Castro y Mendieta 21). La crítica se orienta contra la concepción de: Occidente como sí mismo, y el resto del planeta como la otredad.

El trabajo del poscolonialismo y la subalternidad en Latinoamérica se plantea, recientemente, dos vertientes. Una sería la deconstrucción de las imágenes coloniales de América Latina que circulan en los aparatos académicos del Primer Mundo (Walter Mignolo, Alberto Moreiras, John Beverley, Fernando Coronil); la segunda vertiente intenta hacer lo mismo con las imágenes de Latinoamérica, que también se generan allí (Santiago Castro, Erna von der Walde), (Castro y Mendieta 8).

Llama mucho la atención que no se trata de nuevo de generar un contradiscurso sino uno que tenga un propósito desidentificatorio, que dé un viraje drástico y comience la laboriosa construcción de un nuevo léxico y unas nuevas gramáticas (Norma Alarcón citada por Mignolo 55).

Las posiciones poscolonialistas (o mejor, posoccidentalistas, como las llama Walter Mignolo) que tanto auge tienen en las generaciones de estudiantes doctorales de los países 'tercermundistas'. Buscan ya no negar la modernidad y la ciencia —como temen muchas de las críticas ligeras que se hacen a las nuevas tendencias—, sino, entenderlas dentro de contextos coloniales en los cuales la subalternidad debe entender su propio discurso, no separado, sino como parte del discurso colonial. Así, la necesidad de los sociólogos latinoamericanos de las décadas pasadas, por construir una 'ciencia propia', darían paso por descubrir las características propias de la articulación a lo colonial, no como negación sino como parte integral de la misma colonialidad.

4. Reflexiones finales

Desde el punto de vista de quiénes producen estas ciencias sociales, la academia colombiana de los últimos diez años se ha dividido, con mayor claridad cada vez, entre dos grupos visibles: los profesores pragmáticos típicos de la cultura clásica academia colombiana, caracterizados por una importante práctica circunscrita a problemas locales a partir de modelos clásicos y sin acceso a la literatura comparada, en idiomas diferentes al español; y, por otro lado, los grupos de jóvenes profesionales que con importantes tendencias tecnocráticas han realizado estudios doctorales en universidades extranjeras y que han empezado a ocupar cargos en las universidades, en el Estado y en la sociedad en general.

Este choque de generaciones dio paso a una creciente tendencia que reconoce las nuevas condiciones del conocimiento y que chocan con las estructuras tradicionales de la universidad. Como consecuencia, se generó un lenguaje perfectamente dual. En varias universidades colombianas, por ejemplo, sus líneas reformadoras imponen el criterio de la interdisciplinariedad y aún de la transdisciplinariedad, como primer paso, mientras toda la estructura académica y financiera se mantiene y resiste cualquier propuesta seria de flexibilidad dada la rigidez disciplinar defendida políticamente por los beneficiarios de dicha estructura institucional.

En términos pedagógicos es interesante ver una expresión de dicha dualidad al observar los importantes desarrollos acerca de la enseñanza de las disciplinas que asumen de manera acrítica la existencia de estas mismas. Así uno encuentra no sólo importantes estudios que legitiman esta aproximación sino la creación misma de programas universitarios dedicados a reproducir estas subdisciplinas (enseñanza de la historia, enseñanza de la matemática, etc.). Esto sin mencionar el problema más global del diseño de currículos académicos disciplinares, que informa no sólo a la universidad colombiana sino a todo el sistema educativo.

Adicionalmente, la transmisión del conocimiento occidental que se realiza en los centros hegemónicos del norte a menudo a través de conferencias-discursos y libros, se sigue realizando en nuestros países comúnmente a través de textos que apenas resumen las propuestas de los campos disciplinares. Como el diálogo con los autores de los libros no estaba al alcance de los estudiantes, éste se suplantó por "un néctar sintético, un texto que resumía las descripciones, llenando el espacio de la disciplina; y, por supuesto, conciliando las fuerzas que dirigían tanto el bien como el poder" (Ver Banerjee 301).

El tipo de relación entre las estructuras tradicionales universitarias y el conocimiento adolece de problemas regionales importantes. En primer lugar la adopción de modelos de interpretación clásicos, aparentemente coincidentes con los problemas típicos de las sociedades de la región, permitió la penetración radical de modelos macroteóricos, que difícilmente han podido desprenderse de los colectivos sociales o, por lo menos, de algunos grupos políticos con mucha influencia hoy.

Para terminar con esta exploración, en el caso colombiano las transformaciones del quehacer científico se plantean en medio de una fuerte tradición disciplinar anclada en las miradas positivas y modernizantes de la ciencia y asociada a concepciones conservadoras del desarrollo, tanto de derecha como de izquierda.

Así, entre una violentología incestuosa, una ciencia tecnocratizada alimentada por el *boom* de los doctores, una pragmática conservadora dedicada a reproducir modelos aparentemente agotados, y un activismo que exalta la praxis sin reflexión, el problema de la fundamentación del conocimiento ha tenido relativamente poco espacio en las instituciones universitarias colombianas.

Si el análisis del saber-poder para otras regiones del mundo presenta una cierta claridad, a pesar de su complejidad, en Colombia la ausencia de proyectos políticos coherentes produce que la Universidad se desarrolle entre una inercia donde las pequeñas luchas de poder se realizan por el posicionamiento, sin que se conozca cuál será la práctica social efectiva de dicho posicionamiento.

En la medida en que se reconoce el ámbito colonial en el que se genera el pensamiento universalista, y en la medida en que se evidencian las peculiaridades de su lectura a la luz de las teorías poscoloniales, es posible emprender una revi-

sión instrumental de la ciencia que pueda adecuarse a los intereses políticos que su condición saber-poder genera. En otras palabras, una labor de reconstitución disciplinar es una tarea política cuyos parámetros de poder están interpretados a la luz de las condiciones del mundo glocal, lo cual exige a cada uno de sus supuestos ontológicos y epistemológicos una revisión precisa a la luz de sus intencionalidades.

No se trata de desechar la búsqueda de las regularidades, desde sus matices hermenéuticos en el ámbito de la individualidad, sino más bien: de encontrar un camino intermedio en el cual la continuidad del conocimiento científico incluya el tema de la diversidad, de la mirada regional a lo pertinente en el universo de las regularidades, del complemento entre la actividad nomotética y la ideográfica seguramente a partir de espacios disciplinares más flexibles, más holísticos y por supuesto más politizados.

Hasta aquí se han desarrollado dos puntos. El primero cómo en el mundo la evolución de las ciencias ha llevado al desarrollo de etapas que parten de la disciplinariedad y llega a la transdisciplinariedad pasando por la inter y la multidisciplinariedad. El punto de llegada es una propuesta radical que en algunas versiones de transdisciplinariedad propone una nueva forma, ya no sólo de conocer sino de ser. En la segunda parte se visualizó, más con un carácter historiográfico, un camino para leer de una manera particular cuál ha sido la evolución general de las tendencias en las ciencias sociales en Latinoamérica, las cuáles podrían llevar a la formulación de campos más allá de las disciplinas.

La pregunta central que surge es entonces si los nuevos campos de los estudios culturales, de los ambientales, de los subalternos, de los poscoloniales, con su explícita agenda política, no son más que versiones contestatarias del conocimiento como una reacción ante la evidencia de los procesos de colonización-descolonización y con referencia central al pensamiento posestructuralista (el saber-poder, la deconstrucción, el conocimiento situado) y aún del posmodernismo (la fragmentación, la performatividad, la discursividad). Pero este esfuerzo colectivo por generar un conocimiento politizado, situado y altamente integral, no necesariamente coincide con una propuesta transdisciplinar que responda a una nueva visión del mundo, a un nuevo humanismo. Más bien la discusión de las nuevas tendencias de las ciencias en Latinoamérica parecen hacernos seguir el camino deconstructivo de la política del saber, desarrollar nuevas genealogías, retar la propuesta occidental y la identidad telúrica, pero ello no necesariamente supera la etapa de la racionalidad práxica para llevarnos al holismo que como nueva utopía nos propone la idea transdisciplinaria.

La sugerencia que queda, entonces es avanzar desde una etapa epistemológica de la era poslatinoamericana, donde los estudios poscoloniales y culturales reinan, para avanzar en la propuesta ética de la transdiciplinariedad, la cual nos proyectaría más allá: hacia una total rehumanización de las prácticas del conocimiento.

Notas

[1] Definen los mismos autores que la globalización no es un proceso abstracto, sino que se encuentra siempre localizado; es decir, que no existe ni puede existir con independencia de lo local. Así, la glocalización es un proceso asimétrico de interacción entre lo local y lo global.

[2] Aunque los sociólogos e historiadores de la ciencia nos han recordado una y otra vez cómo la ciencia y las disciplinas no son cosas, sino procesos abiertos y que en la práctica de una "buena ciencia", las fronteras disciplinares no parecen haber sido más que las excusas institucionales y gremiales para tener una puerta de entrada a una práctica que las supera en su pretensión fundacional, me referiré aquí a aquellos espacios acríticos del ejercicio de la ciencia, que pueden entenderse como los de la disciplinariedad cerrada y neopositivista, que todavía se reproduce con pretensiones hegemónicas, en especial a través del sistema educativo.

[3] Financiada por la Fundación Calouste Gulbenkian, esta comisión reunió a seis especialistas de las ciencias sociales: dos de ciencias naturales y dos de humanidades. Ellos fueron: Immanuel Wallerstein, Calestous Juma, Evelyn Fox Keller, Jürgen Kocka, Dominique Lecourt, V.Y. Mudimbe, Kinhide Mushakoji, Ilya Prigogine, Peter J. Taylor y Michel-Rolph Trouillot.

[4] Este texto se refiere aquí dada su amplia difusión y su estilo pedagógico, pero muchos desarrollos paralelos dan cuenta de esta perspectiva. Ver, por ejemplo, la obra de Bruno Latour.

[5] Unos buenos ejemplos serían: los trabajos de críticos de Carlos Reynoso (Apogeo); el ya clásico debate planteado por Keith Windschuttle (*The Killing*); el texto de Timothy Bewes (*Cynism*) y, aún el más liviano pero agresivo libro de Alan Sokal y Jean Bricmont (Imposturas).

[6] No confundir con el lenguaje de Francis Fukuyama pues aquí me refiero exclusivamente a la discusión sobre la crisis de las propuestas fragmentadoras y no al supuesto carácter evolutivo del conocimiento.

[7] Beverley (Write), citado por Richard 122.

[8] Acerca de la complejidad de estas nuevas problemáticas, en referencia a América Latina. Ver Castro y Mendieta.

[9] El primero, con sus propuestas de la Investigación-acción; el segundo, desde reflexiones acerca de su trabajo con desplazados de la violencia; el tercero, desde posiciones orientalistas muy influenciadas por la obra de Krishnamurti.

[10] Ver el libro de Consuelo Ahumada.

[11] Ver los artículos de Echeverri y Villaveces.

[12] Esta tendencia se observa, por ejemplo, en el ascenso de los movimientos cívicos el cual es interferido desde 1984 "por la penetración de algunas organizaciones sumidas en crisis ideológica y política que, sin haberla resuelto, buscan en ellos su lugar de reproducción cuantitativa" (Restrepo).

[13] La deconstrucción no es antagónica a la construcción o a la reconstrucción como algunos argumentos dicotómicos han querido mostrar por ejemplo en Langebaek 51.

[14] Archila preferirá referirse no a estudios culturales, sino al postmodernismo.

Obras citadas

Ahumada, Consuelo. *El modelo neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana*. Bogotá: Ancora Editores, 1998.

Amin, Shahid y Dipesh Chakrabarty, eds. *Subaltern Studies IX. Writings on South Asian History and Society*. New Delhi: Oxford Indian Paperbacks, 1997.

Archila, Mauricio. "¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) Historia Cultural." *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26 (1999): 249-85.

Banerjee, Parthasarathi. "The Disciplinary Triplet of "Social Sciences. An Indian Response." *Review*, Fernand Braudel Center, XXI: 3 (1998): 253-326.

Bernstein, Richard. The New Constellation: The Ethical-Political Horizons of Modernity/Posmodernityt. Cambridge: Polity Press, 1992.

Bewes, Timothy. *Cynism and Posmodernity*. London: Verso, 1997.

Bourguignon, André. "De la pluridisciplinarité à la transdisciplinarité." *Congrès de Locarno*. Centre International de Recherches et Études Transdisciplinaires, 1997. http://perso.club-internet.fr/nicol/ciret/

Burnett, Ron. "Disciplines in Crisis: Transdisciplinary Approaches in the Arts, Humanities and Sciences." http://perso.club-internet.fr/nicol/ciret/

Bunge, Mario. *Las ciencias sociales en discusión: una perspectiva filosófica*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

Capra, Fritjof. *The Web of Life*. New York: Doubleday, 1996.

Castro-Gómez, Santiago. "Apogeo y decadencia de la teoríatradicional. Una visión desde los intersticios." Ponencia presentada I Encuentro Internacional sobre estudios culturales Latinoamericanos: Retos desde y sobre la Región Andina. Quito: 2001.

—, ed. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*. Bogotá: CEJA: Pensar, 2000.

—, y Eduardo Mendieta, ed. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, Poscolonialidad y Globalización en Debate*. México: Porrúa y University of San Francisco, 1998.

Chakrabarty, Dipesh. "Subaltern Studies and Postcolonial Historiography." *Nepantla: Views from South* 1:1. 2000.

"Declaración Transdisciplinaria." *Primer Congreso Mundial sobre Transdisciplinariedad*. http://sagi.uvc.edu.ve/ucv/proyectos/declaracion.html

Dirks, Nicholas B., Geoff Eley y Sherry B. Ortner, eds. *Culture/Power/History. A Reader in Contemporary Social Theory*. Princeton: Princeton University Press, 1994.

Dogan, Mattei. "¿Interdisciplinas?" *http://www.uyweb.com.uy/relaciones/9706/interdisciplinas.html*

Echeverri, Marcela. "Historia de las ciencias sociales en Colombia: Un proyecto crítico." *Colombia Ciencia y Tecnología* 19:4 (2001): 9-23.

Fals Borda, Orlando. "Una Perspectiva para las Ciencias Sociales del Tercer Mundo." *Comercio Exterior*, México, 30: 7. (1980): 671-674.

Follari, Roberto. *Modernidad y posmodernidad. Una óptica desde América Latina*. Buenos Aires: REI, 1992.

Foucault, Michel. *The Archaelogy of Knowledge and the Discourse on Language*. New York: Phanteo, 1972.

Fukuyama, Francis. *La fin de l'histoire et le dernier homme*. París: Flammarion, 1992.

Gibbons, Michael, *et. al*, *The New Production of Knowledge: The Dynamics of Science and Research in Contemporary Societies*. Sage: London, 1994.

Giddens, Anthony. "Classical Social Theory and the Origins of Modern Sociology." *American Journal of Sociology* 81 (1996): 703-29.

Grimshaw, Anna y Keith Hart. "The Rise and Fall of Scientific Ethnography." Akbar Ahmed y Cris N. Shore, Eds. *The Future of Anthropology. Its Relevance to the Contemporary World*. London: Athlone Press, 1995.

Grosfoguel Ramón. "From Cepalismo to Neoliberalism. A World-Systems Approach to Conceptual Shifts in Latin America". *Review. Fernand Braudel Center* 19:2 (1996): 131-54.

Guattari, Félix. *Las Tres Ecologías*. Valencia: Pre-Textos, 1996.

Guerrero, Andrés, *La semántica de la dominación: el concertaje de indios*. Quito: Ediciones Libri Mundi, 1991.

Habermas, Jürgen. *Las Ciencias Sociales*. Barcelona: Tecnos, 1987.

Joseph, Gilbert M. "Close Encounters. Toward a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations." Joseph *et. al. Close Encounters of Empire*. Durham: Duke University Press, 1998. 3-46.

Klein, Julie Thompson. "Notes Toward a Social Epistemology of Transdisciplinarity." *First World Congress on Transdisciplinarity* Convento da Arrábida. Portugal: 1994.

Khun,Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

Lander, Edgardo. "Movimientos sociales, subalternidad e identidades." *I Encuentro sobre Estudios Culturales. Retos desde y sobre la región Andina*, Universidad Andina Simón Bolívar. Quito: 2001.

Langebaek, Carl Henry. "Antropología colombiana: Nuevos retos." Francisco Leal y Germán Rey, eds.. *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 2000. 45-52.

Latour, Bruno. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa, 2001.

Leal, Francisco y Germán Rey, eds. *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 2000.

Mallon, Florencia. "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History." *The American Historical Review* 99:5 (1994): 1491-515.

—. "Time on the Wheel: Cycles of Revisionism and the "New Cultural History." *The Hispanic American Historical Review*, 79:2. (1999): 331-5.

Melo, Jorge Orlando. "Medio siglo de historia colombiana." *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 2000; 153-177.

Mignolo, Walter. "Posoccidentalismo: El Argumento desde América Latina" Santiago Castro y Eduardo Mendieta, coord. *Teorías sin Disciplina. Latinoamericanismo, Poscolonialidad y Globalización en Debate*. México: Porrúa y University of San Francisco, 1998. 31-58.

Moreiras, Alberto. "Fragmentos globales: Latinoamericanismo de segundo orden." Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, eds. *Teorías sin Disciplina. Latinoamericanismo, Poscolonialidad y Globalización en Debate*. México: Porrúa y University of San Francisco, 1998. 59-84.

OCDE, *Interdisciplinary Problems of Teaching and Reseach in Universities*. París: OCDE, 1972.

Pérez, María. "La Paradoja de un Paradigma: Pensando la Semiótica." *Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica, 67. 1995. 7-14.

Piaget, Jean. "Le système et la classification des sciences." *Logique et connaissance scientifique*. París: Gallimard, 1967. 1151-224.

Restrepo, Luis Alberto. "Movimientos cívicos en la década de los ochentas." *Al filo del caos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990.

Reynoso, Carlos. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*. Barcelona: Gedisa, 2000.

—, ed. *El Surgimiento de la Antropología Posmoderna*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1992.

Richard, Nelly. "Antidisciplina, transdisciplina y redisciplinamientos del saber." *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes/Fundación Social (1998): 118-23.

Rojas, Fernando. "Political Transition in Latin America: The Unchallenged Imposition of formal Democracy in CEDLA." *Eight Essays on The Crisis of Development in Latin America*. Amsterdam: CEDLA, 1991. 110-9.

Scott, James, *Weapons of the Weak*. New Haven: Yale university Press, 1986.

Sills, David L. "A note on the origine of Interdisciplinarity." *ITEM*. Social Science Research Council. 1986.

Sokal, Alan y Jean Bricmont. *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós, 1999.

Sosa Elízaga, Raquel. "Social Sciences in Latin America. From the Neoliberal Deluge to the End of the Century." *Review* Fernand Braudel Center, XX: 2 (1997): 175-86.

Special Issue. Confronting Theory and Practice. *Latin American Perspectives* 2:1 (1975).

Stone, Lawrence. "History and the Social Sciences in the Twentieth Century." *The Future of History*. Nashville: Vanderbilt University Press, 1977. 3-42.

Tedesco, Juan Carlos. "Universidad y Clases Sociales: El Caso Argentino." *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, 3:2. (1972): 197-227.

—. *The Hispanic American Historical Review* 79:2 (1999): 203-9.

Thompson, Edward. "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century." *Past and Present* 50. 1971. 76-136.

Villaveces, Santiago. "Entre pliegues de ruinas y esperanzas. Viñetas sobre los estudios de violencia en el IEPRI." *Análisis Político* 34 (1998): 89-114.

Wallerstein, Immanuel, *et. al. Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*. Stanford: Stanford University Press. 1996.

Weinstein, Barbara. "La investigación sobre identidad y ciudadanía en Estados Unidos: de la nueva historia social a la nueva historia cultural." *Fronteras de la historia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Icanh, 5 (2000): 73-91.

Windschuttle, Keith, *TheKilling of History: How Literary Critics and Social Theorists are Murdering our Past*. New York: The Free Press, 1997.



Problematizar la interdisciplina: sobre la tentación totalizante

Roberto A. Follari [1]

---

[1] Doctor en Psicología y profesor titular e investigador en Epistemología de las Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, República Argentina).

Es reconocido el peso actual de la promesa interdisciplinar pues ella aparece como la posibilidad que puede superar las limitaciones de las disciplinas en su separación. Es difícil determinar cuánto de lo que hoy no se ha logrado en las ciencias, obedece a las imposibilidades del conocimiento, según las actuales condiciones de acumulación cognitiva previa y de instrumental disponible, y cuánto dependería de la organización "por separado" del trabajo entre las disciplinas. Ello lleva a suponer *in toto* que los problemas dependen de la organización "separatista" de la actividad científica y que podrían superarse si se buscara la asociación sistemática entre diversas disciplinas. Esto no deja de ser un tanto ilusorio, puesto que se consideraría lo interdisciplinar como caracterizado por una cierta completud y logro (que aparece en oposición a la carencia y a las limitaciones vividas en el presente).

Es frecuente que lo interdisciplinar aparezca como promesa de totalización; exactamente en sentido inverso a la carencia que el psicoanálisis patentiza en la castración: conocimiento completo, sutura de las grietas entre los diferentes saberes específicos, unificación sintetizante de lo diverso. Apelamos aquí a nociones lacanianas sobre el yo como espacio de reconocimiento/desconocimiento narcisista en relación con el sujeto, su verdad inconsciente y su división, para aplicarlos analógicamente a la manera de imaginarizar la interdisciplina.[1]

Esta pretensión totalizante —propia de la modernidad— ha caído en desuso en tiempos posmodernos, pero no por ello deja de tener defensores, particularmente en Argentina donde aún se supone que la epistemología posee un papel regulador como juez externo de las ciencias. Así, hay quienes creen que se debe interrogar a lo epistemológico sobre la pertinencia de la operación interdisciplinar, habida cuenta de las dificultades concretas que aparecen cuando se sale de las fantasías para intentar prácticas de investigación o de acción profesional en común.

La apelación a lo epistemológico se hace necesaria como reflexión metódica y sistemática, necesariamente situada sobre la contingencialidad, que define a sus objetos de análisis por un lado (el desarrollo de las ciencias diversificadas); y, por otro, a los criterios que respecto a ellos se construyen. Pero se podría carecer de dicha reflexión si se piensa en ese saber como espacio de fundación apriorístico, que dice lo verdadero sobre lo verdadero. Estos criterios, además, son externos a tales desarrollos y no simplemente derivables de éstos de manera apodíctica, aunque sin duda se establecen cada vez más en relación con ellos, con la obligación de dar cuenta de sus características cambiantes.

Haciendo esta apelación, puede advertirse con claridad lo que hemos desarrollado en otro contexto (Follari): la especificidad disciplinar del conocimiento fue un logro histórico del que sería tan absurdo como imposible volver. La "totalidad del conocimiento" unificado estuvo sólo dada en la versión medieval de la filosofía escolástica, o en una racionalización generalizada y asfixiante como la de la filosofía hegeliana. No ha habido nunca ciencias unificadas, de modo que la idea de "volver" —la nostalgia del paraíso perdido tan interpretable psicoanalíticamente— encubre el querer volver a donde nunca se pudo haber estado.

Por otro lado, la epistemología de Bachelard muestra con precisión cómo los objetos de la ciencia son construidos e implican perspectivas y lecturas sobre la realidad, sin que dicha realidad las tenga demarcadas de suyo. De manera que los límites entre tales objetos no tienen la continuidad que poseen aquellos límites que uno puede demarcar empíricamente. Una ciencia no empieza donde termina la otra; y, por ello, sus mutuos acercamientos propondrían traslapamientos, contradicciones y bordes borrosos. De ninguna manera encontraríamos la forma de un rompecabezas, donde las disciplinas que han construido diferenciales historias, vinieran a coincidir tranquilizadoramente en una armónica y precisable *Gestalt*.

La interdisciplina no puede seguir los cánones positivistas de la "Enciclopedia de la ciencia unificada" que proponía el Círculo de Viena, o de esa quimera denominada "método científico", que supone las características de los procedimientos de investigación como ajenas al objeto específico investigado. Tampoco prescripciones como las de Jean Piaget, un autor a quien frecuentemente se apeló para "oficializar" lo interdisciplinar, a partir de un supuesto isomorfismo entre las es-

tructuras subyacentes a todos los objetos, por 'debajo' de su reconocida disimilitud empírica (153-71). Cualquiera de estas posiciones asume una defensa metafísica del Uno y pretende exorcizar un cúmulo muy diferenciado de teorías, métodos y técnicas, en la apelación a la homogeneidad.

No puede haber conocimiento interdisciplinar, como 'superación' de lo disciplinar, es decir que tienda a borrar a éste como si estuviera estipulado por una artificiosa división sobre la supuestamente necesaria 'unidad de lo real'. No se trata de terminar con enojosas divisiones, sino de —una vez advertida la necesidad de éstas— establecer nexos, conexiones, articulaciones posibles entre los discursos de las diferentes disciplinas, reconocidos en su previa especificidad.

Sólo a partir de tal reconocimiento de la diferencialidad de métodos y objetos, puede evitarse la tendencia a *un conocimiento* que en su pretensión omnímoda, no podría ser otra cosa que una mezcla analíticamente indiscernible de perspectivas y niveles de análisis, que requieren ser discriminados.

Esto nos permite pensar lo interdisciplinar en el reconocimiento de la diferencia, un tema de la época tan destacado como pocos (en obras de: Michel Foucault, Gianni Vattimo, Jacques Derrida), y también de la desfundamentación, ambas ideas-fuerza primero del posestructuralismo, y luego del posmodernismo. Así, puede pensarse en acercamientos tentativos, fragmentarios y sobre todo reversibles, es decir, pensados como 'operaciones' concretas que no responden a alguna necesidad temática o metodológica intrínseca, sino más bien a una voluntad que propone, a partir de su interés específico, los criterios desde los cuales la conexión interdisciplinar se hace posible. Sobre la cuestión del interés en el conocimiento fue Nietzsche quien la hizo patente, y Habermas la retomó en una perspectiva más afín al racionalismo.

Desde esta contingencialidad lo interdisciplinar aparece ya no sólo como autorizable, sino también como deseable y necesario. Sin duda que en las aristas más avanzadas de lo científico, las barreras entre las disciplinas se hacen más borrosas (como entre la astronomía y la macrofísica actuales), y que la fecundación mutua que puede surgir de los diferentes modelos, objetos y modalidades de explicación, es ciertamente indeterminable 'a priori', pero sumamente prometedora.

Resulta elocuente el caso del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, Estados Unidos, donde trabajaron figuras mundialmente famosas en diversas disciplinas: Einstein, Gödel, Oppenheimer, Panofsky, Geertz, Mandelbrot, von Neumann, entre muchos otros. Varios analistas como E. Regis, lamentan el hecho de que los mentores de cada disciplina sólo se reunieran entre ellos mismos, lo cual impidió un intercambio que hubiera dado lugar a resultados insospechados, debido a la calidad de sus participantes. Sin duda, en campos aplicados (proyectos en salud pública, ecodesarrollo, planificación territorial, etc.), y en aquellos

que son de alta excelencia desde el punto de vista teórico, la interdisciplina muestra su clara pertinencia.

Es decir, que funciona siempre que se tomen en cuenta los recaudos necesarios y se evite esa ingenuidad epistémica que asume la interdisciplina como talismán. Así, cabe intentar caminos cuyos derroteros son poco determinables de entrada, pero que pueden conducir a aplicaciones sociales eficaces en situaciones sistémicas complejas. También puede arribarse a hipótesis teóricas aventuradas y nuevas, e incluso en algunos casos parcialmente integradoras de campos diferenciales.

Lo anterior lo he desarrollado en trabajos previos. Sin embargo, una dimensión que he explorado en menor medida es la relativa al papel jugado por la interdisciplina en relación con el poder académico. Si bien en esos trabajos he discutido cómo lo interdisciplinar jugó un importante papel dentro de las innovaciones propias de los procesos de modernización universitaria (como el que vivió Argentina en los años noventa), en cambio no he hecho relación al poder académico como tal, y al modo en cómo este es afectado, preocupación que se liga con la cuestión de las formas de organización administrativa de las respectivas plantas de docentes e investigadores.

Vamos a desarrollar sumariamente algunas consideraciones al respecto, con la finalidad de desmitificar algunos "lugares comunes" en los que se suele asentar la apelación a lo interdisciplinario. Por una parte, se alude a la tecnocracia que dirige y gestiona los procesos de investigación, cuyos personeros lo hacen de una manera cada vez más proclive a los controles y regulaciones (a menudo ficticios en la información que recaban, pero efectivos en la amenaza que conllevan); y, por la otra, a lo que parece ser su cara opuesta, es decir, algunos puntos de vista sostenidos por los académicos de las ciencias sociales en nombre de la mayor democracia y participación. Lo curioso es que ambos enfoques se argumentan de manera independiente y diferencial entre sí, pero coinciden en los hechos respecto de una defensa poco cautelosa e insuficientemente mediada del acercamiento entre disciplinas; fenómeno que ya estuvo dado en los comienzos de la ola interdisciplinar, según constatáramos a fines de los años setenta (*interdisciplinariedad*).

Los motivos concretos han cambiado, pero la equívoca "unidad de los contrarios" (para nada sanamente dialéctica) se vuelve a verificar en la actualidad.

En cuanto a las políticas universitarias, a menudo aparece que se otorga puntaje adicional a un proyecto si éste se presenta como interdisciplinario, o si está trabajado por investigadores que provienen de ciencias diferentes. Esto sucede así, según nos consta, en la Universidad Nacional de Cuyo o en la Universidad Nacional de Río Cuarto, ambas en Argentina (Montenegro y Konkurat); y lo hemos apreciado también en algunos formularios de la recientemente fundada Agencia Nacional de Ciencia y Tecnología en el mismo país.

Al respecto cabría simplemente advertir que la tecnocracia —habitualmente no sólo ignorante de lo epistemológico, sino renuente a todo principio orientador que no sea el del rendimiento— no advierte el elemental puente que liga las metodologías con las temáticas de análisis. Es tan malo trabajar disciplinariamente un tema que exija la combinación de disciplinas, como pretender estudiar interdisciplinariamente lo que requiere una aproximación disciplinar. Es un error presuponer como un beneficio el apelar a la interdisciplina y que ello es favorable siempre, al margen del tema del cual se trate. Esto implica un simplismo de miras impropio de los niveles que corresponden a la Universidad, lo cual lleva a un resultado —no está de más anotarlo— que suele ser paradójico: si se obtiene más puntaje proponiendo los proyectos como interdisciplinares (lo cual significa más posibilidad de ser financiado, y a menudo de ser financiado con más), se obtienen 'desfiguraciones' de lo genuino de los proyectos presentados, con el fin de hacerlos parecer a lo que la tecnocracia exige.

Finjamos ser interdisciplinares, o inventemos temas para los cuales, aunque no estemos capacitados, se nos ofrece mejor apoyo económico. A malos formularios, sólo puede haber pésimas respuestas, como lo demuestran a diario las insólitas requisitorias a que se somete a los investigadores incluidos en el Programa Nacional de Incentivos a la Investigación (como el porcentaje exacto de tiempo dedicado a investigación y a la docencia, algo que se parece —tanto por su escasa pertinencia como por su indeterminabilidad— a preguntas como cuántos pasos da usted cada mañana para llegar a su trabajo, o cuántas parpadea en el día) (Di Trocchio).

Este tipo de auge de lo interdisciplinar, se da dentro de la tendencia a que lo aplicado predomine sobre lo básico y, por supuesto, a que las ingenierías se impongan sobre las ciencias sociales y —más aún— a las humanidades. Para la fiebre pragmática que pone todo al servicio de 'la producción' (muy a menudo, al servicio de los propietarios de los medios de producción), el pensamiento no es útil y la ciencia es una rémora cuando no se pone a disposición de la aplicación tecnológica inmediata.

Dentro de este auge ligado a los tiempos de la performatividad generalizada (Lyotard), el pensamiento unidimensional se impone en el sentido que la Escuela de Frankfort criticó ya hace varias décadas: predominancia del utilitarismo, como negación de la crítica y abandono de los recaudos conceptuales. Es a partir de esta condición que inunda la administración de la ciencia en Argentina —y por cierto en toda Latinoamérica—, que esa noción 'ingenua' sobre la superioridad congénita de lo interdisciplinar puede fructificar. Si hay interdisciplina, la investigación es mejor; si se aplica a la producción mucho mejor; y, así sucesivamente. Todo ello en contra de la experiencia hecha por los centros científicos de más alto nivel internacional, los cuales se han basado en la libre elección de temas, teorías y métodos, y en permitir a los investigadores la mayor lejanía de las preocupaciones inmediatas (como lo

muestra Regis para el caso de Princeton), con lo cual se han posibilitado los más altos logros teóricos. Logros que, por cierto, han conllevado *"a posteriori"* en muchas ocasiones, fuertes y diversificadas aplicaciones tecnológicas, las cuales a menudo no resultaban previsibles en el proceso de la investigación realizada.

Vayamos ahora al tema del campo académico y la interdisciplina. Desde allí se han alzado voces que identifican la tarea interdisciplinar con la superación de barreras organizativas (por ejemplo, departamentales), de modo que la perciben como intrínsecamente tendiente a la licuación de poderes establecidos, portadora de la eficacia necesaria para superar diques institucionales reductivos y esclerosantes. En esta dirección, nos hemos encontrado además con posiciones ligadas a fuertes prestigios académicos en los ámbitos de las ciencias sociales y las humanidades: la deconstrucción de Derrida (tan bien recibida en Estados Unidos, con algunas ramificaciones hacia Latinoamérica), y los denominados 'estudios culturales', surgidos en los países sajones, cuya posterior versión latinoamericana goza de mucha escucha en ámbitos como la comunicología, la antropología y la teoría literaria.

Aquí no se trata ya de la voz oficial y tecnocrática, sino de la de los académicos mismos, aquellos que suelen enfrentar a la tecnocracia; o, al menos, que argumentan de manera absolutamente diversa de aquella. De modo disímil y que no es pertinente detallar aquí, deconstruccionismo y estudios culturales aparecen como reivindicadores de la diferencia, contrarios a la totalización abstracta, ajenos a la lógica homogeneizante que es propia del poder.

Sin embargo, estudiada en detalle la cuestión aparece menos unilateral. Dentro de una apología generalizada de la deconstrucción (es decir, de su propia obra) por parte de Derrida —apología que peca precisamente por ser absolutizante y poco deconstructiva—, asistimos a las relaciones conflictivas que él explícitamente establece entre los departamentos académicos y su personal metodología:

> Los discursos deconstructivos han cuestionado suficientemente... sus aspectos *académicos* (en el sentido de "profesionalización": no en vano la deconstrucción ha acompañado a una transformación crítica en las condiciones de ingreso en las profesiones académicas desde los 60 hasta los 80) y también en el sentido de la "división del trabajo" entre departamentos, una división cuya arquitectura clásica se ha cuestionado; pues la deconstrucción es también, y cada vez más, un discurso y una práctica *sobre el tema* de la institución académica, la profesionalización, y las estructuras departamentales que ya no pueden contenerla (28).

Vayamos ahora a posiciones con peso entre los estudios culturales latinoamericanos: "...me interesa ... encarar algunos dilemas del trabajo científico confrontándolo con lo que podríamos llamar la epistemología implícita de los *shoppings* y los medios." Tras contabilizar algunos de los supuestos logros advertibles en la episte-

mología adscrita a los *shoppings* (su multiculturalidad: combinan productos nacionales y extranjeros, de diversos continentes), se reclama: "Las universidades, en cambio, se asemejan más a la distribución compartimentada del comercio tradicional y minorista. Nuestros departamentos no parecen pertenecer a la misma institución." Y se remata el tema más adelante, señalando que hay autores que con "programas transdisciplinarios y multiculturales de investigación encaran las nuevas exigencias del saber"(García-Canclini 27).

Comencemos señalando que en ninguno de los dos casos se está hablando desde la base de la pirámide académica, sino más bien desde su cúspide. En atención al concepto bourdieano de "campo", la legitimación académica que en cada caso se está estableciendo para el **propio** discurso, resulta lejana a la búsqueda de modificación de la escala de poder en el espacio institucional en que tal discurso tiene influencia. Como es esperable, tiende a ratificar posiciones preconstituidas.

En el caso de Derrida, la apelación a la deconstrucción como discurso sin-lugar, inclasificable y nómada, parecería recusar toda territorialidad, cuestionar la barrera que lleva a que cada uno busque sostener su pequeño poder en su específica parcela del departamento académico, modalidad organizativa de las universidades. Sin embargo, llama la atención que Derrida no perciba —o no diga que percibe— esa fuerte posibilidad que instala un discurso que se pretende *transdisciplinar*: la de sustentar poderes supradisciplinares y supradepartamentales (Piaget establece la diferencia —desde su mutua cercanía— entre transdisciplina e interdisciplina. Nosotros mantenemos ambos conceptos, pero hemos invertido el uso de los términos en relación con el autor ginebrino).

¿Es rechazable el poder en un departamento, pero es mejor el que se establece a la vez en varios de ellos? La deconstrucción ha operado de esa última manera, instalándose a la vez en departamentos de letras, de idiomas y (con menos éxito) de filosofía en los Estados Unidos. Su sedicente humildad de rechazo a la cerrazón de la división disciplinar no se abre, en los hechos, a una diferencia plurificadora, sino a la abolición de la diferencia en la homogeneidad de la misma y única teoría, esa que machaconamente repite hasta el hartazgo el discurso siempre idéntico a sí mismo acerca de la diferencia. Abolir departamentos para legitimarse discursivamente de manera identitaria por sobre el espacio que fuera propio de varios de ellos: he allí una estrategia no precisamente democrática, ni capaz de abrir voces en contra de la estrechez y el provincialismo. De modo que lo *supradisciplinar* de la deconstrucción muestra a las claras uno de los peligros de la operación interdisciplinaria: unificar el poder "por arriba", so pretexto de superación de la fragmentación disciplinar/departamental.

En cuanto al texto de estudios culturales, puede realizarse varias especificaciones. Por cierto, desde lo ideológico cabría hacer no poca reserva sobre la apelación a una supuesta "epistemología de los *shoppings*". Pero sin entrar en tal aspecto, no

cabe dudas que la apelación es —aún limitándose exclusivamente a lo epistemológico— muy endeble. ¿Cómo comparar el orden de los objetos empíricos con el de la delimitación teórica? ¿Lo lógico y lo empírico están en simple continuidad, no hay entre ellos "ruptura"? ¿Juntar físicamente objetos es equivalente a proponer su mutua conexión inteligible? La distinción entre objeto real y teórico, bachelardianamente propuesta por Bourdieu en un muy viejo trabajo, viene a cuento al respecto. La superposición de objetos en lo real, no autoriza una homogénea superposición de objetos en lo teórico. Por fortuna, aún las universidades no se parecen a los *shoppings*, a pesar de los empeños de algunos empresarios y oficiantes del *marketing*. Lo cual, por supuesto, no quiere decir que no haya que estudiar a la "cultura del *shopping*" —aunque universitaria y académicamente, no en términos de *shopping*—; (por cierto que estudiar los modos del ocio y el consumo contemporáneos resulta programáticamente insoslayable, aspecto sobre el cual los estudios culturales han hecho y siguen haciendo un valioso y reconocido aporte).

Continuando con la cita, la relación establecida en el texto entre lo multicultural y lo transdisciplinario también resulta poco plausible. La mezcla entre disciplinas nada tiene que ver con la mezcla entre culturas: las disciplinas son propias de los científicos, hacen a la cultura occidental y a las instituciones en las cuales el proceso de conocimiento es tipificado, producido y codificado. Ello no se da del mismo modo en otras culturas. Mezclar científicos de diversas disciplinas es una operación netamente interna a una sola cultura, la genéricamente denominada *occidental*, y dentro de ella a una muy determinada subcultura, la de los científicos. No se está haciendo multiculturalidad con el simple expediente de que nos mezclemos más allá de los departamentos. Se está haciendo interdepartamentalización, modesto y estéril intento si es que buscábamos entrecruzar pautas culturales fuertemente diferenciales.

Como se ve, abundan las confusiones, a partir de las cuales se juzga a los departamentos como productores de múltiples males, sin que se ofrezca algo superior a cambio. Los estudios culturales —dentro de la academia— han operado de manera similar en Latinoamérica que en Estados Unidos, respecto a las posiciones deconstruccionistas. Su nomadismo transdisciplinar les ha permitido ser a la vez escuchados en antropología, historia, comunicología, teoría literaria. Nada de malo hay en ello, por lo contrario, es un síntoma de potencia explicativa y capacidad heurística. Se argumenta la presencia en múltiples territorios como si implicara superación de poderes anclados en los departamentos. Es cierto que estos últimos a menudo no dan la impresión de pertenecer a una única universidad: pero si el precio de ir contra ello es la uniformidad discursiva impuesta desde teorías omniabarcativas (llámense piagetismo, estructuralismo, teoría de sistemas, deconstruccionismo, etc.), sin duda que habremos retrocedido de forma considerable.

La interdisciplina podría caer en este tipo de justificaciones que son paradójicas, según las cuales más vale la totalización "hibridizante", que la separación especificada. En todo caso, si lo interdisciplinar fuera capaz de aportar a la superación del poder académico, tendrá que sustentarlo con argumentos (y con hechos) menos ambiguos que aquellos que hacen la celebración unificante de la diferencia. Debería mostrarse capaz de abrir a una activa y verificable proliferación de posiciones, que en ningún caso fuesen sintetizables desde la autocomplacencia de cualquier teoría o tendencia hegemonizante.

Nota

1 Los párrafos siguientes retoman aspectos de mi artículo "Límites de la interdisciplina y destotalización del saber (sobre la condición epistemológica del psicoanálisis)."

Obras citadas

Bourdieu, Pierre, J.C. Chamboredon y J.C. Passeron. *El oficio de sociólogo.* Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.
Derrida, Jacques. *Memorias para Paul de Man.* Barcelona: Gedisa, 1989.
Di Trocchio, F. *Las mentiras de la ciencia (¿Por qué y cómo engañan los científicos?).* Madrid: Alianza, 1995.
Follari, Roberto. *Interdisciplinariedad (los avatares de la ideología).* México: UAM/Azcapotzalco, 1982.
García Canclini, Néstor. "De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio." *Causas y azares,* 7 (1998).
Habermas, Jürgen. *Conocimiento e interés.* Madrid: Taurus, 1982.
—. *Sobre Nietzsche y otros ensayos.* Madrid: Tecnos, 1982.
Montenegro Raúl y Mirta Konkurat. "Ciencia, tecnología e interdisciplina en el aula universitaria." *Tesis de Especialización en Docencia Universitaria.* Universidad Nacional de Río Cuarto. 1998-1999.
Piaget, Jean. "La epistemología de las relaciones interdisciplinarias." L. Apostel *et.al, Interdisciplinariedad.* México: Biblioteca de la Educación Superior, ANUIES, 1975.
Regis, E.: *¿Quién ocupó el despacho de Einstein?* Barcelona: Anagrama, 1992.

Historicidad de los saberes, estudios culturales y transdisciplinariedad: reflexiones desde América Latina

Santiago Castro-Gómez[1]

[1] Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.

Aunque es cierto que el proceso de configuración de las disciplinas del conocimiento científico moderno no puede ser reducido a factores puramente extrínsecos (de orden económico, social o político), las consideraciones presentadas a continuación hacen énfasis en el aspecto histórico por tres razones fundamentales: a) porque la epistemología contemporánea (desde Bachelard hasta Prigogine, pasando por Kuhn, Lakatos y Feyerabend) ha ligado intrínsecamente la concepción de ciencia a una reflexión sobre la *historia de la ciencia*; b) porque resulta difícil apreciar en qué consiste la novedad de los estudios culturales —y los temas que plantea— sin colocar su práctica teórica en relación con el modo en que se constituyeron *históricamente* las disciplinas de las ciencias sociales a partir del siglo XIX; c) porque es necesario reflexionar de modo particular el tema de la transdisciplinariedad en el contexto específico de América Latina.

Mi exposición estará entonces ordenada del siguiente modo: primero haré algunas consideraciones de carácter epistemológico y metodológico sobre el modo en que las diferentes disciplinas de las ciencias sociales empiezan a quedar institucionalizadas como tales, desde finales del siglo XIX. Luego mostraré en qué consiste el desafío de campos emergentes como los estudios culturales y como realizaron este proceso moderno de disciplinarización hacia finales del siglo XX. Finalizaré con una reflexión sobre la configuración de los estudios culturales en América

Latina y sus implicaciones para una reestructuración (transdisciplinaria) de las ciencias sociales en el subcontinente.

1. Modernidad y disciplinarización de los saberes

La idea misma de 'disciplina' científica es un producto histórico de la modernidad. Nace con el desarrollo de la revolución científica del siglo XVII y presupone la crisis del concepto de 'unidad del saber', que había presidido el quehacer científico en Occidente desde la antigüedad griega. Todavía en el siglo XVIII, algunos filósofos ilustrados se aferraban a la idea de la *Mathesis Universalis*; es decir, a la posibilidad de construir un sistema conceptual que pudiese abarcar (y alimentar) a todas las 'ciencias particulares'.

En su etapa de formación temprana (siglos XVIII y XIX), las ciencias sociales arrastraban todavía el ideal ilustrado de la *Mathesis Universalis*. David Hume se propuso inaugurar una 'Ciencia del hombre' que pudiese servir de fundamento a todas las demás ciencias, incluso a las naturales. Adam Smith quiso convertir el mecanicismo de Newton en una 'ciencia de la moral' que pudiese servir de base para las nacientes ciencias económicas y jurídicas, proyecto que compartirían luego sus compatriotas Bentham y Stuart Mill. Thomas Hobbes fundamenta la ciencia política en la antropología filosófica. Hegel sueña con una 'Enciclopedia de las ciencias filosóficas.' Marx y Engels trabajaban en la creación de una nueva ciencia de la 'totalidad social' (el materialismo histórico). Ranke luchaba por convertir a la Historia en una 'ciencia objetiva' y Comte pretendía construir un "sistema de las ciencias" en cuya cima se ubicaría, gloriosa, la sociología. La identificación de la sociología con la 'estática social' (Comte) y con la 'física social' (Durkheim), nos muestra con claridad cuál era la tendencia en esta primera etapa formativa: las ciencias sociales buscaron orientarse hacia un modelo unitario de ciencia ofrecido por la física. La tarea de las ciencias sociales sería entonces similar a la de las ciencias naturales (puesto que la sociedad era vista como una prolongación de la naturaleza): el descubrimiento experimental y la formulación teórica de las "leyes objetivas" que gobiernan la vida social de los hombres.

La definición de los rasgos que separan a una ciencia social de otra no era, por tanto, un problema de orden *exclusivamente* metodológico —pues todas compartían básicamente los mismos presupuestos epistémicos—, sino de orden *político*. De un lado, la disciplinarización se hacía necesaria en la medida en que las jóvenes ciencias empiezan a institucionalizarse y, por lo tanto, a competir entre ellas por recursos académicos y financieros. Se crean las primeras cátedras en las universidades, se fundan revistas e institutos de investigación, se organizan asociaciones profesionales y bibliotecas especializadas, todo lo cual exigía un esfuerzo enorme

de clasificación y diferenciación. De otro lado, el establecimiento definitivo de la economía liberal-capitalista en Europa y el fortalecimiento de los Estados nacionales —con el consecuente ambiente de fe en la razón y el progreso— hacía necesario (y profesionalmente rentable) el proceso de disciplinarización. El Estado debería asumir un papel fundamental en la conducción de las sociedades humanas hacia la 'civilización'. Para ello requería de una gran cantidad de información, científicamente avalada, sobre el mundo social que se quería gobernar. Se hacía preciso el concurso de las ciencias sociales para la elaboración de políticas económicas y educativas, para delinear el carácter y los valores peculiares de la población, para definir metas de gobierno a corto y largo plazo.

La idea de la 'unidad metodológica' de las ciencias es cuestionada seriamente apenas en el siglo XX con el famoso *Methodenstreit* de los años veinte y treinta en Alemania. Aquí se puso sobre el tapete, por vez primera, la necesidad de deslindar metodológicamente a las ciencias naturales de las ahora llamadas 'ciencias del espíritu' (Dilthey) o 'ciencias de la cultura' (Weber /Scheler/Cassirer). El resultado de esta polémica, como bien lo han mostrado Giddens, Wallerstein y Bourdieu, fue la división de las ciencias sociales en dos grandes tendencias metodológicas mutuamente excluyentes, el objetivismo y el subjetivismo, que marcarían el desarrollo de estas ciencias durante el siglo XX. Una tendencia (de carácter 'nomotético') hacía énfasis en el conocimiento de las estructuras objetivas del mundo social, mientras que la otra (de carácter 'ideográfico') enfatizaba el modo en que los actores sociales *experimentan* históricamente esas estructuras. A la primera tendencia pertenecen el estructuralismo, la teoría de sistemas y el marxismo ortodoxo; a la segunda pertenecen la fenomenología, la etnometodología y la teoría crítica.

Hasta mediados del siglo XX, la gran división metodológica de las ciencias sociales no había contribuido mucho a relajar las fronteras entre las disciplinas, sino tan solo a crear escuelas de pensamiento al interior de ellas. Pero las cosas empiezan a cambiar después de la Segunda Guerra Mundial. Una vez más, no son problemas de orden estrictamente metodológico y epistemológico, sino imperativos de orden político los que empiezan a resquebrajar el ordenamiento disciplinario de las ciencias sociales. El informe de la comisión Gulbenkian señala que el ascenso de los Estados Unidos como potencia hegemónica mundial, la rápida expansión de la educación universitaria y el clima de tensión política como resultado de la Guerra Fría, transformaron el quehacer de las ciencias sociales. Las grandes inversiones en tecnología y el crecimiento económico de los países industrializados demandaba una mayor especialización y profesionalización de los investigadores. En la década del cincuenta fueron privilegiadas las investigaciones en torno a la 'modernización' y el 'desarrollo', sobre todo en los países del Tercer Mundo, tratando con ello de evitar la expansión del comunismo. Todo esto trajo consigo, como era

de esperarse, el dominio institucional de las tendencias nomotéticas sobre las ideográficas (frente al cual reaccionaría la Escuela de Frakcfort en los sesenta), pero *también* el comienzo de una fuerte tendencia hacia la interdisciplinariedad.

En efecto, es en esta época de creciente profesionalización y complejización de la vida social (años cincuenta y sesenta) cuando los investigadores empiezan a sentir la necesidad de transpasar los límites de su propia disciplina para incursionar en los de las disciplinas vecinas. Los economistas empiezan a interesarse por la sociología y los sociólogos por la economía; los historiadores van asimilando tendencias cada vez más 'sociológicas' (escuela de los Annales) y los sociólogos, a su vez, reflexionan sobre la historicidad de las estructuras sociales. También los historiadores y los sociólogos empiezan a interesarse por las estructuras del mundo no occidental, cuyo estudio había sido exclusividad de la antropología. Las ciencias políticas necesitan ahora información sociológica, histórica y antropológica sobre el llamado "Tercer Mundo" para reflexionar sobre el problema de las 'relaciones internacionales', que hasta ahora había sido limitado a las relaciones entre países europeos. Durante la misma época aparecen incluso nuevos campos de investigación que se definen a sí mismos como interdisciplinarios, tales como las "ciencias de la comunicación", las *'behavioral sciences'* y los así llamados 'estudios de área' (*Area Studies*).

Surgen los primeros debates sobre el tema de la interdisciplinariedad, marcados por el clima de ideologización típico de la Guerra Fría. Baste aquí recordar las posiciones antitéticas de Jean Piaget y Louis Althusser al respecto. Aunque ambos eran defensores de la 'unidad metodológica' de las ciencias —es decir, pertenecían a la tendencia objetivista o nomotética—, su posición frente al tema era radicalmente distinta. Sobre el supuesto epistemológico del 'isomorfismo' entre las estructuras subyacentes a todos los objetos, Piaget defiende la investigación interdisciplinaria como medio de apoyo científico a la creciente tecnologización de las universidades, que él veía como altamente positiva; Althusser, por su parte, muy cercano a la epistemología de Bachelard (la ciencia 'crea' teóricamente a sus objetos), niega vehementemente la cientificidad de la investigación interdisciplinaria, a la que consideraba una simple "ideología disfrazada de ciencia". La sospecha de Althusser era que bajo la máscara de lo interdisciplinario se estaban legitimando una serie de políticas elaboradas por tecnócratas y economistas del Estado, que buscaban evitar a toda costa la (temida) 'politización' del estudiantado. Como puede verse, los primeros debates sobre la interdisciplinariedad poseen una motivación más política que metodológica.

Durante las décadas de los ochenta y noventa surgieron y se desarrollaron varias tendencias decididamente transdisciplinarias al interior de las ciencias sociales. Las tensiones políticas de la Guerra Fría habían terminado y la vertiente nomotética había empezado a perder coyuntura al interior de las universidades. Aparecen en-

tonces investigaciones de orientación más 'ideográfica' que enfatizaban la necesidad de superar las fronteras disciplinarias. Es el caso de los estudios de género, los estudios culturales y los estudios poscoloniales. Esta autodenominación de 'estudios' designa ya el carácter *transdisciplinario* de la investigación propuesta, y su rechazo del objetivismo metodológico (asociado a las estructuras disciplinarias) que impedía el surgimiento de 'voces particulares'. Como se verá más adelante, el peligro que acecha a los estudios transdisciplinarios, desde un punto de vista epistemológico, es la recaída en el subjetivismo metodológico. Este peligro se hacía más evidente en un momento histórico (finales del siglo XX) en el que los 'metarrelatos' de la modernidad habían caído en descrédito (Lyotard), y en el que tendencias "objetivistas" como el estructuralismo y el funcionalismo habían dejado de ser hegemónicas en un sector importante de la comunidad científica.

En suma, digamos que para la consideración rigurosa de los conceptos 'disciplina', 'interdisciplina' y 'transdisciplina' en el ámbito de las ciencias sociales, es necesario tener en cuenta que la delimitación de tales conceptos no obedece solamente a criterios intracientíficos —aunque, insistimos, una reflexión fundamental sobre este aspecto se hace necesaria y pertinente—, sino también, y en buena parte, a criterios extracientíficos de orden político, económico y burocrático. Esto se debe, seguramente, al carácter peculiar de las ciencias sociales. A diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, el científico social se encuentra directamente involucrado con el objeto que estudia y, a su vez, ese objeto es producto de una *valoración política e institucional* con respecto a la pertinencia, o no, de su estudio (recuérdese aquí la pregunta de Max Weber sobre el 'valor' de la ciencia).

Habría que decir, entonces, que teniendo en cuenta únicamente el aspecto (derivativo) de las epistemologías sectoriales, los 'objetos' estudiados por las diferentes ciencias sociales son *construcciones históricas* en un doble sentido:

1) su 'aparición' en el horizonte de la ciencia depende, como mostraran Weber y Foucault, de la *significación* (el 'valor') que ese objeto pueda adquirir (en tanto que objeto 'digno' de ser conocido) en un momento histórico específico. Aquí se inscriben las *influencias políticas, económicas* y *burocráticas* sobre las que hemos reflexionado anteriormente.

2) su elaboración en tanto que 'objeto' de conocimiento es resultado de un arduo trabajo teórico y conceptual (Bachelard), por parte de la comunidad científica histórica (Popper). Por esta razón, ese objeto puede cambiar con el tiempo —e incluso desaparecer— en la medida en que unos "paradigmas" de la ciencia se impongan sobre otros (Kuhn). Aquí se inscriben los *debates metodológicos* a los que hemos hecho también alusión.

Si los objetos del conocimiento son creaciones históricas en este doble sentido, la reflexión sobre la aparición de un "área de conocimiento" que tome como objeto de estudio a la "cultura" deberá responder entonces a dos preguntas fundamentales: 1) ¿En qué consiste la "significación" —en sentido weberiano— que han recibido en las últimas décadas los estudios sobre la cultura?; 2) ¿Cómo han cambiado los objetos de estudio de las ciencias sociales y en qué consiste el valor explicativo de los "nuevos" objetos creados por ellas en las últimas décadas del siglo XX?

2. Los estudios culturales como espacio de articulación

¿Cuáles son las transformaciones históricas de las ciencias sociales que han conducido a la aparición de la 'cultura' como objeto *digno* de convertirse en una "área del conocimiento" científico? ¿Qué tipo de cambios sociales —en el planetario— ha influenciado el hecho de que un objeto de conocimiento llamado la "cultura", adquiera *hoy* un nuevo valor o "significación" al interior de la comunidad científica internacional?

Digamos primero que las *estructuras de producción* y *reproducción* que caracterizan a la sociedad global en la que vivimos se alejan radicalmente de aquellas que habían teorizado cientistas sociales como Smith, Ricardo, Marx, Keynes y Prebisch. El capitalismo industrial o fordista del siglo XIX y primera mitad del XX ha sido reemplazado por un capitalismo postindustrial, en el que las categorías de análisis provenientes de la economía clásica han perdido su poder explicativo. Esto se debe básicamente a dos factores:

1) Los estados nacionales han dejado de ser los espacios de concentración de la hegemonía política y cultural. No son ahora los estados territoriales quienes jalonan la producción, sino corporaciones transnacionales que se pasean por el globo sin estar atadas a ningún territorio, cultura o nación en particular. El capital ha venido perdiendo sus connotaciones nacionales (capital inglés, japonés, alemán, norteamericano) para subordinarse cada vez más a formas propiamente 'globales' de intercambio. El aparato estatal se ha reconfigurado de acuerdo con la exigencia mundial de los mercados, y siguiendo los lineamientos trazados por corporaciones supranacionales (como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Asociación Mundial del Comercio). Lo que a comienzos del siglo XXI se impone como fuerza configuradora de lo social, es un conjunto de relaciones *posnacionales* y *postradicionales* que han sido potenciadas por las nuevas tecnologías de la información. La teoría social contemporánea habla, en este sentido, de la "globalización" (Beck/Castells) y del advenimiento de una "sociedad global" (Luhmann).

2) La *industria cultural*, como ya lo mostraran Horkheimer y Adorno, se ha convertido en una de las principales —si no la más importante— "fuerza de producción" del capitalismo contemporáneo. Esto significa que lo que se produce y mercantiliza hoy en día no es tanto naturaleza convertida en "valor de cambio", como pensara Marx, sino información y entretenimiento. La producción adquiere un valor que va más allá de la dicotomía valor de uso/valor de cambio, pues de lo que se trata ahora no es de fabricar mercancías para satisfacer "necesidades primarias", sino de producir *imágenes* que permitan a los individuos distinguirse socialmente (Bourdieu/ Baudrillard). Hemos pasado pues de la producción de artículos empaquetados al empaquetamiento de informaciones articuladas como mercancía. La producción y reproducción del capital dependen ahora del control que ejercen las corporaciones sobre las imágenes y las representaciones.

Esto significa que la 'cultura' ha dejado de ser exclusivamente un conjunto de valores, costumbres y normas de convivencia ligadas a una tradición particular, a una lengua y a un territorio. En tiempos del capitalismo avanzado la cultura se ha destradicionalizado (Giddens) y desterritorializado (García Canclini), es decir, se ha convertido en un repertorio de signos y símbolos *producidos técnicamente* de acuerdo con intereses particulares y difundidos por el planeta por los medios de información. Este universo simbólico, así desligado de la tradición, empieza a definir el modo en que millones de personas en todo el globo sienten, piensan, desean e imaginan. Querámoslo o no, la globalización nos ha conectado vitalmente con *territorios postradicionales* (Giddens/Jameson) en donde las identidades personales o colectivas no se encuentran referidas a pertenencias de lengua, sangre o nación, pues ya no se estructuran desde la inmanencia de las tradiciones, sino desde la interacción de la cultura con la dinámica transnacional de los mercados. Con una palabra: desde mediados del siglo XX estamos asistiendo a un *cambio cualitativo* en el 'estatuto' de la cultura.

¿Qué implicaciones tiene todo lo anterior para una re-definición de la "cultura" como objeto de conocimiento científico?

1) Que la cultura deja de ser 'propiedad' de la Antropología. Dentro de la división del trabajo disciplinario en ciencias sociales, establecida desde el siglo XIX: la sociología era la encargada de estudiar a las sociedades 'modernas'; mientras que la antropología realizaba el estudio de las sociedades 'tradicionales'. El objeto de la primera era la 'civilización', mientras que el de la segunda era la 'cultura'. Pero la globalización parece haber terminado definitivamente con estas divisiones. Aquellas poblaciones sin contacto alguno con la modernidad —y

cuya observación por parte de los europeos originó desde el siglo XVIII el concepto 'tradicional' de cultura— han desaparecido prácticamente de la faz de la tierra. Mantener una definición de la antropología como disciplina que trata de valores, tradiciones y costumbres *premodernas* significaría convertir la materia en una variante de los estudios museísticos, y al antropólogo en una especie de guardián del "patrimonio histórico" de la humanidad. Si quiere sobrevivir y redefinirse como disciplina científica, la antropología tendrá que incursionar (metodológica y temáticamente) en áreas que antes no eran de su competencia.

2) Que la cultura deja de ser vista como un 'reflejo' de las estructuras materiales de la sociedad, tal como lo planteaban tradicionalmente la sociología y la economía. Tanto los sociólogos de orientación liberal, como aquellos de orientación marxista, miraron siempre la cultura como un *epifenómeno* de la vida económica de la sociedad. Pero en el momento en que la reproducción del capital adquiere rasgos decididamente 'culturales' —como hemos visto anteriormente—, se le impone a la sociología y a la economía entrar en dominios que antes se consideraban exclusivos de otras disciplinas.

3) Que la cultura deja de ser propiedad de los estudios humanísticos (filosofía, literatura, artes). Desde el renacimiento y trazando sus orígenes en la tradición griega de la *Paideia*, las humanidades se concentraron en el estudio y la interpretación rigurosa de *textos* que pudieran educar (*Bildung*) o 'cultivar' el espíritu del hombre. Pero en el momento en que la producción cultural se masifica por el impacto de la globalización, entonces se hace necesario investigar no solamente los contenidos de la llamada cultura 'alta' (las 'grandes obras' de la literatura, de la filosofía o de las artes plásticas, donde supuestamente se hallaría contenida la 'cultura' y el pensamiento del hombre en sentido estricto), sino muy especialmente la cultura llamada 'popular'. Esta última, a su vez, deja de ser patrimonio exclusivo de los folcloristas o de los antropólogos urbanos. Las humanidades se ven compelidas de este modo a entrar en diálogo con otros campos de estudio, si es que desean evitar el riesgo de convertirse en defensoras y promotoras de una *cultura de élites* (que, entre otras cosas, también ha dejado de serlo).

Es en este punto que los estudios culturales aparecen como *espacio de articulación entre las disciplinas*. Como se dijo más arriba, los estudios culturales aparecen y se difunden durante los años ochenta y noventa en diferentes áreas del mundo: Inglaterra, Estados Unidos, América Latina y Australia. No se trata de una nueva disciplina, que viene a reemplazar lo que hacían antes las disciplinas tradicionales de las ciencias sociales, sino de un *área común de conocimiento* que contribuye a redefinir los límites

de esas disciplinas. La novedad de este campo emergente puede apreciarse tanto en lo metodológico y epistemológico, como en los contenidos temáticos:

1) *En el ámbito metodológico* —y a pesar del auge que han tenido ciertas tendencias culturalistas, populistas o posmodernistas en los últimos años—, los estudios culturales han contribuido a superar la dicotomía entre el objetivismo y el subjetivismo, es decir, entre las tendencias nomotéticas y las ideográficas de las ciencias sociales. La cultura se ha convertido en la pinza que vincula las estructuras sociales con los sujetos que la producen y reproducen. Plantear la relación dialéctica entre sujeto y estructura es, pues, el principal aporte metodológico de los estudios culturales.

2) *En el ámbito epistemológico,* los estudios culturales se inscriben en lo que Boaventura de Sousa Santos ha llamado la 'doble ruptura epistemológica' de las ciencias sociales. Si la 'primera ruptura' (siglos XIX y XX) se realizó —como ya se mostró— frente al sentido común y adoptando el modelo propagado por las ciencias naturales (alejamiento de las 'nociones precientíficas' y creación de una distancia con respecto al 'objeto')[1], la 'segunda ruptura' —que se realiza actualmente— apunta hacia una eliminación de la distancia frente al sentido común, lo cual significa que las ciencias sociales contemporáneas se enfrentan al desafío de *acercarse* hacia otras formas de producción de conocimientos. Pero ese acercamiento no es para convertirlas en 'objeto de estudio', es decir para 'representarlas', sino para *comunicarse* con ellas. Los estudios culturales son un punto de avanzada de las ciencias sociales hacia el reconocimiento de otras formas (locales) de conocimiento y para la promoción de un nuevo sentido común (una *nueva racionalidad práctica*) en el que participen todas las comunidades interpretativas.

3) *En el ámbito de contenidos temáticos,* la cultura que los estudios culturales 'crea' como objeto de conocimiento (Bachelard), no es la misma que habían creado anteriormente la antropología, la sociología, la economía ni las humanidades. Es decir que no es el conjunto 'orgánico' de valores, lenguajes, mitos y creencias tradicionales (concepto 'antropológico' de cultura), ni tampoco el efecto ideológico de los procesos que ocurren en la base material de la sociedad (concepto 'economicista' de cultura), y mucho menos la objetivación del espíritu de los grandes creadores y pensadores (concepto 'humanista' de cultura). La cultura que 'estudian' los estudios culturales tiene menos que ver con los artefactos culturales en sí mismos (textos, obras de arte, mitos, valores, costumbres, etc.) como con los procesos sociales de producción, distribución y recepción de esos artefactos. Es decir, los estudios culturales toman como objeto de análisis los *dispositivos* a partir de los cuales se producen, distribuyen y consumen toda una

serie de imaginarios que motivan la acción (política, económica, científica, social) del hombre en tiempos de globalización. De igual manera, los estudios culturales privilegian el modo en que los actores sociales mismos se *apropian* de estos imaginarios y los integran a formas locales de conocimiento.

El informe de la Comisión Gulbenkian ha destacado el papel que los estudios culturales están cumpliendo en la actual reestructuración de las ciencias sociales. De acuerdo con el informe, los estudios culturales han impulsado un "giro hermenéutico" que afecta positivamente a las disciplinas tradicionales y a los espacios institucionales en donde éstas funcionan. Este giro consiste en el enfoque inductivo y posteurocéntrico de sus análisis. Hasta los años sesenta y setenta, las disciplinas tradicionales —con excepción de la antropología— habían creado sus modelos analíticos sobre la base del estudio empírico de las sociedades modernas europeas. Se suponía que estos modelos eran universalmente válidos y que el análisis empírico de *cualquier* sociedad debía ser 'deducido' de ellos. Pero los estudios culturales le han enseñado a las disciplinas que la construcción de los conceptos es *inductiva* y empieza con el análisis de lo 'local'. De la antropología han tomado su mejor herencia, la mística del trabajo de campo, para mostrar que los modelos teóricos se construyen a partir de la inmersión del investigador en las prácticas de los actores concretos.[2] Mientras que los paradigmas decimonónicos de las ciencias sociales establecían una contraposición entre lo próximo y lo objetivo (a mayor distancia frente al objeto mayor objetividad), los estudios culturales invierten la relación y privilegian el aspecto ético-práctico del conocimiento sobre su aspecto puramente cognitivo. Entre más próxima e igualitaria sea la interacción del investigador con los saberes producidos localmente por los actores sociales mismos, más pertinente, desde un punto de vista práctico, es el conocimiento resultante.

Debería quedar claro que los estudios culturales no son una nueva disciplina, sino un área común de conocimiento que, sin embargo, no constituye un simple *agregado* de contenidos y metodologías ya planteados por las disciplinas tradicionales. Por el contrario, los estudios culturales han venido generando un positivo "efecto de retorno" sobre el trabajo de estas disciplinas, tanto desde el punto de vista metodológico como temático. Al ser una práctica teórica alternativa al modelo cognitivista de las ciencias sociales desarrollado durante los siglos XIX y XX, los estudios culturales subordinan el *know-how* técnico al *know-how* práctico y ético del conocimiento. Por ello han contribuido, como indica el informe de la Comisión Gulbenkian, a crear puentes entre las diferentes disciplinas de las ciencias sociales; y, entre éstas, y los saberes locales:

> El ascenso de los estudios culturales tuvo un impacto en las ciencias sociales que en cierto modo es análogo a algunos nuevos acontecimientos en la ciencia. Así como los

nuevos argumentos de los científicos naturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, del mismo modo los argumentos de los defensores de los estudios culturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias sociales y las humanidades. [Los estudios culturales] han desafiado todos los paradigmas teóricos existentes, incluso los que tenían una posición crítica frente a la ciencia social nomotética. El apoyo a esas posiciones procedía de todas las diversas disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales, y eso produjo formas de cooperación intelectual que han ignorado la división tradicional entre las humanidades y las ciencias sociales (*Wallerstein 74*).

3. Posmodernidad y estudios culturales en América Latina

Dejemos de lado la reflexión metodológica para examinar ahora el impacto concreto que los estudios culturales tuvieron en el quehacer de las ciencias sociales. Para abordar este problema nos concentremos en el caso de las ciencias sociales latinoamericanas de finales del siglo XX, mostrando cómo los estudios culturales dinamizaron un interesante proceso de transdisciplinarización. Para obtener una visión panorámica del problema, nos concentraremos en dos volúmenes misceláneos publicados en los años noventa: *Posmodernidad en la periferia* (1994) y *The Postmodernism Debate in Latin America* (1995). Los títulos mismos dejan entrever ya la gran influencia que tuvo el debate sobre la posmodernidad en la configuración latinoamericana de los estudios culturales.

El volumen *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural* fue publicado en el año de 1994 por la editorial Langer Verlag de Berlín. Este libro posee una característica especial: se encuentra dirigido a un público alemán especializado, que se interesa por los debates teóricos de América Latina, pero no es editado en alemán sino en español y portugués. Sus editores, Hermann Herlinghaus y Monika Walter, dos latinoamericanistas alemanes que viven en Berlín, se proponen dar a conocer "en el centro" la teorización latinoamericana sobre la modernidad, es decir, en un medio académico tradicionalmente ciego frente a cualquier tipo de producción teórica que vaya más allá de las fronteras europeas.[3] Para ello reúnen trabajos de José Joaquín Brunner, Jesús Martín-Barbero, Néstor García Canclini, Carlos Monsiváis, Marilena Chaui, Renato Ortiz, Norbert Lechner, Nelly Richard, Beatriz Sarlo y Hugo Achúgar. La limitada circulación del libro, lo mismo que la estrategia elegida por los editores (publicar textos en idiomas extranjeros y en una editorial pequeña, con una débil red de distribución en el mercado alemán) hizo que la difusión pretendida fuera casi nula. Una verdadera lástima, pues tanto por la profundidad analítica con que los editores introducen el tema, como por su inteligencia en la selección de autores y trabajos, este libro fue, sin lugar a du-

das, la primera y más importante antología de los estudios culturales latinoamericanos publicada en los años noventa.

El eje alrededor del cual se estructura el volumen es el concepto de "modernidad periférica", que los editores presentan como una inserción propiamente latinoamericana en el debate sobre la posmodernidad (Herlinghaus 15). No que los estudios culturales latinoamericanos tuviesen interés en un "debate" con las teorías posmodernas surgidas en Europa y los Estados Unidos. Lo que ocurre es que la "sensibilidad posmoderna" ha jugado como un catalizador para la emergencia de teorías que, desde Latinoamérica, piensan la crisis de la modernidad desde una posición propia. Ahora bien, lo "propio" de esta posición no es ya la exaltación surrealista de una identidad latinoamericana *sui generis* ("Macondoamérica", como la llama perspicazmente José Joaquín Brunner (67)) que pudiera interpelar a la modernidad desde una exterioridad social, cultural o incluso ética, como quisieron la filosofía y la teología de la liberación en los setentas. Antes que con lo exótico, lo *sui generis* tiene que ver aquí con una crisis que no se sitúa —como en Europa— en un contexto social previamente racionalizado, sino en un escenario complejo ("Tamaramérica", en la terminología de Brunner) donde se cruzan simbióticamente lo moderno y lo tradicional, lo masivo y lo popular. Los editores afirman que el pensamiento crítico latinoamericano parece haberse apropiado de una situación en la que, como afirmaba García Canclini, "la modernidad no acaba de llegar y las tradiciones no terminan de marcharse." Lo cual conlleva una superación de las viejas dicotomías entre civilización y barbarie, modernización y modernismo, dependencia y autodeterminación, de las que la intelectualidad —de izquierdas y derechas— extraía matrices explicativas en torno al problema de la 'identidad latinoamericana'.

La noción de 'Modernidad periférica' con que Walter y Herlinghaus presentan su libro tiene dos connotaciones: una social y la otra epistemológica. Desde el punto de vista social hace referencia a la heterogeneidad cultural que atraviesa todas las estructuras sociales en América Latina, en especial a partir de la irrupción de los medios masivos en los años cincuenta. Desde el punto de vista epistemológico, hace referencia a la reestructuración de las ciencias sociales y las humanidades en América Latina, obligadas a asumir un enfoque analítico de carácter nómada y transdisciplinario. Veamos estos dos elementos más de cerca.

La participación de las masas latinoamericanas en el mercado internacional de bienes simbólicos —el 'consumo cultural'— es uno de los temas centrales abordados en el libro. Pero el enfoque que dan Brunner, Martín Barbero y Renato Ortiz a este fenómeno se aparta decisivamente tanto de la "teoría de la manipulación" (los medios como instrumentos de penetración imperialista) como de la 'teoría de la cosificación' al estilo de Adorno y Baudrillard. En diálogo con Benjamin y Michel de Certau, estos teóricos muestran que la gran mayoría de la población latinoameri-

cana accede a la modernidad no de la mano del libro y las agendas ilustradas, sino de las tecnologías de la información y de los formatos de la imagen audiovisual (83). A diferencia de Europa, la consolidación de las naciones en América Latina no *precede* al cine, la radio y la televisión, sino que viene impulsada por ellos.

Por su parte, Norbert Lechner, Carlos Monsiváis y Marilena Chaui abordan el problema de la heterogeneidad cultural teniendo en cuenta los efectos "impensados" de la modernización socioeconómica. Antes que propiciar un "ordenamiento" temporal en donde la sociedad tradicional desaparecería para abrir campo a la sociedad moderna, los programas de modernización de la posguerra generaron unas estructuras urbanas en las que se articulan de forma heterogénea la virgen de Guadalupe con la telenovela, la democracia con el autoritarismo y las músicas populares con el rock (134). Estas "consecuencias perversas" de la modernización pueden rastrearse ya desde comienzos del siglo XIX, lo cual lleva a Brunner a identificar la modernidad latinoamericana como una "posmodernidad *avant la lettre*", haciendo referencia con ello a la condición asimétrica entre esquemas hegemónicos provenientes de afuera y prácticas internas de configuración social. Tal como lo muestra Lechner, El 'desencanto' latinoamericano frente a las promesas fáusticas de la modernidad no ha venido marcado por el hartazgo de civilización, sino por el fracaso de todos los esquemas políticos de corte iluminista (198).

En este sentido, la pensadora chilena Nelly Richard afirma que la posmodernidad en Latinoamérica no es aquello que viene 'después' de la modernidad, sino que es el resultado del amalgamiento de signos por injertos y transplantes histórico-culturales de códigos disjuntos (217). Esto conlleva el desafío de 'desesencializar' las representaciones de Latinoamérica con que trabajan aún cientistas sociales y filósofos a uno y otro lado del Atlántico, mostrando —como lo afirma Hugo Achúgar— que las identidades (personales y colectivas) en América Latina se encuentran atravesadas por contradicciones de género, raza y orientación sexual, *además* de los ya tradicionales conflictos de nación y clase (235).

Decíamos que el concepto de 'Modernidad periférica' introducido por Walter y Herlinghaus posee también una connotación epistemológica. Esto hace referencia al modo en que los estudios culturales promueven una transgresión de las fronteras marcadas durante el proceso de disciplinarización e institucionalización de las ciencias sociales y las humanidades en el subcontinente. Los paradigmas estrictamente disciplinarios, provenientes sobre todo desde la sociología y la antropología, se quedan cortos a la hora de abordar la dialéctica entre cultura y modernidad. Néstor García Canclini enseña que pensar *a un mismo tiempo* la cultura y la modernización en Latinoamérica exige antropologizar la sociología y sociologizar la antropología, es decir, teorizar desde un espacio epistemológico intermedio, propio de lo que el pensador argentino identifica como 'ciencias nó-

madas' (111). Quizás el ejemplo más claro de este nomadismo lo hayan dado los estudios literarios. Tradicionalmente relegados al estudio de 'textos' pertenecientes al ámbito humanista de la cultura alta, los estudios literarios han empezado a realizar un giro epistemológico hacia el terreno más 'duro' de la teoría social.

Trabajos pioneros como los de Ángel Rama, Francois Perus, Ángel Lozada, Noe Jitrik, Antonio Cornejo Polar y Julio Ramos muestran una fuerte vocación 'sociológica' y 'culturalista' de los análisis literarios.

En 1995 aparece la colección *The Postmodernism Debate in Latin America* publicada por Duke University Press y editada por John Beverley, José Oviedo y Michael Aronna. La combinación de editores y editorial revela ya que la colección es auspiciada por dos instituciones que, desde los Estados Unidos, se han ocupado de los estudios culturales en América Latina: *University of Pittsburgh* y *Duke University.* Es allí donde, desde sus programas en los departamentos de lenguas y estudios latinoamericanos, se ha impulsado con más fuerza la difusión de las nuevas teorías de la cultura en la comunidad de latinoamericanistas estadounidenses.

Al igual que en *Posmodernidad en la periferia*, el propósito de la colección es dar a conocer a un público 'metropolitano' el estado actual del debate sobre la posmodernidad en Latinoamérica. Aunque varios de los autores —en incluso de los artículos— escogidos son los mismos (Brunner, García Canclini, Lechner, Richard, Sarlo), la diferencia entre los dos libros viene marcada por el *locus de lectura* de este debate: Europa, por un lado, y Estados Unidos por el otro. Mientras que *Posmodernidad en la periferia* pretende abrir espacios de discusión en un medio académico de signo conservador que, como el alemán, arrastra todavía la pesada carga del eurocentrismo, *The Postmodernism Debate in Latin America* busca intervenir en un debate político al interior de la academia y de la sociedad norteamericana. Sus autores saben muy bien que, a diferencia de lo que ocurre en Europa, en los Estados Unidos las teorías sobre Latinoamérica no hacen referencia a un "otro" que permanece distante en el espacio y el tiempo. Beverley y Oviedo recalcan el hecho de que existen más de 25 millones de latinoamericanos viviendo en los Estados Unidos y el español se ha convertido en la segunda lengua más hablada del país (14). Para mediados del siglo XXI los Estados Unidos serán, después de México y Argentina, el tercer país más grande de lengua hispana en el mundo y la comunidad latina, se habrá convertido en la minoría étnica más grande y más poderosa de los Estados Unidos, por encima de la comunidad negra. Así las cosas, hablar en los Estados Unidos del debate latinoamericano sobre la posmodernidad es algo más que un intento por abrir espacios posteurocéntricos de discusión en la academia; se convierte, ante todo, en la posibilidad de articular una crítica cultural de la misma sociedad norteamericana.

El 'giro posmoderno' se hace entonces evidente en el hecho de que Latinoamérica deja de ser el lugar donde se exportan materias primas hacia el centro y se 'consu-

men' teorías provenientes de Europa y los Estados Unidos. El fenómeno de las migraciones posmodernas ha generado la situación inversa: América Latina exporta teorías y artefactos culturales (como telenovelas y música pop) que son consumidos en el 'centro' y utilizados allí como dispositivos de autorepresentación. Desde este punto de vista, uno de los propósitos de Beverley, Oviedo y Aronna es combatir las representaciones románticas y estereotipadas de Latinoamérica que siguen vigentes en muchos intelectuales de la vieja izquierda y en los currículos académicos de algunos departamentos de literatura e instituciones de ayuda al desarrollo en los Estados Unidos: América Latina como región productora de bananas tropicales, mujeres exóticas, amantes latinos, novelas garciamarquianas y guerillas anticapitalistas; en una palabra: América Latina como lo 'otro' absoluto de la racionalidad moderna. La reflexión sobre la posmodernidad articulada *desde* Latinoamérica mostrará no sólo que aquel referente utópico —si es que alguna vez existió— ha desaparecido para siempre, arrasado por el impacto de la industria cultural y la modernización periférica en el imaginario colectivo, sino también que el propio debate sobre la posmodernidad en los Estados Unidos podría interpretarse como un *efecto poscolonial*, esto es, como resultado de la insidencia en el imaginario cultural norteamericano de la emigración procedente de antiguas colonias europeas (4).

El tema central que articula todo el volumen es, según los editores, como los teóricos latinoamericanos empiezan a abordar de forma no esencialista el problema de la identidad cultural y la modernización del subcontinente, abandonando los esquemas iluministas tanto de izquierdas (teorías de la dependencia) como de derechas (teorías del desarrollo) (6). Por esta razón, los editores escogen textos provenientes más de las ciencias sociales que de las humanidades. Además de los ya mencionados autores, el libro incluye artículos de Fernando Calderón, Aníbal Quijano, Martin Hopenhayn, Enrique Dussel, Xavier Albó, María Milagros López, Raquel Olea, Roberto Schwarz, Carlos Rincón y Silvano Santiago. Se incluyen también algunos textos escritos por académicos activos en los Estados Unidos como Hernán Vidal, Neil Larsen y el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, compuesto en ese momento por Ileana Rodríguez, Robert Carr, John Beverley, José Rabasa y Javier Sanjinés. La colección cierra, de manera sorprendente, con la *Declaración de la Selva Lacandona* firmada por la comandancia general del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

En este contexto aparece de nuevo el tema de la transdisciplinariedad y la reestructuración de las ciencias sociales en América Latina, tal como ésta ha sido llevada a cabo por "tanques de pensamiento" como CLACSO de Buenos Aires, CEBRAP de Sao Paulo, FLACSO de Santiago de Chile y CEDES de Argentina. Si en décadas anteriores los dos temas fundamentales de las ciencias sociales latinoamericanas habían sido el subdesarrollo y el Estado, ahora el interés se desplaza hacia un elemento

que hasta ahora permanecía ignorado por los cientistas sociales de la región: la cultura. La recepción latinoamericana de Gramsci, Althusser y Foucault en el marco de los estudios culturales británicos se dio justo en el momento en que sangrientas dictaduras militares dominaban el escenario político del Cono Sur. Esta situación hizo que el interés de un sector de la intelectualidad se dirigiera hacia la subjetividad y las identidades, buscando con ello repensar el problema de la tolerancia en un contexto marcado por el autoritarismo político y el conservatismo cultural. La cultura transterritorial de la globalización se revela entonces como un atractivo campo de estudios que prometía por lo menos dos cosas: primero, entender el desencanto y la resistencia de las masas latinoamericanas frente a proyectos políticos de corte "funcional" y tecnocrático, provenientes tanto de la izquierda como de la derecha; segundo, colocar sobre la mesa el problema de la democratización en clave de teoría cultural, lo cual demandaba incluir en la agenda política el tema de las identidades de género, de lengua, de raza, de orientación sexual, etc.

La emergencia de los Nuevos Movimientos Sociales durante la llamada "década perdida" ejemplifica el modo en que las ciencias sociales se ven obligadas a repensar la política y la subjetividad. Se trata de movimientos que no articulan sus luchas alrededor de agendas ideológicas diseñadas *para ellos* por vanguardias intelectuales, sino que desarrollan estrategias de resistencia ligadas a prácticas culturales. Emergen entonces nuevos escenarios de la política —que no pasan por la "representación" de los partidos políticos— y nuevas formas de organización colectiva. Martin Hopenhayn y Fernando Calderón anotan que es precisamente esta dimensión cultural del desarrollo la que debe ser tenida en cuenta por las Ciencias Sociales (55). María Milagros López piensa la crisis de la sociedad del trabajo obliga a buscar nuevas estructuras de subjetividad y de interacción social que ya no pasan por la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo. Formas que asumen conturas posmodernas y posnacionales sin dejar, por ello, de ser populares (165). Por su parte, Xavier Albó y Aníbal Quijano destacan el hecho de que los impulsos utópicos que animan a estos movimientos populares no tienen un carácter pre o antimoderno, sino que existen *junto con* y redefinen la dinámica de la racionalidad ilustrada (201). Lo que parece claro es que los Nuevos Movimientos Sociales no son abiertamente anticapitalistas, sino que asumen estratégicamente una actitud de negociación con las hegemonías culturales, económicas y políticas del Estado-nación. Tal es el caso del EZLN, una guerrilla posmoderna de presión y concertación social, más que de enfrentamiento directo con el poder establecido.

Antes que celebrar la marginalidad, la diferencia y el pastiche; los teóricos latinoamericanos de la posmodernidad se encuentran preocupados por buscar nuevas formas de acción política. Debemos recordar que la "condición posmoderna" en América Latina no surge del hartazgo por el consumo y la hipertecnologización

de la vida cotidiana, sino de la experiencia del choque asimétrico entre diferentes racionalidades y formas de vida. Por eso el interés latinoamericano en este debate radica, sobre todo, en la posibilidad de valorar las micropolíticas culturales como forma efectiva de intervención social. Sin embargo, teóricos como Neil Larsen desconfían de la eficacia de una micropolítica posmoderna, bajo la sospecha de que, diluidos en revindicaciones particularistas, los Nuevos Movimientos Sociales y los intelectuales a ellos ligados, pierden el horizonte de la totalidad y adolecen de una estrategia política global. De igual manera, el crítico chileno Hernán Vidal ataca fuertemente las representaciones posmodernas que insisten en presentar a Latinoamérica como una monstruosa desarticulación de "culturas híbridas", anulando de este modo la unidad y la fortaleza de identidades culturales históricamente configuradas en el continente. La crítica de Vidal toca ciertamente a teóricos como Brunner, Monsiváis y García Canclini, pero va dirigida específicamente contra el trabajo de su compatriota Nelly Richard y el grupo de intelectuales chilenos que escriben para la *Revista de Crítica Cultural* por ella dirigida.

Con la inclusión del ensayo crítico de Vidal, la respuesta de Richard y el *Founding Statement* del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, se plantea un debate teórico de tres frentes que, sin embargo, no es tematizado directamente en la colección. Los tres frentes son: los teóricos de los estudios culturales que viven en Latinoamérica y que favorecen una visión "posmoderna", los académicos de la vieja izquierda teórica, críticos de la posmodernidad, que viven en los Estados Unidos y, finalmente, los teóricos de la poscolonialidad, en su mayoría profesores latinoamericanos de universidades estadounidenses que procuran integrar la perspectiva política de la izquierda teórica con los debates posmodernos. La posición de este último grupo, integrado sobre todo por los miembros del equipo de Estudios Subalternos y por los propios editores de la colección, no queda suficientemente representada en el libro.

4. Epílogo

Si tuviera que enumerar los núcleos temáticos que han estructurado la discusión de los estudios culturales hasta el momento y su exigencia de transdisciplinariedad, diría que son fundamentalmente dos: un núcleo culturalista, que estudia los cambios sufridos de las identidades culturales en tiempos de globalización, y un núcleo epistemológico, que investiga el tema de la reestructuración de las ciencias sociales después de la crisis de los paradigmas decimonónicos. Los dos núcleos, como lo hemos visto, han sido abordados de forma diferente. De un lado tenemos el enfoque posmoderno, con su énfasis en las transacciones identitarias que se dan entre lo tradicional y lo moderno; del otro, tenemos el enfoque poscolonial, con su crítica de la producción de conocimientos en el capitalismo tardío. Ambas líneas

han continuado siendo discutidas en los dos últimos años en congresos, intercambios académicos y publicaciones.

En 1998 aparece en Caracas la colección *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*, editada por Roberto Follari y Rigoberto Lanz. El libro tuvo muy poca difusión editorial, ya que su circulación estuvo limitada al ámbito venezolano. Los trabajos recogidos en el volumen retoman la discusión planteada en años anteriores pero sin mostrar mayores innovaciones al respecto, aunque dejando ver que el radio de influencia del debate se había venido ampliando de manera considerable. Igual ocurre con la colección *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una postmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano*, editado en Alemania por los chilenos Alfonso y Fernando de Toro. La colección, que incluye textos de académicos europeos, estadounidenses y latinoamericanos, busca presentar el debate poscolonial como una variante del debate posmoderno, sin agregar nada sustancial a los lineamientos esbozados en los tres volúmenes que hemos considerado en este ensayo.

Más interesante resulta la compilación realizada por el sociólogo venezolano Edgardo Lander que lleva por título *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, publicado este año por la UNESCO y la Universidad Central de Venezuela. Aquí se deja ver que la vertiente poscolonial de los estudios culturales ha venido gozando de gran aceptación por parte de los cientistas sociales en América Latina y por instituciones como la CLACSO. El libro muestra una ampliación considerable del debate abierto en torno a la publicación del Reporte de la Comisión Gulbenkian, editado en 1995 por Immanuel Wallerstein con el título *Abrir las Ciencias Sociales*. Los resultados de este debate aparecieron por primera vez en el volumen *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, editado en Caracas por los venezolanos Roberto Briceño-León y Heinz Sonntag. La compilación de Lander da un paso adelante y documenta la gran influencia que han tenido las teorías poscoloniales en el replanteamiento epistemológico que se vienen haciendo las ciencias sociales en América Latina.

Pasando al caso colombiano, los dos núcleos de discusión arriba mencionados han tenido una representación desigual, y en todo caso nada comparable a la difusión de estos debates en países como México, Chile, Venezuela y Argentina. La línea más culturalista ha sido impulsada por instituciones como el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional, el Departamento de Investigaciones de la Universidad Central y la Fundación Social. Esta última ha abierto una interesante serie editorial donde se han publicado algunos clásicos de los estudios culturales latinoamericanos. Por su parte, la línea epistemológica ha sido recogida por el Instituto PENSAR de la Universidad Javeriana, que también ha abierto una serie de publicaciones al respecto. El libro *La Reestructuración de las Ciencias Sociales en América*

Latina aborda específicamente el modo en que la academia colombiana ha reflexionado sobre la transdisciplinarización de las ciencias sociales contemporáneas.

Notas

[1] La distancia frente al objeto obedece al 'paradigma de la representación'. La ciencia moderna se distancia del sentido común (visto como 'doxa') para aislar metodológicamente a un 'otro de la representación' llamado 'objeto', creando una distancia frente a él. Mientras mayor es la distancia, más objetivo es el conocimiento.

[2] Esto conlleva el peligro, antes señalado, del subjetivismo metodológico. El informe señala con razón que "la insistencia en el elemento agencial y en el significado [de las prácticas de los actores sociales] han conducido a veces a un descuido casi voluntarista de las constricciones estructurales sobre el comportamiento humano. El énfasis en la importancia de los espacios locales puede conducir al descuido de las interrelaciones más amplias del tejido histórico. El escepticismo posmoderno [frente a los metarrelatos] ha conducido a una posición general antiteórica" (*Wallerstein* 73-4).

[3] "Este libro nació de la voluntad de contribuir a una apertura imprescindible de la reflexión cultural en el 'centro'. Si bien los debates en torno a la posmodernidad han logrado una mayor repercusión, sigue siendo frágil la plataforma capaz de dar cabida real al estatus epistemológico de la 'periferia'. 'Agradecimientos', en Herlinghaus.

Obras citadas

Achúgar, Hugo. "Fin de siglo. Reflexiones desde la periferia." H. Herlinghaus, M. Walter; eds. *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Albó, Xavier. "Our Identity Starting from Pluralism in the Base." Herlinghaus. *Posmodernidad* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Quijano, Aníbal. "Modernity, Identity and Utopia in Latin America." Herlinghaus. *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Beverley, John y J. Oviedo, M. Aronna, eds. *The Postmodernism Debate in Latin America.* Durham: Duke University Press, 1995.

Brunner, José Joaquín. "Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana." Herlinghaus. *Posmodernidad* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Castro-Gómez, Santiago, ed. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina.* Bogotá: CEJA:Pensar, 2000.

Follari, Roberto y R. Lanz. *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina.* Caracas: Signo, 1998.

García Canclini, Néstor. "Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina." Herlinghaus. *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

H. Herlinghaus, M. Walter; eds. *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Hopenhayn, Martin. "Postmodernism and Neoliberalism in Latin America." Herlinghaus. *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Calderón, Fernando. "Latin American Identity and Mixed Temporalities, or, How to be Postmodern and Indian at the Same Time." Herlinghaus, *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Lander, Edgardo. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.* Caracas: UNESCO/UCV, 2000.

Lechner, Norberto "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna." Herlinghaus, *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Martín-Barbero, Jesús. "Identidad, comunicación y modernidad en América Latina." Herlinghaus. *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

López, María Milagros. "Postwork Society and Postmodern Subjectivities." Herlinghaus. *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Toro, A. de y F. de Toro. *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una postmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano.*
Frankfurt/Madrid: Vervuert Verlag 1999.

Monsiváis, Carlos. "La cultura popular en el ámbito urbano: el caso de México." Herlinghaus. *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Richard, Nelly. "Latinoamérica y la posmodernidad." Herlinghaus. *Posmodernidad.* Berlín: Langer Verlag, 1994.

Wallerstein, Immanuel et.al. *Abrir las Ciencias Sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales.* Ciudad de México: Siglo XXI, 1998.



Más allá de la historia del arte como disciplina: la cultura visual y el estudio de la visualidad

María del Carmen Suescún Pozas[1-2]

[1] Candidata al doctorado Departamento de Historia, McGill University.

[2] El presente ensayo tuvo como punto de partida el titulado *"Out of the Meadows and Into the Woods: From Art History to the Inter-disciplinary Study of Visual Culture."* Taller *"Social Sciences and Trans-disciplinarity: Latin American and North American Experiences."* Montréal: Center for Developing Area Studies de la Universidad de McGill, 1999.

La mirada contemporánea[1] es una mirada inquieta —inquietada e inquietante— que no puede reposar en actitud contemplativa sobre los objetos, personas, y vistas, "semblanzas y simulacros" que pueblan su entorno.[2] La mirada contemplativa —monástica si se quiere— la del 'letrado' o 'alfabetizado' en imágenes, nombres de artistas y períodos cuyo acto de ver es distinguido, ya no encuentra un lugar para hacerse pública y ética al mismo tiempo.[3] Y no es precisamente porque la posibilidad de sentir placer le sea negada, pues el acto de ver—de observar atentamente y de manera concernida descansa en gran medida, en lo que se refiere a la necesidad humana de 'abandonarse' a hechos y procesos simbólicos visuales a los que nos referimos de manera casual como 'imágenes', sobre la recompensa que se recibe a cambio por lo perdido, recompensa a la cual llamamos placer. No es, entonces, la función estética contenida en el acto de ver la que está desterrada de la facultad humana de recrearse en representaciones de toda índole y con cualquier propósito. El que está proscrito es el ojo incorpóreo que proclama su capacidad de operar de manera objetiva y desinteresada fuera de un espacio y un tiempo determinado y que se posa sobre una realidad hecha superficie continua y tersa, la cual cataloga de acuerdo con criterios formales o de estilo, al tiempo que divide el universo simbólico de lo visual en arte y no arte. Este es el Ojo de la historia del arte como disciplina y el que ha disciplinado el discurso sobre la belleza y los parámetros de producción 'cultural' en occidente.[4]

El Ojo de la historia del arte, el cual revelaba una humanidad omnipotente y omnicomprensiva —por no decir casi divina—, que todo lo registraba y que hacía de lo que registraba el único 'todo' posible e imaginable, empezó a ser desprovisto de sus vestiduras de manera particularmente inquietante a comienzos de este siglo y, finalmente, perdió su soberanía durante la década de los sesenta.[5] Al perder su Ojo la historia del arte perdió su capacidad de orientación y de reconocer sus objetos, y ante la imposibilidad de recurrir al bastón cartesiano[6] debió renunciar a su posición vertical y erguida y empezar a desplazarse haciendo uso de toda su 'corporalidad' a todo lo largo del plano horizontal de la visualidad. La historia del arte como disciplina se encontró con que su dominio ya no era el estudio de un número cuantificable de objetos sino la visualidad como campo expandido de virtualidad y fragmentación. Esta expansión fue hecha posible, requerida y facilitada, por nuevas formas de análisis que si bien emergieron de campos disciplinarios tradicionales, lo hicieron justamente con el objetivo de superar los aparentes abismos que separaban a las ciencias sociales entre ellas, y a éstas de las humanidades, de las artes y de las ciencias.

Si le preguntásemos a un peatón desprevenido sobre la ocupación del historiador del arte, —nos respondería sin titubeos y sin verse obligado a entrar en detalles—, que éste estudia las obras de arte de los diferentes períodos, hechas por pintores y escultores famosos. Sin embargo, para nuestra dicha y su pesar, esa certeza se vería comprometida si entrásemos a preguntarle al transeúnte qué es lo que el historiador del arte historia y qué hace que lo que estudie sea arte. Es decir, dónde está el arte en el Arte. En esta agua pantanosa no muchos peatones querrían incursionar. Se sonreirían, eso sí. Nos mirarían con una mezcla de asombro e incredulidad y los corteses se alejarían aduciendo prisas y compromisos. Porque ... ¿quién quiere dejar las apacibles praderas que representan a la disciplina que insiste en mantenerse ajena a sus propios límites y a las fisuras del conocimiento que produce, para adentrarse en el bosque húmedo y oscuro en donde perderá el sentido de la orientación y tendrá que desarrollar nuevas estrategias de sobrevivencia, para estar en contacto con nuevas formas de vida y, a lo que a primera vista aparecerá, como una indiferenciada densidad? A las dos simples preguntas: ¿qué es lo que el historiador del arte historia? y ¿dónde está el arte en el Arte? bastan para poner en problemas a la disciplina ya que la deja en manos de sus principales críticos y verdugos, quienes desde los estudios culturales y la crítica cultural, se han puesto como tarea estudiar lo que llamaremos el orden de lo visual y la visualidad dentro del cual se encontrarían las obras de arte acompañadas por un amplio espectro de 'hechos'[7] visuales.

La historia del arte como disciplina —la historia de sus objetos y sus historias— ha sido llevada a un estado de crisis al tener que reconocer la complejidad de los objetos que estudia y los límites de su tradicional marco conceptual y analítico, a partir de lo que se conoce como el 'giro lingüístico'. Con este nombre

se conocen las nuevas formas de análisis hechas posibles por la semiótica, el estructuralismo y el posestructuralismo. Paralelamente y sobre las bases que la semiótica, el psicoanálisis y el análisis estructural proveyeron los estudios feministas y de género, los estudios culturales, el posmodernismo, la deconstrucción, los estudios poscoloniales y los estudios *queer*, —entre otros—, constituyeron sus respectivos dominios. Las nuevas estrategias de análisis hicieron posible el reconocer y recuperar la cualidad compleja y densa de las organizaciones humanas y de sus actividades y como resultado de esto aparecieron nuevos 'objetos' de estudio dentro de un campo que inicialmente fue definido como interdisciplinario y más recientemente transdisciplinario. La expansión del campo, que se va a considerar, aparece como resultado de las nuevas herramientas de análisis y metodologías —el orden de lo visual y sus objetos sin límites o fronteras— obliga al historiador del arte a cuestionar las fronteras de su disciplina y a transgredirlas.

Después del giro lingüístico la historia del arte, en teoría, no podría ser la misma. Han sido muchas las preguntas que durante las pasadas tres décadas fracturaron las certezas y superficies delicadamente acabadas y pulidas sobre las que descansaba su conocimiento. El nuevo panorama conceptual y analítico hizo que la historia del arte como disciplina apareciera como problemática y que sus fundamentos humanistas como los responsables de su incapacidad de problematizarse a sí misma, de definir con claridad sus 'objetos' de estudio y, por ende, de permitirle revelar, esto es, 'hacer visibles' muchos de los aspectos que los hacen interesantes para todo aquel que teniendo algo más que 'un ojo educado' quiera verlos dentro de marcos conceptuales y como parte, resultado y generadores de experiencias más amplias. A finales del siglo XIX, la historia del arte se había constituido ya en una especie de camisa de fuerza para un estrecho espectro de la producción simbólica visual. Sin duda ésta también se había tornado en un 'cinturón de castidad' para los objetos sobre los cuales se había fundado a sí misma como disciplina y alrededor de los que creó instituciones que al tiempo que los protegían, la legitimaban y aseguraban un permanente flujo de materia prima, que hacía de su existencia una necesidad y de su conocimiento algo justificado.[8]

Surgieron entonces preguntas generales sobre la disciplina, las cuales siguen teniendo vigencia: ¿Cuál es entonces el dominio de la historia del arte?, ¿qué historia la historia del arte?, ¿cómo lo hace?, ¿cómo constituye ésta a algo en un objeto u hecho artístico?, ¿de dónde deriva su capacidad de legitimación o autoridad? Si el hecho de ver se convierte en algo inquietante: ¿qué vemos cuando estamos frente a un hecho visual? ¿qué le entrega nuestra mirada a ese hecho (no ya un simple objeto)?, si algo se ve, entonces ¿qué nos dice preguntarnos sobre quién ve? Y si quien ve es un observador en particular y no uno genérico: ¿cómo ve?, ¿qué buscamos en el acto de ver?, ¿qué busca el hecho visual de nosotros? Si considera-

mos los determinantes de la mirada y el papel que jugamos en la sustentación y reproducción de estos determinantes podemos preguntarnos: ¿en dónde encontramos el hecho visual y cómo se constituye como tal para nosotros?, ¿qué estamos haciendo cuando vemos, cuáles son las consecuencias de nuestro acto y dentro de qué prácticas está enmarcado?, ¿cómo participamos en la constitución del orden de lo visual con nuestro ver, de lo visible, de lo que se puede ver, de lo que no es presentable? O si hacemos consideraciones de género y étnicas no podemos más sino preguntar: ¿Desde qué lugar nos constituimos como observadores? ¿Quién es el dueño de la mirada? ¿A quién legitima el orden de lo visual? ¿Quién o qué es constituido como objeto para la mirada del otro? ¿Tiene la mirada un género único o puede ésta 'traicionarse' a sí misma? ¿Cómo sustentar una práctica de producción de placer que no descanse sobre la opresión y la construcción de la otredad? Éstas son preguntas a las que no se puede dar una respuesta sólo echando mano de las herramientas de análisis tradicionales de la disciplina, como datos biográficos sobre el artista y la escuela o movimiento al que pertenecía, la fecha de su factura, la técnica, el medio, el estilo, el género, la escuela, las dimensiones, los referentes, ya sean obras literarias u otras obras de arte, localización de la obra, el lugar temporal que ocupa dentro del corpus de la obra del artista, la colección a la que pertenece y otros detalles 'arqueológicos', sobre su factura y su estado de conservación.[9] Para responder a ellas necesitamos esto y mucho más, todo lo más que nos ofrece el cuerpo de conocimiento que se ha formado a lo largo de las fronteras disciplinarias y en los 'intersticios' de las mismas.

El orden de lo visual ha ocupado un lugar privilegiado en la vida moderna de occidente. El estudio de la cultura visual da crédito de la importancia de la visualidad como fenómeno cultural y de las posibilidades que esta constantemente ha ofrecido para el intercambio de conocimiento y de las prácticas de producción simbólica las cuales, a su vez, aparecieron gracias a las tecnologías y a los medios modernos de comunicación. La cultura visual atiende a estos intercambios y prácticas, a sus transformaciones y a los hechos visuales 'híbridos' o transculturales que resultan de las interacciones entre ellos.[10] En este nuevo territorio que luce más como un bosque que como una apacible pradera, rodeados de troncos, espeso follaje y penumbra salpicada de luz, damos cada paso con incertidumbre, nos sentimos inquietos ante los obstáculos; y, si alguna vez, ganamos confianza rápidamente nos vemos robada de ella. Este es el territorio de la visualidad, en donde lo visible 'se hace' desconocido para nosotros constantemente y si acaso derivamos algún placer del sentido de la vista lo hacemos para darnos cuenta de nuestra capacidad para sentir, para el asombro, y para ser perturbados por el acto sensorial y nuestra respuesta a él.

A finales de la década de los setenta la 'cultura visual' sale de los programas de estudios culturales y de medios como área de conocimiento ante la necesidad de

atender al aspecto visual de la producción simbólica. Dentro de los departamentos de historia del arte que la acogieron, se empezaron a estudiar las dimensiones económica, social e ideológica, que contrastaba con la aproximación al campo visual que la historia del arte había propuesto hasta la fecha.[11] Fue así como mediante un análisis crítico de los discursos del arte, de sus historias institucionales y sus regímenes de conocimiento se inició el cuestionamiento del 'canon' del Arte y las formas en que las 'obras de arte' eran aproximadas (The BLOCK Reader xiii). A partir de este momento el arte será entendido ya no simplemente como una forma de expresión sino como una práctica social, mientras que el concepto de creación artística pasa a ser reemplazado por el de producción. Igualmente, la obra de arte se verá como el producto de una práctica artística y dejará de ser concebida como un objeto para la contemplación. Como resultado de esto, las consideraciones de su recepción en situaciones específicas tomarán un nuevo lugar en el estudio no ya del arte, sino de la producción visual en general.

De esta manera surgió la 'cultura visual' como campo de estudio la cual problematizará la existencia de la historia del arte como disciplina, sus objetos y sus teorías, al intentar dar cuenta de problemas como los de legitimidad de las estructuras e instituciones de representación cultural, las relaciones de poder y la capacidad que éstas tienen de producir al sujeto como 'observador', en su doble acepción, dentro de regímenes visuales dominantes o al margen de los mismos (xiii). Con este propósito en mente los nuevos historiadores del arte como críticos culturales recurrieron inicialmente a los marcos conceptuales, analíticos y metodológicos que proveían el marxismo, las teorías de la recepción, las teorías estructuralista y la semiótica de la significación, y el psicoanálisis los cuales a su vez fueron capitalizados por la crítica feminista. Más adelante la teoría posestructuralista, el psicoanálisis posfreudiano, la crítica poscolonial, la deconstrucción, los estudios de género y *queer* contribuyeron aún más a definir la cultura visual como dominio de estudio y su estudio mismo.[12] La apertura del espacio disciplinar hizo posible generar discusiones sobre la visión y la visualidad, entendidas como prácticas culturales, la voz y las relaciones de poder, la modernidad y sus márgenes, las estructuras del placer, las políticas de la representación, la hegemonía y las ideologías, la reproducción de las estructuras dominantes y su transformación, y la producción de sentido, entre otras.[13] El objetivo no era extender la lista de los objetos a 'historiar' —agregar a la lista de obras de arte de los grandes maestros las ilustraciones de manuales de anatomía de artesanos menores, los instrumentos ópticos utilizados para la investigación de laboratorio o el entretenimiento de salón, las tarjetas postales y etiquetas de productos comerciales, y todas las formas que toma lo visual en tanto que 'hecho'—, sino crear un campo de estudio que, siguiendo a la antropología en su aproximación a la cultura como "toda una forma de vida", albergara la

amplia gama de producción simbólica cuyo componente visual fuese el principal medio de representación".[14] Por otro lado la actividad de "historiar" se convirtió en un punto de contención dado que paralela a la crisis de la historia del arte como disciplina autónoma la historia, de la cual esta ambiguamente se había independizado, y sus modelos historiográficos estaban rindiendo cuentas sobre su propia autonomía en tanto que estructura disciplinar.

Si bien la 'cultura visual' se ofreció al historiador del arte y al crítico cultural como una nueva área de estudio, más allá de los límites disciplinares, esta área de estudio está fundamentada en una falsa dicotomía la cual, en lugar de despejar el panorama para la transformación de la historia del arte, le sale al encuentro de una manera que desde el inicio nos parece problemática. La dificultad la presenta el divorcio entre lo visual y lo cultural, que plantean quienes en los últimos años han intentado definir con más precisión el dominio de este campo de estudio. En su reciente libro Walker y Chaplin luego de definir cultura visual como "esos artefactos materiales, edificios e imágenes, medios basados en la relación temporal tales como la performancia, producidos por el trabajo y la imaginación humanas, que sirven un fin estético, simbólico, ritualístico o ideológico-político, y/o funciones prácticas, y que están dirigidos en un grado significativo al sentido de la vista".[15] proponen que los Estudios de la Cultura Visual se distingan del estudio de la cultura visual que privilegia el segundo término: cultura. De acuerdo con los autores, el poner énfasis en el término cultura demandaría una historia de *las* cultura*s* visuales proyecto que —de acuerdo con ellos—, es más del tipo de la historia social o de las mentalidades (Walker y Chaplin, *Visual*). Es así como Walker y Chaplin proponen al lector distinguir entonces entre el estudio de la especificidad del medio y el principal modo de dirigirse al observador de las "habilidades visuales y congnitivas particulares, compartidas por un grupo de personas y su transformación en el tiempo y de un lugar a otro, o un modo central a la autorrepresentación y conciencia en la vida de una sociedad en particular" (*Visual* 3). Vemos, sin embargo, que al plantear esta escisión entre lo visual y lo cultural, nos encontramos de nuevo en un dominio que privilegia el objeto en lo que respecta a los aspectos formales y materiales de su factura en detrimento del amplio espectro de problemas que las teorías y modos de análisis que dieron lugar a esta área como un nuevo campo de estudio. Seguir a Walker y Chaplin en sus argumentos equivaldría a realizar un viaje circular que nos llevaría de regreso al punto de partida de no ser por dos desplazamientos que los autores proponen y que no dejan de ser menos inquietantes, el primero a lo largo del eje horizontal del Arte a todo aspecto visual que sea importante para "la economía, los negocios y las nuevas tecnologías"[16] y el segundo a lo largo del eje vertical de la contemplación del Arte al 'consumo' de la cultura visual (3).

Si bien podríamos intentar pasar por alto el problema que para nosotros plantea lo anterior, no podemos hacer lo mismo con otros aspectos de la definición propuesta por estos autores, dado que entran en directo conflicto con el propósito que la cultura visual, en tanto qué área de estudio decía tener. En su presentación del estudio de la cultura visual, autores como Walker y Chaplin hacen énfasis en el carácter aparentemente 'híbrido' de su espacio y de la tarea inter o multidisciplinaria que este requiere, dado que de por sí es el resultado de la convergencia de diversas disciplinas y metodologías (*Visual* 1). Los autores hacen una salvedad, la cual cito en toda su extensión:

> "Existe un peligro de incoherencia y contradicción interna dado que los *conceptos* y *métodos* derivados de una disciplina pueden resultar incompatibles con los que son tomados prestados de otra ... para sortear el requisito implícito de que los académicos se conviertan en expertos en un número de *disciplinas*, se ha propuesto que *académicos de distintas disciplinas deben enseñar en equipo*. Desafortunadamente, dada la crisis financiera por la que atraviesan las universidades actualmente, esta posibilidad parece cada vez más remota. Sin embargo, *aún es posible publicar antologías de artículos que ejemplifiquen distintas aproximaciones al estudio de la cultura visual*."[17]

Vemos entonces que no estamos frente al estudio de la cultura visual sino realmente frente a estudio*s* de la cultura visual y que más que abrir el espacio disciplinar este nuevo campo atrinchera los ya existentes, *aún cuando dentro de estos se haya hecho necesario romper con las barreras disciplinarias y sus metodologías asociadas*. Salvo por la consideración sobre el conflicto existente entre métodos y conceptos incompatibles, nos encontramos nada más y nada menos antes la lógica del *'market place'* en donde todo vale y todos juegan siempre y cuando lo hagan alrededor de un mismo interés, en este caso la monolítica 'cultura visual'. Por otro lado, la incompatibilidad que presentan métodos y conceptos es sólo un problema si persistimos en el esfuerzo de trabajar dentro de espacios interdisciplinarios y pretendemos que los dominios de las disciplinas tradicionales son agregables.[18] El espacio transdisciplinario como lo concebimos en el presente ensayo es tal, que se reconoce como espacio simbólico y que entiende las fronteras que dividen un dominio de otro como producto de los modelos analíticos utilizados.

Lo anterior tal vez nos dé una idea clara del campo frente al cual nos encontramos si nos suscribimos a la definición de los autores: un campo disperso que instrumentaliza tanto disciplinas y metodologías por igual y cuya coherencia la dan "antologías de artículos" cada uno de los cuales estudia *la cultura visual* desde un ángulo distinto, en últimas, un campo constituido inter-indisciplinadamente porque al interior de cada disciplina actualmente es la indisciplina la que forzosamente reina y debe reinar dado que la crítica no ha sido de(sen)cantada. Tal como lo proponen estos autores así luce, en fin de cuentas, todo campo que se dice inter

o multidisciplinario. Dado que no queremos suscribirnos a los parámetros propuestos para el estudio de la cultura visual que circulan hoy, nos vemos entonces ante un impase: ¿Qué alternativa se le ofrece a la historia del arte que no sea la del 'todo vale' del "*market place*"? La respuesta ya la han dado quienes independientemente; pero, en conjunto, han construibuido con su trabajo a crear lo que en el contexto de este ensayo hemos llamado "el campo unificado de la visualidad" para el estudio del cual se plantea un espacio de producción de conocimiento que si bien se fundamenta en el disciplinario, reconoce que para comprender una realidad compleja y densa se necesita un aparato conceptual y analítico igualmente complejo y denso (más no confuso, como lo es tal vez la realidad cuando nos encontramos con ella en tanto que actores). Y mientras se articula este espacio no pedimos que el investigador se vuelva 'experto' en varias disciplinas y, mucho menos, que se diluya en lo que de todas ellas se puede hacer de *collage*, pero que sí se familiarice cuanto le sea posible y su trabajo lo requiera, con las herramientas de análisis y los cuestionamientos que por tradición han sido del dominio 'exclusivo' de las distintas disciplinas o campos de conocimiento. Esto no sólo le permitirá operar dentro de un marco donde múltiples instrumentos y formas de análisis deben ser utilizados, sino que así podrá ser testigo de los 'lugares' en los cuales éstos se sobrelapan, se excluyen o se complementan. Estaríamos entonces frente a un campo de estudio no inter o multidisciplinario y ecléctico, sino dentro de uno en el cual las fronteras estén en constante proceso de transformación, vivas cual organismo. Esto permitiría al nuevo campo de estudio lucir finalmente como el espacio transdiciplinario que demanda la visualidad, en el cual una variedad de conceptos, teorías, modos de análisis, y premisas serían las herramientas mediante las cuales se intentaría abarcar en su compleja magnitud los aspectos de la realidad, que constituyen el campo unificado de la producción simbólica visual.

¿Qué sería entonces lo que este estudio de la cultura visual que proponemos haría que la historia del arte —como la conocemos no ha hecho—; y que no podría hacer de continuar ésta operando dentro del marco conceptual y analítico tradicional? ¿Cuál sería la diferencia que la despojaría de las fronteras ilusorias de donde se derivan sus certezas y el carácter de completud que ella proyecta? Porque es en esta diferencia, en el doble sentido de la deconstrucción, en dónde encontramos un modelo para construir el espacio no disciplinar. Uno de los caminos para liberarse de los modelos disciplinares y disciplinarios totalizantes es el que nos lleva a reconocer las fronteras de la disciplina y sus límites, el papel que ésta juega en la construcción de sus objetos de estudio; la responsabilidad que tiene con el conocimiento que éste produce; y, las consecuencias, —que en tanto práctica exclusionaria— tiene para la comprensión de la importancia de la visualidad en la sociedad contemporánea. La disciplina inicia su autocuestionamiento y empieza a disolver sus fronteras en el

momento en que reconoce lo que las formas de conocimientos que le son propias excluye y el conocimiento que éstas difieren. Sólo convirtiéndose en un espacio plural puede la disciplina diferenciar sin subordinar lo que es diferido y, sin establecer, una jerarquía de lo que es y no legítimo con base en una supuesta objetividad cuyo soporte es implícito e incomunicable, esto es: el Ojo letrado.

Si acaso persistimos en la tarea de proponer uno o varios modelos para la empresa transdisciplinaria, encontraremos otro en el propio lenguaje del orden de lo visual, esto es, de lo que se constituye ante nosotros como imagen o hecho visual.[19] Una de las características más 'visibles' de toda imagen y de todo aquello que constituimos en imagen, es su incapacidad de instaurarse como espacio completamente delimitado y libre de contradicciones y juegos de significación. Si algo tienen las imágenes en común, en tanto que representaciones, es la indeterminación, en la medida en que en ellas reina la función de conjunción copulativa 'y' en vez de 'o'.[20] La imagen nos ofrece un 'esto' y un 'aquello', a la vez, ambos conviviendo dentro de un mismo marco, y es capaz de mantenerlos suspendidos simultáneamente ante nuestra mirada que no puede ser otra sino una mirada inquietada.[21] Las imágenes se nutren de... y se hacen posibles gracias a..., la ambigüedad posible en cualquier construcción lingüística, aun cuando no podamos hablar propiamente del lenguaje visual.[22] Casi de manera consistente una imagen es entonces un lugar en el cual reina la posibilidad de la simultaneidad y de la complementareidad en el cual —incluso lo que aparece como aparentemente opuesto dentro de sistemas de pensamiento modernos—, puede ser considerado como parte de un continuo.[23] Así como la imagen se nos presenta como un modelo orgánico en el sentido del permanente movimiento de expansión y contracción que es capaz de albergar en su interior ahora un sentido, ahora otro, o ambos, siempre reformándose, siempre reconstruyéndose, rasgándose y restaurándose, por las variables de tiempo y espacio que informan el acto de ver como producción de sentido, como 'hecho' visual, así también podemos concebir el espacio no disciplinario que pretende estudiar la cultura visual en sus dos dimensiones, lo que tiene de cultura y lo que tiene de visual de manera interdependiente.[24]

¿Qué es entonces lo que proponemos como estudio de la cultura visual?, ¿ por qué es importante esta área de estudio?, ¿cuál es su especificidad o dominio?, ¿cuál es su valor histórico y explicativo?, y ¿qué modos de análisis, aparatos conceptuales, teorías y metodologías pueden operar simultáneamente y de manera complementaria para su estudio? Proponemos referirnos a la cultura visual como al orden simbólico del cual privilegiamos como objeto de análisis todas las formas de representación que se dirigen al sentido de 'la visión', entendida ésta como una actividad cultural para distinguirla de la vista como el acto de percepción fisiológica.[25] Este orden simbólico es todo aquello susceptible de constituirse como imagen y que es de

esta forma producido por colectividades conscientes o no, de su actividad de interpretación y reproducción de la realidad y de su cohesión en tanto que grupo, y apropiado y circulado de diversas formas entre los espacios de la vida pública y privada en el ámbito local, nacional y transnacional (Didi-Huberman 49).[26] Nos referimos a un nuevo espacio extendido en el cual predomina la producción de sentido a través de un medio visual al que llamamos la 'cultura visual'.

Aún cuando la noción de cultura es —en sí misma—, un espacio para el permanente disenso, proponemos como punto de inicio que la cultura en nuestra 'cultura visual' sea entendida, aunque aclaramos que no exclusivamente, en dos de sus acepciones (Wallerstein, La cultura).[27] La primera se refiere a todas las cualidades que nos permiten diferenciar un grupo humano de otro, cualidades que no son sino el entramado de todas las representaciones o producción simbólica normativizada y que aparece como el predominante y constitutivo de la identidad de una colectividad (generalmente nacional) en particular (La cultura I, 165).[28] La segunda, es el entramado convertido en la norma puesta al servicio de un grupo dominante dentro de una colectividad y que se utiliza para justificar sus intereses en detrimento de los del resto de los miembros de la colectividad (La cultura, 165).[29] En cuanto a lo 'visual' del campo de estudio que proponemos, y —de acuerdo con la noción de cultura que hemos escogido—, éste es el medio de representación o de producción simbólica que privilegia, aunque no de manera exclusiva, el sentido de la vista, al menos, en las sociedades occidentales y que se entrega a la mirada del observador en un acto de comunicación siempre abierto al juego de las significaciones; pero que, sin embargo, es presentado como capaz de hacer aparecer una sola forma de visualidad como totalizante.[30] Lo visual es todo aquello que 'inquieta' la mirada y que nos obliga a atender la relación que se establece entre objeto y sujeto de ésta.[31] De tal manera que es justamente de esta relación, más que de sus características formales o de estilo que lo visual, entendido más como 'hecho' y menos como objeto, deriva su especificidad (Didi-Huberman 42).[32] Este es para nosotros el problema crítico que la cultura visual plantea para un campo de estudio transdiciplinar.

La historia del arte y la historia cultural, los estudios culturales y de medios, en tanto que áreas que estudian los imaginarios que tanto hombres y mujeres han resuelto a —lo largo de la historia— en hechos concretos, ya sea en forma de literatura, objetos cuyas cualidades están dirigidos a uno o más de los sentidos, se entrelazan en su interés por la producción simbólica de hombres y mujeres que viven situaciones específicas, en momentos específicos, que participan de costumbres, tradiciones e imaginarios, que en ocasiones reproducen, transforman o transgreden, y que 'consumen', en el sentido de interpretar y hacerse partícipes de la actividad de producción simbólica de otros, utilizando los recursos que ofrecen medios como: el lenguaje, la arcilla, la fotografía, el óleo, la dramatización, entre

otros; en formas autocontenidas y delimitadas que se nos presentan como un hecho o espacio simbólico independiente. Al estudioso de la cultura visual es claro que es toda representación simbólica visual, su capacidad denotativa, conotativa y descriptiva lo que le compete al igual que participar en la actividad de definir qué es lo que se constituye como tal, para quién y en qué circunstancias. Es por este motivo que concebimos el estudio de la cultura visual no como una actividad que privilegia lo visual sobre lo cultural o viceversa (el problema que plantea toda estructura binaria en donde reina la conjunción "o") sino como una que para alcanzar su fin no puede sino comprometerse con ambos simultáneamente.

Debemos atender la perturbación en el acto de ver, tanto desde el objeto o hecho observado como del observador y del aparato conceptual del cual nos valemos para aproximarnos a éste. Un acto que se torna en un verdadero enfrentamiento cuerpo a cuerpo cuando reconocemos que nuestro 'contrincante' tiene tanto de sujeto de nuestra mirada como nosotros mismos tenemos de objeto de la suya.[33]

Al reconocer esta inquietud nos encontramos con el espacio disciplinar en crisis, tanto en el historiar como de sus objetos, porque la Historia se ha transformado en "historias" y el objeto se ha liberado de su cinturón de castidad y ha regresado a su estado de franca y abierta promiscuidad con el entorno del cual fue producto y con los múltiples entornos a los cuales se ha hecho, y que él mismo ha hecho, con el correr de los años. Las fronteras de la disciplina se encuentran entonces más allá del objeto artístico porque el objeto artístico ya no está reducido a las dos dimensiones y a su forma "y/o", contenido; sino que sus propias fronteras tanto físicas como imaginarias se han extendido hasta mergerse con las del cuerpo del artista y del observador quienes en el hacer y el ver, entendidos ambos como actos de interpretación equivalentes, lo completan y lo convierten en un 'hecho' visual que 'es' de muchas formas y en diversos contextos aparte del llamado contexto de su producción y que simultáneamente produce contextos de recepción. La historia del arte se ve constantemente obligada a reinventarse, tarea que sigue siendo proyecto, por las exigencias de los nuevos problemas y del renovado entendimiento de la realidad. Esto la ha enfrentado al orden de la representación, de la ideología y del discurso en lo que respecta a lo visual, a la visualidad, como práctica en el punto que esta se cruza con otras prácticas de representación. Tal demanda, aún si hoy en día encuentra resistencia, no pudo ser menos que democratizante.[34]

Los gabinetes de curiosidades del mundo contemporáneo ya no dan abasto para guardar los 'objetos' que nos presentan el orden de lo visual. Junto con los vestigios materiales que descansan tras sus vidrios, dentro de sus bóvedas —detrás de cintas protectoras y de sensores de rayos infrarrojos—, deberían también estar los hechos simbólicos que tienen lugar dentro del amplio espectro de la producción visual y de una visualidad que en vez de ser ocular-centrada se presenta más bien como trans-

sensorial. Las nuevas herramientas de análisis y campos de estudio hacen que los 'contenidos' de la visión se desborden por las grietas de las instituciones artísticas y de sus técnicas disciplinantes.[35] Resulta inquietante que a pesar de esto tanto instituciones —las cuales aparentemente tienen más que perder en capital simbólico—, como programas de estudio (los cuales aparentemente más que perder ganarían en capital simbólico aunque éste fuese de otra índole), muestren tanta inercia ante la necesidad de cambio.[36] Y esto a pesar de que la historia del arte como disciplina se vio obligada a reconocer la inextricabilidad del arte de otras prácticas sociales de representación y de producción visual dentro del espacio más amplio de la producción material, y que éste convive en relación de igual con la cultura popular y de masas en lo que respecta al proceso de producción simbólica de sentido. Para la mente disciplinaria la 'cultura visual' se abre como un espacio ecléctico, el cual no está constituido como una disciplina (John A. Walker y Sarah Chaplin 1), lo cual no representa un problema para nosotros ya que es justamente resistirse al espacio disciplinario, lo que se pretende al estudiar la cultura visual.

Notas

1 Al referirnos a la "mirada contemporánea" lo hacemos distinguiéndola de lo que podríamos llamar la mirada de contemporaneidad, la cual seguramente ha sido inquieta a lo largo de la historia de la humanidad ya que se realiza siempre en el presente, frente al constante cambio y los procesos de transformación, por lo cual está privada de la capacidad abarcar de un solo golpe —comprender en toda su dimensión— el lugar que ella misma ocupa en medio de ese indefinido e indefinible "todo", que se hace manifiesto para ella a su alrededor.

2 Sobre inquietar la mirada hablaremos en más detalle en las siguientes páginas de este ensayo, en dónde se darán referencias pertinentes. De acuerdo con W. J. T. Mitchell, decimos vivir en "un mundo de semblanzas y simulacros" que según él "parecieran no hacernos mucho bien" (5-6).

3 La disciplina de la historia del arte tiene cada vez menos forma 'clasicistas', 'medievalistas' o 'modernistas' aún cuando esta periodización permanezca vigente.

4 Este Ojo al cual nos referimos, si bien hace referencia a lo divino también lo hace al régimen de visualidad que se instaura con la invención de la perspectiva en el Renacimiento para luego tomar la forma de la cámara oscura y el modelo de la prisión de Jeremy Bentham, que encuentra en el cine su expresión contemporánea para finalmente disolverse en la actual sociedad del espectáculo. Ver un primer intento de aproximación al problema de los distintos regímenes de visualidad informado por el trabajo de Foucault, más específicamente *The Order of Things* y *Discipline and Punish;* en Jonathan Crary, *Techniques of the Observer.* Guy Debord creó el término "sociedad del espectáculo" para referirse a la sociedad que alcanza el capitalismo en su máxima expresión.

5 No es caprichoso el uso de términos del dominio de la religión, en particular la cristiana, en estas primeras páginas y las siguientes. La aproximación a la imagen en occidente está íntimamente ligada a la tradición cristiana y no en balde son imágenes del Nuevo Testamento las que pueblan las salas de museos y galerías que ilustran los orígenes del Ojo moderno. De acuerdo con George Didi-Huberman, tal es el caso de la concepción de lo visible medieval como "la huella de una semejanza perdida, arruinada, la semejanza con Dios perdida en el pecado" (18). Por otro lado, es sabido que la sacralización del arte fue

un instrumento en la constitución de la nación y como instrumento de distinción. (Ver Norbert Lechner 72-3).

[6] Recordemos el bastón que utiliza el hombre desprovisto de vista por Descartes, *Discourse on the Method.*

[7] Nos referimos a lo visual como "hecho" para indicar que lo visual está constituido por una relación que se establece entre un objeto, un sujeto, ambos en una situación y no simplemente un objeto, como es concebido hasta por la historia del arte y sus instituciones asociadas.

[8] Uno de los primeros autores en escribir una crítica sobre los fundamentos de la disciplina como luego del giro lingüístico fue Donald Preziosi. Las instituciones asociadas, como el museo, han sido cuestionadas por Carol Duncan. Ver Suescún Pozas, "Museos de Arte Moderno"(135-44).

[9] Entre las enciclopedias de arte que pretenden abarcar con el área desde el paleolítico hasta nuestros días y que cubren casi exclusivamente prácticas como la pintura y la escultura, en especial en la lengua inglesa, libros como *Janson History of Art,* en el cual el lector encontrará si bien no todo, sí casi todo lo que encontraría al visitar las colecciones de los principales museos del mundo. Un espectáculo inquietante es la labor monumental de reunir tantos objetos de la cultura material de la humanidad, en espacios que si bien son amplios a la vista, son estrechos al acto de ver que ha problematizado la disciplina y que queremos presentar al lector en el presente ensayo.

[10] Ver por ejemplo publicaciones recientes en cuyo título encontramos el término "cultura visual", tales como *The BLOCK Reader in Visual Culture* y *The Visual Culture Reader*, las cuales se ofrecen en universidades canadienses y estadounidenses a estudiantes en los departamentos de historia del arte, comunicaciones, y estudios culturales. Otras publicaciones tratan el tema de la visualidad dentro del campo de la cultura visual, como es el caso de *Picture Theory: Essays on Verbal and Visual Representation* de 1994, y *Languages of Visuality: Crossings Between Science, Art, Politics, and Literature* de 1996. Números completos de revistas de vanguardia han sido dedicadas igualmente a la cultura visual y la crisis de la historia del arte como disciplina, como lo demuestra el número 77 de la revista *October* (1996) en el cual colaboraron prestigiosos académicos norteamericanos que trabajan en el área y cuestionan constantemente el espacio disciplinario de la historia del arte, algunos de ellos historiadores del arte, tales como Hal Foster, Rosalind Krauss, Thomas Crow, Svetlana Alpers, Michael Ann Holly, Keith Moxey, entre otros. Algunas de las publicaciones inglesas que a partir de la década de los setenta y desde los estudios culturales han expuesto los límites de la historia del arte como disciplina y su dominio de estudio y análisis son *BLOCK, Screen,* y *Third Text,* las cuales aparecieron entre finales de la década del setenta y el ochenta.

[11] Los artículos de la revista *BLOCK* que inauguraron esta área de estudio han sido publicados en *The BLOCK Reader in Visual Culture.* La revista inglesa *BLOCK* sale de departamentos de historia del arte ante la frustración que sentían algunos académicos con lo que se consideraba 'arte' e 'historia' hasta aquel momento (3).

[12] De tal manera que ya no se encontraban 'medievalistas', 'clasicistas', y 'modernistas' sino también y especialmente marxistas, feministas, deconstruccionistas, psicoanalistas y semióticos y su combinatoria hasta el punto que se dice que *"Most large departments [of art history], like zoos, I am to have one or two of everything". The BLOCK Reader* (5). A finales de la década de los ochenta la revista inglesa *Third Text* introdujo los estudios postcoloniales y planteó nuevos problemas de interés para el estudio de la cultura visual. *The BLOCK* (4).

[13] Estos temas son tratados por distintos autores en los textos que han sido reunidos en antologías tales como *The BLOCK Reader in Visual Culture* y *The Visual Culture Reader.*

[14] *The BLOCK Reader* (xiii). La 'hibridación' entre la historia del arte, la cultura visual y la antropología sigue siendo polémica hasta este momento. (Ver Hal Foster 25).

[15] John A. Walker y Sarah Chaplin, *Visual Culture* (1-2). La traducción del inglés es mía.

[16] Desplazamientos inquietantes dado que parecen endosar los imperativos económicos de las corporaciones que halan la producción cibernética de imágenes y que las instituciones culturales han incorporado "en nombre de la vanguardia" para la cual, seguir su curso es realmente "seguir el dinero". Esta preocupante situación la señala Hal Foster en su introducción al número 77 de *October* (4), quien además agrega que quien ha endosado y dotado el campo de estudio que se conoce como cultura visual ha sido Bill Gates (108).

[17] La traducción del inglés y el resaltado con cursivas son míos.

[18] Como lo sugiere Louis Mink estamos frente a modos de comprensión complementarios que no se sobrelapan en cuanto a dominio. Ver *Modes of Comprehension.*

[19] Didi-Huberman en su libro *Lo que vemos, lo que nos mira* justamente nos invita a preguntarnos qué se requiere para que algo se convierta en imagen para nosotros.

[20] Este argumento lo introduje a la comunidad de historiadores, en particular latinoamericanistas en Suescún Pozas, *"From Reading to Seeing"*, en un intento por ofrecer obras de arte de artistas latinoamericanas como fuentes para el historiador y como modelo para problematizar la noción de imperialismo, una vez que se introduce la variable cultura en el análisis histórico de las relaciones entre el llamado imperio y las naciones colonizadas.

[21] Es por esto que el pensamiento binario no está en capacidad, de acuerdo con Didi-Huberman, de "captar la economía visual" (47). Refiriéndose al objeto artístico Didi-Huberman presenta el ver, como un acto que inquieta el ver en el acto, es decir, en el sujeto (47).

[22] Aún así podemos referirnos al 'lenguaje visual' en la medida en que estas son productoras de sentido. Una tarea que está aún por realizar es: identificar, de manera satisfactoria, la unidades básicas de significación el el campo de lo visual. Si bien podemos proponer las que son constitutivas para una imagen o un hecho visual estas no pueden ser transpuestas a otras imágenes o hechos. Un intento de establecer una semiótica de la imagen tanto en el discurso textual como visual, es la obra del historiador del arte: Norman Bryson, —pionero en este campo—. Sin embargo, no es en este sentido que proponemos la posibilidad de estudiar la visualidad como un campo unificado.

[23] El estudio psicoanalítico es el mejor expositor de que esto es posible y ya Sigmund Freud había señalado esto en sus elaboraciones sobre imágenes como "el rebus" en *The Interpretation of Dreams.* Didi-Huberman reconoce esto y lo capitaliza en el corpus de su obra, la cual ha informado la presente reflexión (41).

[24] Este modelo, descrito de manera tan orgánica, no puede sino parecernos monstruoso y fuera de control en la medida en que la mirada nos remite a un actor-constructor, que en la medida en que participa en la re-creación del campo de lo visual poniendo a funcionar sus herramientas conceptuales y analíticas para explicárselo a sí mismo se hace uno con el espacio de producción de conocimiento y el hecho visual en sí mismo. Esto nos remite a la noción de lo abyecto que bien podría tomarse como modelo para la transformación disciplinar.

[25] Esta es la única forma que concebimos por el momento de no caer en el argumento circular de que lo visual es lo que se presenta de manera visual al observador. Al introducir la noción de visión como el acto de ver realizado desde un lugar específico como una actividad cultural buscamos introducir también la variable tiempo, lo cual inmediatamente nos remite a un acto de ver en contexto, el cual no puede darse dentro del marco humanista o universalista y mucho menos de uno puramente fisiológico. Algunos autores insisten en definir el campo del estudio de la cultura visual como disciplina, la cual llamarían, como es el caso de Mitchell, estudios de representación (9).

[26] Para ver una aproximación al hecho del "que hacemos una imagen" y que es pertinente a nuestras elaboraciones (si bien no pretendemos afirmar que coincidimos en todo lo que afirma o propone).

[27] El ensayo de Wallerstein aparece en el libro Pensar *(En) Los intersticios* (163-203), y provee la reflexión detallada sobre éste problema.

[28] Recordemos además que la crítica cultural hace a la cultura inseparable de cuestionamientos sobre la representación. (Mitchell 3).

[29] Acepción (II) en el ensayo de Wallerstein.

[30] En este punto nos distanciamos de las elaboraciones de Wallerstein, quien propone que la cultura en su sentido (I) no es sino la capacidad que tienen las personas de un grupo cuya capacidad económica y representativa les permite ser dominante de presentar la cultura en su sentido (II), como totalizante (167). Como lo hemos dicho anteriormente, en el orden de lo visual, si bien puesto al servicio de intereses económicos y de control, reina la ambigüedad, lo que imposibilita "lecturas" totalizantes. Para una lectura del objeto artístico como objetos que no proveen una certeza visual (Ver Didi-Huberman 53).

[31] Didi-Huberman propone que la especificidad del objeto no está en sí mismo sino en las relaciones que posibilita entre objeto, sujeto y lugar (38).

[32] Huberman afirma que la especificidad no simplemente se deriva entonces de su *Gestalt*. Otros autores reconocen el espacio simbólico que abre una obra de arte como un espacio virtual autónomo y unificado que se constituye en un todo coherente y acabado (exhiben una *Gestalt*), pero que es también abierto e inacabado en la medida que está unido al mundo por actos de interpretación. (Ver Steiner 8).

[33] El objeto que miramos nos mira en el sentido de que nos compete, y en esta medida se "encarna" para nosotros. Esta idea está muy relacionada con el título del libro *Ce que nous voyons, ce qui nous regard* de Didi-Huberman (1992). Por otro lado, la traducción al español de la expresión *"nous regard"* pierde el sentido doble que esta tiene, y es este doble sentido al que —por primera vez— me refiero en el presente ensayo. En la medida en que el objeto artístico, dice Didi-Huberman (39), se vuelve una variable de la relación, que es el acto de ver, éste se convierte en un cuasi-sujeto una razón más para nosotros de concebirlo como objeto "encarnado", lo cual nos remite al título de otra de sus obras (*La peinture incarnée*). Otras de sus obras que son de interés para el lector dado que elaboran sobre problemas que vamos a plantear en el contexto de la crisis de la historia del arte como disciplina, son: *Devant l'image. Question posée aux fins d'une histoire de l'art* y *Fra Angelico-Dissemblance et figuration.*

[34] No quiero decir con esto, que la historia del arte tradicional tuviese un pasado coherente el cual debió someterse al escrutinio del nuevo orden. Si bien aparece como una disciplina en todo el sentido de la palabra esta aparece como una disciplina cuya indisciplina es disciplinada y a veces con medios intimidatorios. Esto debería ser claro para quien visite los principales museos del mundo, lugares de peregrinación, también para quienes quieren acceder al *status* de espíritu culturizado-civilizado —y sus sucursales—, las cuales —con menos recursos— aspiran a tan alto ministerio incluso si los principios sobre los que descansan sus "casas matrices" sean especies que se resistan a crecer en cualquier suelo. Y en este caprichoso acto heredero de un impulso civilizador con raíces en las cruzadas, insistimos en fundar innumerables "culturas nacionales."

[35] Sin contar con que no son solamente pinturas, esculturas, dibujos y grabados, lo que le compete a quien se interesa por el campo de la visualidad; sino, también: la fotografía, la caricatura, el cine, la televisión, las imágenes comerciales, los desfiles y carnavales, las paradas militares, las imágenes digitalizadas, para nombrar tan solo algunos entre los cuales apenas unos pocos han sido admitidos en el *hall* de la fama.

[36] A pesar de que desde programas de estudios culturales, y estudios críticos se aborda el campo de la cultura visual debemos señalar la tendencia que aún hoy en día persiste de crear *"Hyphenated identities"* particularmente a nivel de los programas académicos: historia y teoría del arte, historia del arte y comunicación social, historia del arte y arqueología, historia y cultura visual, son apenas algunos de los ejemplos que vienen a mi mente en el sistema educativo anglosajón. Si bien algunos programas

dentro de este sistema han hecho considerable esfuerzo en la reforma curricular, el acto mismo de nombrarse de manera diferente pero con un guión que parece unir dos entidades completas en sí mismas es un síntoma de las dificultades para abrir el espacio disciplinar. Por otro lado, si bien existen programas los cursos ofrecen perspectivas novedosas, aún existen temas intocables, lo cual sólo puede generar desconcierto en los estudiantes, particularmente en los que buscan formación de segundo y tercer ciclo (maestrías y doctorados). Recientemente una de mis estudiantes me entregó una nota en la cual me contaba cuáles eran los 'haz' y 'no hagas' cuando se aplica a un grado universitario en historia del arte (la traducción del inglés es mía): "no menciones la pintura del aborto, la pintura de la Amazona, la pintura del gabinete de medicina, la pintura de la máscara, la pintura de la prostituta, no menciones el ensayo sobre [Artemisia] Gentileschi, [Frida] Kahlo, [Cindy] Sherman ...".

Obras citadas

Bryson, Norman. *Vision and Painting: The Logic of the Gaze*. New Haven: Yale University Press, 1983.

Crary, Jonathan. *Techniques of the Observer: On Vision and Modernity in the Nineteenth Century*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1990.

Debord, Guy. *The Society of the Spectacle*. Detroit: Black and Red Press, 1977.

Didi-Huberman, George. *Devant l'image. Question posée aux fins d'une histoire de l'art*. París: Editions de Minuit, 1990.

—. *Fra Angelic –Dissemblance et figuration*. París: Flammarion, 1990.

—. *La peinture incarnée, suivi de Le chef d'oeuvre inconnu par Honoré de Balzac*. Paris: Editions de Minuit, 1985.

—. *Lo que vemos, lo que nos mira*. Buenos Aires: Manantial, 1997.

Duncan, Carol. *Civilizing Rituals: Inside Public Art Museums* London y New York: Routledge, 1995.

Foster, Hal. "The Archive Without Museums." *October* 77. (1996): 108.

—. "Visual Culture Questionnaire." *October* 77. (1996): 25.

Foucault, Michel. *Discipline and Punish*. New York: Pantheon Books, 1979.

—. *The Order of Things: An Archeology of the Human Sciences*. New York: Random House, 1970.

Freud, Sigmund. *The Interpretation of Dreams*. New York: Avon Books, 1995.

Lechner, Norbert. "Orden y memoria." *Museo, memoria y nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro. Simposio Internacional y IV Cátedra Anual de Historia "Ernesto Restrepo Tirado."* Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000. 72-3.

Mink, Modes Louis O. *Modes of Comprehension and the Unity of Knowledge*. Miami: University of Florida, 1987.

Mirzoeff, Nicholas, ed. *The Visual Culture Reader*. London y New York: Routledge, 1998.

Mitchell, W. J. T. *Picture Theory: Essays on Verbal and Visual Representation*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1994.

Preziosi, Donald. *Rethinking Art History: Meditations on a Coy Science*. New Haven: Yale University Press, 1989.

Robertson, George, et. al. *The BLOCK Reader in Visual Culture*. London and New York: Routledge, 1996.

Steiner, Wendy. *The Scandal of Pleasure: Art in the Age of Fundamentalism*. Chicago: Chicago University Press, 1995.

Suescún Pozas, María del Carmen. "Museos de Arte Moderno y la reconfiguración de lo local a través de lo foráneo: transformando a Colombia en un país 'abierto'. *Memoria y Sociedad: Revista del Departamento de Historia de la Pontificia Universidad Javeriana*, 3:6. (1998): 135-44.

—. "From Reading to Seeing: Doing and Undoing Imperialism in the Visual Arts." Gilbert J. Joseph, Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore, eds. *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S. – Latin American Relations.* Durham, N.C.: Duke University Press, 1998.

Walker, John A. y Chaplin, Sarah *Visual Culture.* Manchester y New York: Manchester University Press, 1997.

Wallerstein, Immanuel. "La cultura como campo de batalla ideológico del sistema-mundo moderno." *Pensar (En) Los intersticios: Teoría y práctica de la crítica poscolonial.*

Santiago Castro-Gómez, Óscar Guardiola-Rivera y Carmen Millán de Benavides, eds. Bogotá: Ceja: Pensar, 1999. 163–203.



La crisis de las estructuras del conocimiento: ¿hacia dónde vamos?

Richard Lee[1-2]

[1] PhD. Senior Research *Associate Fernand Braudel Center for the Study of Economies, Historical System and Civilizations*, State University of New York, Binghamton, United States.

[2] Traducido por Ivanna Castaño, Mercedes Guhl y Carmen Millán de Benavides.

El interés por el estado de las ciencias sociales no es un fenómeno nuevo. A éste se le puede hacer seguimiento a través de los debates periódicos acerca de teorías y métodos y de las discusiones que se dieron en el siglo XX, acerca de la objetividad y el papel social del intelectual. La Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales que se reunió a lo largo de dos años (1993 a 1995), y que en 1996 publicó su informe *Open the Social Sciences*, tenía la intención de ampliar el campo de temas y perspectivas de discusión, al incluir entre sus miembros no sólo a seis científicos sociales sino también a dos académicos de las llamadas ciencias duras y a dos provenientes de Humanidades. El informe se concentró, primero en el desarrollo histórico de las escisiones intelectuales que definían las divisiones de las disciplinas estándar de las ciencias sociales y su institucionalización en departamentos universitarios entre 1845 y 1945. En segundo término, el informe resumía la forma en la cual los avances en el mundo a partir de 1945 han intervenido en esta organización intelectual e institucional. Finalmente, el informe analizó las inquietudes más recientes y propuso de iniciar la discusión de las formas como las ciencias sociales podían ser reestructuradas de manera inteligente, poniendo algunos ejemplos tentativos. En realidad, el propósito de la Comisión era generar una amplia discusión y no, exactamente, ofrecer soluciones preconcebidas. Las múltiples traducciones del informe y la extensa resonancia de las preguntas que suscitó, son una prueba de su pertinencia.

Desde el comienzo del siglo XVI, las prácticas de producción de conocimiento tomaron la forma de un complejo de procesos conducentes a una estructura única y singular de conocimiento intelectual e institucional, con un ordenamiento jerárquico de partes dentro de un todo. Esta jerarquía privilegiaba, por su autoridad, al conocimiento producido en el reino de la 'naturaleza', universal y de carácter predictivo, que era revelado o descubierto por esas disciplinas que llegarían a llamarse 'ciencias'. El conocimiento en los dominios de lo 'humano' fue relegado al polo opuesto de la jerarquía, por su carácter interpretativo y por estar limitado a medios sociales particulares. Por esto, se convirtió en la esfera de acción de aquellas disciplinas que vendrían a conformar las 'humanidades'. Los procesos que producen y reproducen estas estructuras de formación de conocimiento, en articulación con esa serie de procesos asociados a las esferas de producción y distribución (lo 'económico') y de toma de decisiones y coacción (lo 'político') dan cuenta del escenario relacional dominante, 'disciplinando' o canalizando el entendimiento humano, pero sin determinarlo del todo. Así, estos procesos han formado los parámetros 'culturales' de la acción humana en el mundo moderno (Lee *The Cultural*). Los mecanismos a través de los cuales se inició esta división continúan siendo investigados, pero en forma amplia podría señalarse que ellos hacen parte del desarrollo de la comprensión de los mecanismos que permitieron la transición del feudalismo al capitalismo (Sweezy et al.).

Mary Poovey señaló que lo que ella llama el 'hecho moderno', emergió como la unidad epistemológica básica del conocimiento durante el período de "transición". El *hecho moderno* es tan interesante debido a que, como unidad, llegó a existir como una estructura, como un todo complejo. Sus partes podían ser asociadas inicialmente con las específicas. Por ejemplo, en el mundo del comercio se generaliza un sistema que ordena el mérito de crédito individual de los comerciantes y su credibilidad como grupo. La doble contabilidad se apropió de la autoridad cultural de la retórica, la antigua piedra angular de la producción de conocimiento legítimo, para habilitar la metamorfosis del comerciante en capitalista. Con eso, la legitimidad del beneficio podía establecerse en las virtudes del 'balance' inherente al sistema y, una vez que el beneficio se diferenciara de la usura, la acumulación de la acumulación podía despegar. Sin embargo, al mismo tiempo había efectos secundarios (especialmente el declive en el prestigio social de la retórica a través de una asociación unilateral con la universidad y el clero) que redefinían las estructuras del conocimiento, al mismo tiempo en que se estaban organizando las estructuras materiales de la economía mundial centrada en Europa.

La posibilidad de la doble identidad que despliega el *hecho moderno* definió la contradicción entre lo particular y lo universal, que guiaba los procesos de raciona-

lización; el privilegio progresivo de la racionalidad formal (el cálculo desinteresado como medio generalizado de la acción instrumental, por encima de la racionalidad sustantiva, la búsqueda normativa de fines específicamente localizados) para producir y reproducir las estructuras del conocimiento a través del tiempo. Esta contradicción aparece con frecuencia, incrustada en un conjunto de antinomias intelectuales específicas, tales como subjetivo-objetivo, anarquía/caos-orden, valor-verdad, acción-estructura. Y junto con la racionalización surgió su aliada, la búsqueda de la objetividad, la visión desde ningún lugar que elimina la acción y la historia, los valores y las normas. No se puede evitar recordar el 'mito' de Roland Barthes que siempre tiene la coartada de estar en cualquier otro lugar.

Dos caminos fueron trazados con el propósito común de dominar la naturaleza, en la búsqueda de verdades eternas, independientes de los valores inculcados, indicando el declive de la retórica sobre la cual se había erigido originalmente la autoridad de generalizaciones sacadas de específicos desarraigados. Uno que apelaba al mundo empírico de los sentidos y del método inductivo; y, el otro, fundado en adhesiones racionalistas y en el método deductivo. A pesar de que estos dos modos ya se habían sobrepuesto sustancialmente durante el siglo XVIII, la fusión newtoniana de ambos produjo una síntesis de experimentos y enfoques empíricos, con hipótesis y demostraciones matemáticas. De aquí en adelante, la ciencia clásica estaría interesada en el descubrimiento de leyes universales que gobernaran una naturaleza regulada y constante, que llevaría a la predicción del cambio tanto futuro como pasado. Cuando el punto de vista pasaba de ser divino a humano, las humanidades, que no estaban interesadas en la certeza ordenada de los eventos regulares en el mundo de la naturaleza, sino en el carácter caótico y finito del mundo único e impredecible del hombre-creador con sus valores en conflicto, podrían apelar a la acción individual para un entendimiento 'racional' del surgimiento y del cambio. En estas dos líneas, la oposición de carácter estructural, institucional e intelectual —a largo plazo— de las ciencias y las humanidades, lo que se ha llamado las 'dos culturas', alcanzó una definición clara durante el siglo XIX.

Éste fue el mismo período, después de la Revolución Francesa, durante el cual se volvió inconcebible imaginar un mundo estático. Sin embargo, ciertas formas de interpretar el cambio social en el mundo humano, separado del mundo natural, hicieron llamamientos a los valores, que resultaron en una tensa oposición mutuamente excluyente. Las dos posiciones extremas tomaron la forma de 'orden', alcanzado a través de la autoridad de la tradición, y la 'anarquía', que surgía de una democracia sin trabas. Ninguna de éstas ofrecía una solución a las confrontaciones políticas entre el conservatismo y el radicalismo que amenazaban la acumulación de capital, con la que todos estuvieran de acuerdo. Desde finales del

siglo XIX, el espíritu objetivo de resolución de problemas de la ciencia, con su perspectiva neutra frente a los valores, había avanzado lo suficiente como para resolver el estancamiento en el mundo angloparlante y la conexión entre el significado o los valores y el conocimiento sistemático se discutió con rigurosidad en el *Methodenstreit*, en especial en Alemania. El resultado fue la institucionalización de una serie de disciplinas: las ciencias sociales. A mediano plazo, estas ciencias resolvieron la crisis de la formación de conocimiento social del siglo XIX, lo que garantizó el cambio estructurado, en nombre del 'progreso', a través del control científico ejercido por 'expertos' y basado en 'hechos sólidos'. En la práctica, esto se sumó al incrementalismo neoliberal reformista, maximizando la acumulación y minimizando la lucha de clases que formó los cimientos filosóficos y empíricos para el 'estado de bienestar' del siglo XX.

Las ciencias sociales llegaron a situarse en medio de la autoridad universal de las ciencias, la esfera empírica y positivista de la 'verdad' y el particularismo impresionista de las humanidades, el reino caótico y subjetivo de los 'valores'. Aunque la economía, la ciencia política y la sociología se inclinaban más hacia las ciencias; y, la historia, los estudios orientales y la antropología tendían a ser más humanísticos, dentro de cada disciplina, no hubo consenso acerca de asuntos fundamentales. ¿La composición ideal de sus datos debería ser cuantitativa o cualitativa? ¿Eran más apropiados los métodos estadísticos o los narrativos? ¿El conocimiento generalizable (la universalidad 'científica' sobre la cual basaron la legitimidad de sus peticiones) podía ser alcanzado más fácilmente por medio del descubrimiento de leyes universales, o a través de la elaboración de descripciones exhaustivas?

En contra de la experiencia holística de las relaciones sociales, las ciencias sociales institucionalizaron una serie de separaciones dividiendo el estudio del mundo humano en dominios aislados, separados intelectualmente en disciplinas; e, institucionalmente, en departamentos universitarios. Los estudios orientales y la antropología se ocupaban de las grandes civilizaciones y de las 'tribus' del mundo no moderno, respectivamente. La historia se encargaba del pasado del mundo moderno. El presente del mundo moderno fue después dividido entre la economía, la ciencia política y la sociología, que manejaban el mercado, el Estado y la sociedad civil como campos aislados (Comisión Gulbenkian, Wallerstein).

Desde el mismo momento de mayor éxito de esta estructura organizacional, inmediatamente después de 1945, la legitimidad académica de las premisas que sustentaban la separación de las disciplinas y la utilidad práctica de las distinciones entre los departamentos se volvió cada vez menos manifiesta. Después de 1968 fueron cuestionadas abiertamente. En Estados Unidos donde las divisiones disciplinarias/departamentales estuvieron definidas con mayor rigor, la expansión del sistema universitario —después de 1945—, originó un incremento en la de-

manda de doctorados y, por lo tanto, una multiplicación en la demanda de disertaciones de proyectos de investigación. Con el fin de cumplir con las expectativas de originalidad, el verdadero trabajo que los académicos realizaban, pasaba, de forma creciente, por encima de las fronteras disciplinarias. Se puede encontrar evidencia de esta 'caza furtiva' en la proliferación e institucionalización de subdisciplinas, que se han unido a una difuminación significativa de las fronteras a lo largo de los últimos cincuenta años.

Sólo hasta los años sesenta, el trabajo en diversos campos de las ciencias sociales y las humanidades, unidas bajo el título de "estudios culturales", llevó a conclusiones e interpretaciones que tendían a deslegitimar las premisas universalistas sobre las cuales se había construido la jerarquía de la estructura relacional de las ciencias naturales, las sociales y las humanidades. Desde los años cincuenta, la inversión de la división entre alta y baja cultura tuvo el efecto de debilitar paulatinamente cualquier sentido de terreno sólido atribuible a la 'cultura' y a su 'canon'. La aplicación de métodos literarios al análisis de lo 'popular' infundió en la 'no-cultura' de la clase trabajadora una nueva credibilidad y respeto. Entonces, el cuestionamiento del objeto de la crítica puso en duda no sólo las estructuras académicas que dependían de su integridad, sino, implícitamente, también la estructura de la sociedad misma. En relación con la teoría, hacia los años sesenta, muchos entendían el estructuralismo literario como una alternativa que ofrecía la posibilidad de desarrollar una ciencia humana que no fuera reduccionista ni positivista, y que estuviera interesada en aquella actividad prototípica social: la construcción de conocimiento. En cuanto a la práctica, los avances derivados de estudios enfocados en grupos marginados como las mujeres, 'minorías' étnicas y raciales y pueblos coloniales y excoloniales, desafiaban la divergencia hechos-valores, al ilustrar cómo las categorías esencialistas de diferencia aprobadas habían funcionado para inscribir grupos enteros en estaciones subordinadas dentro de jerarquías que legitimaban el acceso diferencial a bienes sociales. Nuevas agrupaciones disciplinarias-departamentales también se institucionalizaron cuando estos grupos, antes excluidos la academia, fueron incorporados en ésta.

En el otro extremo del *continuum* disciplinario, los 'estudios de complejidad' fueron un resultado directo de avances en matemáticas y en ciencias naturales y, como tales, adquirieron una posición de particular importancia completando, como lo hacen, el rango disciplinario de los desafíos a las estructuras de conocimiento a largo plazo. Aunque la relatividad y la mecánica cuántica ya habían debilitado los presupuestos de la ciencia clásica tanto en lo macro, como en lo micro. Es sólo a partir de los años sesenta que la dinámica newtoniana fue desafiada en el dominio no-relativista y no-cuántico de lo humanamente perceptible. El repensamiento actual marca una transición al margen de la visión de mundo newtoniano, haciendo énfasis en el equilibrio y la estabilidad inherentes, en las leyes naturales que

pueden ser revertidas en el tiempo, hacia la reconceptualización del mundo natural para hacerlo más cercano a nuestra percepción del mundo social, como un mundo de inestabilidad, complejidad y auto-organización, un mundo cuyo desarrollo determinista aunque impredecible, no puede revertirse. También implica una flecha-de-tiempo (por ejemplo Prygogine).

Así, por un lado, hay evidencia de un colapso de la frontera entre las humanidades y las ciencias sociales. Los conceptos singularmente modernos de objeto original y creador soberano han sido seriamente atacados por parte de las humanidades; y, en las ciencias sociales, el individuo egoísta pero responsable, el blanco-liberal, el sujeto-masculino ya no parece tan autónomo en una red de lealtades cambiantes y determinantes ocultos en constante negociación.

Por otro lado, el énfasis coincidente en estudios de complejidad sobre contingencia, dependencia del contexto y múltiples marcos temporales y espaciales superpuestos, está moviendo a las ciencias en la dirección de las ciencias sociales históricas. Ahora, ambas manifiestan interés por totalidades espacio-temporales constituidas simultáneamente de estructuras relacionales y de tiempo fenomenológico. La identificación y el estudio de los mecanismos de retroalimentación de sistemas complejos, que incluyen los sistemas sociales históricos, niegan la posibilidad de una 'objetividad' definida como una forma de externalidad. Desafortunadamente, todos los nuevos modelos que se ponen a disposición de los científicos sociales para aplicarlos al mundo humano, casi siempre resultan ofreciendo un panorama simplista de la realidad social. Lo que hay que subrayar, es qué tanto los apuntalamientos ontológicos como los epistemológicos de las pretensiones de legitimidad del conocimiento construido sobre modelos 'científicos', 'científico-sociales' o 'humanísticos', están sufriendo una transformación.

A largo plazo, las tendencias evidenciadas en la evolución de las estructuras del conocimiento han regresado a un equilibrio relativo a medida que las fluctuaciones normales se apagaban en los cambios cíclicos del siglo XVII y finales del siglo XIX. Hoy, estas tendencias parecen haber alcanzado un punto sin retorno 'lejos del equilibrio'. En realidad, se puede argumentar que todo el complejo de procesos que reproducen las estructuras a largo plazo del mundo moderno, incluyendo las estructuras de conocimiento, se está acercando a una serie de límites asintóticos que señalan una transformación del sistema como un todo (Lee *After History?*; Hopkins, Wallerstein et al.).

Sin embargo, la transformación sistémica no ocurre de la noche a la mañana. En el lenguaje de las nuevas ciencias de la complejidad, toma la forma de una bifurcación que surge de un período de transición caracterizado por fluctuaciones caóticas a medida que los parámetros de estabilidad del sistema sobrepasan sus límites. Por definición, un período semejante es de gran desorden. Pero, por consiguiente, ese futuro a mediano plazo, el próximo medio siglo tal vez, también

presenta grandes posibilidades. De hecho, los sistemas inestables tienen menos limitaciones y las fluctuaciones pequeñas pueden ampliarse a escala masiva para determinar la dirección que cualquier transformación pueda tomar.

Por ahora, el futuro intelectual y la organización institucional de la producción de conocimiento son 'inciertos'. Están por ser construidos. En este contexto, se pueden anotar tres cosas. La primera, esta situación no sólo será emocionante para aquellos comprometidos con el proceso, sino que dado que el cambio está por suceder, el compromiso directo se vuelve un imperativo moral. La segunda, ya que los intereses, es decir, los valores están en juego, el proceso tiende a ser un campo para una verdadera lucha. Tercero, el resultado del proceso tendrá un profundo impacto en la forma de una transformación fundamental de la estructura de las relaciones sociales. Empero, mientras que el reconocimiento de que todo conocimiento tiene un aspecto social gana terreno, y las posibilidades de 'contener' el estudio de la realidad humana dentro de disposiciones disciplinarias existentes se vuelven más dudosas, queda poco claro ¿qué es, exactamente, lo que hay que hacer?

¿Qué deberíamos estar pensando 'nosotros', aquellos cuyas principales actividades se centran en la comunidad universitaria, en términos de una acción inmediata? La combinación de libertad y razón que C. Wright Mills conceptualizó como persuasión, tiende hoy a tomar la forma de un pluralismo que se rehúsa a percatarse de las relaciones de poder y privilegio, y ya parece no expresar adecuadamente la obligación ética de parte del científico social individual, para participar de forma activa en la lucha de inventar el nuevo mundo al cual nos enfrentamos (Lee *Complexity Studies*). La Comisión Gulbenkian sugirió un trabajo temático en un entorno supra-mural, una investigación de duración limitada, que atraviese las líneas tradicionales dentro de la universidad, nombramientos conjuntos obligatorios de profesores y para estudiantes de postgrado. Ninguna de estas sugerencias, u otras similares que hayamos oído, son fáciles de llevar a cabo por razones que no hace falta explicar.

Una sugerencia de Gerald Graff propone 'enseñar los conflictos'. Si esto significara simplemente presentar puntos de vista opuestos en un mercado de ideas limitado a un solo salón de clase, no nos llevaría muy lejos. Por un lado, explotar el salón individual e independiente, como unidad estándar de la 'instrucción', organizando debates como núcleo del currículo, puede muy bien crear comunidades intelectuales con la tendencia a frustrar una solución lampedusiana de cambiar todo con el fin de que nada cambie. La defensa directa de modelos alternativos de realidad social presentados por proponentes dedicados y las consecuencias lógicas como resultado de aquellos esquemas conceptuales alternativos en sus límites, favorecen la divulgación de la articulación de códigos simbólicos y prácticas materiales y así, la exposición de las construcciones históricas de relaciones de autoridad

y legitimidad. La defensa directa fomenta la recuperación del vínculo entre valores y diferencia y, por tanto, socava la separación entre la moralidad personal y la neutralidad profesional.

El Santa Fe Institute, según su página web (www.santafe.edu.), es un excelente ejemplo de un entorno supra-mural destinado a "crear un nuevo tipo de comunidad de investigación científica que persiga una ciencia emergente" y que catalice "nuevos proyectos colaborativos y multidisciplinarios que derriben las barreras entre las disciplinas tradicionales". Tal y como los grupos interdisciplinarios *ad-hoc*, formados para estudiar problemas específicos dentro de un marco de tiempo limitado, ya no son raros en la academia, los nombramientos conjuntos de profesores ya no son excepcionales, especialmente entre departamentos fuertes y programas débiles o en surgimiento. Sin embargo, si la práctica fuera a volverse obligatoria y, como corolario lógico, se extendiera al trabajo de posgrado, es decir, esperando que todos los profesores y estudiantes respondan exitosamente a dos series de criterios disciplinarios— subvertiría inmediatamente la organización departamental y disciplinaria existente. Finalmente, en algunas universidades hay experimentos encaminados a construir currículos a través de debates. Se podría esperar también que esto deslegitimara convenios académicos tradicionales.

Todas estas iniciativas ofrecen la posibilidad de formularse de manera que obtengan financiación y puedan diseñarse para satisfacer objetivos muy preciados por los corazones de los administradores, como la confiabilidad; mientras que, al mismo tiempo, estimularía la producción de respuestas imaginativas, en forma de nuevas exploraciones de alternativas históricas, para los límites estructurales de acumulación infinita. No debería ignorarse que es más probable que las innovaciones que conducen a un sistema racional e histórico más sustantivo sean institucionalizadas, si poseen la ventaja de cimentar inicialmente su validez en las estructuras de autoridad existentes. Desde esta perspectiva de un proyecto emancipatorio, la relación profesor-estudiante también comienza a volverse cada vez problemática. Ya está emergiendo un nuevo sujeto que colabora, en reconocimiento de la construcción social fundamental de conocimiento, y que está en armonía con las vidas de hombres y mujeres reales atrapados en la construcción de un mundo nuevo.

En conclusión, las condiciones sistémicas contemporáneas ofrecen la promesa de mayor flexibilidad y efectividad potencial de acción local, que ahora afectan directamente las estructuras de acumulación. Esto incluye el mundo inmediato del científico social. Los analistas ya no están obligados a repudiar al yo en la construcción de conocimiento sistemático; y, así pueden lograr el cambio desde la verificación de teorías sociales a la evaluación de las consecuencias de narraciones interpretativas que nos acercan más al objetivo de construir una ciencia social histórica, capaz de alcanzar una visión de la evolución de las relaciones sociales a

largo plazo y a gran escala; y, de imaginar posibilidades organizacionales alternativas, en un mundo cambiante.

Obras citadas

Graff, Gerald. *Beyond the Culture Wars: How Teaching the Conflicts Can Revitalize American Education.* New York: Norton, 1992.

Gulbenkian Comission on the Restructuring of the Sotial Sciences. Open the Social Sciences. *Report of the Restructuring of the Sotial Sciences.* Stanford: Stanford University Press, 1996.

Hopkins, Terence K, Immanuel Wallerstein, eds. *The Age of Transition: Trajectory of the Workd System 1945-2025.* London: Zed Books, 1996.

Lee, Richard. *Complexity Studies and the human Sciences: Pressures, Iniciative and Consequenses of Overcoming the Two Cultures.* México D.F.: UNAM-CIIECH, 1998.

—. "After History? The Last Frontier of Historical Capítalism." Protosoziologie. Special Issue, On a Sociology of Borderlines-Social Process in Time of Globalization. 2000.

—. "The 'Cultural Aspect' of the Moderm World-System: Social Movementes and the Structures of Knowledge." *Inequality and Social Movements.* Nancy Forsythe y Roberto Patricio Korzeniewichks, eds. Westport: Greenwood, 2000.

Poovey, Mary. *A History of the Moderm Fact: Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth ans Society* Chicago: Chicago University Press, 1998.

Prygogine, Ilya. *The End of Certainty: Time, Chaos, and the New Laws of Nature.* New York: Free Press, 1997.

Sweezy, Paul, eds. *The Transmition from Feudalism to Capitalism: as symposium.* London: Verso, 1976.

Wallerstein, Immanuel. *Unthinking Social Sciences: The Limits of Nineteenth.Century Paradigms.* Cambrigdge: Polity Press, 1991.



Índice temático

A

B

C

D

M

N

O

P

T

U

V

W

X

Z